

MISCELANEA

125

COLECCION

DE IMPRESOS

JOVENES Y

DRES CRISTIANAS

BX880

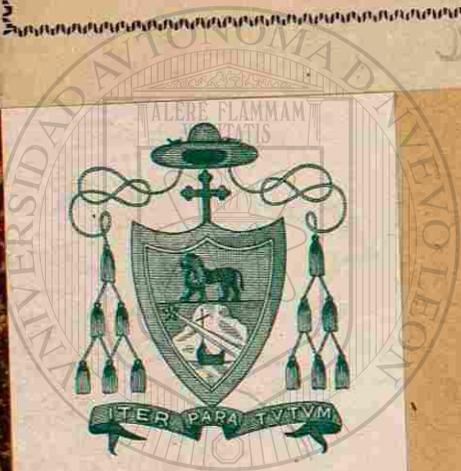
M5

v. 125

04530



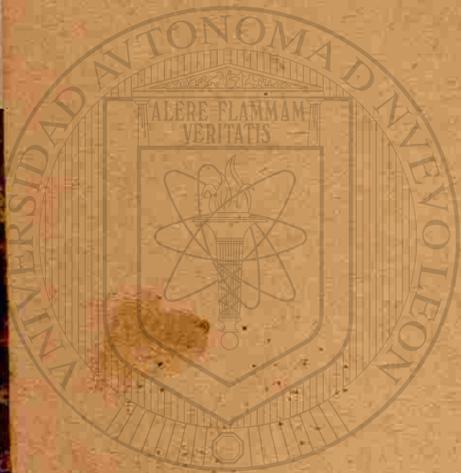
1080015545



EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA CIENCIA  
DE LA  
ECONOMIA DOMESTICA,  
COMPLEMENTO

DE LA EDUCACION DE LA JOVEN, EN EL COLEGIO  
Y EN SU FAMILIA

POR EL AUTOR DE LAS "PAJITAS DE ORO."

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR EL MISMO TRADUCTOR DE AQUELLAS.

OBRA APROBADA

POR LOS SRES. EL ARZOBISPO DE AVIGNON  
Y EL OBISPO DE FREJUS Y TOULON

MÉXICO.

IMP. CATÓLICA DE FRANCISCO VALVERDE

Hospital Real y Rebeldes, Capita Alta

1887.

Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN 1702

Biblioteca Valverde y Teller

BX 880  
M5  
v. 125



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

**APROBACION**

*De Mr. Dubreil, Arzobispo de Avignón.*

Segun el informe que se Nos ha dado, aprobamos el libro compuesto por un limosnero de Nuestra Diócesis, y que tiene por título: *La Ciencia de la economía doméstica*, y lo recomendamos á las personas de Nuestra Diócesis que están encargadas de la educación de las niñas. —  
† LUIS, *Arzobispo de Avignón.*

**APROBACION**

*De Mr. Terris, Obispo de Frejus y Toulon.*

A la aprobación de vuestro *Sumario de la Doctrina Católica*, me apresuro, mi querido canónigo, á unir, al menos haciendo referencia de ellos, los elogios que merecen vuestras anteriores publicaciones tan felizmente propagadas. ¿Quién no conoce vuestras *Pajitas de Oro*, periódicos

004530

camente esparcidas, hace algunos años, por todos los vientos del cielo, arrojando sus brillantes destellos sobre tan diversos horizontes? Y *La Ciencia de la economía doméstica*, y *El Libro de piedad de la joven en el colegio y en vacaciones*, y *el Libro de los niños que se preparan para la primera comunión*, y *las Pequeñas virtudes y pequeños defectos de la joven*, y *el Tratado del estilo epistolar*, y *el de la Composición literaria*? En un orden más elevado, penetrando las santas profundidades de la vida religiosa, habéis publicado el *Pequeño libro de las superiores*, el *Pequeño libro de las novicias*, la *Dirección espiritual para el uso de las comunidades*, y por último, si no me engaño, el *Libro de las profesas*, que procuramos recomendar á nuestros conventos, y cuyo volúmen complementario creo no nos haréis esperar mucho. No pasaré en silencio el *Libro de los enfermeros*, que os ha valido, bajo el punto de vista médico, una excelente carta de un antiguo alumno de

los hospicios de Toulon. Vuestras obras, mi querido canónigo, no son sólo Pajitas; forman, bajo el modesto velo del anónimo, verdaderas gavillas de oro.

Me es muy grato reanudar hoy con vos los lazos de antigua amistad de uno de vuestros condiscípulos que, Obispo hoy, tiene á mucho honor el enviaros, con su bendición, las seguridades de su afectuosa estima y completa adhesión en Nuestro Señor.

Frejus, 29 de Abril de 1882.—† FERNANDO, Obispo de Frejus y Toulon.

## INTRODUCCION.

Este librito encierra una multitud de detalles, que parecerán minuciosos á las jóvenes ligeras é indiscretas, y las harán tal vez sonreír con ese airecillo desdeñoso que ellas saben tomar cuando una lección les parece muy superior á su inteligencia.

—“Detalles de economía doméstica, “cuando se tienen ya diez y seis años, “que el corazón tiene alas y que la imaginación nos hace ver muy cerca de nosotros, al través de una atmósfera florida, el porvenir encantador que hemos “soñado!

—“Detalles sobre economía doméstica, “lo que hay de más material en la vida, “á nosotras que sentimos el alma elevada “por la poesía, muy por encima de las “realidades de la existencia!

“¡Oh! dejadnos aún nuestros sueños dorados y las aspiraciones de nuestro corazón! ¡Más tarde!”

Nó, hijas mías, nó, este es el momento en que os serán muy útiles; para vosotras y de una manera muy especial, han sido escritos estos detalles, y nó somos nosotros quienes es los ofrecemos, es vuestra madre.

Presentadle este libro, rogadle que recorra sus páginas, y si, obedientes á sus órdenes contra las que aun no os habéis rebelado, os sometéis á estudiarlo, estad seguras que los detalles que él encierra, os economizarán, más tarde, muchos pesares y tal vez muchas lágrimas.

Son menos graciosos y menos encantadores, hijas mías, pero valen más que vuestros ensueños.

Ellos os enseñarán *á ser útiles*; y el ser útil ¿no es por cierto, el más bello ensueño que puede tener una joven?

Amaréis este libro vosotras las que habéis sabido guardar intacto en vuestro corazón todo lo que vuestra madre deposi-

tó en él; lo amaréis porque os traerá á la memoria vuestra infancia, vuestra casa, vuestra familia, esos mil pequeños recuerdos íntimos, esos pequeños detalles de economía y de bienestar que habéis visto y que deseáis con ansia ensayar para venir en ayuda de aquellos á quienes amáis.

Así, pues, nosotros os lo dedicamos de buena voluntad.

De los labios de una de vosotras es de donde hemos recogido el más delicioso elogio que podemos desear, y que nos prueba la verdad de nuestro trabajo. Leíamos algunos capítulos á una joven, ella nos escuchaba sonriendo; despues de repente interrumpiéndonos: "¿Qué mi madre ha hecho todo eso?" nos dijo conmovida y dichosa al ver á su madre en aquellas páginas.

¡Oh! cómo quisiéramos que cada una de vosotras encontrase en este libro el recuerdo de su madre!

Hemos escrito este opúsculo bajo la mirada maternal de la Santísima Virgen, en su pequeña casa de Nazareth.

Tenemos ante nosotros un cuadro de la Santa familia. Allí se ve que San José trabaja, María trabaja tambien, el Niño Jesús parece ir y venir de una á otra parte para prestar su ayuda á los dos.

Niñas, imitad al presente el empeño de Jesús en ayudar á sus padres y en obedecerles; y más tarde, instruidas por nuestras lecciones, por los sabios y prudentes comentarios de vuestras directoras, y por la experiencia, imitaréis á María proveyendo á las necesidades de todos los que la rodean.

LA CIENCIA  
DE LA  
ECONOMIA DOMESTICA.

CAPITULO PRELIMINAR.

**Definición. Objeto. División.**

*¿Qué cosa es la ciencia de la economía doméstica?*

1. La ciencia de la economía doméstica es el arte de emplear para la *utilidad* y el *bienestar* de la familia, los recursos que la Providencia pone en nuestras manos.

*¿Cómo se procuran la utilidad y el bienestar de la familia?*

2. Para procurar esa utilidad y ese bienestar, la ciencia de la economía domésti-

ca, que á primera vista, y para muchas jóvenes, parece una ciencia toda material, no extendiéndose más allá de los límites de una cocina ó de un corral, enseña á *recoger*, á *conservar*, á *utilizar*, á *reparar* y á *embellecer*, es decir, todo ese conjunto de virtudes humanas, cuya reunión tiende á hacer la vida de la tierra tan dichosa como sea posible.

Esta ciencia tiene como auxiliares:

Para recoger, *el trabajo y la economía.*

Para conservar, *el orden y la propiedad.*

Para utilizar, *los diversos conocimientos adquiridos y las lecciones de la experiencia.*

Para reparar, *la industria y la actividad.*

Y en fin, para embellecer, *la enseñanza del buen gusto.*

¿No creis que si todas esas virtudes humanas, reinan en una familia, llevarán á ella la paz, la abundancia y la alegría?

Y si ellas encuentran allí la verdadera piedad católica, que consiste en la inocencia del alma conservada por los sacramentos; en la confianza filial en Dios, que

ve á la Providencia disponer los acontecimientos para el bien de todos; en la abnegación y el sacrificio que se olvida de sí para ayudar á los otros; en la bondad, en fin, que perdona las faltas y no ve los defectos; ¿no es cierto que la familia será, como se ha dicho muy bien, un reflejo del cielo?

Y si se os dijese que de vosotras, amables niñas, es de quien depende esto, ¿seríais tan soberbias é insensibles que no pusierais luego manos á la obra para comenzar al momento, vuestra importante vocación de dar la dicha?

*Misión de la mujer en la familia.*

*Sus cualidades.*

3. La dicha en la familia viene, en efecto, casi exclusivamente de la mujer á quien se confía el gobierno de aquel pequeño reino interior; los otros miembros llevan á él, de por fuera, los elementos del bienestar, pero sin su concurso, esos elementos quedarían estériles. "Ningun bien,

dice Fenelón, puede hacerse en la casa sin la mujer."

Ved cómo la consideraban los antiguos. Ella es, dicen, el *magistrado* que dicta las leyes y las hace observar. Si Dios le ha dado las gracias exteriores, es únicamente para hacer amable su autoridad. Ahora bien, la cualidad esencial de un magistrado es la ciencia y el buen juicio.

Ella debe hacer la ronda en su casa, como un *gobernador* en su castillo ó en su plaza, y no fiar á nadie este encargo; le es necesaria, pues, la vigilancia y el buen tino.

Debe pasar revista de las personas y de las cosas, como un *general* pasa revista de sus tropas; no consentir nada que no esté en su lugar y con la mayor propiedad. Necesario es por consiguiente, que posea en alto grado la inteligencia, el orden y el buen gusto.

Debe, cual *una reina*, elogiar y recompensar, reprochar y castigar, activar á todos con su ejemplo.

Como *una madre*, en fin, debe procu-

rar la alegría en todos y tener un minucioso cuidado por la salud de todos.

¿Qué prudencia, qué amabilidad, qué aptitud no le son necesarias?

¿No es verdad, niñas, que vuestra misión es muy bella? Pero vosotras no la llenaréis del todo sino con una sola condición: que seáis unas santas.

*Necesidad de la ciencia de la economía doméstica.*

4. Supuesto que el interior de la familia está confiado á la mujer, faltaría ella á una obligación esencial, si no se instruyese en los deberes que debe llenar. El conjunto de esos deberes es lo que forma *la ciencia de la economía doméstica.*

¿A quién sino á ella Dios hará sufrir un juicio terrible por haber sido causa, por su ignorancia ó su falta de orden, del empobrecimiento, de la ruina, ó aun del desarreglo de su familia?

Rara vez se llega á la pobreza solo por los acontecimientos; así, cuando veáis una

casa decaer de la posición que ocupaba, mirad bien al fondo y encontraréis allí, de ordinario, una de estas cuatro pasiones: la prodigalidad, la vanidad, la pasión del juego, ó en fin, el amor á las especulaciones.

Las dos primeras, la prodigalidad y la vanidad, vienen de la mujer; si ella es virtuosa y hábil (es necesaria la reunión de estas dos cualidades), puede á menudo remediar las otras dos.

La *habilidad* de que hablamos aquí, que no es más que la *instrucción unida al buen tino*, se debe adquirir.

La buena voluntad y la experiencia pueden muy bien á la larga, suplir el defecto de la instrucción; pero algunos principios sólidos y bien comprendidos, ayudan poderosamente á las lecciones siempre un poco rudas de la experiencia, y previenen muchos abusos que ignorados al principio, crecen y viniendo á hacerse imposibles de desarraigar, causan el tormento de la vida.

“Dirigios á vuestra madre, escribía una

dama á una joven á quien amaba, y rogadle por favor que os enseñe el arte tan difícil é importante de llevar una casa.

“Mientras que estéis á su lado, no reportaréis grave perjuicio por vuestra ignorancia; pero tiempo vendrá en que lamentaréis amargamente haber dejado escapar la ocasión preciosa de adquirir alguna experiencia.

*Nuestro objeto.*

5. Esta experiencia, en la proporción que sea posible á vuestra edad, es la que queremos daros con nuestro pequeño trabajo.

Somos incapaces de reemplazar las lecciones de vuestras madres, pero queremos prepararos á recibirlas, indicandoos algunos principios generales, cuyo desarrollo aprenderéis á su lado.

Estudiad bien esos principios; ellos os serán necesarios durante toda la vida.

No siempre seréis unas niñas; la gramática, la aritmética, la historia, la geo-

grafía, no tendrán ya entonces para vosotras, más que una vaga utilidad. La ciencia de la economía doméstica os ayudará todos los días á conducirnos con prudencia y sabiduría.

Esta ciencia es especialmente la vuestra; y es necesario que los estudios que miran á nuestra posición sean como nuestra casa, donde permanecemos todo el día, donde nos encerramos por la noche, y que los otros estudios literarios ó históricos sean como los jardines y las casas de nuestros amigos, donde vamos á pasar algunos ratos de solaz. Allí se pasea, se descansa, pero no se mora.

*Autoridades.*

6. Concluiremos este capítulo preliminar, transcribiendo algunas páginas que apoyarán nuestras palabras, sobre la necesidad del estudio de la economía doméstica.

Madama Campan, dando cuenta de la

educación que ella daba en su casa de Ecoeu, escribía en sus *Memorias*:

“Mis educandas, llegadas á la edad en que ya se comienza á juzgar, aprendían, porque las obligaba yo á ello, á arreglar y tener en orden todas sus cosas, á barrer sus aposentos y sus clases; y lejos de reprocharme las penitencias que habían podido afligirlas, cuando habían abandonado sus deberes, me daban las gracias más tarde por aquella saludable costumbre.

“Necesario es decirlo, sin embargo, los cuidados que exige la economía doméstica, no pueden ser adquiridos por la práctica en una casa de educación; allí no se puede más que demostrar su utilidad.

“Hacer sus camas, barrer sus aposentos y sus clases, aun servir la mesa, tales son, segun creo, las cosas á las que se puede obligar á las educandas; sus vestidos, su ropa blanca, todo debe ser hecho por ellas.

“Yo he procurado que mis jóvenes alumnas aprendan á lavar y á planchar, y aun he tenido durante un año el pen-

samiento de enseñarlas á conservar legumbres para el invierno, á hacer dulces y otras cosas. Pero pronto me arrepentía yo de confiar á sus planchas calientes y mal aseguradas, las delicadas muselinas y otros géneros, y sobre todo, á su inevitable gula, las frutas y el azúcar.”

Madama Julia Borde da consejos que suponen mucha experiencia. He aquí algunas líneas solamente:

“Es necesario que todo lo que tiene relación con los negocios domésticos sea para la mujer un objeto de instrucción; importa que conozca cómo se prepara una comida, de qué manera se hacen los honores de una mesa, qué precauciones conviene tomar para hacer las provisiones de una casa, á qué precio se pueden comprar los comestibles, y la cantidad necesaria para cierto número de personas.

“No es menos necesario conocer los procedimientos económicos, á fin de poder hacer por sí mismo, con poco gasto, cosas que cuestan muy caro, cuando son mandadas hacer.

“Se encontrarán tal vez algunas personas que por no degradarse sin duda, no querrán que sus señoritas se ocupen de todas esas cosas, creyéndolas muy inferiores á su rango. ¡Qué error! Los conocimientos que miran á la economía doméstica son tan necesarios en la educación de la mujer, como la lectura y la escritura.

“Muy importante sería, pues, que en las casas de educación de jóvenes señoritas, se ocupase algunas veces á las educandas, de la economía doméstica.

“El conocimiento usual y práctico de todo lo que concierne á la ciencia de la economía doméstica, es para las mujeres de *una necesidad absoluta*, escribía Madama Sirey.

“Una madre de familia debe saber hacer todo lo que tiene que ordenar.

“No hay posición social (la experiencia lo prueba), en que no tenga que hacer alguna vez su cocina, lavar y coser sus vestidos y su ropa blanca, asear sus aposentos.

“La naturaleza la ha hecho la proveedora, la instructora, la enfermera de los suyos.

“Su descuido ó su ignorancia de todos los detalles, de todos los deberes que únicamente hacen á las mujeres útiles, respetables, necesarias, es la prueba de una mala educación y de una alma poco elevada.”

Fenelon, á quien es necesario ocurrir, cuando se trata de la educación de las niñas, ha escrito:

“Formad el espíritu de la joven para las cosas que tenga que hacer toda su vida. Enseñadle la economía de la casa y los cuidados que es necesario tener con las rentas.

“Acostumbradla desde su infancia á gobernar, á hacer las cuentas de la casa, á ver el modo de hacer las compras, á saber cómo se debe hacer cada cosa para que sea más útil.”

Tales son las autoridades y otras muchas más que nos han sugerido la idea de nuestro trabajo; lo hemos emprendido

á ruego de sabias y prudentes directoras de casas de educación, persuadidas de que el mejor elogio para una de esas casas, sale de los labios de una madre que dice de su hija: Ya me puede reemplazar en mi casa.

*División de este trabajo.*

7. Supuesto que la ciencia de la economía doméstica consiste en procurar la utilidad y el bienestar de la familia, y que estas dos cosas, aunque dependientes y resultado la una de la otra, pueden estudiarse separadamente, ellas formarán la división de este tratado.

La utilidad se procura por el buen empleo y si es posible, por el aumento de las rentas, ó haber de la casa.

El bienestar se procura en general, por el orden, sin el cual, ningun goce es posible.

De aquí la división en dos partes:

Primera parte: *Administración y aumento de la renta en la familia.*

Segunda parte: *Bienestar en la familia.*

## PRIMERA PARTE.

### Administración y aumento de la renta en la familia.

Esta primera parte se compondrá de algunas reglas, cuya exposición abrazará casi todos los detalles necesarios á la administración interior de la casa.

#### PRIMERA REGLA.

*Conocer bien la renta y arreglar el gasto segun el total.*

8. Esta es la sabia precaución que toma en el Evangelio aquel hombre prudente que quiere edificar una casa y que merece los elogios de Jesucristo.

“Se sienta, dice San Lucas, y mira á ver si tiene los recursos suficientes para

á ruego de sabias y prudentes directoras de casas de educación, persuadidas de que el mejor elogio para una de esas casas, sale de los labios de una madre que dice de su hija: Ya me puede reemplazar en mi casa.

*División de este trabajo.*

7. Supuesto que la ciencia de la economía doméstica consiste en procurar la utilidad y el bienestar de la familia, y que estas dos cosas, aunque dependientes y resultado la una de la otra, pueden estudiarse separadamente, ellas formarán la división de este tratado.

La utilidad se procura por el buen empleo y si es posible, por el aumento de las rentas, ó haber de la casa.

El bienestar se procura en general, por el orden, sin el cual, ningun goce es posible.

De aquí la división en dos partes:

Primera parte: *Administración y aumento de la renta en la familia.*

Segunda parte: *Bienestar en la familia.*

## PRIMERA PARTE.

### Administración y aumento de la renta en la familia.

Esta primera parte se compondrá de algunas reglas, cuya exposición abrazará casi todos los detalles necesarios á la administración interior de la casa.

#### PRIMERA REGLA.

*Conocer bien la renta y arreglar el gasto segun el total.*

8. Esta es la sabia precaución que toma en el Evangelio aquel hombre prudente que quiere edificar una casa y que merece los elogios de Jesucristo.

“Se sienta, dice San Lucas, y mira á ver si tiene los recursos suficientes para

terminar el edificio que quiere comenzar, por temor de que no pudiendo acabarlo, despues de haber echado los cimientos quede en el ridículo."

Así, pues, el primer mueble que debe procurarse, aun cuando no se trate más que de sí misma, es un libro de cuentas en el cual inscriba sus rentas en primer lugar, despues sus entradas y sus gastos, y cuyo libro venga á ser el regulador de la vida material. (\*)

Pero tened cuidado al calcular vuestras rentas, de no dejaros alucinar por la esperanza de ser más rica.

No contéis como cosa que ya os pertenece aquello que solo se funda en un *puede ser*; arreglad vuestros gastos segun lo que en realidad *tenéis*, y no segun lo que *esperáis tener*.

Y sobre la página en que debéis hacer

(\*) El libro de las entradas y de los gastos se llama en lengua técnica *presupuesto*. No os asustéis por esta palabra; el presupuesto doméstico nada tiene de comun con la partida doble de los libros de comercio.

La explicacion de esto la hallaréis al fin de esta primera regla.

el asiento de esos gastos, escribid, como encabezamiento, para tenerlos siempre presentes, aquellos preceptos del libro que no engaña, el Evangelio:

"Atesorad vuestras riquezas en el cielo, donde ni la polilla ni el gusano las destruye; donde los ladrones no las pueden robar."

"Buscad, en primer lugar el reino de Dios y todo lo demás se os dará por añadidura."

Y aquellos otros axiomas, fruto de la experiencia:

"Hay algo más esencial que lo que causa placer, lo que es necesario."

"El verdadero medio de ser rico y de poder ser caritativo, es saber pasársela sin aquello que falta."

"Para no ser pobre es necesario gastar algo menos de lo que se tiene."

### *La parte de los pobres.*

9. Cuando ya sepáis el haber con que contáis para vuestros gastos, en un año,

ó en un mes, ó en una semana, comenzad por señalar la parte que corresponde á los pobres, que es la del buen Dios.

El que ellos sean servidos los primeros, es poder contar con que las bendiciones del cielo caerán abundantes sobre lo demás.

Que esta parte sea bien amplia: nunca llegaréis á pobre por haber dado limosna. Proponéos, como dije antes, dar tanto por semana, ó tanto por mes, y que ese dinero sea sagrado para vosotras.

Habrà circunstancias tal vez, en que esa parte no será suficiente; sois libres para aumentarla, cercenando de aquello que os está destinado, pero no para disminuirla.

*Dar á los pobres, se ha dicho, es prestarle á Dios, y cada vez que el mendigo que recibe vuestra limosna os dice, aunque sea por costumbre: ¡Dios os lo pague!* estad seguras que Dios suscribe ese compromiso de uno de sus hijos.

*División de las rentas.—No pasar de ellas.*

10. Una vez bien determinada la parte de los pobres,

1º Dividid exactamente vuestro haber y ved, de aquello que os queda, cuánto podeis gastar, cada mes, cada semana ó cada día; segun este cálculo, fijad la cantidad que podéis gastar en habitación, en alimentos, en vestidos, y tened cuidado de no traspasarla.

Si vuestras rentas fijas no son suficientes para cubrir vuestras necesidades, trabajad. “Una persona no es pobre, dice un economista, porque no tiene nada, sino porque no trabaja.”

El trabajo alimenta y sostiene al que lo hace con asiduidad, y además, destruye el amor al lujo y hace amar el interior de la casa, donde se vive tan económicamente cuanto se quiere.

*El trabajo.—Las deudas.*

11. Queremos suponeros al abrigo de las necesidades y aun en cierta comodi-

dad y descanso; esta será una razón para que este consejo de trabajar no sea para vosotras.

Tened cuidado: si no tenéis necesidad de trabajar para vivir actualmente, si tenéis de él necesidad *para ocuparos*, para no dejaros devorar por el fastidio, invadir por la maledicencia y dominar por la sensualidad.

Cuando el ángel del trabajo es lanzado, ó por lo menos abandonado, es el demonio de la ociosidad, y de la fantasía quien ocupa su lugar; y la ociosidad y la fantasía arruinan á las familias más opulentas.

Tenéis necesidad de trabajar para obedecer al precepto de Dios que quiere que toda creatura trabaje.

Tenéis, en fin, necesidad del trabajo, *para no caer en la miseria.*

Sin duda que habrá quien trabaje y reuna lo necesario para vosotras, y nosotros no os consideramos por ahora, sino como encargadas de la conservación de una renta que se os suministra; pero si

perdéis el amor al trabajo, perdeis la vigilancia, la exactitud, el amor al orden que os son tan necesarios.

Dejaréis así *algunos vacíos* introducirse en vuestra casa, y para cubrir *esos huecos* recurriréis á los préstamos y á las deudas.

¡Desgraciadas de vosotras entonces!

Viene á nuestra memoria una madre de familia, moribunda, que en sus últimos momentos daba este último consejo como el más importante de todos: *¡Al menos, hija mía, que no haya deudas!*

Nada entristece más la vida, nada, nada destruye más la alegría y arruina insensiblemente, como las deudas.

12. Y esto es sin embargo, en lo que vienen á parar las personas que desprecian esa regla tan sencilla y tan elemental, de la división precisa y escrupulosa de las rentas, y que no saben limitarse para no traspasarlas.

No hagáis, pues, adquisición alguna, por insignificante que sea, sin saber bien

si podéis hacerla con las rentas que tenéis. Esperad, economizad, calculad.

Obligaos estrictamente, *al fin de cada mes*, no me atrevo á decir *al fin de cada semana*, á poner en regla vuestras cuentas, á practicar la balanza de vuestras entradas y de vuestros gastos, para deteneros á tiempo, sobre una pendiente tan resbaladiza, como la de las necesidades facticias ó de los atractivos de la vanidad.

Si apercibís un déficit ó una deuda, no dilatéis ni tengáis descanso, hasta no haberla cubierto. Os diremos despues, cómo puede hacerse esto.

Una deuda en la economía doméstica, es como un desgarrón en un vestido: va haciéndose más grande si no se le repara inmediatamente.

*Apartar una cantidad fija de antemano.*

13. 2º Velad no sólo en no traspasar vuestras rentas, sino tambien en buscar el medio de apartar, cada año ó cada mes, una pequeña suma.

Esta es la parte que debe subvenir á los accidentes imprevistos, á las enfermedades algo largas, á las pérdidas de los bienes ó del dinero.

Esta es tambien la parte que proporciona los goces íntimos del alma y del corazón, que es necesario no ver con indiferencia en una familia.

“Si alguno quiere, dice Bacón, ponerse á nivel en sus negocios, su gasto habitual no debe pasar de la mitad de sus rentas, y si quiere llegar á ser rico, no debe pasar de la tercera parte.”

Esto es algo exigente, y yo no quiero que vayais hasta allá; pero sí desearia que en un rincón de vuestra caja hubiese una bolsita oculta que llenarais lo más que pudieseis, cercenando de algunos objetos de fantasía y de puro lujo, segun os lo permitiese vuestra posición, y cuya privación no turbara, ni vuestro sueño de en la noche, ni vuestro buen humor del día.

No me fijaré aquí ni insistiré, sobre las desgracias que suelen ocurrir, las quiebras que de improviso vienen sobre la

economía doméstica, y destruyen todo el bienestar de una casa, si no hay alguna reserva para hacer frente á las necesidades primeras; ni sobre los gastos ocasionados por una larga enfermedad, que impide el aumento de la renta que proporciona el trabajo, y absorbe una gran parte de los recursos ordinarios.

Estas reflexiones serían menos comprendidas á vuestra edad; pero ¿no es cierto que hay momentos en la vida en que es necesario mostrarse más generoso?

*Utilidad de la suma apartada.*

14. Cuán dichoso se considera uno con tener algunos ahorros y poder sacar de allí con amplitud, sin que nadie, en torno nuestro sufra por ello, gastando de ese fondo reunido con nuestras ligeras privaciones, cuando se trata por ejemplo, de una buena obra imprevista que salva el honor, la libertad, y algunas veces la vida á una familia, y obliga hacia nosotros, para siempre, algunos corazones agrade-

cidos; ó cuando se trata de un placer inocente que se presenta y nos deja gratos recuerdos de alegría; ó de un viaje por largo tiempo soñado y que arroja una deliciosa variedad en la monotonía de la vida; ó de recibir á aquellos antiguos amigos de otro tiempo, que se detienen en la casa tanto cuanto ellos quieren permanecer y cuya presencia regocija el corazón; ó ya, en fin, si se trata de un precioso ó útil regalo hecho á un miembro de la familia que hacía tiempo lo deseaba y que no podía adquirirlo: tal puede ser un vestido conveniente para una anciana pariente; un cómodo sillón para el abuelo enfermo; unas flores exquisitas, ó un cuadro de buen gusto y de valor para un hermano ó una amiga que nos aman.

Ahorrar algo para tener estos goces del alma, no es privarse de algo, sino procurar la dicha; y vosotras podéis decir cada vez que aumentéis vuestro peculio de reserva: Esto es para comprar la dicha.

*Medios de cubrir el déficit.*

15. 3º Aprended á restablecer el equilibrio entre vuestras entradas y vuestros gastos, cuando notáis un déficit.

Así como la parte de los pobres, también la parte de los goces íntimos debe ser sagrada y no servir fuera de su destino, más que para cubrir los vacíos que una enfermedad, ó una pérdida dejaría en el presupuesto.

Pero hay momentos en que el dinero puesto de reserva, puede no ser suficiente para cubrir esos vacíos; entonces poned en práctica el recurso de los cercenamientos.

¡Oh! este arte de los cercenamientos es admirable cuando es practicado con el corazón. Una vez que se le ensaya, se ve que es bastante en todo y por todo.

Ved, en primer lugar, con mucha claridad vuestra posición y repartid proporcionalmente, en todos los ramos, las economías que podáis introducir en ellos de

manera que podáis decir: *En todo este mes me pondré al corriente;* despues, manos á la obra.

No cercenéis sobre la cantidad de los alimentos, sino sobre su cualidad, que puede ser siempre buena, dejando de ser exquisita. Con hacer uso, durante algunos días por semana, de viandas ordinarias, pronto se verifica una verdadera economía.

Además, ¿no hay muchas superfluidades en la mesa, que solo pertenecen al sazón y al gusto, ó bien á los postres, que solo sirven para sobreexcitar el gusto sin procurar la nutrición? Cercenadlas sin piedad, para no dejarlas aparecer sino en las grandes fiestas. El vino ordinario y del país es menos caro y más útil á la salud que los vinos extranjeros, y las pastelerías no hacen más que sobrecargar el estómago.

¿No hay tambien muchas *superfluidades en el tocador*, tales como las esencias finas, los perfumes de precio subido, que serían ventajosamente reemplazadas por

el vinagre ordinario y las plantas aromáticas de los campos?

¿No hay tambien *superfluidades de vanidad literaria*, tales como las suscripciones á las obras fútiles, á los periódicos, ó á los diarios de modas, que apenas se leen y que á menudo se reciben solo por hacer de ello alarde?

Dejad esas suscripciones por seis meses y tendréis una verdadera economía de tiempo y de dinero.

¿No hay *superfluidades aún en el trabajo*? En lugar de poner os á hacer un lujoso bordado, unos adornos, ó un vistoso tejido que os dejaría llenas de ilusiones y de vanidad, tomad la ropa para remendarla, cortad y haced vosotras mismas vuestros vestidos; así economizáis el dinero que pagáis á una costurera y quedaréis al menos, contenta de vuestro trabajo.

16. Sabed esperar un mes más para procuraros un mueble ó un objeto de tocador, sin el que os habéis pasado un año. Este es un punto importante para los gas-

tos que no son obligatorios, saber ganar el tiempo.

Llevad todavía un mes más ese vestido que ya teniais propósito de dejar porque ya está algo desteñido, ó porque ha pasado la moda, y que alguna ligera compostura lo pondrá servible.

Permaneced un poco más en vuestra casa, y ahorraréis los gastos de tocador que exigen las tertulias á las que concurriréis impulsada por la vanidad, y de las que saldréis acompañada del despecho y de los remordimientos.

Ved poco las cosas bellas, de lujo y atractivas, para desearlas poco, y procurad estar seriamente ocupada, para no dar lugar á vuestra imaginación de crearos necesidades facticias.

En resumen, no cercenemos de lo necesario, sino de lo superfluo; y siempre que se quiere, se encuentra algo superfluo en torno de sí.

Y si alguna vez nos vemos obligados á quitar algo aun de lo necesario, ¡oh! tratemos de ocultar el mayor tiempo posible

esta dura necesidad, á las personas á quienes amamos.

Suframos doblemente, si fuere necesario, porque ellas no sufran.

¡Se vive tan bien con poco cuando es uno abnegado!

17. ¿Es necesario ir más allá é indicar, para cubrir ese déficit el trabajo que sea necesario emprender para ganar el dinero?

¡Ay! existe más de una casa tranquila y con comodidad en la apariencia y obligada á cierta representación en la sociedad, que no puede sostenerse con los recursos que le suministran, cada mes ó cada año, uno ó dos miembros de la familia.

Entonces, pobre mujer, á vos es á quien corresponde el imponeros, todos los días y algunas veces aun por las noches, algunas horas de trabajo serio, asiduo, penoso, para poder aumentar algunas monedas más al presupuesto insuficiente.

Velar, trabajar, gastar la vista, esto es nada para la abnegación, y aun bajo la inspiración del corazón, el trabajo parece

multiplicarse y viene, en cierta manera, á ser más agradable.

Pero *vender ese trabajo*, ¡oh! ¡esto es bien duro!

Es necesario pasar por ciertas pruebas para comprenderlo; es necesario haber sentido enrojecerse el rostro al veros obligadas á ofrecer el producto de largas semanas de desvelo, á un indiferente comprador, que con desdeñosa sonrisa sobre los labios, parece deciros, al ofrecer una módica suma: "¿Una gran señora como vos, tiene necesidad de tanto dinero?"

Todavía si esto no fuese más que duro, y, permitid la expresión que no es cristiana, porque la pobreza nunca humilla, si esto no fuese más que humillante! pero es tan difícil encontrar un comprador, y un comprador discreto!

Oh hijas mías, si alguna vez el buen Dios os sujeta á tales pruebas, dejad, dejad á vuestro corazón, trayendo el recuerdo de vuestros años juveniles, que vaya á pedir un consejo ó un consuelo á vuestras maestras, que harán más que lo que

puede hacer una madre por venir en vuestra ayuda.

Y en ese colegio, en esa casa de vuestra educación, no habrá un corazón que os sea adicto, á quien vengáis á confiar las penas de vuestro corazón?

Si el buen Dios aún no ha llamado al cielo á aquel sacerdote amigo de vuestra alma, id á confiárselas á él.

Mientras que fuisteis dichosa, él os permitió que lo olvidaseis; pero ahora que a desgracia ha venido sobre vosotras, él se acordará, estad segura de ello, que por largo tiempo lo llamasteis *padre mío*.

#### *Nota sobre el presupuesto doméstico.*

Dos cuadernos son para esto bastantes; procuraremos simplificarlos lo más que se pueda.

#### I.

El primer cuaderno llamado *diario*, recibe día por día los asientos de todas las entradas de dinero y de los gastos hechos. Este libro puede comenzar á usarse des-

de el colegio para acostumbraros á llevar cuenta del empleo de vuestro dinero. Ved aquí el modelo.

Fechas.	Entradas.	DETALLES.	Gastos parados.	Gastos sin pagar.
<b>1887</b>				
Enero				
1	\$300 00	Existencia en caja del mes de Diciembre..	„ „ „ „	„ „ „ „
„	„ „	Limosnas dadas.....	3 00	„ „
2	„ „	Dado á la cocinera....	5 00	„ „
„	„ „	Un vestido comprado	„ „	10 50
3	30 50	Recibido del Sr. D. N. por.....	„ „	„ „
3	„ „	Pagado por el vestido del día 2.....	10 50	„ „

Este diario debe llenarse cada noche en lo que corresponde á su fecha, ó mejor si es posible, en el instante en que se hace el gasto. Así aconsejamos que se tenga este libro siempre abierto sobre la mesa del aposento, para que su presencia nos recuerde que tenemos algo que escribir en él.

El diario no debe expresar mayores detalles. Así la cocinera podrá tener su libro aparte, en que se hagan constar los precios de los diversos artículos. Basta escribir en el diario: *A la cocinera, tanto...* cada vez que se le dé á su cuenta.

## II.

El segundo cuaderno que puede llamarse *cuaderno de estados*, es un poco más complicado, pero no ofrece, sin embargo, grandes dificultades en la práctica.

Debe contener: 1º Un estado que manifieste las rentas anuales ó mensuales, fijas ó eventuales, que percibimos, con expresión de su procedencia y la fecha en que son pagadas. Este estado puede hacerse sólo para un año ó para muchos, y se le llamará: *Estado de mis rentas*.

2º Un estado que se llamará: *Estado de cargos* y en él se hacen constar con todos sus detalles y expresión de fechas, todos los cargos que vienen sobre nuestras rentas, como son, contribuciones, al-

quileres de casa, sueldos de los domésticos, intereses ó réditos que pagar. Y también puede hacerse este estado para uno ó para varios años, según convenga.

3º Un *estado general de gastos*, que viene á ser el resúmen del *diario* y del *estado de cargos*, no demanda más que doce páginas por año y una media hora, cuando más, al mes; en él se arregla bien el gasto según la renta, y se ve, sobre todo, qué gasto se puede modificar ó cercenar para restablecer el equilibrio. He aquí el modelo.

Estado general de gastos.						
Fechas.	Alimen- tos.	Casa.	Gastos impre- vistos.	Gastos.	Para mí	Para N.
1897						
Ener.						
1	\$5 37	35 00		2 50		15 50
2	4 12		7 00		10 00	
3	6 00			5 00		

Este estado no debe contener detalles puesto que, como ya se dijo, no es más que el resumen del *diario* y del *Estado de cargos*, en los cuales se encuentran los que se deseen.

En la columna de *alimentos* se escribe todo lo que se sirve en la mesa, ya sean compras por mayor ó al menudeo, sobre todo, cuando han sido extraordinarias con motivo de una visita ó de una fiesta.

En la de *casa*, el alquiler, contribuciones, combustible, alumbrado, propinas de los domésticos, gastos de aseo, y todo lo concerniente á la casa.

En las de *gastos imprevistos*, Médico, botica, reparación ó reposición de muebles, gastos de correspondencia.

En la de *gustos*, dinero dado á los pobres, á las iglesias, compras de objetos de lujo, suscripciones á los periódicos, música, viajes y otros.

*Para mí*, vestidos, calzado, objetos de tocador, etc.

Cuando se tiene la dicha de tener á cargo á algun pariente, ó amigo, ó á alguna

familia que nuestros recursos nos permiten sostener, ó pagar una pensión por alguno, ó hacer alguna clase de gastos por otro, estos se asentarán en las últimas columnas bajo el título de: *Por N.*

Todo lo que acabamos de indicar en esta nota, es en realidad más difícil de leer que de ejecutar; una vez preparados los cuadernos, es increíble el interés que tomaréis en llenarlos con vuestros detalles.

Y este orden que de hecho es todo exterior, pasa poco á poco al interior; se acostumbra uno á arreglar su conciencia y su vida moral, como se arreglan los gastos y la vida material.

## SEGUNDA REGLA.

*Saber comprar y comprar cada cosa á su tiempo.*

I.

COMPRAR.

18. El comprar exige tino, discernimiento, talento de observación, paciencia y un poco de fortuna.

Este estado no debe contener detalles puesto que, como ya se dijo, no es más que el resumen del *diario* y del *Estado de cargos*, en los cuales se encuentran los que se deseen.

En la columna de *alimentos* se escribe todo lo que se sirve en la mesa, ya sean compras por mayor ó al menudeo, sobre todo, cuando han sido extraordinarias con motivo de una visita ó de una fiesta.

En la de *casa*, el alquiler, contribuciones, combustible, alumbrado, propinas de los domésticos, gastos de aseo, y todo lo concerniente á la casa.

En las de *gastos imprevistos*, Médico, botica, reparación ó reposición de muebles, gastos de correspondencia.

En la de *gustos*, dinero dado á los pobres, á las iglesias, compras de objetos de lujo, suscripciones á los periódicos, música, viajes y otros.

*Para mí*, vestidos, calzado, objetos de tocador, etc.

Cuando se tiene la dicha de tener á cargo á algun pariente, ó amigo, ó á alguna

familia que nuestros recursos nos permiten sostener, ó pagar una pensión por alguno, ó hacer alguna clase de gastos por otro, estos se asentarán en las últimas columnas bajo el título de: *Por N.*

Todo lo que acabamos de indicar en esta nota, es en realidad más difícil de leer que de ejecutar; una vez preparados los cuadernos, es increíble el interés que tomaréis en llenarlos con vuestros detalles.

Y este orden que de hecho es todo exterior, pasa poco á poco al interior; se acostumbra uno á arreglar su conciencia y su vida moral, como se arreglan los gastos y la vida material.

## SEGUNDA REGLA.

*Saber comprar y comprar cada cosa á su tiempo.*

I.

COMPRAR.

18. El comprar exige tino, discernimiento, talento de observación, paciencia y un poco de fortuna.

Se ve por esto que no es una ciencia fácil.

Sin el desarrollo de las cualidades que acabamos de indicar, debemos simplemente decir, que el saber comprar consiste en el conocimiento de la calidad y del precio de las cosas.

Esta ciencia no puede ser adquirida, sino lentamente por las lecciones de la experiencia; por esto aprobamos mucho la conducta de algunas madres de familia, que yendo por sí mismas á hacer su mercado con la criada, llevan consigo á su hija para iniciarla en el mecanismo de las compras, acostumbrarla á la charlatanería de los vendedores, é instruirla en el arte de no dejarse engañar de ellos. \*

\* Yo conozco un pensionado donde las más grandes alumnas, en el año último, asisten, acompañadas de sus maestras, á las diversas compras que se hacen por mayor en la casa; son llevadas á los lavaderos y á las costureras para que sean testigos y aprendan la manera cómo se lava y blanquea la ropa, cómo se repasa, se arregla y pone en orden, para que conozcan la calidad de los géneros y sepan distinguir las telas; y en fin, por modo de recreación y recompensa, van algunas veces á la cocina á preparar para sus compañeras una pequeña colación.

¿ES NECESARIO REGATEAR?

19. Regularmente se dice como en tono de queja, que las mujeres regatean; pero ciertamente, á ello se ven obligadas, á causa de la mala fe de los vendedores.

Sin embargo, se regatearía menos, si se estuviese más al corriente de la calidad y del valor de los objetos que se quieren comprar.

¿Queréis que el vendedor no os entregue mucho tiempo? hacedle una oferta razonable, resistid políticamente á sus instancias, y despues idos á otra parte.

El vendedor, de ordinario tiene muy fino conocimiento; desde luego ve si tie-

Este último ejercicio es verdad que no les enseña lo suficiente de la economía, pero las acostumbra al menos á no temer al calor del fuego, ni avergonzarse por el toco delantal, y les enseña el uso y el precio de una multitud de cosas que les eran desconocidas.

Hemos visto algunas jóvenes ya grandes, que habián tenido en sus colegios los premios de historia universal y de física, y no sabían hacer una simple infusión de té ó de otra cosa, y que se admiraron al saber que la crema llevaba huevo. — *Nota del autor.*

Se ve por esto que no es útil... no hacen más que fatigarlos y alejarlos de...

ne que habérselas con una novicia ó con alguna que ya entiende de compras; sólo vuestro modo de pedirle, de examinar la mercancía, de escogerla, lo pone al corriente de vuestra pericia, y si él observa que no sois de las que se están ensayando, si os mostráis ingenua y atenta, tratará menos de engañaros que á otra.

Desde luego conocerá también en vuestro aire, en vuestro lenguaje, sobre todo, si tiene que habérselas con una de esas mujeres ignorantes y maniacas, que acostumbran y tienen necesidad de regatearlo todo; á cualquier precio que sea, que no están satisfechas de nada, que tienen la costumbre de examinarlo todo, de hacer que se les muestre todo, y que regularmente no vienen al mostrador, sino por pasatiempo. Muy raro será que no seáis engañada en este caso.

O tenéis necesidad de comprar, ó no. Si lo primero, procurad de antemano informaros y conocer bien lo que queréis. Si no tenéis necesidad de comprar, ¿á qué váis entonces al mercado ó á casa de un

comerciante? A fastidiarlo y á gastar mal vuestro dinero.

#### CASAS DE PRECIOS FIJOS.

20. Las casas de precios fijos simplifican mucho las compras, este es un verdadero progreso; pero es necesario fijar bien la atención en los efectos que venden.

Esos almacenes de precio uniforme, esos bazares que no tienen más que dos ó tres precios para todas sus mercancías, son espectáculos deslumbrantes de variedad y tientan fácilmente; es muy raro que allí no se engañe. Ningun objeto, cualquiera que sea su apariencia, vale más de la suma fijada; las dos terceras partes valen menos, y con mayor comodidad podrían comprarse en otra parte.

En cuanto os sea posible, dirigíos á las casas conocidas y mejor provistas; allí no pagaréis muy caro lo que queréis, y lo que allí compraréis será de mejor calidad.

Antes de ocurrir á los proveedores titulados, ensayad lo que os ofrecen aque-

llos que están más á vuestro alcance; pero una vez hecha vuestra elección, no cambiéis sino rara vez.

Las buenas casas tienen ya sentada su reputación y sus prácticas propias.

Pagad al contado ó en plazos fijos, dos ó tres veces por año: seréis así mejor servidas y os costará menos.

Los comerciantes saben bien, estad seguras de ello, cargar á los efectos que venden, el interes del dinero que no se les paga inmediatamente.

La misma regla puede darse para los obreros si queréis ser servidas. Una costurera, por ejemplo, no os hará esperar vuestros vestidos más allá del día fijado, si sabe que su dinero está pronto y le será remitido luego en cambio de su trabajo.

Elegid siempre los almacenes ó mercados que estén más cercanos á vuestra casa, aun cuando tengáis que pagar algunos centavos más: así economizaréis el tiempo, y hay veces en que el tiempo es más precioso que el dinero, evitáis á vuestros criados largos viajes que repetidos,

no hacen más que fatigarlos, y alejáis de ellos la ocasión de contraer amistades y conocimientos que suelen serles funestos, y que son favorecidos por el largo trayecto por las mismas calles y á las mismas horas. Qué bueno sería si desde vuestra ventana pudieseis siempre seguirlos con la vista.

#### LOS COMERCIANTES EN PEQUEÑO.

21. Al recomendar los ricos y bien provistos almacenes, no hemos querido hablar sino de las compras por mayor de las provisiones para el menaje de la casa, de los objetos de lujo ó de otras cosas de importancia que no se encuentran donde quiera; pero para pequeños antojos, para las cosas que se ofrecen del momento, para muchos objetos minuciosos que se necesitan con frecuencia: agujas, alfileres, hilo, seda, cordón, ¿no sería un acto de beneficencia comprarlos á esos comerciantes en pequeño, que tienen sus pequeñas tiendas en todas las calles, ó que

extienden sus puestos en las plazas y en las esquinas, ó que pasan por vuestra puerta, llevando consigo toda su fortuna?

El centavo que les hagáis ganar los hará felices sin empobreceros; lo recibirán santiguándose con él, si fuere el primero en su venta del día, y tal vez, si la hora fuere ya avanzada, os dirán dandoos las gracias: voy á comprar pan.

Además, los centavos que damos á ganar á esos honrados comerciantes en pequeño, son las migajas de nuestra fortuna que el buen Dios nos manda dejar caer en el camino para los pobres viajeros.

## II.

COMPRAR CADA COSA Á SU TIEMPO.  
LAS PROVISIONES.

22. Saber comprar cada cosa á su tiempo no puede ser más que el resultado de la experiencia, y viene á ser una fuente fecunda de economía.

*Provisión es profusión*, dice un proverbio, y la casa que no tiene provisiones,

corre riesgo, á cada instante, de faltarle todo.

Lo que es muy necesario antes que todo, es el conocimiento de las cosas que se conservan sin deteriorarse y de aquellas que no se deben comprar, sino cada vez que de ellas se tiene necesidad.

COMPRAR DE PRIMERA MANO.

23. Una vez adquirido aquel conocimiento, debéis,

1º Comprar en junto todo aquello que necesitáis, para tener provisión suficiente, y comprarlo de primera mano. A más de la comodidad de tener á la mano todo lo que necesitáis, tenéis la utilidad ó ganancia que habrían tenido los comerciantes de segunda mano que os lo hubieran revendido.

Siempre hay pérdida en comprar por menor, ó al menudeo.

La provisión de leña, carbón, legumbres, frutas, tienen cada una su tiempo; necesario es conocerlo.

24. 2º Debéis siempre comprar lo que es bueno; aunque lo paguéis más caro, se gasta menos, porque os sirve y dura más tiempo.

Desconfiad al principio de todo aquello que se os ofrece á muy bajo precio, y que no os es útil por el momento. Nada arruina como estas buenas ocasiones, aun suponiendo que lo que compráis sea bueno, (cosa muy rara, porque una buena compra solo se obtiene ó por la materia, ó por la clase del trabajo, ó por la solidez de la obra), siempre perdéis.

En efecto, ó esos objetos de que ahora no tenéis necesidad nunca os llegarán á servir, ó ya estarán muy deteriorados y poco útiles cuando llegue el tiempo de usarlos; en todo caso habréis hecho un gasto infructuoso del dinero que podríais haber empleado mejor.

Aplicad esta misma regla á las provisiones de boca; no compréis lo que es ex-

quisito, sino siempre lo que realmente es bueno, y alguna vez lo que es mejor.

Cuando un manjar es de mala calidad, se desprecia y se desperdicia en vez de comerlo, con la esperanza de que el siguiente será mejor.

Por esto os llegará á suceder, á vosotras las que estéis encargadas de las compras en la casa de un avaro ó aun en vuestra familia, que por una provisión mal hecha, ó por una compra que desagrada, se os empezará á ver mal, no se os estimará despues, y por último, se os quitará todo afecto y respeto.

Hay un axioma que parece un chiste, pero sin embargo, es una verdad y dice: *Por el estómago se dirige casi la totalidad de las gentes.* No lo olvidéis; evitad al menos que aquellos que de vosotras dependen, se quejen de los alimentos.

25. 3º Debéis tambien saber elegir la época favorable para vender, ya lo que

coseháis, ya lo que vuestros productos suministran sobreabundantemente. Así como es bueno tener proveedores titulados para comprar, tened también, si es posible, compradores que puedan fiarse de vuestra legalidad, y con quienes podáis contar para el pago.

Pero en las ventas como en las compras, procurando en primer lugar vuestra utilidad, dejad á los negociantes, cuya vida es toda de inquietud y proyectos, esas combinaciones y esos semiengaños que con frecuencia tienen mucha relación con la injusticia.

Nuestro objeto no debe ser el comercio, no queremos precisamente enriquecernos, sino establecer en torno nuestro, por el orden, el trabajo y la economía, la tranquilidad, la paz y la comodidad, que hacen la dicha en la familia.

No debemos querer acumular riquezas que frecuentemente solo sirven para tormento, sino tener bastante para dar y hacer el bien y no bastante para causar envidia y obrar el mal.

*ó residuos. v hacen servir una misma cosa*

MANÍA DE COMPRAR.

26. 4º Debemos precavernos, en fin, de la manía de comprar, la cual viene á ser una verdadera pasión.

Para esto no concurramos, ni aun sólo por ver, á los remates ó subastas, ni á los aparadores que los comerciantes ponen al paso, ni á esos bazares que ofrecen una libre entrada y un mostrador cubierto de objetos brillantes y atractivos; correremos allí mucho peligro de ceder á la tentación y comprar cosas que al día siguiente nos estorbarían.

Allí tal vez pondríamos en ejercicio la manía por las colecciones, las curiosidades ó las bagatelas, que con frecuencia es tan dispendiosa como ridícula.

Hay algunas mujeres que tienen en su aposento, sobre elegantes y vistosos aparadores, ó en algunos cajones ó mesas, verdaderos almacenes de inutilidades, digamos mejor, de ridiculeces.

Esos objetos preciosos de la China, estas porcelanas transparentes, aquellas ma-

ravillas delicadas del arte, ante las cuales es necesario contener el aliento por miedo de romperlas, parece que no están allí, sino para provocar el fastidio de la que las posee, y la sonrisa de los que las ven.

¿Y cómo han podido llenarse de tantos estorbos?

Han salido á la calle con la recta y firme resolución de no comprar nada; han estado seguras de sí mismas, y al aproximarse á los aparadores y al entrar en los almacenes, se han despertado dos pasiones que reposaban silenciosas: la curiosidad primero, el antojo y capricho después; en seguida han comprado.

¡Oh! si escribiésemos un curso de moral, cuántas cosas tendríamos que decir sobre estas tiránicas inclinaciones!

Jóvenes niñas, tened mucho cuidado con la curiosidad y los antojos.

PRECAUCIONES.

27. Concluyamos con algunas advertencias que completarán esta segunda regla.

ó *residuos*. y hacen servir una misma cosa

1<sup>o</sup> No desconfiéis de nadie, pero tomad precauciones con todo el mundo.

No penséis que se os quiere engañar, pero sí pensad que se os puede engañar.

Llevad bien las cuentas á vuestros criados, y á vuestros proveedores cuyos apuntes debéis tener con cuidado.

Tened siempre en vuestra casa balanzas, medidas y pesas, para aseguraros de que se os trae lo que pedís y de que no pagáis sino lo que se os trae.

COMPRAR POR SÍ MISMA.

28. 2<sup>o</sup> Comprad por vosotras mismas. No compréis por medio de otros, sino cuando no lo podáis vosotras hacer; así quedaréis más contentas y sabréis lo que mejor os conviene.

Para fiarse de otros en las compras es necesario estar seguras de dos cosas bien raras: *la fidelidad y la habilidad*.

Una cocinera, por ejemplo, no comprará más que lo que ella sabe guisar, ó lo

que le dé menos trabajo preparar, ó tal vez lo que á ella le guste de antemano.

Despues hablaremos de la fidelidad. La habilidad es tal vez más rara que la fidelidad.

Pocas personas son capaces de no dejarse alucinar por las palabras de un comerciante, por sus exagerados cumplimientos, por sus mentiras dichas con calma imperturbable.

Pocas personas son capaces de descubrir, bajo la bella apariencia de un objeto, los defectos ocultos que disminuyen su valor; el arte de la falsificación ha llegado á adquirir en nuestros días proporciones admirables.

UTILIZAR LOS RESIDUOS.

29. 3º Un talento muy particular para reducir las compras y por consiguiente los gastos, es el de ciertas mujeres amas de llaves ó ecónomas, que saben aprovechar lo que se llama vulgarmente *sobras*

ó *residuos*, y hacen servir una misma cosa bajo dos aspectos distintos.

Así lo que sobra de una comida, es presentado bajo otra forma distinta, con un nuevo aderezo, y ofrece un nuevo plato.

Un vestido ya usado y que por estar fuera de la moda ya casi no sirve, se transforma bajo una mano hábil, y sirve aún algun tiempo bajo su nuevo aspecto.

Así tambien entre muchos objetos de la misma naturaleza, y que ya están incapaces de servicio, se escogen algunos restos que están buenos, y con ellos se forma un todo que aun puede ser de mucha utilidad.

A este talento se le llama *arte de hacer algo de nada*; reside en el corazón y toda persona abnegada, conoce de él los primeros elementos.

## TERCERA REGLA.

*Vigilar sobre todo, y tener cuidado de los pequeños desórdenes en el gasto.*

I.

30. Lo que acabamos de decir sobre las compras y ventas: *No desconfiéis de nadie, pero tomad precauciones con todos*, encuentra aún su aplicación en esta tercera regla.

No contéis enteramente con otro más que con vos para la vigilancia: vos sola tenéis interés real en la prosperidad de vuestra casa; ella no depende solo de vos tal vez, pero puede decirse que el impulso no se le puede dar y sostener sino con vuestra presencia.

No sin razón los antiguos decían: *La vista del amo siembra el dinero.*

Una ama de casa debe tener cuidado:

1º *Que nada se pierda.* Debe, pues, saber bien todo lo que tiene, hacer inventario de la ropa en cada lavado, exigir que todas las noches, la vajilla, los cubiertos y demás cosas del servicio diario, sean contadas y depositadas en su aposento.

2º *Que nada se desperdicie.* Debe por lo mismo conocer bien las cualidades de las cosas, las que se pueden guardar y las que se deterioran fácilmente; saber la manera de conservar las provisiones; reservarse para sí la preparación de las que exigen mayores gastos, los dulces, los licores, por ejemplo. ¿No se ve desde luego, la necesidad que hay de que entendáis de cocina para vigilar sobre los preparativos que se hacen en ella y saber arreglar los gastos? No se sabrá vigilar bien, si no se sabe hacer bien aquello que se quiere vigilar.

3º *Que nada se deteriore.* Debe, para esto, ir por todas partes, observarlo todo, limpiar, ventilar, ordenar las reparaciones urgentes, y ver que nada estorbe ni esté fuera de su lugar.

4º *Que todo sea recogido y conservado con cuidado, aun las cosas que parecen más inútiles.* Debe, pues, cuidar de que se recojan todas aquellas cosas que se desparpajan en la casa, lo que encuentra tirado al paso, lo que ya está fuera de servicio que tal vez los criados iban ya á arrojar en la basura.

Todos esos objetos se colocan en esos viejos cuartos inhabitables, que se llaman *cuartos de estorbos*, y allí se encontrarán con seguridad, cuando se deseen, ya para las reparaciones de la casa, ya para alivio de los pobres, una multitud de cosas que pueden realmente servir.

A la recomendación de recogerlo y guardarlo todo, añadimos la de hacer, por lo menos una vez en el año, una visita domiciliaria de caridad á esos cuartos, en todos sus rincones y escondrijos.

¿Queréis encontrar allí muchas riquezas? Hacedos acompañar por una pobre madre de familia y decidle que ella busque. Veréis como ella sabrá descubrir, en medio de aquellos muebles viejos y entre

largo tiempo sin la práctica de la piedad.

aquellos jirones de ropa, algunos tesoros para su casa.

“Yo soy dichosa con mis *trapos viejos*,” decía una de esas mujeres de orden.

Además, si alguna vez ha causado risa una *mujer de hilachas*, rara vez se ha visto reducida á la miseria aquella cuya sabia previsión sabe aprovecharlo todo para el menaje de su casa, y hace que todo sirva, los restos de muebles, los jirones de lienzo, los papeles inservibles, las sobras de la cocina, etc.

5º En fin, una ama de casa debe tener mucho cuidado de *que no se la engañe*.

#### CÓMO SE NOS PUEDE ENGAÑAR.

31. Ahora bien, se os podrá engañar:  
1º *Por pérdida del tiempo*, cuando los criados emplean para sí las horas que debían emplear en el trabajo de la casa. Es cierto que es necesario que tengan horas para sí, destinadas á lavar y remendar su ropa, etc., pero este punto demanda una muy particular vigilancia. Algunas veces

4º *Que todo sea recogido y conservado*

trabajan no sólo para sí, sino para personas extrañas, lo cual les proporciona un aumento de sueldo.

Durante la noche, regularmente, cuando todo el mundo descansa, es cuando se hace ese trabajo suplementario. "Es mi tiempo, es el tiempo de mi sueño el que tomo, os dirá una criada á quien hayáis sorprendido en estas faenas; este tiempo me pertenece." Sí, pero esta velada la pondrá lenta y perezosa para el trabajo del día siguiente; el alumbrado se gasta, y una lámpara ó una bujía encendida puede ocasionar una multitud de accidentes.

2º Se os engaña *por inteligencias y cohechos* con los proveedores, que algunas veces anotan los objetos con un precio más alto que el pactado, ó indican un peso ó una calidad distinta del peso y calidad que tienen los efectos que han entregado, y parten el dinero así robado con la criada ó criado infiel.

Los criados ó criadas suelen tambien aumentar á la cuenta que os presentan, algunos centavos de más, so pretexto de

~~largo tiempo sin la práctica de la piedad:~~

que ellos han regateado, y que la utilidad que han obtenido por la *diligencia* que han hecho, les corresponde por derecho.

Id vosotras mismas algunas veces y en distintos tiempos, á hacer las compras al mercado y á los almacenes; como por casualidad sorprended alguna vez á vuestros criados al estar comprando, pero procurad no dar á conocer que notáis su embarazo.

3º Se os engaña *por glotonería*, cuando los domésticos se comen las cosas á excusas vuestras; cuando toman para sí lo que habiais reservado para vosotras, como las frutas ó dulces exquisitos, los manjares delicados; cuando se beben, ó hacen que otros beban el vino ú otros licores destinados para la mesa de los amos.

4º Se os engaña *por una caridad mal entendida*, cuando los domésticos dan á los pobres más de lo que vosotras habéis fijado, ó lo que es más común, cuando sin vuestro permiso envían á sus parientes pobres, lo que sobra de vuestra mesa, ó

4º *Que todo sea recogido y conservado*

aun vuestros vestidos que ya no os ponéis.

5º Se os engaña *por emplear en provecho de otros, lo que no debe emplearse sino en provecho de la casa.* Cuántas veces una lavandera, por ejemplo, lava, antes que vuestra ropa, la ropa de toda su familia, robando por consiguiente el tiempo que le pagáis y el jabón que le suministráis

.....  
Se ve por esta exposición, y aun no hemos revelado más que algunos de los más comunes secretos, vulgarmente llamados *Sisa*, se ve, decimos, cuán necesaria es la vigilancia, y cuán necesario es también que una ama de casa sea la última en meterse en la cama por las noches, y la primera en levantarse por las mañanas.

DIRECCIÓN GENERAL  
VIGILANCIA MORAL

32. La vigilancia moral causa otras muchas inquietudes. No es nuestro objeto hablar de ella aquí; sólo debéis saber bien que la probidad no se conserva por

largo tiempo sin la práctica de la piedad, y que alimentar una pasión cuesta más dinero, dice un proverbio popular, que un caballo en la caballeriza.

No dejéis crecer alguna de ellas en vuestro corazón, y procurad descubrir para destruirlas ó para debilitar sus efectos, las que germinasen en el alma de vuestros domésticos: la pasión del licor y del juego en los hombres, y la coquetería y el deseo de agradar en las mujeres, se encuentran, más ó menos, en el fondo del alma de todos.

## II.

TENER CUIDADO DE LOS PEQUEÑOS DESÓRDENES  
EN EL GASTO.

33. Ya hemos hablado de estos pequeños desórdenes en el gasto. Cuando se estudia con atención el malestar y la escasez que reina en un gran número de casas, se ve con facilidad que ese estado vecino de la miseria proviene menos de la pobreza de los recursos, que de cierto

desorden que no se ha impedido, ó por descuido ó por pereza, y que ha sido causa de una multitud de despilfarros diarios, que considerados aisladamente, son poco importantes, pero cuya reunión ha venido á abrir un vacío en las rentas.

Se dice vulgarmente *que las jóvenes tienen las manos horadadas, y que el dinero no puede contenerse en ellas.* ¿Y no habrá también así muchas casas ó familias llenas de agujeros por donde se escapa sin provecho el dinero que reúne el trabajo?

¿Y no será muy útil hacer una indicación acerca de esos despilfarros ó desperdicios de dinero? Conocerlos será el medio de evitarlos.

LOS DESPILFARROS EN LAS PROVISIONES.

34. Hay muchos despilfarros en la cocina por razón de los aprestos demasiado dispendiosos que se hacen, por los residuos que no se sabe ó no se quiere utilizar, por la muy grande abundancia de lo que se prepara, por lo que se abandona

y se deja deteriorar por inexperiencia ó por olvido culpable.

EN LAS COMPRAS.

35. Los hay en las compras que no han sido rigurosamente indicadas, que se han hecho en tiempo inoportuno, ó que no se han vigilado; en aquellas sobre todo, que han tenido por móvil únicamente la vanidad, el capricho ó el simple atractivo.

Ya es un objeto de arte que se ha visto en una exposición ó en el salón de una amiga; se le quiere poseer.

Ya es un tocado ú otro adorno que se ha oído elogiar; se quiere ser admirada también con él.

Es también con frecuencia un simple utensilio del menaje, que agrada únicamente por su forma, y con el cual, sin embargo, no se tiene que hacer.

Ya hemos hablado de la manía de comprar colecciones fútiles; hay también *manía de colecciones útiles*, no menos dispendiosa.

Una mujer tiene acumulado en su cocina ó en su bodega tanto, que puede montar siete ú ocho menajes; y sin embargo, como los niños de quienes ella se burla, se dice en cada nueva compra que hace: "Algo más de esto," y va amontonando más.

Nada es tan inútil como las manías de cosas útiles, y nada sobre todo, arruina tan pronto.

"Desconfiad siempre de vuestras primeras impresiones por la compra de un objeto," hemos dicho en otra parte; esto, á menudo, no es más que un capricho que se cambiará muy pronto en disgusto, por la posesión del objeto deseado.

No compréis, sino al día siguiente, el objeto de que tenéis deseo y que no es absolutamente necesario.

EN NO LLEVAR APUNTES.

36. Hay tambien despilfarros en las cuentas que no se tiene cuidado de llevar, y en los pequeños gastos que se des-

historia bien conocida? Es bien antigua

cuida apuntar: un centavo no es más que un centavo, es cierto, y es muy poco, pero reunidos los centavos forman los pesos.

Es un verdadero fastidio, es cierto, el sujetarse á apuntar en el libro de gastos *hasta un centavo*; pero hay tambien una lección preciosa en esas líneas escritas que nos reprochan, cada vez que las vemos, nuestras prodigalidades y nuestros gastos superfluos.

Un libro de cuentas minuciosamente llevado, es un juez severo que con frecuencia nos ruboriza y que no quisiéramos mostrar ni aun á una íntima amiga.

Obligaos á apuntar en vuestro libro todos los gastos ocasionados por vuestros caprichos y antojos, explicadlos detalladamente; bien pronto llegaréis á no tener ya que escribirlos.

EN LA ROPA.

37. Hay despilfarros en la ropa que se deteriora porque se deja amontonada cuando está sucia, en vez de colgarla sobre

Una mujer tiene acumulado en su casa

unas cuerdas bien extendidas en un departamento espacioso y ventilado; porque se la somete á un lavado en agua demasiado caliente, ó no se vigila el lavado; porque no se repara ó remienda con oportunidad, descuidando ó desdeñando hacerlo.

Vigilad, sobre todo, el lavado que se hace fuera de la casa. Allí principalmente es donde la ropa perece; allí se pierde, allí se cambia, allí se avería porque la lavan con cepillo, en vez de hacerlo con las solas manos, ó la tuercen con fuerza en vez de exprimirla únicamente.

¡Ay! en todas partes se nota que es bien difícil tener cuidado de lo que no nos pertenece. ¡Oh! si se pudiese siempre lavar la ropa sucia en la misma casa y por la misma familia!

DIRECCIÓN GENERAL DE

EN LOS MUEBLES.

38. Hay despilfarros en los muebles que no se hacen componer luego que se rompen y que bien pronto llegan así á

historia bien conocida? Es bien antigua

quedar inservibles; que no se tiene cuidado de visitarlos con frecuencia y sacudirlos para preservarlos del polvo, y se descuida darles un barniz de tiempo en tiempo para conservarlos en buen estado.

EN LOS VESTIDOS.

39. Hay despilfarros en los vestidos que, ó son muy numerosos, ó mal tratados ó poco cuidados.

La moda cambia con frecuencia la forma y el color de los vestidos, en este caso tener muchos es por lo menos un gasto inútil.

Generalmente, los vestidos para que no se deterioren, deben tenerse colgados más bien que doblados. Cuando son de un lienzo delicado, gaza, raso, terciopelo ú otra tela así, deben ser envueltos en sacos de un lienzo grueso y almidonado, para que siempre estén al abrigo del polvo, de la humedad y del humo.

Visitar y sacudir con frecuencia los vestidos, es el medio eficaz de hacer desapa-

Una mujer tiene acumulado en su casa

recer de ellos los insectos que los pueden picar. Sin duda que las plantas aromáticas, el tomillo, alhucema, ó algunas sustancias olorosas, como el alcanfor ó la pimienta, destruyen la simiente de esos insectos y los alejan; pero el aire disipa pronto lo que esas sustancias tienen de fuerte y acre.

Consagrad, pues, algunas horas cada mes, á sacudir vuestro guardaropa.

### III.

#### UNA HISTORIA.

40. Suspendemos aquí esa nomenclatura de los despilfarros que hay en la economía doméstica, que nos ha dado ocasión de insertar algunos consejos prácticos; la lista se haría muy larga, si estudiásemos, sobre todo, los despilfarros ocasionados por las pequeñas vanidades, por la glotonería, etc.

¿Queréis ahora que, como conclusión de esta tercera regla, yo os refiera una

historia bien conocida? Es bien antigua y por esto tal vez es mejor.

Dos hermanas se dedicaban á una misma industria en dos barrios distintos de la ciudad; trabajando con el mismo celo obtenían resultados tan distintos, que la una de ellas, viendo su fortuna decrecer, fué á ver á la otra y le dijo:

—¿Cómo es que la fortuna nos trata de una manera tan diferente? Yo soy activa, laboriosa; el barrio en que habito está acreditado, hago todos los días buenas ventas, y sin embargo, me encuentro cada mes con un déficit que me espanta, mientras que tú prosperas. Yo no estoy por esto celosa; pero veamos, tienes algún secreto?

—Sí, hermana mia, le dijo la otra; mira, (y le mostró oculta sobre su pecho una pequeña cruz de oro) hay aquí una virtud que se comunica á toda mi casa.

—Te comprendo, eres piadosa; pero me parece que yo tambien lleno todos mis deberes religiosos. No he olvidado las últimas palabras de nuestra madre:

41. Cuando se toma una novicia de

“Pensad en Dios, El pensará en vosotros.” Yo pienso en El, El me olvida.

—No es eso, hermana mía, la virtud de esta cruz reside en la cruz misma. Por la mañana la dejo descubierta fuera de mi vestido y la llevo así por toda la casa, á la fábrica, á la bodega, al almacén; la paseo por todas partes. Por do quiera derrama ella un *no sé qué* que hace que todo me salga bien. Siempre he procurado que no haya habido un solo día en que haya olvido ó despreciado el llevarla así por todas partes. Toma, ¿quieres que yo te la preste? Has la prueba por ocho días solamente, y verás.

La joven hermana aceptó con reconocimiento y besó aquel talisman sagrado.

Desde el día siguiente se empeñó en llevarla por toda su casa, y no olvidó ninguno de los más pequeños rincones.

En aquella minuciosa excursión, cuántos desórdenes advirtió! cuántas cosas deterioradas, cuántos objetos inservibles, aunque todavía buenos, que no exigían

para ser utilizados, más que una pequeña reparación!

En la cueva el vino estaba mal acondicionado, el aceite mal tapado, las botellas poco ó nada limpias; en la cocina grande superfluidad de legumbres y de otras provisiones que se desperdiciaban; en la bodega, los géneros amontonados y olvidados, las semillas regadas por el suelo; las demás cosas roídas por las ratas; además, por otra parte, los libros de cuentas atrasados ó mal llevados, los registros no completos. Vió todo aquello y se ruborizó.

¡Qué! dijo, yo no lo había observado antes!

Al día siguiente (un solo día le había bastado), volvió á casa de su hermana, y devolviéndole su cruz y abrazándola, le dijo:

—Te doy las gracias por el buen consejo que me has dado, y por la manera delicada empleada para dármelo. Comprendo que la prosperidad de una casa es

debida á la vigilancia del dueño que lo ve todo.

—Así como la prosperidad del alma, añadió su hermana, es debida al pensamiento de que la vigilancia del dueño que es Dios, lo ve y lo conoce todo.

#### CUARTA REGLA.

##### *Buscar y formar buenos domésticos.*

##### I.

41. Se toma mucho empeño y se emplea mucho trabajo para buscar domésticos, y se toma muy poco ó ninguno para formarlos.

Queréis que os adivinen vuestros gustos; tomaos, pues, el trabajo de enseñárselos y no exijáis de ellos que los conozcan desde luego.

Sabed que una criada que llega á vuestra casa, por hábil que sea, está para formarse, no precisamente en su oficio de

Sabed siempre conservar vuestra inde-

##### 81

cocinera, ó de recamarera, sino en sus relaciones con vos; tened, pues, la paciencia de educarla en este punto.

Sabed tambien que por eminentes que sean sus cualidades, tiene así como vos, al menos los defectos de esas cualidades y que debéis soportárselos.

Y sea dicho de paso, de la ama y la criada, ¿creís que es la ama quien tiene más que soportar?

Si vuestra criada es activa, será irascible;

Si es celosa y animosa, será arrebatada y cólerica;

Si es prudente, debe tener sus ratos de humor sombrío;

Si es dulce y buena, será lenta;

Si es hábil é inteligente, no podrá sufrir la menor observación;

Si es afectuosa, será susceptible á la más pequeña muestra de indiferencia y frialdad, ¡ay! así como vos.

Sin embargo, no le mostréis demasiado que conocéis sus defectos.

42. Cuando se toma una novicia de

debida á la vigilancia del dueño que lo ve todo.

—Así como la prosperidad del alma, añadió su hermana, es debida al pensamiento de que la vigilancia del dueño que es Dios, lo ve y lo conoce todo.

#### CUARTA REGLA.

*Buscar y formar buenos domésticos.*

##### I.

41. Se toma mucho empeño y se emplea mucho trabajo para buscar domésticos, y se toma muy poco ó ninguno para formarlos.

Queréis que os adivinen vuestros gustos; tomaos, pues, el trabajo de enseñárelos y no exijáis de ellos que los conozcan desde luego.

Sabed que una criada que llega á vuestra casa, por hábil que sea, está para formarse, no precisamente en su oficio de

Sabed siempre conservar vuestra inde-

##### 81

cocinera, ó de recamarera, sino en sus relaciones con vos; tened, pues, la paciencia de educarla en este punto.

Sabed tambien que por eminentes que sean sus cualidades, tiene así como vos, al menos los defectos de esas cualidades y que debéis soportárselos.

Y sea dicho de paso, de la ama y la criada, ¿creís que es la ama quien tiene más que soportar?

Si vuestra criada es activa, será irascible;

Si es celosa y animosa, será arrebatada y cólerica;

Si es prudente, debe tener sus ratos de humor sombrío;

Si es dulce y buena, será lenta;

Si es hábil é inteligente, no podrá sufrir la menor observación;

Si es afectuosa, será susceptible á la más pequeña muestra de indiferencia y frialdad, ¡ay! así como vos.

Sin embargo, no le mostréis demasiado que conocéis sus defectos.

42. Cuando se toma una novicia de

debida á la vigilancia del dueño que lo ve

criada, á quien sea necesario enseñar desde sus principios, entonces la tarea es no solo difícil sino ruda.

Dichosa la joven que encuentra en su casa y que puede, más tarde, llevarse consigo, una criada formada por su madre.

Estar enseñando constantemente, es bien fastidioso.

Una antigua pensionista escribiendo á su hermana y comunicándole las dificultades que tenía, le decía: "La vida del convento es sin duda monótona, pero se tienen allí menos tormentos que los que da el gobierno de una casa.

## II.

### DEBERES PARA CON LOS CRIADOS.

43. Si los criados tienen graves deberes para con vosotras, vosotras los tenéis también para con ellos, y muy raro será que cuando os quejáis de ellos, no tengáis algunos reproches que hacerlos.

No tenemos que ocuparnos aquí de los

Sabed siempre conservar vuestra inde-

cuidados que demanda su alma; pero si no olvidéis que ellos no os serán fieles, sino en tanto que lo sean á Dios y que Dios que os los ha prestado para que os sirvan, os reclamará algún día ese depósito, y os pedirá cuenta de su conducta.

Hay entre vosotras y vuestros criados una diferencia en el mundo; ella debe existir. Pero no la hay ante Dios á quien como vosotras, ellos llaman también su Padre.

Así, nosotros quisiéramos ver á las amas y á los criados, reunidos todas las noches haciendo la oración en común.

Me acuerdo de una familia en la que había esta piadosa costumbre; después de las oraciones hechas por el ama de la casa, se añadía un *Padre nuestro* y una *Ave María*, para perdonarse mutuamente las penas que hubieran podido causarse los unos á los otros.

Y antes de separarse, después de haberse dado las órdenes para el día siguiente, algunas buenas palabras de afecto, de simpatía y de esperanza, venían á refres-

debida á la vigilancia del dueño que lo ve

car y á serenar aquellos corazones, que tal vez durante el día, se habían dado algo en qué sentir.

De esta manera, cuánto afecto y cuánta abnegación se conservaba en aquella familia.

### III.

#### REGLAS PRÁCTICAS.

44. He aquí sin comentarios que nos llevarían muy lejos, algunas reglas prácticas que os podrán ser muy útiles.

Pagad con exactitud á vuestros domésticos, y ayudadles á colocar bien su dinero, sin encargaros de ello vosotras mismas.

Nunca los hagáis confidentes, ni de vuestros pequeños disgustos de familia, ni de vuestras decepciones; que alguna vez lo sean, pero sin ostentación, de vuestros actos de caridad.

Jamás los hagáis dueños de vuestros secretos, por insignificantes que ellos sean, por temor de que os lleguen á tener bajo su dominio.

Sabed siempre conservar vuestra independencia, y para esto evitad con cuidado esa familiaridad que de una criada hace una compañera con quien se tiene gusto en hablar y reír, á quien se abre el corazón y ante quien se manifiestan algunas pequeñas debilidades.

Consejo difícil de seguir cuando se es joven; la sensibilidad del corazón, la delicadeza de la salud, la vida sédentaria y ociosa, los detalles del tocador, todas estas cosas acercan mucho á una joven á su criada, sobre todo, cuando es joven como ella. Así, pues, añadimos:

No demandéis de ellas más que aquellos cuidados y servicios indispensables y que no podáis hacer por vosotras mismas; dichosas aquellas jóvenes que se visten y adornan por sí solas, sin necesitar de la criada para el tocador.

“Privar á los niños, aun á los más ricos, decía Mme. Campan, del servicio de los criados, es hacerles un eminente servicio.”

Si tenéis la felicidad de tener una her-

mana, casi de vuestra edad, prestaos mutuamente vuestros servicios la una á la otra, y que rara vez una criada penetre en vuestro aposento. El aposento de una joven es un santuario donde sólo su madre tiene derecho á entrar.

45. No deis nunca oído á los chismes y cuentos que os venga á referir una criada, y ni siquiera aparentéis el aire de pedirle noticias.

Desconfiad de ella cuando quiera ocuparos con algo que tenga aire de misterioso, sobre todo, si os recomienda que no le digáis á vuestra madre lo que ella os dice ó las preguntas que hace.

Vigilad mucho á los criados, pero sin tiranía, de manera que ni sus amistades ni sus correspondencias se os escapen.

Exigidles rigurosamente todas las cuentas, pero sin mostrarnos avara.

Ocupadlos sin fatigarlos, y tened en esto gran cuidado; en sus enfermedades, sobre todo, es donde ellos deben conocer que son de la familia.

Arregladlos con método en sus alimen-

tos y en sus bebidas; que todo sea abundante, pero nada de hartura; ella les quitaría el apetito, descomponiendo el estómago, y tambien los haría exigentes.

Que los alimentos sean variados y de tiempo en tiempo más suculentos.

Que algunas veces tengan sus fiestas y sus recreos, así estarán más adictos á la casa, y que aun los domingos sientan el bienestar de aquel día de reposo.

46. No los fatiguéis con exigencias inútiles y con chismes interminables, defecto dominante en las jóvenes que gozan de su primera libertad.

Con motivo de una friolera insignificante, agobian de reproches á una pobre recamarera que ha olvidado algo; vuelven á tratar del mismo asunto como cien veces, y hacen así su servicio casi insoportable.

Sed siempre buenas y dignas, dejando pasar desapercibidas una multitud de pequeñas faltas que se corregirán poco á poco.

No exijáis que los que os sirven no ol-

viden nunca alguna cosa. ¿Será esto posible?

Desde el momento en que dejáis mostrar vuestro mal humor ante vuestra criada, os sobajáis, y por poca sangre fría que ella conserve, os domina.

Acaso no hay nada más humillante que tener que sonrojarse ante los inferiores.

Precisad vuestras órdenes y no déis muchas á la vez.

No humilléis á vuestros criados con reproches hechos en público; la humillación agria é irrita, nunca corrige. En lo particular, que vuestras reprensiones no sean hechas con aspereza ni precipitación.

Decidles palabras que los alienten ante los otros, y hacedles de tiempo en tiempo algunos pequeños obsequios poco costosos para vosotras, pero preciosos para ellos por la manera con que se los hagáis.

Tratad, por algunas combinaciones que nosotros no podremos indicar aquí, de interesarlos en vuestra prosperidad, haciéndolos participantes de los diferentes pro-

... los hacen á su vista: ya poco á

ductos de vuestra casa: esto es cosa fácil en el campo principalmente.

Yo conocí á una ama de casa que prometía á sus criados dos pesos de gala sobre su sueldo cada mes, pero de este dinero hacía el pago de los objetos que se perdían ó quebraban, por descuido ó torpeza de aquellos.

¿No es este un medio de hacerlos más atentos y cuidadosos, sin exponerlos á ocultar sus desastres?

Una palabra resumirá todos estos consejos: *Haceos amar y seréis bien servidas.*

#### IV.

##### LAS MALAS CRIADAS.

47. No terminaremos este capítulo, sin decir una palabra sobre esa tiranía diaria que puede ejercer contra vosotras una criada revoltosa y sin piedad.

Puede ser que así comprendáis mejor la obligación en que estáis de hacer una severa elección, y de mantener con todo

viden nunca alguna cosa. ¿Será esto no-

vuestro poder, la fé cristiana y la devoción práctica en las personas de que os rodeáis.

La tiranía de una criada es tanto más irritante, cuanto que ella tiene para obrar medios casi misteriosos que vosotras sospecháis, pero que nunca podéis descubrir.

Así, al asear vuestro aposento, ella cambiará de lugar todos los días, algunos pequeños objetos, sabiendo bien que esto os contraría y vosotras no os atreveréis á hacerle observación alguna, mientras esto sea de poca entidad.

Ella encontrará todos los días el medio de no arreglar vuestra cama, la ropa ó las cortinas como os agrada, y al reproche que sobre esto le dirijáis, responderá con una frescura admirable, que lo ha hecho perfectamente y tal como se lo habéis dicho.

Ella sabe donde están vuestros pequeños secretos, y os deja sospechar que los visita, sin que jamás podáis cogerla en el hecho.

Sonríe maliciosamente á los pequeños

..... lo hacen ó su vista: va poco á

misterios de vuestro tocador, y se complace en haceros entender, sin dar lugar á que la reprochéis, que sabe bien todo lo que hacéis para agradar.

Adivina lo que hace aparecer la alegría sobre vuestro semblante, ó las nubes sobre vuestra frente, y sabe aprovecharse de ello para impacientaros.

Comprende perfectamente sólo en el sacudimiento de vuestra campanilla al llamarla, si estáis de prisa, y entonces se retarda un poco, viniendo despues casi sofocada afectando pena, y pidiéndoos perdón con la mejor buena fé del mundo.

“¿No es verdad, dice un hombre de talento, que es un suplicio espantoso verse entre las garras de un sér perverso, burlón, que, como es de suponerse, va á referir á otra parte todo lo que ve en vuestra casa, á quien vos alimentáis, á quien pagáis, y á quien no podéis, sin embargo, despedir, mientras todos los que vienen y lo ven lo encuentran complaciente y amable?”

viden nunca alguna cosa...

48. Otro género de tiranía menos penoso, pero más triste.

Escuchad una conversación sorprendida en una cocina, entre la criada de la casa y la criada de otra señora, que vino de visita y á esa hora está conversando en el salón.

—Mi ama no tiene caprichos, decía la criada de la casa, respondiendo sin duda á una pregunta de la criada de fuera.

—Vamos, vamos, replicó la otra con una fina sonrisa, nunca me haréis creer que vuestra señorita, cuando, por ejemplo, el peinado no ha salido á su gusto, ó el vestido que trajo la costurera no le hace buen talle, ó que ella no ha brillado lo bastante en la tertulia de la víspera, porque otra estaba más elegante, ó en fin, porque no ha dormido bien y tiene los ojos inyectados é hinchados, nunca me haréis creer que no se vuelva contra vos y que no esté de un humor insoponible.

—En primer lugar, mi señorita se peina y se viste sola; hace sus vestidos ella

misma, ó los hacen á su vista; va poco á las tertulias, y nunca le he visto los ojos hinchados.

Si sufre algunas penas, y sé bien que las tiene, os aseguro que sabe bien nunca cambiarlas en mal humor; habitualmente está con nosotros sonriente y halagüeña.

—¡Ay! pues es una maravilla vuestra ama.

—Una maravilla no; una santa sí.

—La mía no es así. Ella es buena en el fondo, generosa, aun pródiga á ciertas horas, pero aturdida, caprichosa; nadie hay que haya podido durar con ella dos años.

Con frecuencia os da diez órdenes á la vez, las unas que contradicen á las otras.

—¿Y cómo hacéis entonces?

—A fé mía, que no ejecuto ninguna. ¿Creís que ni ella misma se acuerda de esa letanía de mandatos? Y si al verme, se acuerda de lo que me dijo, se pone furiosa, me ultraja, me llena de los epítetos más injuriosos imaginables, pretende que

nunca ha estado tan mal servida y promete lanzarme en la primera ocasión.

—¿Y entonces?

—Entonces dejo pasar tranquilamente la tempestad; en el primer vislumbre de calma, procuro encontrar una buena noticia que le alegre, deslizo una frase, y si ella presta oído, lo que sucede de ordinario, estoy salvada; nos ponemos á charlar y se nos tomaría por dos antiguas camaradas.

¡Oh! yo sé perfectamente lo que á ella le agrada y no rehusa jamás: un pequeño cumplimiento hábilmente manejado, una comparación ventajosa para ella, entre ella y algunas otras jóvenes que ella frecuenta, una palabra de fina murmuración, un misterio que le dejo entrever, algun escandalillo que le cuento.

Las recamareras tienen á su disposición tantos medios de dominar á una joven vanidosa!

—Pero sabed que esto es horrible!

Sí, es horrible! Ciertamente es bien culpable la criada que así abusa del ascendiente que las pasiones de su ama le han permitido adquirir; ¿pero el ama podrá estar sin remordimientos?

¡Oh! por vuestro propio interes, hijas más las que esto leéis, sed virtuosas y haced virtuosos á los que os rodean.

### QUINTA REGLA.

*Distribuir el día con discreción.*

NECESIDAD DE ESTA REGLA.

I.

49. Esta es la última regla general que tenemos que dar.

No se administran ni se economizan bien los intereses cuando no se administra ni se economiza el tiempo, y nunca se podrán llenar todas las obligaciones, si no se sabe cumplirlas en el momento asignado á cada una de ellas.

nunca ha estado tan mal servida y promete lanzarme en la primera ocasión.

—¿Y entonces?

—Entonces dejo pasar tranquilamente la tempestad; en el primer vislumbre de calma, procuro encontrar una buena noticia que le alegre, deslizo una frase, y si ella presta oído, lo que sucede de ordinario, estoy salvada; nos ponemos á charlar y se nos tomaría por dos antiguas camaradas.

¡Oh! yo sé perfectamente lo que á ella le agrada y no rehusa jamás: un pequeño cumplimiento hábilmente manejado, una comparación ventajosa para ella, entre ella y algunas otras jóvenes que ella frecuenta, una palabra de fina murmuración, un misterio que le dejo entrever, algun escandalillo que le cuento.

Las recamareras tienen á su disposición tantos medios de dominar á una joven vanidosa!

—Pero sabed que esto es horrible!

Sí, es horrible! Ciertamente es bien culpable la criada que así abusa del ascendiente que las pasiones de su ama le han permitido adquirir; ¿pero el ama podrá estar sin remordimientos?

¡Oh! por vuestro propio interes, hijas más las que esto leéis, sed virtuosas y haced virtuosos á los que os rodean.

### QUINTA REGLA.

*Distribuir el día con discreción.*

NECESIDAD DE ESTA REGLA.

I.

49. Esta es la última regla general que tenemos que dar.

No se administran ni se economizan bien los intereses cuando no se administra ni se economiza el tiempo, y nunca se podrán llenar todas las obligaciones, si no se sabe cumplirlas en el momento asignado á cada una de ellas.

Son sin duda numerosas: vigilancia, aseo, compras, cuidado material, etc. etc.; pero recordad siempre esta reflexión de otro opúsculo: "¿Habéis observado la cantidad de objetos que puede contener un armario, cuando cada uno de ellos está colocado en su lugar correspondiente y que todos los lugares están ocupados? Las horas son como otras tantas cajas practicadas en el día, destinadas á recibir nuestras acciones. ¡Oh! cuántas acciones pueden ponerse en cada una de ellas, si no se deja pasar una sola sin llenarla!" (*Pequeñas virtudes.*)

Agreguemos que la vida es una tela de deberes que llenar, que se encadenan los unos con los otros; no puede romperse un anillo de esa cadena, sin causar un desorden más ó menos irreparable.

50. Es imposible determinar con precisión algo sobre el empleo que debe hacer del día una ama de casa. La mujer que comprendiendo el sagrado deber que Dios le ha impuesto, quiere llenarlo para santificarse, sabrá emplear bien las horas

La oración activará nuestro talento

del día, de manera que no deje pasar ni retardarse ninguna de sus obligaciones.

Nada es tan ingenioso como el amor, y si ella ama á su familia, sentirá en cada hora, la dicha de procurarle un nuevo goce y encontrará el medio.

Nada es tan fuerte como el amor, y ese mismo trabajo que, hecho con disgusto, la agobiaría y minaría su existencia, la activará, la reanimará y pondrá sobre sus labios la sonrisa de la felicidad.

Dios os ha creado para la acción y el sacrificio; dejad á aquellas que no aspiran al descanso del cielo, el descanso perezoso, sensual y egoísta de la tierra.

Vosotras trabajáis y sufrís, pero ocultad á los ojos de los que os son queridos la abnegación de que se compone vuestra vida.

Cuesta mucho, es verdad, no perder el tiempo y llenar todos los deberes; mucho cuesta emplear la vida en la abnegación y el sacrificio; es decir, en el sacrificio continuo de sí á los otros; pero ¡valor! Dios

Son sin duda numerosos...

cuenta y anota allá en el cielo, todos vuestros sudores y vuestras fatigas.

## II.

### ALGUNAS REGLAS.

Indicaremos solamente:

51. *Para cada mes:* la revista de cuentas y el estado de las diferentes provisiones y de la ropa; sin perjuicio del inventario general que debe hacerse cada año.

*Para cada semana:* el pago de los obreros, las pequeñas deudas atrasadas, el renuevo de ropa de mesa, el aseo minucioso de la cocina, por manera *que todo luzca el domingo.*

*Para cada día:* por la mañana temprano, siendo de ordinario los únicos momentos de que una mujer puede disponer de una manera casi absoluta y regular, porque no está distraída por las visitas, el ama de la casa deberá consagrarlos á los cuidados interiores: vigilancia, órdenes que dar ó que renovar, aseo por todas partes; y no tomar descanso hasta que no

vea á toda su gente en el trabajo, y que haya visto desaparecer todo el desorden exterior que se presenta todas las mañanas, principalmente en los aposentos de dormir.

Sería necesario que por la mañana se pudiese ver la obra comenzada la víspera, y que todo preparado no pide más que ser continuado sin nuevos preparativos; pero sería de desear también que no pudiese suponerse que la víspera ha habido allí el menor desarreglo.

Así, nada más útil para la tranquilidad del espíritu y para el descanso del cuerpo, que la obligación que se imponen algunas personas de no acostarse por las noches, sin haber puesto, en el salón y en la cocina, todas las cosas en sus respectivos lugares.

Procurad hacer las primeras horas de la mañana lo más largas posibles, levantándoos á una hora fija y bien temprano.

Así activaréis á vuestros criados; y aun daréis á las facciones de vuestro rostro una frescura desconocida en las mujeres

Son sin duda numerosas...

que se levantan tarde y á su antojo; robusteceréis vuestra salud y daréis á vuestra alma la dulce alegría que nace siempre de vencer la sensualidad.

LA ORACIÓN DE LA MAÑANA.

52. ¿Será necesario recordar á la joven su oración de por la mañana? ¡Oh hija mía, no olvidéis al Dios de vuestra infancia y del colegio.

La oración entonces parecía no ser para vos, más que un deber de reconocimiento, dulce á vuestro corazón, y un sentimiento de amor natural á vuestra alma; ahora viene á ser una necesidad y un apoyo.

En el colegio no teniais más que goces, y deberes que el afecto os haría muy fáciles. En vuestra familia, con la autoridad que al principio os ha halagado, van á venir las penas y el fastidio; con frecuencia sola vos tendréis que soportarlas.

Rogad á Dios, con constancia y regularidad, hija mía; siempre tendréis necesidad de Él.

La oración activará vuestra voluntad, duplicará vuestras fuerzas, multiplicará, por decirlo así, las horas del día. "Que tenga yo tiempo para orar, decía San Vicente de Paul, y tendré tiempo para hacerlo todo."

La oración os fortificará para la lucha, os pondrá al abrigo de multitud de peligros. ¡Oh! si supieseis cuánto ha costado á algunas jóvenes como vos, el no haber hecho su oración de la mañana!

No quiero decir que ella ponga al abrigo de las pérdidas de fortuna y de los dolores físicos; pero sí aseguro que impide las caídas mil veces más dolorosas que la pobreza y las enfermedades.

No salgáis de vuestra recámara, sino muy raramente y por graves razones, sin haber hecho vuestra oración, de rodillas.

Este saludo al buen Dios os traerá la dicha, como en otro tiempo os la traía el beso de vuestra madre.

## DESPUES DEL MEDIO DÍA.

53. Las horas desde el medio día hasta las tres están consagradas ordinariamente á las visitas, á la correspondencia, á diferentes trabajos manuales, ya sola, ya acompañada, á los estudios que se quieren continuar.

En las visitas que hagáis ó que recibáis, excepto las de etiqueta, no dejéis de tener con vos una obra manual. Los gestos y movimientos ridículos desaparecerán, las conversaciones ociosas y maldicientes se modificarán, las risas impertunas y estrepitosas no se oirán, desde que una ocupación atrae la atención sin absorberla del todo.

No vayáis á imaginar que hay sociedades ó reuniones en que esta clase de trabajo ú ocupación no puede ser introducido: es admitido en los salones de la más alta nobleza; y toda mujer á quien la coquetería no ha corrompido, sabe bien que la aguja, el dedal, las tijeras adornan

mucho mejor que los diamantes, unas manos delicadas.

No hablaremos de las horas de la comida: cada familia tiene sus costumbres que es necesario respetar.

Las primeras horas de la noche regularmente son para el solaz y la recreación, y debe pasarse, en lo posible, en la intimidad de la vida tan dulce de familia. La música, los juegos, las conversaciones, las lecturas amenas las llenarán sucesivamente. Más adelante hablaremos de esto.

## III.

## EL FIN DEL DÍA.

54. Y despues, cuando todo el mundo reposa en la casa, la joven ama, despues de su día tan bien empleado, se apresura á irse á su aposento, piadosa celdilla donde, lejos de todo ruido, se encuentra sola con Dios.

Hay en este pequeño santuario lleno de recuerdos, un reclinatorio, un Crucifi-

jo, una imagen de la Virgen, algunos libros de piedad, y de ordinario un cuaderno de papel abierto.

Allí, de rodillas, cuando su corazón ha sido algo herido por la injusticia ó por la ingratitud, la piadosa mujer lo muestra á Dios; perdona y olvida.

Cuando su vanidad ha sido contrariada por el mal éxito, ó por una de esas decepciones tan frecuentes en el mundo, se ruboriza de su debilidad y promete ser al día siguiente más fuerte y menos susceptible.

Cuando su alma ha sido débil, cuando un ligero deber ha sido omitido, ó voluntariamente despreciado, pide perdón.

Algunas veces llora. ¡Oh! son tan pesadas las penas algunas veces! Hijas mías, vosotras no las comprenderiais ahora; sabed sólo, que nada grande se hace sin el sacrificio.

Ella llora, pero cada una de sus lágrimas al rodar por sus mejillas, dice á Dios: *¡Que se haga tu voluntad!*

Y se reprocha por no haber sido bas-

ta en ocultar que está en oposición con

tante abnegada, bastante fiel al deber, bastante caritativa, bastante previsora y precavida. Mañana será mejor.

Algunas veces escribe sobre las páginas de su cuaderno que sólo leerá su ángel guardián, ya las impresiones que más la conmovieron en el día, ya las resoluciones que acaba de tomar.

Otras veces lee, para dejar en torno de su alma una atmósfera más tranquila, algunos pensamientos piadosos de la *Imitación de Cristo*.

Y besando su Crucifijo y la imagen de María que trajera del convento, les recomienda á todos los que ama.

Y apagando su lámpara se acuesta tranquila y se duerme murmurando: *Padre nuestro que estás en los cielos.*

jo, una imagen de la Virgen. algunos li-

## SEGUNDA PARTE.

### EL BIENESTAR EN LA FAMILIA.

*¿Qué cosa es el bienestar?*

55. ¡Bienestar! qué palabra tan deliciosa; no tiene necesidad de ser explicada para ser comprendida; aun puede ser más fácil comprenderla que explicarla.

Estar bien, es no sufrir, es descansar, es gozar: triple aspiración de nuestro corazón, que no es posible sin duda realizar enteramente en esta vida, pero que sí es permitido tratar de conseguir en los límites impuestos por el deber.

Así, pues, no se está bien sino allí donde la Providencia divina nos ha colocado, en esa morada más ó menos extensa que el buen Dios da á cada uno.

¡Oh! si se supiera amar esa morada, cuántas faltas, cuántos remordimientos, cuántos fastidios se ahorrarian!

te en ocultar que está en oposición con

Pero para amarla es necesario no dejarla despojada de todo atractivo y de frescura; no amariamos á la naturaleza, si los árboles no nos ofreciesen más que ramas áridas.

Es necesario que nos agrade, que el corazón se sienta allí más solazado que en otra parte, que el espíritu encuentre allí placer, que los mismos sentidos no encuentren allí nada que los impresione de una manera desfavorable; en una palabra, es necesario embellecerla.

*En qué consiste el embellecimiento de nuestra morada y de quién depende.*

56. Hay un embellecimiento que depende del buen carácter de aquellos que forman la familia, de su humor dulce y alegre, y de su fortaleza para soportar las pequeñas miserias de la vida en común. De esto no tenemos que ocuparnos directamente por ahora; haremos sólo notar que el embellecimiento de que hablamos, depende más de lo que se su-

jo. una imagen de la Virgen. algunos li.

pone, de la habilidad de la mujer que Dios ha colocado en la familia.

“Desde el momento en que una mujer pasa el umbral de una casa, dice un moralista, viene á ser como el alma de ella.”

Si no se hace todo por ella, al menos ella inspira y lo dirige todo.

Ella podrá ocultarse, disimular su autoridad; pero no suprimirá su influencia.

Ella irrita ó consuela, sostiene ó desalienta. Dicha ó desgracia, alegría ó tristeza, todo viene de ella.

Dios la ha puesto cerca del hombre para tranquilizarlo, para endulzar sus amarguras, para suavizar lo que hay de áspero en su vida, de cruel en sus penas, de malo en la irritación de su humor.

A su sonrisa las miradas se calman, y la cólera se apacigua.

Ella tiene palabras encantadoras y entonaciones de voz que cautivan el corazón.

Ella manda con habilidad y prudencia; sin herir una idea reprimida, la bate en brecha lentamente. Todo su arte consis-

te en ocultar que está en oposición con aquel á quien quiere conducir á lo que desea.

¡Oh jóvenes, si queréis ser virtuosas, cuántas almas llevaréis al cielo!

*División de esta segunda parte.*

57. Además de este embellecimiento que tiende á la virtud, hay otro del todo exterior que contribuye mucho al bienestar; depende en general del orden que, estudiado prácticamente, encierra:

- 1º La ornamentación de la casa;
- 2º El arreglo del material de la casa;
- 3º La ciencia de los detalles;
- 4º Las recreaciones.

Dejamos á un lado las consideraciones generales sobre el orden, su utilidad, su influencia, que tratamos en el libro de las *Pequeñas virtudes de la joven*.

## CAPITULO PRIMERO.

*Ornamentación de la casa.*

## I.

## ELECCIÓN DE LOS MUEBLES.

58. La ornamentación de la casa consiste, 1º, en la elección de los muebles.

Los muebles son necesarios, y el primer deber de una ama de casa debe ser examinar los que tiene y procurarse poco á poco los que le faltan.

Limitaos á lo necesario: todo gasto inútil ó exagerado representa un capital que no produce nada y disminuye los recursos de la familia.

El buen sentido, de acuerdo con el buen gusto, aconseja elegir muebles útiles más bien que elegantes, cómodos más bien que suntuosos, durables más bien que preciosos, y que en fin, no hagan entre sí una cosa ridícula; unas cortinas de seda, por ejemplo, con cajas sencillas, de madera

corriente, muestran un falso lujo que se resiente de miseria.

No tratéis de tener muebles como los que habéis visto en casa de una de vuestras amigas más rica que vos tal vez, ni de poseer un mueblaje completo por el estilo de la época del Renacimiento ó del tiempo de Luis XV. Esto no es permitido sino á grandes fortunas y á personas vanidosas.

No es ridículo el ser pobre, pero sí lo es y mucho, querer aparecer rico no siéndolo.

Dejad á la coquetería á quien el mundo lisonjea, para tener derecho á burlarse de ella, dejadle la vanidad de aparecer y la pueril satisfacción de oír estas palabras: ¡Qué magníficos muebles!

Os admiraríais si supieseis con cuántas miserias positivas, con cuántos dolores punzantes y tormentos físicos ha pagado ese lujo.

Entre cierta gente la costumbre y el parecer son lo necesario; el aposento de familia y los alimentos son lo superfluo, y á esto superfluo es á quien se le cerce-

na con violencia, todos los días, de una manera increíble.

¿Qué sucede, pues? Sin tener en cuenta la vida miserable, mortificada, toda de mal humor que llevan esos seres vanidosos, si ellos logran su intento de engañar á las gentes, son envidiados; si no lo consiguen son deshonrados y despreciados.

Yo os creo con demasiado buen sentir para aspirar á esto.

La magnificencia del mueblaje no es condenable, cuando la fortuna lo permite, supuesto que así se proporciona el pan á una multitud de obreros; pero no se debe buscar inmediatamente, y esa ostentación de lujo humilla y aleja á las amigas á quienes una elegante sencillez atraería á vuestra casa.

Se siente mortificación en medio de la profusión, y parece que rodeada de suntuosos muebles una persona no puede ser sino orgullosa.

Preferid, pues, lo que es cómodo y necesario, al principio, despues lo que es elegante.

LOS MUEBLES ANTIGUOS.

59. Dichosas las personas que no tienen que preocuparse por el mueblaje de su casa, y que encuentran en ella aquellos muebles antiguos de la familia que son un recuerdo á la vez que ornamento de la casa.

Aquel sillón en el cual hemos visto tantas veces y por tan largo tiempo, sentarse á nuestro padre y á nuestra madre muy queridos; aquel ropero que aún contiene la ropa que ellos nos han legado; aquel tapete sobre el cual, cuando niños, tantas veces tuvimos nuestros ratos de holgorio! ¡Oh! conservémoslos!

Es una especie de sacrilegio el venderlos ó relegarlos en un oscuro rincón.

La mansión que se despoja de los recuerdos, muy pronto estará también vacía de virtudes.

Guardemos nuestros viejos muebles para el descanso del cuerpo, como á nuestros antiguos amigos para el solaz del corazón. Los nuevos son más brillantes

na con violencia todos los días de una

tal vez, pero son ciertamente menos sólidos.

Si nuestra posición lo exige, tengamos un salón para los otros, amueblado según el gusto de los visitantes; conservemos nuestra casa para nosotros y no lancemos de ella á los viejos testigos de nuestros primeros años.

## II.

## LIMPIEZA.

60. La ornamentación de la casa consiste, 2º, en la limpieza en todo y por todo, para los objetos principalmente que se unen más á nuestra persona, el alimento, la ropa.

No sólo la salud depende de la limpieza, sino, no lo olvidemos, la actividad, el buen humor, la satisfacción interior, y aun bajo cierto respecto, la moralidad depende también de ella.

En las casas sin limpieza, habita de preferencia la pereza, el fastidio, el descontento de todo y de todos.

Los muebles limpios y lucientes atraen los rayos del sol y parecen multiplicarlo al reflejarlo.

Los aposentos limpios y bien arreglados con cuidado, reflejan una alma contenta, irradian la alegría y parecen decir: Permaneced, aquí se está bien.

Una mujer es desde luego juzgada por la manera de tener su habitación. "Yo conocí una persona, dice Madama Campan, que para fijar su opinión sobre las mujeres de su conocimiento, siempre que se hallaba sola en casa de ellas, no dejaba de levantar los cojines de los canapés. Si encontraba allí un festón comenzado y sin concluir, un pañuelo, una cinta, decía: "Estoy en casa de una mujer descuidada, sin orden y sin limpieza."

La elegancia y el lujo no pueden existir sin la limpieza, mientras que la limpieza que, como lo decimos en otra parte, (*Pequeñas virtudes de la joven*), "mantiene la salud, da más frescura al color de la tez, conserva los vestidos," puede es-

na con violencia todos los días de una

tar perfectamente sin los ruinosos recursos de la coquetería.

CONSEJOS PRÁCTICOS PARA EL ASEO DE LA CASA.

61. He aquí algunos consejos prácticos dados por un hombre de buen sentir, á una joven al entrar ésta en el gobierno de su casa.

“Ocúpate del interior de tu habitación; vela por que las piedras de la cocina, los pisos de los aposentos, y los patios sean barridos varias veces en el día y lavadas muchas veces por semana.

“Procura con empeño que el hierro, el bronce y el cobre reluzcan siempre y los muebles tambien; que la bajilla de barro ó de porcelana espejee en el trastero ó aparador.

“No permitas á la araña hilar en paz su tela en los ángulos de las vigas y de las paredes.

“No dejes el aceite de las lámparas gotear y arranciarse sobre la cubierta de la chimenea ó de las mesas.

“Después de los consejos, los medios. “Harás relucir el cobre, el hierro y otros metales, frotándolos con un puñado de hojas de acedera, ó con arena finísima, ó con greda.

“Harás relucir la plata, aun cuando esté ennegrecida por el contacto con el huevo, frotándola tambien con acedera y con agua de jabón.

“Harás relucir el caballete de la chimenea, la sartén y otros utensilios, frotándolos primero con una cebolla cruda, después con un pedazo de género de lana.

“Darás una especie de barniz á tus muebles, por viejos que sean, con cera amarilla derretida en agua de lejía y frotarás vigorosamente.

“Se te dirá tal vez: ¿Para qué perder el tiempo y darse tanta pena en esas bagatelas? Dejarás que digan y continuarás.

Nada es más atractivo que una cocina donde *el cobre está cambiado en oro y el estaño en plata*, por las órdenes de una ama activa y diligente.

La cocina, dice una mujer de mundo,

es el espejo de la casa. Entrad allí para juzgar. Paredes sucias por la multitud de moscas, ó ennegrecidas por el humo. Ventanas sin bastidores durante el estío, los utensilios diseminados y en desorden por todas partes, el suelo desigual y húmedo, cenizas y desperdicios amontonados en un rincón, todo esto indica el desorden, el despilfarro y hace presentir frecuentes momentos de mal humor.

Concluyamos: en la limpieza es donde puede permitirse la exageración; lo bastante en este caso es muy poco.

Pero la limpieza habitual exige una fuerza de voluntad y una constancia poco ordinarias.

Las almas cobardes y débiles no son propias para el caso.

### III.

#### CONVENIENCIA EN LOS VESTIDOS.

62. La ornamentación de la casa consiste, 3º, en la conveniencia de los vesti-

dos que deben ser, no sólo aseados, sino en relación con la fortuna y con la edad.

No queremos fijarnos en la última palabra que parece importarnos poco á estas horas; cierto es, sin embargo, que un gran número de mujeres se hacen muy ridículas, queriendo persuadir á todo el mundo por su compostura y su modo de ponerse, fuera de tiempo, que siempre tienen veinte años, y nada más que veinte años.

¿No os acordáis de las sonrisas malignas, de las palabrillas cambiadas con vuestras compañeras, á la vista de un vestido ó adornos color de rosa ó amarillo pálido, dibujando con afectación un talle comprimido, por parecer esbelto, bajo los resortes de un corsé demasiado visible, y sobre él un rostro cuyas arrugas á despecho del abundante polvo blanco, atestiguan los largos años de su servicio?

Se reirán de vosotras también; no siempre tendréis diez y ocho años, y un día vendrá en que llegaréis á.....

Procurad siempre tener vuestra edad, hijas mías.

No queremos ocuparnos directamente del tocador; pero si quisiéramos bien persuadirlos, de que además de ese tocador de por fuera en el que os adornáis para agradar, hay tambien otro tocador y otros adornos interiores, de los que deberíais siempre estar cuidadosas para hacerlos amar de vuestra familia.

Para esto el buen gusto y el afecto bastan siempre.

Poneos de manera que podáis presentaros ante los extraños, sin tener que ruborizaros de vuestra negligencia. ¿No será ridículo que una mujer se vea obligada á huir y ocultarse luego que percibe que llegan visitas?

Un vestido limpio sencillo, pero de buen gusto, sobre el que se muestre un delantal de cocina, no es vergüenza, sino una recomendación.

Por lo demás, nada hace perder á los inferiores el respeto que nos deben, como un traje despreciable que parece igualarnos á ellos.

Aun en medio del trabajo entre las

Que vea algunas flores sobre su chime-

obreras, el ama de la casa debe ser distinguida, como es de costumbre.

No sólo debe ser la que mejor sepa llevar un vestido, sino tambien debe saber ensuciarlo menos.

Debe tambien acostumbrarse á mudarse vestido, si fuere necesario, varias veces al día, con bastante actividad, para que no se aperciban de su ausencia.

Una mujer que tiene el sentimiento del buen gusto y de las conveniencias, improvisa fácilmente un traje siempre elegante y en relación con aquellos á quienes tiene que recibir; y no es de ella de quien podría decirse: Su día está compuesto de tres acciones, vestirse, charlar y desnudarse.

No queremos ocuparnos directamente del tocador; pero si quisiéramos bien persuadirlos, de que además de ese tocador de por fuera en el que os adornáis para agradar, hay también otro tocador y otros adornos interiores, de los que deberíais siempre estar cuidadosas para hacerlos amar de vuestra familia.

Para esto el buen gusto y el afecto bastan siempre.

Poneos de manera que podáis presentaros ante los extraños, sin tener que ruborizaros de vuestra negligencia. ¿No será ridículo que una mujer se vea obligada á huir y ocultarse luego que percibe que llegan visitas?

Un vestido limpio sencillo, pero de buen gusto, sobre el que se muestre un delantal de cocina, no es vergüenza, sino una recomendación.

Por lo demás, nada hace perder á los inferiores el respeto que nos deben, como un traje despreciable que parece igualarnos á ellos.

Aun en medio del trabajo entre las

Que vea algunas flores sobre su chime-

obreras, el ama de la casa debe ser distinguida, como es de costumbre.

No sólo debe ser la que mejor sepa llevar un vestido, sino también debe saber ensuciarlo menos.

Debe también acostumbrarse á mudarse vestido, si fuere necesario, varias veces al día, con bastante actividad, para que no se aperciban de su ausencia.

Una mujer que tiene el sentimiento del buen gusto y de las conveniencias, improvisa fácilmente un traje siempre elegante y en relación con aquellos á quienes tiene que recibir; y no es de ella de quien podría decirse: Su día está compuesto de tres acciones, vestirse, charlar y desnudarse.

No queremos ocuparnos directamente

CAPITULO SEGUNDO.

*Arreglo del material de la casa.*

DE DÓNDE VIENE EL ARTE DE SABER  
ARREGLAR SU CASA.

63. El arreglo de una casa depende sin duda de la educación recibida, pero principalmente es el resultado de cierto tino que comprende y casi adivina lo que sienta mejor y lo que agrada más.

El orden y la limpieza pueden venir á ser puramente materiales; posible es enseñar á una criada á poner cada cosa en su lugar y á nunca dejar que se acumule el polvo; pero el arreglo ve al alma, y aun á la virtud.

Se dice de algunas personas que tienen la belleza en la mirada. Esto es cierto; sólo que la belleza no está en los ojos, sino en el alma.

Bajo su mano todo se transforma; la cortina que ellas han colocado adquiere pliegues más graciosos, la tapicería que han

Que vea algunas flores sobre su chimenea

escogido tiene más hermosura, los muebles que ellas colocan tienen más brillo, las flores arregladas por ellas tienen más vista y gallardía.

Esas personas son más que un tesoro, son la dicha para la familia.

Vuestras lecturas del colegio, vuestros estudios, el ejemplo de vuestras maestras, el cuidado que prestabais á vuestra ropa, á vuestros libros, á la capilla, os habían iniciado en esos graciosos secretos que tanto debéis desear conocer, y que transforman en deliciosa mansión las casas que parecerían apenas habitables.

A QUÉ TIENDE ESE ARREGLO.

64. Ese arreglo depende de tan poco y de tantas cosas!

No es tal mueble, tal cuadro, tal vaso de flores, ó tal manera de poner el aposento lo que lo produce; es todo eso y algo más. Es la mano que dispone los objetos; es *un no sé qué* que va bien al gusto de las personas de la casa.

No queremos ocuparnos directamente

¿Se trata de un salón? No consultéis más que á vuestro buen gusto y algo á vuestros recuerdos. Sabréis inmediatamente el arte de adornar una chimenea, de colocar los cuadros, de armonizar el color de los sillones con el de la tapicería, de quitar todo aquello que chocaría á las miradas de un extraño, de colocar sobre la mesa de en medio un album elegante.

¿Se trata del aposento de aquellos que amáis, de vuestro padre, de vuestra anciana abuela, que no puede por sí misma procurarse alguna comodidad ó gusto? consultad vuestro corazón y sus gustos particulares que vos les conocéis.

Que vuestro padre tenga siempre su ropa muy blanca, y que sepa que sois vos quien se la preparáis. La ropa blanca es casi el único lujo de un hombre, y se fija más en él, cuando la mano que cuida de ella, le es querida.

Asead vos misma su gabinete de trabajo, por temor de que la criada vaya á desarreglarle sus papeles ó sus libros.

Que vea algunas flores sobre su chimenea, y que el fuego, en el invierno, nunca se apague.

Que su diario esté siempre en su lugar, y que encuentre siempre en el mismo sitio sus vestidos de cambio listos para ponerse.

Rodead á vuestra abuela de esas delicadas atenciones de que tanto necesitan los ancianos y que no se atreven á pedir.

Apartad de su aposento todo aquello que pudiera estorbarle el paso, y todo lo que pudiera dejar algunos miasmas nocivos á su salud; pero tenedle allí con abundancia aquellas provisiones ligeras y antojillos que sabéis le agradan.

Los ancianos aman mucho aquellas cosas antiguas que les han servido por mucho tiempo; poned á su alcance sus libros de otro tiempo, no cambiéis nada de su lugar sin que ella lo consienta, y si ella coloca un objeto de una manera inconveniente ó repugnante, respetad su mano.

Se imagina ella que aún es útil para algo, suministradle todo lo que pida; mani-

festad y elogiad su actividad y su buen éxito; pedidle consejo sobre todo.

Su habitación debería ser la más cómoda y la más bien puesta.

VUESTRO APOSENTO.

65. ¿Se trata de vuestro aposento? consultad vuestra alma, y que ella refleje allí su candor, su inocencia y su bella sencillez.

Tapicería nueva y de un tinte delicado, cortinas siempre blancas en las ventanas y en la cama, pocos cuadros de valor, pero muchos de recuerdos: la imagen de la primera comunión, el diploma de congregante, un vasto cuadro que encierra todos los grabados obtenidos en premio, ó recibidos en prenda de amistad y que cada uno lleva el nombre de una maestra ó de una amiga.

Sobre la chimenea ó sobre la mesa pocas flores; algunas solamente, renovadas con frecuencia, en el pequeño altar de una estatua de la Santísima Virgen.

desarreglarle sus papeles ó sus libros.

Que todos los bordados y tejidos sean hechos por vos misma, ó por vuestras amigas de colegio que os los han dejado como un recuerdo; que algunos lienzos blancos y ligeros oculten, cubriendo graciosamente todo lo que sirve á vuestro tocador y á vuestro adorno personal.

Sobre el escritorio en que regularmente os ponéis a escribir, colocad vuestra pequeña biblioteca; *la vuestra* formada de libros comprados por vos, de algunos obsequios recibidos, y de algunos de esos libros piadosos que alimentan el alma y sostienen el corazón.

Ya lo hemos dicho en la primera parte, vuestro aposento es un santuario; no lo dejéis despojado de lo que hace amable un santuario, el recogimiento, el orden, la piedad. Dadle hermosura, él os dará pensamientos inocentes.

VENTAJAS DEL ARREGLO DE LA CASA.

66. La primera ventaja del arreglo de una casa es, acabamos de decirlo, el ha-

cerla amable; la segunda es venir en auxilio de la economía.

Nuestro plan no nos permite más que indicar aquí:

1.<sup>o</sup> *El arreglo de las provisiones.* Toda cosa demanda ser colocada en un lugar seco, tal otra quiere sol. Estas provisiones tienen necesidad de sombra para no deteriorarse, y adquieren con el tiempo un valor que no tenían al principio. Estos otros objetos de frecuente uso deben ser puestos al alcance.

2.<sup>o</sup> *El arreglo de la ropa.* Es necesario saber colocar las piezas de ropa, de manera que se las tenga fácilmente y no se las ponga todas en desorden cuando se necesite una de ellas; doblarlas de manera que no se desgobiernen ó se arruguen; acondicionarlas con cierto orden que agrade á la vista.

En una casa de educación se obliga cada mes á las educandas á sacar de sus roperos toda la ropa que hay en ellos; esto al principio para limpiar las cajas, después principalmente para acostumbrar á

desarreglarle sus papeles ó sus libros.

imaginación y se va uno á buscar en otra

las jóvenes á colocar bien su ropa sin amontonarla y á doblarla con presteza; regularmente se les fija un tiempo bastante corto para este trabajo.

3.<sup>o</sup> *El arreglo de los muebles.* Estos que deben estar cubiertos con fundas, mientras que el hogar está encendido, porque el humo pudiera deteriorarlos, aquellos que demandan cuidados más frecuentes por su delicadeza ó por la finura de su trabajo.

La experiencia que enseña todas estas cosas, exige que no se retarde ni un sólo día el arreglo de cada objeto, según su destino.

¡Cuántas pérdidas, cuántos gastos se han originado por esta palabra tan amada de la pereza: *mañana!*

El proverbio tan sabido: *No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy*, debería ser repetido todas las tardes por el ama de la casa; y la que no quiere acostarse sin haber puesto todo en orden en su aposento, debe estar bien segura de

cerla amable; la segunda es venir en an-

tener un sueño tranquilo y despertar más dulcemente.

El hábito del arreglo en todo impide que los objetos se extravíen ó se pierdan. Un lugar vacío nos hace pensar que tal objeto nos falta, y nos hace buscarlo, antes que se estravíe del todo.

Nos acostumbra, sobre todo, á no dejar abiertos los muebles que deben estar cerrados, á tener bajo de llave todo aquello que puede tentar la codicia ó la curiosidad, y á llevar apuntes no solo de los gastos y de las entradas, sino aun de aquellos pequeños accidentes de la vida, que han traído á la familia algun goce ó alguna pena.

LLEVAR UN DIARIO.

67. Esto es lo que se llama llevar su diario.

No por esto queremos decir á cada una de vosotras: *Llevad vuestro diario*. Las expansiones del alma no se hacen por orden, sino por inspiracion.

imaginación y se va uno á buscar en otra.

Despues de la publicación de las páginas tan suaves, tan tiernas y tan poéticas de Eugenia de Guérin, hemos visto muchas jóvenes comenzar un diario de sus impresiones cuotidianas. Tenían talento, estilo, y sin embargo, no eran inspiradas más que por un sentimiento de pueril vanidad.

Ellas soñaban en la gloria de Eugenia: Eugenia no trataba más que de dar gusto á su hermano.

Si alguna vez sentís la necesidad de abrir y dar expansión á vuestro corazón y á vuestra alma, que esto no sea sino para vosotras ó para alguna amiga íntima, y escribid siempre bajo la mirada de vuestro ángel guardián.

Hay, creedlo, dulzuras inefables en esa clase de expansión.

Y cuando más tarde se vuelven á leer esos goces, esas penas que se han experimentado, esos esfuerzos que se han hecho por ser más virtuosas, cuando se vuelven á encontrar sobre esas páginas algunos nombres queridos que tal vez se han

cerla amable; la segunda es venir en au-

dejado de pronunciar, ¡oh! ¡cómo late el corazón con violencia!

Conocemos más de una joven olvidadiza de sus deberes, que ha vuelto al buen Dios por la lectura de un pequeño diario escrito en la época de su primera comunión.

### CAPITULO TERCERO.

#### *La ciencia de los detalles.*

##### RESULTADOS DE LA CIENCIA DE LOS DETALLES.

68. Esta ciencia contribuye al bienestar más de lo que se cree ordinariamente.

Nada atormenta como esas pequeñas cosas hechas de otro modo que como quisiéramos, como esos pequeños vacíos que recordándonos á cada instante que algo nos falta, impacientan tanto más, cuanto que no se atreve uno á quejarse; poco á poco el disgusto de la vida de familia, nace en el corazón, crece excitado por la

imaginación, y se va uno á buscar en otra parte, un bienestar que no se encuentra en la casa.

¿Queréis fijar á alguno cerca de vos? que encuentre á la mano todos los menudos objetos de que puede tener necesidad, todos esos pequeños antojos que vos le conocéis, y que él nunca os manifestará, por temor de parecer ridículo.

¿Queréis vos misma no perder vuestro tiempo, ni sentir tan frecuentemente accesos de mal humor? rodeaos de todas aquellas cosas que os son necesarias, prestaos todos los pequeños servicios posibles.

Ciertamente, no queremos transformar en servidora á una ama de casa, y hacerla insoportable á todo el mundo, aconsejándole todas esas minuciosidades; pero si quisiéramos que ni ella pensase, ni nadie en su derredor creyese que estaba mejor en otra parte que en la casa.

Quisiéramos que estuviese convencida de que el aseo, el arreglo, el lujo que no demande más cuidado, todo esto es el lazo que estrecha, el amante que retiene á

la familia en el hogar; que cada cosa en su lugar, aseada y en orden, encanta la mirada, complace al corazón, y que con el espíritu y el corazón tranquilos, las horas se deslizan embalsamadas, haciendo siempre sentir con pesar su tan rápida desaparición.

“Los bonitos cuadros y deliciosos paisajes, acortan las largas distancias, los interiores graciosos retienen á las gentes en la habitación.”

Hay un justo medio que es necesario saber conservar. Los extremos son viciosos, nada valen; torturar la vida es tan ridículo como abandonarla. Así, hay algunas, que por pequeñez de espíritu ó por manía de arreglo ó de aseo, están siempre temerosas de que se manchen sus muebles limpios y brillantes, que siempre están en observación de que los visitantes no ensucien el pavimento del salón tan cuidadosamente conservado; que se conmueven y se inquietan por la pérdida de un alfiler. Esto es una tontería.

nace en el corazón, crece excitado por

CUALIDADES DE LA CIENCIA DE LOS DETALLES.

69. La ciencia de los detalles, tal como nosotros la entendemos, se compone de las cualidades siguientes: *tener memoria, tener reflexión, tener un humor igual.*

1º *Tener memoria.* La memoria es esencial en los detalles de la vida, el olvido destruye las más cordiales é íntimas relaciones.

El olvido hace que no se proporcionen á las personas de la casa las cosas de que tienen necesidad.

Es una friolera algunas veces: un objeto pequeño é insignificante que se os ha encargado, un gasto de algunos centavos..... Y porque habéis olvidado esa friolera, el que os la ha encargado ya no se atreve á reiterar su encargo ó su pedido; se cree despreciado y la frialdad comienza á introducirse.

Y vos misma os preguntáis tal vez, por qué vuestro padre, vuestro hermano, vuestra amiga tienen ese aire de embarazo que notáis en ellos y aun os comunican á vos...

Un *nuevo olvido* al día siguiente determina el malestar.

El olvido es el que impide que paguéis á un obrero que tiene necesidad de su salario, y que varias veces ha traído su cuenta que siempre habéis olvidado. Durante este tiempo sufre él y su familia, habla mal de vos, se os acusa.

El olvido de una cita dada á una obrera, la hace ir y venir varias veces, y la hace perder lo menos un cuarto del día, tiempo de que tanta necesidad tiene para vivir y trabajar.

Sólo se consigue no olvidar nada, por el hábito de no hacer una cosa sino despues de otra, de no pensar sino en la cosa que se tiene que hacer, y por la obligación que se impone uno de apuntar en una cartera que se lleva siempre consigo, todo lo que se tiene que hacer.

Otra regla muy importante sería la de llenar un deber inmediatamente que el momento de llenarlo ha llegado.

70. 2ª *Tener reflexión.* Esto es, no de-

nace en el corazón, crece excitado por

hace venir á propósito ó la pone á mi al-

jarse dominar y turbar por los acontecimientos imprevistos, sino considerarlos algunos momentos al menos, con sangre fría, y despues obrar; es raro que no se vea claro lo que debe hacerse, cuando se está tranquilo.

Así, por ejemplo, si á la hora de comer, llega de improviso uno ó dos amigos. Procurad estar desde luego amable, disimulad vuestro embarazo, con un aire alegre, y durante algunos minutos, pensad si tenéis algo de reserva, si no hay nada en la bodega para improvisar, ó algo que mandar comprar en la fonda vecina; despues id á dar vuestras órdenes, sin precipitación, sin turbación.

Si alguna desgracia ha sucedido: un incendio, un ataque repentino que ha herido á un miembro de la familia. Procurad contener vuestro susto, que no serviría más que para aumentar el mal; antes de dar orden alguna, ved, examinad: esto es obra de algunos segundos; despues obrad prontamente. Multiplicaos, pero sin embarazaros.

Un nuevo olvido al día siemiente detener:

Si todo en la casa está en el orden que hemos indicado, encontraréis á la mano todo lo que os es necesario.

El orden es un gran recurso en esos momentos de turbación.

La presencia de ánimo es una de las cualidades más necesarias á toda persona que está obligada á mandar; depende mucho del carácter, pero puede tambien adquirirse por el hábito.

La confianza filial en Dios, la fe en un socorro extraordinario del cielo, que no faltará nunca á la hora del peligro, fortalecen el espíritu más tímido.

71. 3º *Tener un humor igual.* El humor igual que supone una grande virtud, es la consecuencia de una vida regular, reflexiva y piadosa. Se encuentra rara vez en las jóvenes acostumbradas á ver realizados todos sus antojos; así, necesario es decirlo, su servicio es más temido de una criada que el servicio de la casa entera.

Esperad, pues, siempre ser contraria-

haca venir á propósito ó la pone á mi al-

das, aprended á serlo, y que nunca el fastidio ó el despecho, os haga omitir el más pequeño de vuestros deberes.

Tener el humor igual es no impacientarse por las pequeñas faltas ó los ligeros olvidos en una familia. No todo puede marchar diariamente á medida del deseo de la cabeza de casa: habrá en torno suyo faltas cometidas; oirá palabras desagradables; se verá mal atendida, mal comprendida; algunas veces malignamente contrariada; con frecuencia experimentará esas decepciones que resfrían; sentirá su buena voluntad, su abnegación despreciadas, desconocidas, olvidadas. ¡Oh! que levante los ojos al cielo; si no es profundamente piadosa, no podrá contener ni las lágrimas ni el despecho.

Y necesario es, sin embargo, que todo esto quede en el interior; sólo con la sonrisa y la afabilidad puede cumplir su misión. Y el valor de sonreír cuando el corazón está derramando lágrimas, la fortaleza de continuar haciendo el bien cuando continuamente se están recibiendo ofen-

Un nuevo olvido al día siguiente detiene:

sas y contradicciones, no se encuentran sino á los piés del Crucifijo.

RETRATO DE UNA MUJER CUMPLIDA.

72. He aquí en las palabras de un padre de familia, el amable retrato de una mujer y de una joven á quienes su buen corazón enseñó esta ciencia de los detalles de que venimos hablando.

“Mi mujer y mi hija tienen en verdad muchas buenas cualidades, pero todas las estimo en poco, comparadas con los cumplidos y agasajos con que saben cautivar.

“Si entro á casa preocupado, cuidadoso é inquieto despues de alguna ocurrencia en los negocios, y parezco estar poco dispuesto á la conversación, sus semblantes no por eso están menos serenos; su continente denota en ellas el deseo que las anima por distraerme sin importunarme.

“Percibo que cambian una mirada, y al punto la una ó la otra se acuerda de alguna de mis distracciones favoritas, que

hace venir á propósito ó la pone á mi alcance.

“Yo siento que no siempre soy amable, reconozco en mí algunas desigualdades; pero, en fin, ellas provienen de los mismos cuidados que tomo para elevar convenientemente á mi familia, y á mi edad es bien difícil que espere corregirme del todo.

“Mi mujer conoce mi carácter y me trata conforme á él.

“Sabe que mi mal humor y mis enismamientos se disipan ante cualquiera amable atención, y siempre tiene de reserva una ó muchas de ellas.

“Mi hija María se ha penetrado tambien de su papel, dulce y amable; ella atisba siempre los deseos que concibe su padre y los satisface aun antes de que yo tenga tiempo de expresarlos.

“Hay entre ellas dos una encantadora emulación de cumplidos para conmigo; estoy seguro de no tener nunca que pedir esa multitud de pequeñeces que traen la dicha doméstica.

“Tengo siempre á la mano los vestidos propios de cada estación y el traje de cada día; nunca el fuego encendido demasiado tarde me ha causado pérdida de tiempo ni impaciencia.

“Si alguna vez he manifestado preferencia por algún manjar, estoy seguro que ya no tendré necesidad de volver á pedirlo; de tiempo en tiempo veré aparecer sobre mi mesa el plato favorito, y nadie pensará en solicitar de mí los agradecimientos como por un grande acto de complacencia.

“Hay un encanto infinito para el padre de familia, tan ocupado, tan deseoso de encontrar en el interior de su casa el solaz que repare sus fuerzas y tranquilice su ánimo, en sentirse rodeado de esos cuidados que no ha tenido tiempo ni aun de presentir.

“Es necesario mucho tino en una buena ama de casa para no caer en el exceso de ese bien, para no fatigar con las mejores intenciones del mundo, al que fuera objeto de esas atenciones y cumplidos

mal entendidos. Esa cualidad no tiene todo su valor, sino cuando sabe ocultar sus medios de acción.

“María, si me atrevo á decirlo, es más hábil aún que su madre, en una ciencia tan amable.

“Todo se arregla tan naturalmente con ella, que con frecuencia, la reflexión sola me indica lo que ella ha hecho por complacerme.

“Me deja el placer de gozar del bienestar que me proporciona y aleja de mi vista los resortes delicados que ha puesto en juego para procurármelo.”—(THERY.)

¿No conocéis en torno vuestro á alguno á quien este retrato se parezca?

¿Por qué cada una de vosotras al leerlo no dirá: Yo tambien seré mujer cumplida?

NOTA SOBRE LOS DETALLES.

73. Aquí sería oportuno desarrollar los elementos de algunas pequeñas ciencias que llamariamos *complementarias de la economía doméstica*.

Ellas enseñan á ser útil, á hacer el bien á los otros, y á la vez que economizan los gastos que se harían en el trabajo de alguna obra, proporcionan el gusto de poder decir: Yo he hecho esto por mí misma.

No hablamos de la preparación de los alimentos que no puede aprenderse en el colegio, y para lo que se encuentran, en libros bien dispuestos, abundantes recetas; ni de las diferentes obras de aguja, á las cuales, en cada casa de educación, se les consagran muchas horas cada día, sino de esos otros conocimientos menos usuales, pero no menos útiles, como son:

La higiene, ó sea, el arte de conservar la salud.

El arte de cuidar á los enfermos.

La botánica medicinal, ó la pequeña farmacia doméstica.

Los cosméticos ó arte del tocador.

Las recetas de la industria.

El por qué y el por que de los hechos diarios.

Los errores y las preocupaciones, etc.

El plan de nuestro libro se opone á es-

tos detalles de ciencia, que absorberían los principios generales que nos hemos propuesto dar, pero tal vez las publicaremos algún día en forma de conversación y bajo este título: *Pequeñas ciencias de la joven.*

Nos parece que habrá allí una enseñanza llena de interes para los dos últimos años del colegio.

#### CAPITULO CUARTO.

##### *Las recreaciones.*

##### RECREACIONES EN LA FAMILIA.

74. Hay algunas horas en el día y algunos días en el año, durante los cuales cesa, por decirlo así, esa vida activa y ocupada del trabajo para dejar un lugar más amplio á la vida de familia.

Esto es, en el día, las primeras horas de la noche, y en el año los domingos y los días de fiesta.

Ellas enseñan á ser útil, á hacer el bien á los otros, y á la vez que economizan los gastos que se harían en el trabajo de alguna obra, proporcionan el gusto de poder decir: Yo he hecho esto por mí misma.

No hablamos de la preparación de los alimentos que no puede aprenderse en el colegio, y para lo que se encuentran, en libros bien dispuestos, abundantes recetas; ni de las diferentes obras de aguja, á las cuales, en cada casa de educación, se les consagran muchas horas cada día, sino de esos otros conocimientos menos usuales, pero no menos útiles, como son:

La higiene, ó sea, el arte de conservar la salud.

El arte de cuidar á los enfermos.

La botánica medicinal, ó la pequeña farmacia doméstica.

Los cosméticos ó arte del tocador.

Las recetas de la industria.

El por qué y el por que de los hechos diarios.

Los errores y las preocupaciones, etc.

El plan de nuestro libro se opone á es-

tos detalles de ciencia, que absorberían los principios generales que nos hemos propuesto dar, pero tal vez las publicaremos algún día en forma de conversación y bajo este título: *Pequeñas ciencias de la joven.*

Nos parece que habrá allí una enseñanza llena de interes para los dos últimos años del colegio.

#### CAPITULO CUARTO.

##### *Las recreaciones.*

##### RECREACIONES EN LA FAMILIA.

74. Hay algunas horas en el día y algunos días en el año, durante los cuales cesa, por decirlo así, esa vida activa y ocupada del trabajo para dejar un lugar más amplio á la vida de familia.

Esto es, en el día, las primeras horas de la noche, y en el año los domingos y los días de fiesta.

Ellas enseñan á ser útil, á hacer el bien

Cuántas veces, despues de la cena, junto al fuego durante el invierno, y al fresco de un cielo puro durante el estío, las jovencitas lanzan este grito de alegría: "¡La velada! el paseo! Parece que esta es la hora de ellas.

Es que sin pensar en ello directamente, ellas van á mostrar un nuevo lado de su corazón, el que ellas aman más tal vez.

Han sido útiles todo el día, y van por la tarde y los días de fiesta á mostrarse amables y contentas.

Han trabajado toda la semana, y van á recoger, durante el descanso del domingo, el fruto de su trabajo, viendo más amable y risueño el semblante de su madre, menos preocupado y sonriente tambien el rostro de su padre, á quien procuran hacer olvidar sus motivos de inquietud.

¡Oh! qué bien llamadas son esas horas, *horas de solaz!*

En ellas el espíritu no está contenido ni estrechado por el temor de desagradar, de ser importuno, ó de faltar á esas for-

malidades algunas veces ridículas, siempre penosas.

El corazón se abandona sin temor á toda la expansión de su amor de niño, y á todas las pequeñas confiancias de la jovencita.

El cuerpo mismo, ocupándose todo, no tiene ya que temer la fatiga que resulta de un trabajo monótono.

Pero esas horas de solaz no merecen su nombre, sino en la familia.

Por de fuera, en los viajes, en las partidas de campo, en los convites, que estamos lejos de reprobear, se encuentra placer, atractivo, una variedad que de tiempo en tiempo parece ser aun necesaria; pero todo ese movimiento cansa la vida; es solo un vuelo que se da fuera del nido, con prisa de volver á entrar en él.

Por fuera se encuentra diversión, pero tambien fatiga; en la familia se halla solaz, se descansa.

Por fuera se encuentra la alegría que desaparece con aquello que la produce;

Ellas enseñan á ser útil. á hacer el bien

en la familia se halla la dicha, que no se va, sino cuando es lanzada.

CUÁLES SON ESAS RECREACIONES.

CONVERSACIONES.

75. Es tan dulce, tan exquisito lo que pasa cada día al caer de la tarde en las familias, cuando la inocencia y el trabajo han guardado la casa!

Hay allí conversaciones encantadoras, risas sin fin, historias cien veces repetidas y nunca escuchadas con fastidio, chascos, burlas y travesuras que á nadie lastiman, agudezas, tanto más espirituales, cuanto que todas son espontáneas y se escapan de un espíritu que la vanidad no ha gastado aún; accesos de alegría estrepitosos tal vez, pero que tienen el arte de no fatigar ni molestar; una charla, en fin, que interroga, responde, excita y mantiene en los labios de todos una sonrisa constante.

Y vosotros, niños, vosotras, jovencitas, las que producís todo esto! ¡Oh! yo

no me admiro si se os ama tanto, si una familia sin niños, es como una pradera sin sol, si con frecuencia se os llama ángeles!

Un ángel que descendiera del cielo traería la alegría; pues bien, procurar la alegría en torno vuestro es uno de vuestros deberes, tan esencial como el deber de procurar lo necesario á vuestra familia.

LA LECTURA EN COMÚN.

76. Hay allí lecturas llenas de atractivo, ofreciendo por la voz graciosa de un niño ó de una niña, dulces enseñanzas y suaves emociones.

¡Oh! Cómo la velada pasa rápida bajo el encanto de esas tiernas leyendas que hacen llorar algunas veces, que con frecuencia provocan la sonrisa y encierran una lección de sacrificio, de obediencia ó de piedad.

Más de una vez aquel día la jovencita caprichosa se pone á llorar, é interrumpe su lectura, besa á su madre pidiéndole perdón.

¡Cómo se eleva el alma, cómo se fortalece el corazón en el amor al deber, con la lectura hecha por el padre, de una página donde el sacrificio por Dios ó por la patria, ó el perdón de los enemigos y el cumplimiento del deber son retratados con el bello lenguaje de Racine ó de Corneille!

¡Cómo se ensanchan y se rectifican el juicio y la inteligencia durante esas lecturas, algunas veces interrumpidas por reflexiones, por observaciones, aplausos ó críticas!

Y á la larga, esa comunidad de instrucción y de emociones asemeja las inteligencias y los corazones; se vive en una misma atmósfera de pensamientos; se comprende mejor por qué se han aprendido las mismas doctrinas.

77. Esa lectura en común tiene otros resultados. El libro elegido por la madre, el pasaje especialmente designado pueden algunas veces dar una lección á todos, sin que nadie pueda enojarse contra el que la da. Es necesario mucho tino, sin duda,

¿pero á qué mujer piadosa y abnegada le falta?

Otras veces la sola lectura previene una disputa que estallaríá á la menor palabra, y que se extingue dulcemente en la calma de la atención.

Ella reconcilia los caracteres que una ligera disidencia había separado poco antes.

Ella evita al uno la vergüenza de pedir perdón y al otro el embarazo de perdonar.

¡Cuántos buenos recursos hay en este medio de recreación! Y si los libros parecen no convenir ya un día, ¿no hay un álbum de grabados nuevos que hojear, una pieza de música que se quiere ensayar esa misma tarde?

#### MÚSICA.

78. La música, he aquí también un medio de recreación delicioso.

Habéis empleado ocho ó diez años en aprender á tocar el piano; ¿por qué, pues,

no utilizar el recurso de estos conocimientos adquiridos, para dar algunos ratos de placer á vuestra familia?

Dejaos guiar por vuestro corazón; él os inspirará lo que conviene aquel día; ya una graciosa cancioncilla, ya una melodía piadosa, ó el antiguo romance que vuestra madre canta algunas veces, ya, en fin, aquella marcha guerrera que entusiasma á vuestro padre.

BIBLIOTECA.

79. Nosotros no podemos designar en particular los libros que pueden ser leídos; dejamos la elección á la prudencia de la madre de familia, ayudada de los consejos del que dirige su conciencia.

Solamente queremos que cada casa tenga su pequeña biblioteca aumentada cada año con un volumen nuevo; vuestros libros de premios, oh jóvenes, tendrán allí el lugar honorífico.

Amad los buenos libros, esos *amigos* que siempre están dispuestos á hacer más

Hay libros especiales que enseñan el

cortas las largas horas de la lluvia, del invierno y del sufrimiento;

Esos *consejeros* fieles que no saben ni adular ni mentir;

Esos *huéspedes* amables que toman parte en vuestras alegrías y os dan el medio de conservarlas, que os consuelan en vuestras penas, y nada piden en recompensa;

Esos *enviados del buen Dios* que os hablan de su Providencia, os dicen su bondad, y os muestran sobre la via del cielo almas como la vuestra, caminando al través de las penas de la vida, hacia la patria celestial.

Una casa no está completa si no tiene su biblioteca; un día que un anciano había trasportar una á su gabinete de trabajo exclamaba lleno de alegría: "Me parece que alojo en mi aposento algunos amigos, ya no estaré en él solo."

Un sencillo consejo para vos, hija mía, tierna joven que esto leís: *No guardéis jamás un libro que queráis ocultar á las miradas de vuestra madre.*

no utilizar el recurso de estos conociem.

LOS JUEGOS.

80. Hay en torno del hogar, esos pequeños juegos de salón que son muy divertidos y agradables, y en los que el chasco y la travesura que sabe ser atractiva y el ingenio que procura ser delicado y fino, pueden ampliamente tener sus ratos de holgorio.

Qué risas provocan las charadas animadas, las pequeñas mistificaciones ingeniosamente combinadas y más ingeniosamente recibidas, las respuestas con frecuencia llenas de oportunidad á las preguntas extravagantes, etc!

No podremos indicar aquí nada en particular, pero mucho sentimos que nadie haya consagrado algunas horas á hacer una colección de esas bonitas frioleras que embellecen las reuniones de familia, quitan por un momento las preocupaciones, y aun contribuyen al bienestar moral, lanzando de allí el fastidio y llenando el vacío que dejan los negocios del día.

Sería necesario tal vez, para formar la

Hay libros especiales que enseñan el

pequeña colección de que hablamos, (conocemos un gran número, pero todos nos parecen poco convenientes), sería necesario leer muchas páginas insulsas y fastidiosas, modificar la forma de casi todos esos juegos llamados por ironía *inocentes*; pero cuántas madres y directoras de colegio quedarían agradecidas al autor!

Lamentamos sinceramente que algunos, cuando ya son grandes, se avergüenzan de aparecer niños por algunos minutos; ni una madre, ni una maestra están allí.

No saber ya ser niño, no querer ya serlo, sobre todo, no sufrir que lo sean ante nosotros, es casi ser perverso, y yo no quisiera á esas gentes por amigos.

Fuera de esos juegos de chicos y de grandes niños, hay otros que deben considerarse como más serios, y que vienen á ser para la joven una ocasión de abnegación y de mérito.

Al padre de familia le agrada jugar al tablero, al ajedrez, á las cartas; hacer una partida todas las tardes, está de tal mane

no utilizar el recurso de estos conocimien-

ra arraigado en sus hábitos, que sería un disgusto para él verse obligado á omitirla.

Regularmente estos juegos exigen cálculo, atención; no son, en verdad, para vos, oh jovencita, una distracción; lo serán para vuestro padre. Vuestro deber y vuestro corazón, de acuerdo el uno y el otro, os dicen que á pesar de todo, debéis venir con la sonrisa en los labios á ofrecer á vuestro padre, que disputaréis la puesta que él quiera señalar.

Una mujer, es cierto, no está en su puesto, al derredor de una mesa de juego, sino cuando el sacrificio ó la caridad la obligan á presentarse allí, y en este caso no debe dar á conocer que es la complacencia la que la retiene allí. Sería impolítica y perdería su mérito para el cielo.

#### LAS FLORES.

81. Hay aún otro género de recreación que si no es exclusivamente para la tarde, procura en la familia dulces goces todo el año: *es el cultivo de las flores de salón.*

Hay libros especiales que enseñan el modo de sembrar y conservar las flores, nosotros no diremos más que algunas palabras, bajo el aspecto moral.

“Yo desconfiaría siempre de aquel que no amara ni las flores ni á los niños, decía un filósofo, y cuando sobre la ventana de una obrera veo flotar al viento algunas flores muy lozanas, digo: el trabajo y la bondad habitan allí, y me veo tentado de detenerme á escuchar, si un ángel responde á la voz de la joven que entona una canción.”

Para amarse es necesario asemejarse, y el corazón que cifra su gusto en ver crecer una flor, en regarla todos los días, en sonreír á cada nueva hoja que aparece, ese corazón más que otro, debe ser inclinado á la virtud.

El amor á las flores supone gustos sencillos é inocentes, la huida de los goces estrepitosos, el amor á la vida doméstica, el orden en la casa, y una compostura y adorno, aunque débil, modesto.

Dichosas las niñas á quienes desde muy

temprano se les ha inspirado este gusto, que lo han conservado y lo han sentido crecer.

Si os es permitido tener un pequeño rincón en el jardín, esto es muy atractivo; tened al menos, algunas flores que cultivar en el salón.

Se fabrican actualmente jardineras tan elegantes en la forma, y tan poco costosas, que la joven que tiene gusto por las flores, puede fácilmente satisfacerlo.

FIESTAS DE FAMILIA.

82. No hablamos aquí de esas recreaciones tomadas en familia, pero por fuera, como los paseos, las partidas lejanas y por largo tiempo deseadas, las meriendas sobre la yerba del prado en la primavera. Se encuentran aún en torno del hogar las *fiestas de familia*.

¡Oh! no dejemos pasar ninguna de ellas: aniversarios de nacimiento, patronos de la casa..... tengamos para todas esas fiestas, y para todos también, para nuestro padre, para nuestra madre, nuestros her-

manos, nuestras hermanas, tengamos un ramillete; para todos una felicitación, para todos un obsequio hecho de nuestras manos, ó comprado con nuestro dinero. Que esos días todo el mundo se sienta dichoso; que aun los mismos criados reciban un presente y tengan una comida más suculenta.

Nada ensancha y une los corazones como las fiestas de familia.

Que esos días, sobre todo, volvamos á tener para nuestros queridos padres, nuestro afecto de niños tan expansivo y tan sincero.

¡Ay! ¿por qué ha de ser necesario que á medida que vamos siendo grandes, nos avergoncemos de la sinceridad de nuestras expansiones?

Ya casi nunca nos atrevemos á abrazar á nuestros padres, y esta vergüenza exterior descende hasta el corazón y lo resfría.

De allí la indiferencia, despues el des-afecto que deja tantas tristezas en la vida de familia.

Obsérvese bien y se verá que desde el día en que se ha olvidado abrazar al padre, á la madre, al hermano ó á la hermana, por la mañana al levantarse ó por la noche al retirarse, se ha comenzado á amarlos menos.

¡Oh! amemos, amemos siempre como en nuestros primeros años, y si acaso al crecer hay necesidad de guardar ciertas formalidades, del nte los extraños, estas formalidades no existen en familia.

ORACIÓN EN COMÚN.

Pero ¿sabéis lo que conserva el afecto? ¡Ah! sin duda que es necesario verse, abrazarse; pero es necesario sobre todo, orar en familia reunida.

La unión de los cuerpos no vale lo que la unión de las almas, dice un piadoso autor.

La primera no es siempre posible, la segunda siempre lo es.

Qué suave y dulce alegría el poder decir: Lo que yo pienso, el alma á quien

con que la Providencia proveía á todas

amo lo piensa como yo; lo que yo digo á esta hora ella lo dice tambien; y nuestras palabras íntimas salidas aun de una muy larga distancia, subén juntas, enlazándose con indisoluble unión hasta el trono del buen Dios quien no las distingue ya, y las acoge como venidas de un mismo corazón.

Oh vosotros los que os amáis y queréis amaros siempre, haced juntos las mismas oraciones.

Y si para amarse no es necesario conocerse, si basta rezar las mismas oraciones con una misma intención, permitidme, queridas niñas, á quienes no conozco, pero que amo y quiero, sean santas é inocentes, permitidme que os pida para la santificación de todos nosotros, la oración del Divino Maestro: *Padre nuestro que estás en los cielos.* (\*)

(\*) La misma súplica hace para sí, á vosotras las personas que leyeren esta obrita, quien con especial gusto se ha tomado el trabajo de ponerla á vuestro alcance, sin otro fin principal que el de seros útil. Y al depositar su pobre trabajo en las purísimas manos de la Santísima Virgen, le ruega que fructifique en vuestros corazones. Rogad por mí.

El Traductor.

Obsérvese bien y se verá que desde el

## APÉNDICE.

### I.

#### DOS HÁBITOS.

Bajo este título una madre de familia escribió en sus Memorias las páginas conmovedoras que agregamos aquí.

Leedlas, niñas, leedlas y no las olvidéis en las horas penosas que Dios os reserva, y que llegarán á ser para vosotras, como lo han sido para vuestras madres.

Muy bueno será entonces para vosotros el haber contraído estos dos hábitos. “Éramos muy pobres, muy pobres; apenas con nuestro asiduo trabajo y nuestra grande economía podíamos procurarnos lo estrictamente necesario.

“Y sin embargo, nuestro padre no por esto se entristecía jamás.

—“Estamos bien así sin blanca, decía él algunas veces. ¡Cómo voy á dormir esta noche! No hay consejero mejor y más dulce que la confianza en Dios. Me pare

ce que la Providencia proveía á todas

ce que cuando no tenemos nada es cuando reposo mejor.

“Rara vez la Providencia engañaba aquel filial abandono; nosotros no sabíamos cómo, pero siempre los recursos llegaban á tiempo.

“Yo no daré detalles, mejor quiero remitir á los que me lean, al testimonio de su propia experiencia; que se resuelvan á hacerlo así y verán cómo la Providencia siempre viene en auxilio de los que confían en ella.

“¿Y sabéis á qué atribuía mi padre esas atenciones divinas, siempre nuevas, siempre inagotables? A dos hábitos que él llamaba hábitos de familia y que tenía singularmente arraigados.

“El primero era el de *hacer la oración en común*.

—“Yo creo en la palabra eterna, decía él, allí donde están varios congregados y oran en nombre de Jesucristo, Jesucristo está en medio de ellos; y en verdad que él no viene allí con las manos vacías. Un tan gran Señor siempre tiene algo consigo.

Obsérvese bien y se verá que desde el

“Así todos los días, por la mañana y por la noche, (excepto las mañanas que había un trabajo extraordinario), debíamos todos reunirnos y á cada uno le iba tocando su turno de hacer en alta voz las oraciones.

“Estas eran casi siempre aumentadas con un *Padre nuestro* por las necesidades presentes, y ese *Padre nuestro*, tocaba siempre á mi padre y á nadie le cedía el cargo de rezarlo.

—“Yo soy el jefe, repetía, yo soy el padre, á mí, pues, toca la comisión de representar al Padre celestial de la familia las necesidades de ella.

“Su acento era siempre grave, con frecuencia conmovido, cuando rezaba esta bella oración; pero principalmente se notaba que estaba penetrado de grande emoción, cuando pronunciaba estas palabras: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.*

“Y ciertamente, yo creo que á esta conmovedora oración de nuestro padre, es á lo que debíamos la maravillosa atención

con que la Providencia proveía á todas nuestras necesidades.

“El segundo hábito que mi padre tenía establecido entre nosotros, era que nunca se pasase un día sin que al menos un miembro de la familia *asistiese á la Misa é hiciese una visita al Santísimo Sacramento.*

—“Al menos, decía él con su dulce gravedad, que de tantos que estamos aquí, uno vaya á dar al buen Dios noticias de los otros. Es como un diputado que le enviamos, para hacerle saber que estamos aquí y que tenemos necesidades; es un pajarillo que sale del nido y va á chiflar por todos sus hermanos.

“No tengo necesidad de agregar que él mismo desempeñaba esta comisión las más veces que le era posible.

“Nunca olvidaré el pasaje que voy á referir.

“Era una tarde del mes de Agosto; la temperatura había sido extraordinariamente caliente, y al declinar el día se formó una tempestad. Nuestra pobre cose-

cha tendida en el campo corría grande riesgo y se puso grande empeño en recoger la gavilla á toda prisa y ponerla al abrigo, antes que la tempestad estallara.

“Gracias á Dios se consiguió el objeto; pero apenas el último carro había entrado á cubierto, cuando los truenos, los relámpagos y una lluvia á torrentes pusieron á toda la naturaleza en espantoso movimiento. Tuvo lugar la tempestad más terrible que yo he visto en toda mi vida.

“Mi padre se acordó en esos momentos de que no se había pagado el tributo habitual, *la visita al Santísimo Sacramento*. Se levantó súbitamente y á pesar de todas las observaciones que se le hicieron, á pesar de los rayos, el viento y la lluvia, y aun á pesar de la muy grande distancia que nos separaba de la iglesia, quiso resueltamente ir á hacer su visita, la cual fué entonces más larga que de ordinario.

—“Ahora sí, dijo al entrar, mojado hasta los huesos, ya podré dormir tranquilo; yo nunca reposo bien, cuando tengo una

lo que debíamos la maravillosa atención

deuda que pagar y tengo monedas en la bolsa.”

## II.

## DOS FAMILIAS.

Este otro relato, tomado de un autor alemán, pone en acción la mayor parte de los detalles indicados en este librito. El autor cuenta sus propias aventuras.

“Yo gozaba de cierta comodidad en la época en que dueño de mis acciones, entré en el estado del matrimonio.

“Mi pequeña fortuna se aumentó con la de mi mujer, y la vida se presentaba ante nosotros toda rosada y risueña.

“Eramos dichosos los dos, trabajábamos con afán y buen resultado que habría debido multiplicar nuestras riquezas; sin embargo, cuando llegábamos al fin del año, notábamos que con dificultad podíamos comenzar el nuevo sin contraer deudas.

“Había cerca de nosotros un obrero, casi de nuestra edad, casado hacía poco

también, y que por motivo de vecindad había llegado á ser íntimo amigo de la casa.

—“No trabajaba más que yo, tenía rentas menos considerables que las mías, y sin embargo, cada año, lo sabía yo, apartaba en caja, tres ó cuatrocientos francos libres.

—“Yo no sé cómo hará Jorge, me dijo á este respecto, un día mi mujer.

—“Sin duda él economiza más que nosotros. ¿Te animarías á hacer lo que él, mi querida amiga?

—“El domingo siguiente fuimos á hacerle una visita á Jorge é hicimos recaer la conversación sobre la economía.

—“Nosotros procuramos cercenar mucho de nuestros gastos de mesa, nos dijo la mujer de Jorge. Los tiempos son calamitosos, todo está caro, pero se arregla uno; nosotros comemos tanto cuanto es necesario hasta satisfacer el hambre, y si es cierto que los alimentos no lisonjean al paladar, sí hacen bien al estómago.

—“Ya hace mucho tiempo que no toma-

lo que debíamos la maravillosa atencio-

los paseos reunidos en la bella

mos café; una abundante sopa nos basta, y estamos perfectamente bien. El café y el azúcar, con frecuencia suben de precio, mientras que nuestra sopa nunca está más cara en un tiempo que en otro.

—“En la comida sirvo legumbres y carne; en la cena una sopa de pan y carne fría. No aumentamos un tercer plato y un postre, sino solo los domingos y días festivos.

—“Rara vez bebemos el vino puro, y así mantenemos nuestra buena salud y nuestro buen humor, sin ocurrir nunca á nuestra última pieza de moneda.

—“Los trozos más delicados de un exquisito manjar no son tan sabrosos, como amargos son los temores de verse obligado á contraer deudas.

—“Cuando volvimos á la casa mi mujer me dijo:—Está muy bien, podemos ciertamente cercenar alguna cosa; pero ese alimento tan pobre, eso no es vivir. Probemos, y desde luego, un plato de menos en la comida, un postre de menos en cada comida y despues veremos.

tambien, y que por motivo de vecindad

“Esta prudente resolución fué fielmente ejecutada, y algunas otras pequeñas economías se añadieron á aquellas; pero ¡ay! nos vimos siempre en el caso de pedir prestado, y Jorge al fin del año, apartó tres ó cuatrocientos francos libres.”

—“Yo no sé cómo hará Jorge, me decía mi mujer.

—“Sin duda que él economiza más que nosotros. ¿Te animarías á hacer lo que él, mi querida amiga?

“Hicimos otra visita á Jorge y hablamos de la economía.

—“Dios mío, dijo la mujer de Jorge, causa mucha pena, es verdad; los días son muy cortos, pero se arregla uno.

“Cada cosa se hace á una hora fija: á las cinco se levanta uno, á las siete se desayuna; á medio día se sienta uno á la mesa para la comida; á las siete de la noche se cena; á las nueve se acuesta uno. Esto en estío lo mismo que en invierno.

“Increíble parece, vecina mía, cuánto trabajo se puede hacer entre dos noches, cuando se ama la ocupación, y cuando se

los paseos reunidos en la bella

arregla con anticipación el tiempo que se debe emplear en cada negocio.

“Además, nosotros somos muy severos en esto que toca al orden y al arreglo.

“En nuestra casa nada se extravía porque nada hay que no tenga su lugar señalado; así no se pierden cuartos de hora, ni minutos siquiera en buscar las llaves, las tijeras ú otras cosas.

“Yo estoy segura de poder encontrar en la oscuridad hasta un alfiler ó una aguja.

“De esta manera tengo siempre bastante tiempo desocupado; si me fastidio, hago vestiditos para los niños y no tengo necesidad ni de criada niñera ni de costurera.

“Volvimos á nuestra casa.

“Acuérdate de levantarte mañana muy temprano, y que las llaves se encuentren cuando se las necesite, le dije á mi mujer.

“Ella me comprendió. Durante algún tiempo, todo se hizo en casa con orden y se tuvo cuidado de consultar para todo el relox. Todos los rincones y los escondrijos se asearon, pero poco á poco fué em-

tambien, y que por motivo de vecindad

pezando á ser necesario buscar las llaves. La abundancia no vino, y Jorge, al fin del año, apartó tres ó cuatrocientos francos libres.

—“Yo no sé cómo hará Jorge, me decía mi mujer.

—“Sin duda que él economiza más que nosotros. Vamos á verlo aún otra vez.

“Entonces fué á él mismo á quien directamente le preguntamos cómo podía hacer marchar tan bien su casa, aun á pesar del continuo aumento de precio en las mercancías.

—“Es muy sencillo, respondió; lo que por una parte se pierde, se gana por otra.

“En otro tiempo, solía yo salir por las noches, á jugar con mis amigos; mi mujer hacía algunas visitas, y de tiempo en tiempo invitaba á dos ó tres personas á comer. Ahora permanecemos encerrados en nuestra casa. ¿Hay una compañía más dulce que la de la familia?

“Hemos comprendido bien que los juegos con los niños y los ancianos, hechos por las noches en el invierno en torno del

hogar, y los paseos reunidos en la bella estación de primavera tienen un encanto que no tenían nuestras partidas de placer por de fuera.

“Nosotros nos festejamos mutuamente, y cada miembro de la familia, desde el más pequeñuelo charlatancillo hasta la anciana abuela, nos da un día de fiesta y un soberbio regalo.

“Y todo esto nos proporciona más goce y nos ocasiona menos gasto que los vestidos nuevos, los chales y los encajes que exigían nuestras recepciones ó nuestras visitas.”

“Volvimos á nuestra casa resueltos á seguir aquellos consejos.

“Y al día siguiente escribía yo con grandes letras en nuestro aposento común estas palabras que nos recordaban la causa de la prosperidad de Jorge: *Trabajo, orden, sobriedad, amor á la vida de familia, perseverancia.*”



## INDICE.

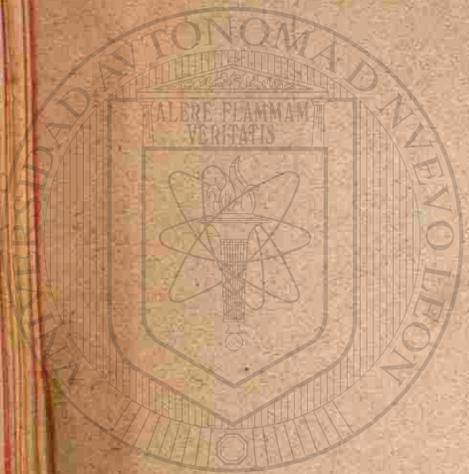
PÁG.

CAPITULO PRIMERO.—Ornamentación de la casa.....	110
I. Elección de los muebles.....	110
Los muebles antiguos.....	113
II. Limpieza.....	114
Consejos prácticos para el aseo de la casa.....	116
III. Conveniencia en los vestidos.....	118
CAPITULO SEGUNDO.—Arreglo del material de la casa.....	122
De dónde viene el arte de saber arreglar su casa?.....	122
A qué tiende ese arreglo?.....	123
Vuestro aposento.....	126
Ventajas del arreglo de la casa.....	127
Llevar un diario.....	130
CAPITULO TERCERO.—La ciencia de los detalles.....	132
Resultados de la ciencia de los detalles.....	132
Cualidades de la ciencia de los detalles.....	135
Retrato de una mujer cumplida.....	140
Nota sobre los detalles.....	143
CAPITULO CUARTO.—Las recreaciones.....	145
Recreaciones en la familia.....	145
Cuales son estas recreaciones? Conversaciones.....	148
La lectura en común.....	149
La música.....	151
Biblioteca.....	152
Los juegos.....	154
Las flores.....	156
Las fiestas de familia.....	158
La oración en común.....	160

## APÉNDICE.

I. Dos hábitos.....	162
II. Dos familias.....	167

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

BIBLIOTECA POPULAR

2

*Manuscripts*

*History*

U A N L

GUIRNALDA DE DOCE FLORES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. 6.



AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

GUIRNALDA

DE

DOCE FLORES

tejidas para las  
señoritas mejicanas católicas, á quienes  
dedica este modesto trabajo

CRESCENCIO RIVERA SORIA

Presbítero de la archidiócesis de Méjico.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO  
LIBRERÍA RELIGIOSA

1.º de S. José el Real, núm. 3.

1892



Méjico, Agosto 12 de 1892.

Visto el parecer del presbítero doctor D. Leopoldo Ruiz, á quien pasó para su revisión y censura el opúsculo titulado GUINALDA DE DOCE FLORES, damos nuestra licencia para que se imprima y publique dicho opúsculo, con calidad de que, antes de darse á luz, sea cotejado por el mismo Padre censor y de que se inserte esta licencia.

Lo decretó y firmó el Ilmo. Sr. Arzobispo, Administrador de la diócesis de Cuernavaca.

✠ EL ARZOBISPO.

Joaquín Arcadio Pagaza,  
Secretario.

AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

DR. D. PRÓSPERO M. ALARCÓN

DIGNÍSIMO ARZOBISPO DE MÉJICO

*Humilde tributo de filial  
afecto que le dedica el último  
de sus súbditos.*

C. R. S.  
Presbítero.

Méjico, Julio 29 de 1892.

Si un solo día podía bastarme para adelantar en el amor de Dios, ¿cómo he dejado pasar tantos inútilmente? Por toda la eternidad no podré



## PRÓLOGO-EXCUSA

---

**E**SPERARÉIS, candidas niñas, encontrar en este librito las flores y galanura de la poesía: cantos que arrullen vuestro placido sueño: flores que embriaguen dulcemente vuestros sentidos y os hagan gozar momentos deliciosos. El nombre de GURNALDA parece prometerlo así; tenéis razón, porque debe estar formada de perfumadas rosas y tejida con el mayor esmero, supuesto que va á ser colocada en vuestras frentes virginales.

Joaquín Arcadio Pagaza,  
Secretario.

Si un solo día podía bastarme para adelantar en el amor de Dios, ¿cómo he dejado pasar tantos inútilmente? Por toda la eternidad no podré

*Guirnalda os traigo de las flores que crecen en la soledad, fecundadas con la meditación y perfumadas con el perfume de los cielos: rosas que he recogido entre los abrojos del santo ministerio, y que á nadie mejor que á vosotras pudiera dedicarlas. Ellas no os proporcionarán los goces fugitivos de los sentidos; pero en cambio su fragancia fortalecerá vuestras almas. Doce son las flores con que formaré esta GUIRNALDA, y espero que guardaréis una flor para cada mes.*

*Si al fin del año las conservaréis todas, y si en vuestras vírgenes almas han brotado nuevas, bendecid al Señor; pero si al concluir la lectura de este librito está árido vuestro espíritu, culpádmelo á mí, que no he sabido interpretar la voluntad de Dios.*

Joaquín Arcadio Pogaça,  
Secretario.

vives, ¿qué no haría él por satisfacer por sus pecados y por recuperar la amistad de Dios? Si una alma del Purgatorio tuviese el mismo privilegio, ¿qué acciones de virtud



## ENERO

(Flor: Pensamiento.)

Del tiempo.

§ I

NINGUNA cosa tenemos tan propia como el tiempo, y de ninguna hacemos mayores desprecios, siéndonos su pérdida la menos sensible, la más dañosa y la totalmente irreparable.

El año precedente ya pasó. ¿Qué me ha quedado de tantos días, de tantas horas y de tantos momentos? Si un solo día podía bastarme para adelantar en el amor de Dios, ¿cómo he dejado pasar tantos inútilmente?

Por toda la eternidad no podré

*Guirnalda os traigo de las flores que crecen en la soledad, fecundadas con la meditación y perfumadas con el perfume de los cielos: rosas que he recogido entre los abrojos del santo ministerio, y que á nadie mejor que á vosotras pudiera dedicarlas. Ellas no os proporcionarán los goces fugitivos de los sentidos; pero en cambio su fragancia fortalecerá vuestras almas. Doce son las flores con que formaré esta GUIRNALDA, y espero que guardaréis una flor para cada mes.*

*Si al fin del año las conservaréis todas, y si en vuestras vírgenes almas han brotado nuevas, bendecid al Señor; pero si al concluir la lectura de este librito está árido vuestro espíritu, culpádmelo á mí, que no he sabido interpretar la voluntad de Dios.*

Joaquín Arcadio Pogaça,  
Secretario.

vives, ¿qué no haría él por satisfacer por sus pecados y por recuperar la amistad de Dios? Si una alma del Purgatorio tuviese el mismo privilegio, ¿qué acciones de virtud



## ENERO

(Flor: Pensamiento.)

Del tiempo.

§ I

NINGUNA cosa tenemos tan propia como el tiempo, y de ninguna hacemos mayores desprecios, siéndonos su pérdida la menos sensible, la más dañosa y la totalmente irreparable.

El año precedente ya pasó. ¿Qué me ha quedado de tantos días, de tantas horas y de tantos momentos? Si un solo día podía bastarme para adelantar en el amor de Dios, ¿cómo he dejado pasar tantos inútilmente?

Por toda la eternidad no podré

*Guirnalda os traigo de las flores que crecen en la soledad, fecundadas con la meditación y perfumadas con el perfume de los*

jamás recuperar el tiempo perdido, y aunque yo viviese mil años, en tan largo espacio de tiempo no podría reparar la pérdida de un solo cuarto de hora. Porque esos mil años deberían todos estar llenos de santas obras distintas de aquellas que debiera yo haber hecho en el tiempo pasado.

Y lo peor es que el tiempo que Dios me ha dado para que le sirviese, yo lo he empleado en desagradarle.

¡Oh, Dios mío! ¿Cómo me habéis sufrido, habiendo tomado yo osadía para ser tan mala sólo por ser Vos tan bueno? ¡Oh! si yo hubiera vivido siquiera menos mal, no hubiera sido para mí el tiempo pasado tan infeliz.

Alma mía, da cuenta de ti primero, y después la darás á Dios. Tu libro de cuentas es deudor de un año. ¿En qué lo has empleado? ¿En vanidades, en impaciencias, en pa-

vives, ¿qué no haría él por satisfacer por sus pecados y por recuperar la amistad de Dios? Si una alma del Purgatorio tuviese el mismo privilegio, ¿con qué acciones de virtud

satiempos inútiles, en pensamientos superfluos, en pecados voluntarios? ¿Tendrás atrevimiento tú de dar á Dios una cuenta tan mal ajustada?

El tiempo ya pasó... ¿Y qué te ha quedado de lo mal que has usado de él? La vergüenza, el arrepentimiento, el disgusto y la obligación de satisfacer ó en esta vida ó en la otra. Cuando tú hubieses gozado de todos los placeres de tus sentidos, y dado todo contento y hartura á tus pasiones, ¿qué tendrías de esto, sino el ser más infeliz y más culpable? Y aun más desgraciada serías si hubieses podido ejecutar los demás males que has deseado hacer.

Perdonadme, divino Jesús, el haber empleado tan mal el tiempo tan precioso que Vos me habéis dado para adquirir vuestro amor y para enriquecerme de vuestras gracias. Pésame, Señor, de mi pérdida; dúlome de mi miseria, y propongo la enmienda.

*Guirnalda os traigo de las flores que crecen en la soledad, fecundadas con la meditación y perfumadas con el perfume de los*

§ II

*El tiempo presente.*

Éste sólo es el que está en tu mano, del cual eres dueña, y en el cual puedes ganar una eternidad bienaventurada.

Este momento en el cual te hallas, te puede enriquecer para siempre. ¿Por qué lo dejas perder y lo gastas inútilmente?

El Apóstol dice: «Obremos bien mientras tenemos tiempo.» Este es el tiempo de obrar bien. ¿Qué hay que atender ni mirar al tiempo de adelante? Este es el tiempo de aprovechar: este es el día de nuestra salud, dice también el mismo Apóstol. Hoy, pues, es el día en que puedes ó ganar tu salvación ó perderla, según te aproveches de él, ó bien ó mal.

Si un miserable condenado pudiere servirse del día de hoy en que tú

vives, ¿qué no haría él por satisfacer por sus pecados y por recuperar la amistad de Dios? Si una alma del Purgatorio tuviese el mismo privilegio, ¿con qué acciones de virtud no procuraría abreviar sus penas, y acortar el término de su padecer en aquella prisión que le impide la vista clara de su Dios?

El tiempo que tienes va corriendo, y pronto será como el pasado, no quedándote de él otra cosa sino el bien ó el mal que en él hubieres hecho. Será un sueño, del cual sólo quedará su memoria. ¡Oh, qué cosa tan lamentable! ¡Caer en una extrema miseria, habiendo tenido y dejado pasar en vano la ocasión de enriquecer!

Con el tiempo presente que Dios te da, los santos han adquirido el Cielo. La Virgen santa no ha tenido otra moneda con que ganar el Cielo y llegar á ser Reina del universo, sino la del tiempo presente, el cual

de vuestra eternidad gloriosa: hacedme gracia de que yo emplee todó, este tiempo en vuestro servicio para gloria vuestra, y que mi desorde-

Ella tan solícitamente empleó con tanta perfección. ¡Oh Santísima Virgen, dadnos de vuestra diligencia para emplear bien el tiempo!

El Buen Ladrón, estando en la cruz, tuvo poquísimo tiempo para hacerse santo; pero lo empleó bien y le bastó.

Se tú, pues, avara de tiempo tan precioso, y no lo desperdicies inútilmente. El Salvador mandó que se recogiesen las sobras del pan milagroso que dió en el desierto para que no se perdiesen sin utilidad.

No deberíamos ser menos diligentes en recoger y aprovechar tantos cuartos de hora cuantos sin utilidad alguna perdemos. En este cuarto de hora puedo aumentar los grados de gracia, y yo lo empleo en aumentar (por lo menos) las penas del Purgatorio.

Jesús, Hijo del eterno Padre, que nos habéis dado el tiempo como semilla de la eternidad: quitad de

des ó ganar tu salvacion ó perdulla, según te aprovecharas de él, ó bien ó mal.

Si un miserable condenado pudiese servirse del día de hoy en que tú

mi toda pereza, y dadme gracia para que yo siembre este grano mientras pueda, de manera que después coja con abundancia el fruto de vuestra gloria para todos los siglos.

§ III

*Tiempo futuro.*

No hay cosa para ti más incierta que el tiempo futuro. Tú has comenzado este año, y, ¿por ventura el fin de tu vida será en este mes? ¿Qué puedes tú determinar de cierto en una cosa tan incierta?

Dios sólo sabe cuánto tiempo te queda de vida. Todas las ciencias del mundo no te descubrirán este secreto jamás; no te fatigues por saberlo. Si vives mal, tu vida será siempre corta; pero será muy larga si vives bien.

¿Por qué fundar largas esperan-

de vuestra eternidad gloriosa: hacédme gracia de que yo emplee todo, este tiempo en vuestro servicio para gloria vuestra, y que mi desorde-

zas sobre el tiempo futuro? ¿Acaso puede ser fundamento de cosa alguna lo que en sí mismo es nada? Tú pones todos tus designios en los años venideros, que es muy posible que no veas. Deja á Dios todo lo futuro, y aprovéchate de lo presente.

Aquel rico miserable del Evangelio, sólo soñaba en lo futuro. Y así, habiendo llenado bien sus graneros y sus despensas, se figuraba para adelante una vida muy feliz y regalada. Pero aquella misma noche en que prolongaba estas ideas, murió.

La felicidad que depende de lo futuro es muy engañosa. Bien es pensar en lo venidero; mas no ahora, sino cuando estemos en la eternidad. Piensa que te aguarda una eternidad, ó de gloria ó de penas, y que el tiempo intermedio, en el que apoyas tus esperanzas, no es más que un momento, que pasará como

des ó ganar tu salvacion ó perdirla, según te aprovechares de él, ó bien ó mal.

Si un miserable condenado pudiese servirse del día de hoy en que tú

cual no es conforme á la condición de pecadores. Esto es tomar el medio por el fin, y hacer á la salud el único blanco adonde se enderecen

un relámpago, y tú, en pasando, te hallarás ó salva para siempre, ó condenada para siempre.

Haz mejor de este modo: no hagas cuenta alguna del tiempo futuro; corta las alas á tus pensamientos, y tenlos fijos en el tiempo presente; imita á Dios, á quien están presentes todas las cosas, lo cual harás si tomas una resolución firme de gastar todo el tiempo de adelante, así como el presente, de manera que no haya hora, día, mes ni año que no lo consagres á Dios, como consagras este tiempo en que estas cosas consideras.

Dios eterno, Criador de todo, y Soberano señor del tiempo, que me habéis dado el de esta vida transitoria para que yo en él obre mi eterna felicidad y me haga digna de vuestra eternidad gloriosa: hacedme gracia de que yo emplee todo este tiempo en vuestro servicio para gloria vuestra, y que mi desorde-

zas sobre el tiempo futuro? ¿Acaso puede ser fundamento de cosa alguna lo que en sí mismo es nada? Tú pones todos tus designios en los años venideros. que es muy nosible

nada pasión no use mal de cosa tan santa; concededme que emplee todos los instantes de mi vida en vuestro santo servicio.



cual no es conforme á la condición de pecadores. Esto es tomar el medio por el fin, y hacer á la salud el único blanco adonde se enderecen



## FEBRERO

(Flor: Rosa entre espinas.)

Salud y enfermedad.

§ I

*La salud.*

AUNQUE la salud de nuestros cuerpos depende de su temperamento, y su conservación de un buen régimen de vida, ella, con todo, es un don de dios. Y si tú la tienes, debes por ella dar muchas gracias al distribuidor de todos los bienes, así naturales como sobrenaturales.— ¿Cómo tú te sirves de tu salud? ¿La gastas en excesos inútiles, en trabajos excesivos tomados para cum-

zas sobre el tiempo futuro? ¿Acaso puede ser fundamento de cosa alguna lo que en sí mismo es nada? Tú nones todas tus designios en los

plir tus antojos, ó en una ociosa y deliciosa pereza? No esperes á la enfermedad ó á la vejez para hacer buenas obras; hazlas mientras la salud te lo permite, y trabaja con la prudencia que te aconseja el Apóstol.

Si Dios te ha dado una salud fuerte y robusta, no desprecies á los enfermos, ni los murmures, ni los condenes como delicados. Ten grande compasión de sus males, y persuádele que, si tú padecieras, serías más sensible que ellos y más difícil de contentarte.—No tengas tampoco solicitud extraordinaria de tu salud, ni la hagas el fin principal de tu vida, no fatigándote por otra cosa sino por conservarla, temiendo con demasía la más mínima cosa que pueda dañarla ó alterarla, porque esto es estimarla como cosa adquirida por tu industria, y no venida de la mano de Dios.

Esto es querer nunca enfermar, lo

cual no es conforme á la condición de pecadores. Esto es tomar el medio por el fin, y hacer á la salud el único blanco adonde se enderecen y tiren todas las acciones de la vida, lo cual es grande absurdo.—Si pierdes la salud, ó tienes alguna falta de ella, grande ó pequeña, no pienses por eso que has perdido un gran tesoro. Porque éste es un bien tocante solamente al cuerpo, el cual necesariamente ha de perderse con la muerte, y sin el cual muchas personas han adquirido el Cielo; antes es un bien no poco peligroso, por el cual muchos se han perdido, habiéndoles servido de instrumento de no pocos pecados.

Ofrécele á Dios la salud que tienes, y pídele perdón de haberte servido mal de ella, proponiendo no emplearla más que en el servicio divino.

Y pídele que te la conserve si ha de ser para mayor gloria suya y

pequeños. Piensa en la muerte algunas veces, y mírala como el fin de tus miserias, y acéptala si ya es llegada la hora que Dios te tiene

provecho de tu alma. Pero si no que te la quite, si ha de ser ocasión de que cometas el más mínimo pecado.

§ II

*Enfermedades peligrosas.*

Por dos géneros de enfermedades perdemos la salud. Unas son agudas y peligrosas, otras son ordinarias y habituales.

Disponte para las primeras cuando quisiere Dios enviártelas, y recíbelas como remedios de las enfermedades de tu alma.—Luego que te sientas tocada de alguna grave enfermedad que te obliga á ponerte en la cama, entra en ella como entraban los mártires en el lugar de sus tormentos, para honrar con ellos á Dios; y como las almas del Purgatorio, que entran en él para satisfacer por sus culpas; y como los de

lincuentes que son metidos en rigurosas prisiones por sus delitos.—Acepta con buen corazón todas las penalidades de tal enfermedad, y ofrécelas á Jesucristo, que con un amor paternal quiere que las padezcas al presente. Reprime todas las impacencias que te excitaren los dolores, y sufre de buena voluntad las demás penas de tu mal, diciéndole á Dios de corazón: «Herid, Señor, cortad y quemad aquí para que me perdonéis en la eternidad.»

Haz un grande y firme propósito de descuidar de ti y de obedecer á los médicos y demás personas inteligentes que tendrán cuidado de servirte. La enfermedad es una sementera de santas acciones. Cada día tendrás en ella ocasiones de quebrantar tu voluntad y de resignarla en Dios y en las criaturas para atesorar grandes y excelentes virtudes.

Recibe con buen ánimo los reme-

pequeños. Piensa en la muerte algunas veces, y mírala como el fin de tus miserias, y acéptala si ya es llegada la hora que Dios te tiene

dios, por dificultosos y amargos que sean, porque Dios quiere que los recibas y que los sufras, ya sea aplicados al cuerpo, ya tomados por la boca, pues te ha dado la enfermedad para eso. Piensa en tus culpas, que han merecido mayores penas. Piensa en la Pasión de Jesucristo, en los azotes que le dieron y en la hiel que le hicieron beber.

No tomes los remedios solamente por sanar, para lo cual Dios es el que les ha de dar la virtud y eficacia. Tómalos porque Dios quiere que los tomes.

Y mortifica aquel demasiado deseo de sanar que tienen los enfermos. Porque, ¿qué cosa mejor puedes tú tener que hacer la voluntad de Dios? — Cuando te falte alguna cosa perteneciente á los remedios ó al mantenimiento, ya sea por negligencia, por ignorancia ó yerro de aquellos que te asisten, refrena los movimientos de impaciencia inte-

porque ella fomenta nuestras pasiones, y cada día nos hace caer en mayores pecados. Dios nos da estos achaques ordinarios como medicamentos eficaces. — Las enfermeda-

riores y exteriores, no te quejes ni murmures. — Venera de este modo la providencia de Dios, que así lo permite y hace partícipe con alegrías de la pobreza de Jesucristo tu Maestro, ya moribundo; y por un manjar mal preparado para el cuerpo no cometas faltas culpables, con que enfermes también el alma. En medio de los violentos dolores del cuerpo ó del espíritu pon los ojos en Jesucristo crucificado, cuyos dolores fueron incomparablemente mayores que los tuyos, y pídele te dé gracias para imitarle en la paciencia. Acuérdate de los dolores del Infierno y del Purgatorio, que has merecido por tus pecados. Y con perfecta contrición de ellos, agradece á Dios la ocasión en que te ha puesto de purgarlos con dolores tan pequeños. Piensa en la muerte algunas veces, y mírala como el fin de tus miserias, y acéptala si ya es llegada la hora que Dios te tiene

dios, por dificultosos y amargos que sean, porque Dios quiere que los recibas y que los sufras, ya sea aplicados al cuerpo, ya tomados por la boca, pues te ha dado la enferme-

señalada. Mas guárdate de desearla y llamarla con impaciencia por salir de trabajos; antes bien disparte para con ella con actos frecuentes de sumisión, de resignación y de paciencia.

Luego que te veas sana, reflexiona un poco sobre la enfermedad pasada, y mira cómo te has portado en ella; y reconociendo tus faltas, acúsate de ellas delante de Dios, proponiéndote para adelante portarte mejor con su gracia, y de ser siempre fiel al Señor en la salud y en la enfermedad.

### § III

#### *Enfermedades habituales.*

La enfermedad no es menos don de Dios que la salud. Estas dos cosas son indiferentes, y Dios nos las da según juzga ser necesario para nuestra salvación. Esta enfermedad

porque ella fomenta nuestras pasiones, y cada día nos hace caer en mayores pecados. Dios nos da estos achaques ordinarios como medicina para las pasiones. — Las enfermeda-

que padeces es un reloj que te muestra de qué condición eres, cuyas horas suenan todas las veces que te acomete, ó el dolor cólico, ó la jaqueca ú otro mal, y te avisan que eres criatura miserable sujeta á la muerte. Cuando el cuerpo está prostrado con el peso de ese mal que padeces, levanta el alma á que con valor haga algún acto de virtud, una heroica resignación, una animosa conformidad, una fuerte resignación de sufrir; con esto adquirirás más bien del que la enfermedad puede quitarte. San Pablo decía: « Cuando estoy enfermo soy más fuerte. » Porque su alma se fortificaba con el sufrir. ¿De cuántos males te ha librado esa jaqueca, que una perfecta salud te hubiera ocasionado? ¿De cuántas vanidades, de cuántas conversaciones inútiles, y á veces nocivas, te ha librado ese achaque habitual, del cual tú te lamentas? Verdad es que esa tu en-

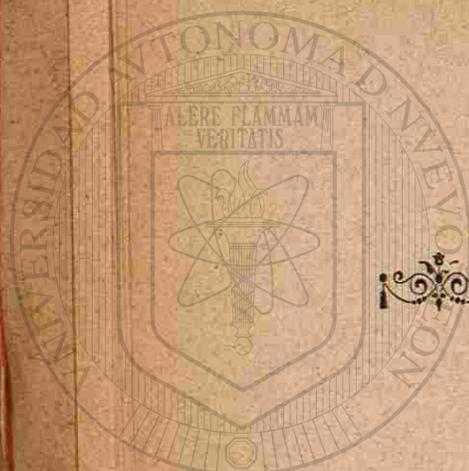
dios, por dificultosos y amargos que sean, porque Dios quiere que los recibas y que los sufras, ya sea aplicados al cuerpo, ya tomados por la boca, pues te ha dado la enferme-

fermedad vuelve y se repite muchas veces; pero no menos veces vuelven y se repiten tus pecados, siendo así que sólo un pecado venial es mayor mal que todas las enfermedades del mundo. Anticipa tu purgatorio por medio de esas ligeras penas. Pues es cierto que ese achaque ó dolor que padeces no es tan violento como el fuego, y con todo eso, si tú quieres, él te librará de aquel fuego, y redimirás, con penas ligeras y breves en esta vida, las penas gravísimas y largas que habías de padecer en la otra. Dios quiere que sufras ese mal en este tiempo, en este momento. ¿Por qué no lo querrás tú también? Él pudiera darte otros males mayores sin comparación, y te fuera forzoso sufrirlos, porque Él es el Señor y dueño, y tú las tienes bien merecidas; y dándote un mal tan ligero, ¿se te hace tan pesado? — Muchas veces la salud es causa de la enfermedad,

porque ella fomenta nuestras pasiones, y cada día nos hace caer en mayores pecados. Dios nos da estos achaques ordinarios como medicamentos eficaces. — Las enfermedades del cuerpo son remedios que purgan al alma para que no la corrompa del todo el veneno de sus pasiones. — Tú sabes por tu misma experiencia que ese dolor ó mal que tienes pasará presto, y después de poco serás aliviada ó libre de él: espera este poco de tiempo con paciencia, persuadida de que en esta vida no pueden faltar miserias. Considérate como un caminante que, con la esperanza del buen tiempo, siempre camina sin dejar de proseguir su viaje por las lluvias y vientos. O como un piloto que, con la esperanza de llegar al puerto, aun entre las tempestades procura que su navío siempre vaya adelante cuanto es posible. — Da gracias á Dios por esa incomodidad habitual

El cuerpo es importuno, pide lo que le es necesario con imperio, y de ahí, con pretexto de necesidad, pasa á pedir lo que le es deleitable,

que padeces, y recíbela como una gracia singular suya; ámale y sírvele por ella, y tenla por fiel compañera, que al fin te ha de llevar al Cielo.



MARZO

(Flor: *Cactus rojo.*)

*La penitencia.*

§ I

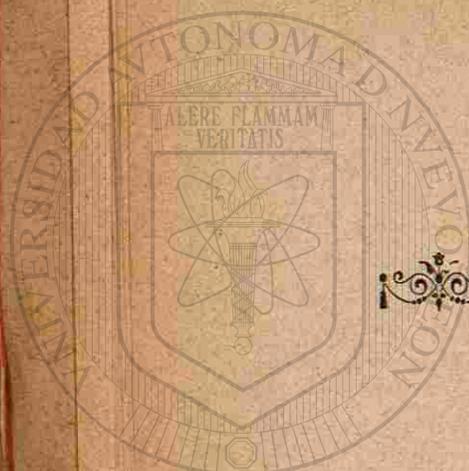
DESPUÉS del pecado de Adán, toda su posteridad fué condenada á penitencia. Nuestra vida no puede ser otra cosa sino una penitencia continua. ¿Vives tú con esa persuasión? ¿Gobiernas tus acciones con el espíritu de penitencia? El Salvador nos rescató del pecado original; mas no nos libró de la obligación de hacer penitencia por los demás pecados que cometemos. Él nos la predicó diversas veces en su Evangelio. « Haced, dice, penitencia,

ño, y tú las tienes bien merecidas; y dándote un mal tan ligero, ¿ se te hace tan pesado? — Muchas veces la salud es causa de la enfermedad,

El cuerpo es importuno, pide lo que le es necesario con imperio, y de ahí, con pretexto de necesidad, pasa á pedir lo que le es deleitable,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que padeces, y recíbela como una gracia singular suya; ámale y sírvele por ella, y tenla por fiel compañera, que al fin te ha de llevar al Cielo.



## MARZO

(Flor: *Cactus rojo.*)

### *La penitencia.*

#### § I

DESPUÉS del pecado de Adán, toda su posteridad fué condenada á penitencia. Nuestra vida no puede ser otra cosa sino una penitencia continua. ¿Vives tú con esa persuasión? ¿Gobiernas tus acciones con el espíritu de penitencia? El Salvador nos rescató del pecado original; mas no nos libró de la obligación de hacer penitencia por los demás pecados que cometemos. Él nos la predicó diversas veces en su Evangelio. «Haced, dice, penitencia,

ño, y tú las tienes bien merecidas; y dándote un mal tan ligero, ¿se te hace tan pesado? — Muchas veces la salud es causa de la enfermedad,

El cuerpo es importuno, pide lo que le es necesario con imperio, y de ahí, con pretexto de necesidad, pasa á pedir lo que le es deleitable,

porque se acerca el reino de los cielos.» «Si no hicieréis penitencia, todos pereceréis.» — La Santa Iglesia, para obligarnos más particularmente á la santa penitencia, nos ha señalado el tiempo de la Cuaresma, dedicándolo á penitencias más regulares y determinadas, cuales son los ayunos, oraciones y otras austeridades que en ella ejercitan los fieles. Elcual tiempo, con sus ejercicios santos, está consagrado con los ayunos, oraciones y demás asperezas que Cristo ejercitó durante cuarenta días en el desierto. Y así, debemos recibir con mucho gozo y estimación, aprovechándonos de él con la práctica de aquellas santas obras que nuestro Salvador todo aquel tiempo con tanto rigor practicó. — Siendo, pues, cierto que entre el cuerpo y el espíritu hay una batalla perpetua y una enemistad irreconciliable, tú tienes la obligación de fortificar laparte del espiri-

ño, y tú las tienes bien merecidas; y dándote un mal tan ligero, ¿se te hace tan pesado? — Muchas veces la salud es causa de la enfermedad,

tu y debilitar la del cuerpo. Lo cual principalmente se hace por medio de las discretas penitencias. Por falta de las cuales el cuerpo, de esclavo, se hace señor, y de señor, tirano, poniendo al alma en una extraña esclavitud. — Tus penitencias voluntarias tienen el precio del mérito y el de la satisfacción, porque por ellas mereces nuevo aumento de gracia y pagas las penas debidas por tus pecados. ¡Gran negocio! ¡Conseguir con una obra sola dos ganancias tan importantes, como son pagar lo que se debe á Dios, y de acreedor nuestro hacerlo nuestro deudor! — Déjate guiar en tus penitencias por los avisos de tu Superiora ó Director, y huye de los dos extremos contrarios; éstos son el hacer pocas ó ningunas, y el hacer demasiadas.

Haz las que hicieres con constancia, no dejándolas por delicadeza ó por tedio. Pues si siempre eres pe-

El cuerpo es importuno, pide lo que le es necesario con imperio, y de ahí, con pretexto de necesidad, pasa á pedir lo que le es deleitable,

cadora, sé siempre penitente.—Sobre todo haz tus penitencias con espíritu de penitencia verdadera, reconociéndote delante de Dios como delincuente, y confesando que por el menor de tus pecados has merecido la muerte y otros grandes castigos, en cuyo lugar Dios, por su bondad, se contenta con esas tus penas ligeras. Tómalas con corazón contrito y con espíritu humillado, porque esto, y no otra cosa, quiere Dios en tus penitencias: un corazón arrepen- tido, un espíritu lleno de dolor por haber ofendido á tu Señor.

¡Dios mío! Si mis penas hubiesen de ser iguales á mis pecados, yo debería sufrir los más horribles castigos que los tiranos inventaron, y que la naturaleza pudiera darme con cualquier género de enfermedades, y con todo eso, Vos, Dios mío, os dais por contento con el dolor de mi contrición y penitencias. Yo, Señor, os ofrezco estas mis volunta-

no, y tú las tienes bien merecidas; y dándote un mal tan ligero, ¿se te hace tan pesado?—Muchas veces la salud es causa de la enfermedad,

po á mi alma, habéis querido que el cuerpo, que es corruptible, fuese esclavo del alma, la cual Vos criasteis á vuestra imagen y semejanza,

rias penas, juntándolas con las que Vos padecisteis en vuestra dolorosísima Pasión, y os suplico me perdonéis mis pecados y me recibáis en vuestra amistad, que yo con mi ingratitud he perdido.

§ II

*Mortificación corporal.*

Tú no puedes siempre hacer penitencias, ó porque tus fuerzas no lo sufren, ó porque el tiempo y la ocasión no lo permiten. Pero puedes muy á menudo mortificar tu cuerpo en cosas ligeras, que no dañan á la salud, y van disminuyendo las fuerzas de ese enemigo doméstico, que siempre te está haciendo guerra sin tregua.

El cuerpo es importuno, pide lo que le es necesario con imperio, y de ahí, con pretexto de necesidad, pasa á pedir lo que le es deleitable.

cadora, sé siempre penitente. — Sobre todo haz tus penitencias con espíritu de penitencia verdadera, reconociéndote delante de Dios como delincuente, y confesando que por el

El alma es la señora á quien toca el discernir lo necesario de lo superfluo, y la que debe tasar al cuerpo lo que ha menester, inclinándolo siempre más á lo limitado que á lo excesivo, y manteniendo con valor este dominio sobre el cuerpo, que le han dado la naturaleza y la gracia. Así como el cuerpo principalmente importuna al alma con peticiones continuas de lo que agrada á sus sentidos, así el alma continuamente debe, en esos mismos sentidos, mortificar al cuerpo, trayéndolos siempre sujetos á la razón. Sujeta, pues, y pon en regla á esos cinco enemigos tuyos: la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto, no concediéndoles nada ilícito, y á veces negándoles lo lícito y permitido, para mostrar al cuerpo que él no es el señor, y que no ha recibido el ser que tiene sino sólo para obedecer.

Aunque el cuerpo es todo animal, gobiérnalo con la razón y hazle que

po á mi alma, habéis querido que el cuerpo, que es corruptible, fuese esclavo del alma, la cual Vos criasteis á vuestra imagen y semejanza,

espere la recompensa de aquello que padece. ¿Cuán grande será la gloria, cuán grande el placer que él tendrá cuando sea revestido de inmortalidad en el Cielo? Allí le serán sus mortificaciones corona, y sus sufrimientos aumentarán su gloria, y por un deleite momentáneo aquí despreciado de sus sentidos, allí gozará deleites eternos. El mortificar el cuerpo en esta breve vida, es dar á usura su caudal para la vida eterna. No trates delicadamente al que ha de ser manjar de gusanos. ¿Qué cosa es comer, dormir y regalar al cuerpo con demasia, sino engrosarle y sazónarle el alimento á la podredumbre? Un bocado que te quitas de la comida ordinaria, la diligencia que pones en levantarte á su tiempo, y en desechar el sueño, y cosas semejantes, no son de daño alguno al cuerpo, y á ti son de mucho provecho para acostumbarte á vencerlo. Piensa, como el

cadora, sé siempre penitente.—Sobre todo haz tus penitencias con espíritu de penitencia verdadera, reconociéndote delante de Dios como delincuente, y confesando que por el

Apóstol, que tu cuerpo es una prisión que tiene presa á tu alma y le impide el ir á su patria. ¿Qué preso habría que cuidase de reparar las ruinas de su prisión, y que no deseara antes que ella se deshiciese, y que cayeran sus murallas en tierra para recobrar su libertad? Considera á tu cuerpo como una fortaleza enemiga, á la cual el tiempo y tú tenéis puesto cerco, dándole continuos asaltos, y poco á poco vais desmoronando á pedazos, con que finalmente ha de venir á ser destruída. Sin su destrucción tú no puedes ser perfectamente vencedora, ni subir al cielo. Pero en el interin, por las mortificaciones menudas y continuadas, y con privarle de las cosas superfluas, puedes sin mucha resistencia alcanzar de ella la victoria que, mientras vives, te es conveniente. ¡Dios mío y Criador mío!, de quien yo he recibido el ser; que, habiendo unido mi cuer-

po á mi alma, habéis querido que el cuerpo, que es corruptible, fuese esclavo del alma, la cual Vos criasteis á vuestra imagen y semejanza, y que asimismo habéis querido que este cuerpo venga á ser por la resurrección inmortal: hacedme, Señor, la gracia de que yo lo traiga siempre sujeto á vuestra voluntad, y que mi alma, que es la señora, no se haga esclava de su cuerpo ni del demonio, vuestro enemigo, para que Vos siempre y en todo seáis obedecido.

§ III

*Mortificación del espíritu.*

De la mortificación del cuerpo has de pasar á la del espíritu, y trabajar por tener sujeta la más noble parte de ti misma. Las potencias de nuestra alma suelen ser rebeldes á la gracia y á la razón. Es necesario

acometerlas y pelear contra ellas, y vencerlas, para hacer así que la gracia reine en nosotras. ¿Qué cosa es una alma que no se ocupa en mortificar alguna pasión? Tú lo has experimentado muchas veces por las acciones desordenadas que has cometido, y has visto que no hay bestia más feroz, ni más peligrosa, que una pasión desbocada por falta del freno del temor y de la razón. Nuestras pasiones nacen, crecen y vienen á hacerse insuperables si á los principios no trabajamos por ahogarlas en la cuna. Esa impaciencia que nace en tu alma, vendrá á parar en furia; esa aversión se convertirá en odio, y esa complacencia vendrá á ser amor desordenado, y una pasión sola bastará para apoderarse de tu alma y ponerle leyes. — Escoge hoy aquella pasión con la cual quieres pelear, é intémale una fuerte guerra, y no des oído á las palabras

cosas supernas, y  
resistencia alcanzar de ella la victoria que, mientras vives, te es conveniente. ¡Dios mío y Criador mío!, de quien yo he recibido el ser; que, habiendo unido mi cuer-

engañosas que te dirá; advierte que, si te adula, lo hace por perderte, y que nunca estarás segura hasta que la tengas vencida. La cruz que tú debes llevar siguiendo al Salvador, es esta mortificación de espíritu. Cárgate todas las mañanas de este precioso peso, para llevarle en todas tus ocupaciones, ya sean necesarias y obligatorias, ya sean voluntarias y de elección tuya, para que la mortificación las regule á todas, yendo tú continuamente pensando en la cruz de Jesucristo que llevas contigo. — Esta, en primer lugar, debes aplicar contra la propia voluntad, que es una práctica excelente para la cual nunca te faltará materia; porque ¿quién no desea cumplir la voluntad propia? Y al contrario, conviene desear no cumplirla. Porque nunca está una más bien dispuesta para hacer la voluntad de Dios que cuando lo está para hacer antes la voluntad de otro, y no

la propia. Apetece y ama los encuentros que mortifiquen tu propia voluntad, ya te vengan de Dios, ya de sus criaturas.

¿De dónde nacen los pecados del mundo, sino de la falta de esta mortificación del espíritu? Teme lo que puede seguirse de esta desgracia. Y si tú no puedes aún desarraigar de tu alma estas malas plantas de tus pasiones, corta á lo menos cada día los rênuevos, las ramas y las hojas que arrojan, para que no lleguen á producir sus pésimos frutos.

¡Jesús, Salvador mío!, que desde la cruz habéis enseñado tan perfectamente la verdadera penitencia, y la mortificación duplicada del cuerpo y del alma : haced que mi cuerpo y mi alma sean una copia de vuestra santa y dolorosa Pasión. Y si mi cuerpo es demasiado débil para sufrir vuestros dolores, mi alma á lo menos aparte de sí todos los vi-

cosas supernas, y  
resistencia alcanzar de ella la victoria que, mientras vives, te es conveniente. ¡Dios mío y Criador mío!, de quien yo he recibido el ser; que, habiendo unido mi cuer-

temerás muchas cosas: la pobreza, la enfermedad, la enemistad, el desprecio, la deshonra y otras mil miserias. Mas si haces una vida conforme á la gracia, cual debe ser la

cios con la imitación de vuestras virtudes, y todos los días se abraze con vuestra cruz por medio de una santa mortificación.

la propia. Apetece y ama los encuentros que mortifiquen tu propia voluntad, ya te vengán de Dios, ya de sus criaturas.



temerás muchas cosas: la pobreza, la enfermedad, la enemistad, el desprecio, la deshonra y otras mil miserias. Mas si haces una vida conforme á la gracia, cual debe ser la



## ABRIL

(Flor: *Sensitiva.*)

Nuestros temores.

§ I

*Lo que no se debe temer.*

EL temor es una de las penas del pecado de Adán. Porque ¿de qué sirve prevenir el mal que aún no ha llegado, y atormentarnos con aquello que aún no nos atormenta? El Salvador nos dejó dicho que no estemos solícitos por el día de mañana, porque le basta su malicia al día presente en que vivimos. Por ventura, el mal que tú temes y que cruelmente te aflige, no llegará ja-

la propia. Apetece y ama los encuentros que mortifiquen tu propia voluntad, ya te vengan de Dios, ya de sus criaturas.

más. Tú sabes por experiencia propia que mil cosas, cuyo temor te ha causado grande inquietud, jamás han sucedido, ó porque eran meras aprensiones tuyas sin fundamento, ó porque Dios, por su voluntad, las impidió para que no llegasen á ti. Apártate de semejantes temores, y échalos de ti luego que los sientas en tu alma. ¿Qué remedio puededar el temor á un mal venidero? Si tú puedes remediarlo, hazlo sin trabajo; mas si no puedes, ¿de qué sirve el inquietarte sin provecho? En estas ocurrencias acude á Dios con indiferencia, y pídele que te dé fuerzas para llevar el mal que temes, si Él quiere que venga sobre ti; que muchas veces, contento Dios con tu resignación, hará que se desvanezca la causa de tu temor. Considera que, si tú quieres unirme con Dios en esta vida, muy pocas cosas tendrás en ella que temer. Si haces una vida conforme á la naturaleza,

temerás muchas cosas: la pobreza, la enfermedad, la enemistad, el desprecio, la deshonra y otras mil miserias. Mas si haces una vida conforme á la gracia, cual debe ser la de cualquier cristiano, cesarán todos estos temores, porque estas cosas no son nocivas al buen cristiano, puesto que por ellas puede llegar al Sumo Bien. ¿Qué cosa hay más espantosa, y más digna de ser temida, que la muerte, especialmente dada por atroces tormentos? Y con todo eso, el Salvador nos dice en la persona de sus Apostóles: «No temáis á los tiranos, á quienes sugerirá el Infierno espantosos tormentos para quitaros la vida: no las temáis.» Porque la pérdida de la vida no es mal cuando por medio de ella granjeáis la vida eterna, exenta de todos los males.

Pero si tu temor fuere tan obstinado que no lo pudieras vencer aun con el auxilio de la razón, acéptalo

y miserias: no lo irrites con pecados voluntarios aunque, á tu parecer, ligeros. Porque este temor te abrirá la puerta del amor, y apren-

delante de Dios y recíbelo como una pena justa de tus pecados. Jesucristo quiso pasar por esta pena en la víspera de su muerte, y por suavizar tus temores quiso entonces que fuese el suyo, á fuerza de la aprehensión vivísima de los horribles males que le esperaban, tan riguroso y penetrante que le hizo sudar sangre. Nunca llegará á ser el tuyo con aquél comparable. Haz, pues, del tuyo tanto menor que en el caso presente tienes materia de paciencia, y súfrello como Dios lo quiere, ya que no puedes de otra manera echarlo de ti.

¡Dios mío y soberano Señor mío!, que disteis el temor á Caín en castigo de su fratricidio, y muchas veces castigáis nuestra soberbia con permitirnos vanos temores: yo os suplico que me quitéis los míos, uniéndome con Vos. Porque, ¿qué cosa puedo yo temer estando á Vos unida? ¿Y qué cosa podrá temer el

siera que, si tu quieres unirte con Dios en esta vida, muy pocas cosas tendrás en ella que temer. Si haces una vida conforme á la naturaleza,

que con la protección vuestra vive seguro?

§ II

*Qué se debe temer.*

No nos ha dado Dios el temor inútilmente: cosas hay que deben temerse, y á la prudencia pertenece el preverlas y prevenirlas con el remedio nacido, como propio efecto de su justo temor.

El primero y principal objeto de nuestro temor ha de ser Dios. Porque á Dios debemos temer sobre todas las cosas, como repetidas veces se nos ordena en el antiguo y nuevo Testamento. Y la razón es la que el Salvador da en su Evangelio. Porque Dios, después de habernos quitado la vida del cuerpo, puede arrojar nuestra alma al Infierno para que con aquellos horribles tormentos, eternamente muriendo, vi-

y miserias: no lo irrites con pecados voluntarios aunque, á tu parecer, ligeros. Porque este temor te abrirá la puerta del amor, y apren-

va; esto es lo que verdaderamente debemos temer todas.

Otra cosa hay á la cual debemos temer grandemente: el pecado. Porque Dios no es terrible para nosotros, sino solamente por el pecado. Y si no hubiera en el mundo pecado alguno, Dios sería en él reconocido y venerado por el amor antes que por el temor, porque todas las penas que nos envía con justo enojo, sólo son efectos del pecado. Por este mismo pecado debemos también temer á nuestros verdaderos enemigos, que son mundo, demonio y carne. Porque la guerra perpetua que estos enemigos nos hacen sin paz ni tregua, y la persecución con que siempre nos persiguen sin darnos jamás, solamente se ordenan á hacernos caer en pecado. Y así es necesario que los temamos en cuanto que nos inducen á pecar, y que los vencamos huyendo de ellos; pero sobre todo evitando ani-

siuera que, si tu quieres unirte con Dios en esta vida, muy pocas cosas tendrás en ella que temer. Si haces una vida conforme á la naturaleza,

sucian. Destiéralos de tu corazón, límpialo muy bien, y haz de él un templo, en que dignamente pueda entrar y habitar con gusto Dios

mosamente todo pecado, con que ellos del todo quedan vencidos. El mismo pecado debe hacernos temer también sus consecuencias, que son el Infierno y el Purgatorio. El Infierno es una cosa tan espantosa, que todos los hombres deben temer grandemente si no son insensatos. El Purgatorio es tan terrible que sus penas son muy semejantes al Infierno, pero tienen fin. ¿Pero qué será estar allí, por tiempo á veces largo, ardiendo en vivas llamas y sin la vista bella de Dios, pudiendo haberlo evitado en esta vida con fáciles satisfacciones?

Temer también el ofender y dar disgusto á Dios con el más mínimo pecado venial deliberado y advertido; bastante le desagradas con todas tus fragilidades, inadvertencias y miserias: no lo irrites con pecados voluntarios aunque, á tu parecer, ligeros. Porque este temor te abrirá la puerta del amor, y apren-

va; esto es lo que verdaderamente debemos temer todas.

Otra cosa hay á la cual debemos temer grandemente: el pecado. Porque Dios no es terrible para nos-

derás á temer á Dios con temor de hijo á padre, temiendo desagradar, aun levemente, á aquel Señor á quien amas sobre todas las cosas.



sucian. Destiéralos de tu corazón, límpialo muy bien, y haz de él un templo, en que dignamente pueda entrar y habitar con gusto Dios



## MAYO

(Flor: *Betulia morada.*)

*Nuestros deseos.*

### § I

*Deseos vanos.*

SUPONGO que los malos y pecaminosos deseos ya están lejos de ti por haber renunciado al pecado y, por consiguiente, á los deseos que pueden volverlo á introducir. Pero siempre es conveniente que repetidas veces aborrezcas y detestes los deseos de este género que en otro tiempo has tenido, y que llores amargamente la miserable condición en que entonces te hallabas,

va; esto es lo que verdaderamente debemos temer todas.

Otra cosa hay á la cual debemos temer grandemente: el pecado. Porque Dios no es terrible para nos-

derás á temer á Dios con temor de hijo á padre, temiendo desagradar, aun levemente, á aquel Señor á quien amas sobre todas las cosas.



sucian. Destiéralos de tu corazón, límpialo muy bien, y haz de él un templo, en que dignamente pueda entrar y habitar con gusto Dios



## MAYO

(Flor: *Betulia morada.*)

*Nuestros deseos.*

### § I

*Deseos vanos.*

SUPONGO que los malos y pecaminosos deseos ya están lejos de ti por haber renunciado al pecado y, por consiguiente, á los deseos que pueden volverlo á introducir. Pero siempre es conveniente que repetidas veces aborrezcas y detestes los deseos de este género que en otro tiempo has tenido, y que llores amargamente la miserable condición en que entonces te hallabas,

va; esto es lo que verdaderamente debemos temer todas.

Otra cosa hay á la cual debemos temer grandemente: el pecado. Porque Dios no es terrible para nos-

cuando, no pudiendo ofender á Dios ni merecer el Infierno, con la obra le ofendías y lo merecías con el deseo. Pero después que ya tú profesas una vida más cristiana y más devota, dime con cuántos deseos vanos has traído ocupado el corazón. Haz reflexión si es agitado el aire de mayor variedad de vientos, y el mar de mayor multitud de olas, que lo ha sido tu corazón de los vanos deseos. ¿Hay alguna comodidad, interés, gloria ó placer que no te haya dado algún asalto con su deseo? ¿Está más sujeta á cualquier viento la bandera puesta en el pináculo del edificio más elevado, que lo está tu voluntad á cualquier deseo? Avergüénzate, pues, de que tu alma, siendo de tan noble y generosa naturaleza, se deje abatir y sujetar á cosas tan viles.

Porque, en efecto, ¿qué es lo que deseas? La comodidad de la vida, los placeres, los honores, el contentar

sucian. Destiéralos de tu corazón, límpialo muy bien, y haz de él un templo, en que dignamente pueda entrar y habitar con gusto Dios

tus pasiones... Demos que todo lo consigas: ¿quedarás con eso satisfecha? Antes quedarás más inquieta y atormentada con deseos nuevos, porque nacen unos de otros, y cuanto más los alimentas tanto más crecen; y como el buitre engullidor que jamás se harta, siempre se estarán cebando en tu corazón y devorándote las entrañas. Mira tú misma en ti si alguna vez el cumplimiento de un deseo te ha dejado con plena satisfacción. No has hecho sino pasar de una cosa á otra, y de un deseo á otro, sin reposar jamás. No has hecho sino trocar un castigo por otro. ¿No fuera mejor arrancarlos de una vez para siempre? ¿No fuera mejor despegar tu corazón de una vez de las cosas terrenas, que andar continuamente perdida tras tantas pretensiones inútiles?

El alma que se deja llevar de los deseos de la naturaleza, es seme-

va; esto es lo que verdaderamente debemos temer todas.

Otra cosa hay á la cual debemos temer grandemente: el pecado. Porque Dios no es terrible para nos-

jante á un viajero que, caminando en consecución de un negocio de grande importancia, interrumpiese á cada paso su viaje corriendo tras las mariposas que le ocurriesen para cogerlas, arrebatado de la hermosura de sus alas. Tú eres viajera que, mientras vivas, vas caminando al Cielo en consecución del negocio único y de suma importancia. ¿Será, pues, bien que, divertida, interrumpas á cada paso tu viaje por andar corriendo por tus vanos deseos tras las niñerías de este mundo? Y á la verdad, ¿de qué sirven para el Cielo tantos deseos vanos? Antes son grande obstáculo, porque, ¿cómo podrás tú desear intensamente, como debes, tu eterna felicidad teniendo tu corazón ocupado con tantos deseos de tantas cosas impertinentes? Estos son como las golondrinas, que hacen sus nidos en los corredores, cerca de las habitaciones, con que molestan y todo lo en-

sucian. Destiéralos de tu corazón, límpialo muy bien, y haz de él un templo, en que dignamente pueda entrar y habitar con gusto Dios solo. ¡Dulce Jesús mío!, que estás viendo la agitación y tempestad de mi espíritu, y me miráis atormentada de tantos deseos vanos: alejad, Señor, de mi alma todas estas olas importunas, y ayudadme con vuestra gracia para que yo siempre me aleje de ellas. Y porque pretendo recibirlos dentro de mi pecho, hacedme dueña absoluta de mi corazón, para que, limpio de todo vano deseo, os lo entregue todo entero para Vos solo.

§ II

*Deseos buenos.*

Hay buenos y santos deseos que son dignos de una verdadera cristiana, con los cuales debemos afi-

Es mucho de advertir que no hay cosa que tanto turbe la paz y tranquilidad de nuestras almas cuanto la turban nuestros temores y deseos.

cionar nuestras almas á las cosas del cielo en vez de la tierra.

De este género eran los que tenia Daniel cuando lo llamó el Arcángel «varón de deseos». Porque estos deseos nacen de la fe viva, aumentan la esperanza, avivan la caridad y nos fortifican para tolerar las miserias de esta vida.

Desea aumentar en ti el amor á Dios hasta imitar el que Él te tiene, y para adquirirlo trabaja diligentemente por enriquecerte de sus gracias. El deseo principal de un comerciante, es hacer con sus tratos cada día nuevas ganancias. No tengas tú menos deseos por el Cielo que tiene el comerciante por lo de la tierra, y aumenta cada día más tus riquezas con el comercio precioso del Paraíso. Ten un deseo grande de la gloria de Dios, que sea extendida por toda la tierra, y que sea conocido y venerado de todos su santo nombre. Y aplicando en

los deseos de tantas cosas impo-  
nentes? Estos son como las golon-  
drinas, que hacen sus nidos en los  
corredores, cerca de las habitacio-  
nes, con que molestan y todo lo en-

particular, como á objeto más pro-  
pio suyo, este deseo á ti mismo, de-  
sea que Dios sea de ti glorificado y  
venerado, y que tu alma, y tu cuer-  
po, y todas tus potencias y sentidos,  
te glorifiquen, honren y prediquen  
las grandezas de sus misericordias.  
Desea todos los días ser llamada al  
magnífico banquete del Hijo de Dios,  
á aquel divino convite del altar don-  
de se nos da el mismo Jesús en man-  
jar para ganarnos para sí. Desea  
ardientemente este favor tan admira-  
ble; y ya que tu condición no permi-  
te que te llegues todos los días á esta  
divina Mesa, suple esta falta con  
el deseo, y con las ansias frecuentes  
de ella disponte para la real comu-  
nión. Di con el grande Apóstol: «Yo  
deseo ser desatado de este cuerpo  
mortal, para que mi alma, libre de  
él, vaya á juntarse con Jesucristo, mi  
Salvador.» Concibe algunas veces  
afectuosos deseos de la gloria ce-  
lestial, y mira á toda la tierra, y á

Es mucho de advertir que no hay  
cosa que tanto turbe la paz y tran-  
quilidad de nuestras almas cuanto  
la turban nuestros temores y deseos.

todas las cosas que hay en ella, como á indignas de tus deseos; haz de éstos alas como de águila generosa con que vuelas á aquellas moradas de luz donde no mires otra cosa que al gran Sol de justicia, Dios. Jesús tuvo un ardiente deseo de cumplir el misterio de su Pasión, á la cual llamó su Bautismo. Yo no te pido que, á imitación suya, desees padecer y morir, porque supongo que tu virtud aún no ha subido á grado tan alto; pero te pido que desees que los designios de Dios se cumplan en ti, y que tú no pongas impedimento á lo que Dios ha determinado que en ti se haga; y porque ni la salvación ni la perfección pueden adquirirse sin padecer, ofrécete á padecer aquello que Dios ha juzgado te es necesario para conseguir- las. El grande y universal deseo que tuvo Jesús desde el instante de su concepción hasta el de su muerte, fué de hacer en todas las cosas, gran-

tos deseos de tantas cosas impo-  
nentes? Estos son como las golon-  
drinas, que hacen sus nidos en los  
corredores, cerca de las habitacio-  
nes, con que molestan y todo lo en-

tades de mi corazón, mandándoles, como Señor, á ellas que cesen, y á él que no se turbe por cosa alguna de esta vida, para lo cual asistidme siempre, y nunca me desamparéis.

des y pequeñas, la voluntad de su eterno Padre, y de agradarle en todo, regulando todos sus deseos y todas sus acciones por el beneplácito suyo. Todas las mañanas, luego que despiertes, excita y enciende en tu alma este santo deseo de hacer aquel día en todo la voluntad de tu Padre celestial, y de no hacer nada que pueda desagradarle. Renueva, si es posible, en todas las horas este deseo grande, ahogando por medio de él todos los demás deseos y complacencias vanas, á que nuestra naturaleza depravada continuamente nos inclina.

§ III

*Paz en nuestros temores y deseos.*

Es mucho de advertir que no hay cosa que tanto turbe la paz y tranquilidad de nuestras almas cuanto la turban nuestros temores y deseos.

todas las cosas que hay en ella, como á indignas de tus deseos; haz de éstos alas como de águila generosa con que vuelas á aquellas moradas de luz donde no mires otra cosa que

Porque éstos son dos vientos impetuosos que excitan dentro de nosotros grandes tempestades, y si nosotros no aprendemos á refrenarlos no tendremos jamás reposo verdadero. ¿Qué cosa hay en esta vida de mayor satisfacción que este reposo y paz? ¿Y qué diligencias no deberíamos hacer todos por adquirirla? Por tanto, cuando tú sintieres que se levanta en tu corazón alguna turbación, advierte luego con una reflexión santa si se origina de algún temor ó de algún deseo, y prontamente, ahogando este enemigo doméstico, procura aquietar tu corazón con no temer ni desear nada, queriendo solamente aquello que Dios quisiere hacer de ti.

Es también cosa muy conveniente el regular con la razón los temores justos y los santos deseos. El temor de Dios y del Infierno no debe ser tal que perturbe el alma é inquiete la paz del corazón, porque debe ir

tades de mi corazón, mandándoles, como Señor, á ellas que cesen, y á él que no se turbe por cosa alguna de esta vida, para lo cual asistidme siempre, y nunca me desamparéis.

mezclado con el espíritu de confianza en la bondad de Dios, con la cual mezcla, templado, no perturba. El temor también del mayor mal del mundo, que es el pecado, se debe moderar con la esperanza, suponiendo que, si tú haces de tu parte lo que pudieres por evitarle, Dios, por su misericordia, lo apartará lejos de tí dándote gracia eficaz en las ocasiones para que no caigas en él. Los deseos santos asimismo nos deben ser materia de reposo y quietud, y si nos inquietan, señal es que ya no son santos. Porque nos deben mover á la adquisición de las cosas santas, no con turbulencia é inquietud, sino con cierta dulzura eficaz que les provendrá de ir siempre subordinados y sujetos á la divina voluntad. De donde también participarán de aquel fuego que Moisés vió en la zarza, que de tal modo calentará y alumbrará nuestras almas que no las abrase ni

todas las cosas que hay en ella, como á indignas de tus deseos; haz de éstos alas como de águila generosa con que vuelas á aquellas moradas de luz donde no mires otra cosa que

consume. Es también necesario que el deseo de la santidad y perfección, que debe con sus alas llevarnos á Dios, es preciso saber detenerlo siempre que nos causare inquietud y perturbare nuestra paz. Porque, comoquiera que Dios á unos lleva por caminos más fáciles y suaves, y á otros por más dificultosos y ásperos, si tú, por ser tu camino difícil, no corres tanto adelante como quisieras, sujeta á Dios tu buen deseo, y pídele su auxilio, haciendo de tu parte lo que pudieres por ir siempre adelante, sin turbarte ni perder el ánimo, porque el soldado nunca es más presto vencido que cuando se turba y desmaya.

¡Jesús Salvador mío!, que habéis dejado la paz á vuestros discipulos por herencia, y les habéis encomendado que no admitan en su corazón inquietud alguna: concededme esta misma paz, y sosegad las tempes-

tades de mi corazón, mandádoles, como Señor, á ellas que cesen, y á él que no se turbe por cosa alguna de esta vida, para lo cual asistidme siempre, y nunca me desamparéis.



JUAN I

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pero yo te digo que es mayor mal esa tristeza de que te dejas llevar, y mucho mayor el bien que pierdes por ella de la quietud y paz del alma, pues la quietud y paz serían



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por herencia, y les habéis encomen-  
dado que no admitan en su corazón  
inquietud alguna: concededme esta  
misma paz, y sosegad las tempes-



JUNIO

(Flor: *Dalia amarilla.*)

*Nuestras tristezas.*

§ I

*Conviene vencer las tristezas.*

SIENDO la tristeza un dolor sen-  
sible del mal presente, la Natura-  
leza, que nos enseña á huir el mal,  
asimismo nos enseña á evitar, en  
cuanto nos sea posible, las ocasio-  
nes de la tristeza, á pelear contra  
ella cuando nos acomete, y á tener-  
la por un enemigo molestísimo que  
nos quita el reposo y la tranquilidad  
del alma. No podemos de esta pa-  
sión sacar bien alguno, ni para los

pero yo te digo que es mayor mal  
esa tristeza de que te dejas llevar, y  
mucho mayor el bien que pierdes  
por ella de la quietud y paz del al-  
ma, pues la quietud y paz serían

negocios temporales, ni para los espirituales, ni para el cuerpo, ni para el alma.

¿Qué mayor miseria puede haber que mantener voluntariamente la propia miseria y el ser uno verdugo de sí mismo, aumentar su tormento en lugar de disminuirlo, y desterrar la alegría, que es el mayor bien de la vida? Todo esto hace quien se deja llevar de la tristeza. La tristeza es contraria al espíritu de Dios, y á la verdadera devoción. El poseído de la tristeza sólo piensa en su mal y en su dolor, y así no hallan entrada en su corazón, ni la gracia, ni los sentimientos santos, ni el gusto de las cosas de Dios. Ella enflaquece las fuerzas del alma, y le impide la facilidad para obrar bien, y la cubre de una nube oscura, quitándole la luz para que no vea lo que le conviene. Ella se alimenta de hiel y de amargura, con que tiene cerrada la puerta á las dulzuras del maná y

por herencia, y les habéis encomendado que no admitan en su corazón inquietud alguna: concededme esta misma paz, y sosegad las tempe-

frir tu aflicción porque Dios así lo quiere, sin lamentarte, sin acusar á tu mala suerte, sin turbación y sin inquietud, y en cuanto pudieres imi-

delicias del Paraíso. El demonio no ha hallado cosa más á propósito para sus designios que la tristeza: por medio de esta pasión endereza él todas sus redes con facilidad. Por medio de ella nos acomete, y muchas veces nos derriba. Y como es espíritu de tinieblas, en medio de esta obscuridad tiene sus ganancias, sugiriéndonos pensamientos funestos y afectos perniciosos. Y cuando él no hiciera otra cosa sino impedir el paso á la gracia, ¿no sería éste un grande mal? ¿Y quieres tú ayudar al demonio con tanto daño y pérdida tuya?

Pero me dirás que el mal que causa tu tristeza es grande, porque has perdido al papá, la mamá, á tu amiga, los bienes, la salud ó la honra. Pero yo te digo que es mayor mal esa tristeza de que te dejas llevar, y mucho mayor el bien que pierdes por ella de la quietud y paz del alma, pues la quietud y paz serían

negocios temporales, ni para los espirituales, ni para el cuerpo, ni para el alma.

¿Qué mayor miseria puede haber que mantener voluntariamente...

mejor remedio á tu dolor que esa tristeza. Jesucristo no te ha mandado que llores las pérdidas temporales, sino que guardes la paz de tu corazón, y que, si por algún accidente la pierdes, procures luego recobrarla. Ten grande cuidado de prevenirte contra la fuerza de las tristezas. Lo primero con no pegar tu corazón á cosa ninguna, de manera que no puedas dejarla con facilidad luego que quisiere Dios que la dejes; lo segundo, con premeditar los males de penas que te pueden suceder en cualquier materia, y fortificar tu corazón con el auxilio de la gracia divina, disponiéndolo por sufrirlos de buena gana, caso que Dios con su providencia dispusiere que te sucedan; lo tercero, con recurrir á Dios luego que el mal que es causa de la tristeza acomete, y pedirle su gracia para combatir y vencer á ese mortal enemigo de tu paz y de tu perfección.

frir tu aflicción porque Dios así lo quiere, sin lamentarte, sin acusar á tu mala suerte, sin turbación y sin inquietud, y en cuanto pudieres imi-

¡Dios mío, y Salvador mío!, que nos tenéis hecha promesa de que nuestra tristeza se convertirá en gozo, y de que nuestro gozo nadie nos lo podrá quitar; librad mi corazón de toda tristeza que lo pueda apartar de Vos, y haced que mi corazón no sea tan sensible á la pérdida de las cosas terrenas. Guardadme con la tranquilidad de quien tiene su dicha sólo en Vos.

§ II

*Suframos la tristeza que no podemos vencer.*

Algunas veces la tristeza es grande, y sus causas parecen tan legítimas que tú no la puedes vencer con la paciencia ni con el tiempo. En tales casos, ayúdate á tolerarla con la esperanza de que semilla tan desabrida te ha de dar copiosos aumentos del sabroso fruto de gracia y

mejor remedio á tu dolor que esa  
tristeza. Jesucristo no te ha manda-  
do, ni

los  
o, ni

aber  
te la

gloria. Recibe esta tristeza como  
una pena que Dios te envía, y así  
como sufrirías una enfermedad del  
cuerpo con paciencia y resignación,  
sufre esta enfermedad del alma acep-  
tándola como enviada de Dios en  
castigo de tus pecados, y de las va-  
nas alegrías que en otros tiempos  
has gozado. Considera que es cosa  
propia de esta vida la tristeza y el  
llanto, y que el Salvador dijo á sus  
Apóstoles, y en ellos á los demás  
que le siguen: « Vosotros os contris-  
taréis y el mundo se alegrará. » No  
se puede negar que á nuestros pe-  
cados, y á este valle de lágrimas y  
miseria en que vivimos, son muy  
consonantes nuestras tristezas y ge-  
midos: el Salvador lloró, y con su  
llanto consagró el nuestro. Pero ad-  
vierte que tus tristezas y lágrimas  
deben tener más de la gracia que de  
la naturaleza, porque no tanto de-  
bes afligirte y atormentarte por la  
pérdida temporal, cuanto debes su-

frir tu aflicción porque Dios así lo  
quiere, sin lamentarte, sin acusar á  
tu mala suerte, sin turbación y sin  
inquietud, y en cuanto pudieres imi-  
tar el dolor de los ángeles en la pa-  
sión del Salvador, de la cual inten-  
samente se dolían sin perder por  
eso la paz. Junta á tus lágrimas los  
sentimientos de la contrición, di-  
ciéndote á ti misma: ¡Oh pobre y  
ciega de mí, que hace tanto tiempo  
que amargamente lloro la pérdida,  
de mi parte involuntaria, de aquella  
persona á quien amaba, y ni una lá-  
grima he derramado por la pérdida  
de aquel gran Dios, á quien sobre  
todas las cosas debiera siempre  
amar, de la cual yo voluntariamen-  
te he sido causa por mis pecados!  
Y trocando el objeto á tu dolor,  
ya en adelante no hagas caso de  
las pérdidas temporales, ni te estor-  
bes con su dolor infructuoso. Pero  
haz mucho aprecio de las pérdidas  
espirituales de la gracia de Dios, y

permitir que suba á la porción su-  
perior del alma de la inferior, á que  
pertenece, ni que influya en tus ac-  
ciones.

ocúpate toda en dolerte de ellas con contrición perfecta; dolor tan fructuoso que con él recobrarás el bien perdido. Consuélate con aquella promesa del Salvador: «Vuestra tristeza se convertirá en gozo.» «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.» Él convertirá tu dolor en placer y te llenará abundantemente de sus consolaciones. Él te dará por este camino la alegría de sus gracias; pero es necesario dejar á su disposición tu tristeza toda entera, y hacerlo dueño de tus intereses y juez de tus sentimientos, poniendo en él toda tu confianza y consolación. Si la tristeza alguna vez te acometiere con mayor violencia que la ordinaria, únela con la tristeza y agonía que tuvo el Salvador en el huerto. «Mi alma está triste hasta la muerte», — decía Jesús; — y quiso padecer para nuestras tristezas, y para que todos nuestros dolores en los suyos perdiesen

viente que las tristezas y angustias deben tener más de la gracia que de la naturaleza, porque no tanto debes afligirte y atormentarte por la pérdida temporal, cuanto debes su-

su amargura. Di, pues, tú con el mismo Jesús: «Padre mío, hágase vuestra voluntad, y no la mía.»

§ III

*Nuestros disgustos ligeros.*

Hay también otro género de tristezas ligeras que muchas veces nos acometen, y provienen, ó de un natural melancólico, ó de ligeras ocasiones; pero son bastantes para inquietarnos por algún tiempo, para quitarnos la paz y para impedirnos el gozo de las gracias divinas; y aunque es ligera su congoja, nos causa muchas distracciones en nuestros ejercicios de devoción, y nos hace cometer muchas faltas contra la caridad. Por tanto, conviene también pelear contra este género de tristezas y vencerlas lo más presto que se pudiere. Si buscas el origen de estos disgustos, hallarás que de

permitir que suba á la porción superior del alma de la inferior, á que pertenece, ni que influya en tus acciones.

ordinario nacen de tu soberbia. Una cosa que no te sucede á gusto; un desprecio ligero que se hace de ti; el descubrirse alguna falta que tú has hecho; una palabra que te desagrada, y otras cosas semejantes que te toquen en la altivez, por muchos días te traerán disgustada, alimentando tácitamente y haciendo que crezca en ti esa misma altivez. Ten, pues, vergüenza de ti misma, que por una cosa tan ligera pierdes tu paz y tu reposo. ¿Has de ser siempre esclava de tu soberbia, de suerte que por una cosa de nada, siendo cristiana, pierdas tu quietud y tranquilidad, y te pongas en peligro de cometer mil errores á fuerza de ese disgusto ó pesadumbre que fomentas? ¿No será mejor aceptar voluntariamente y con sufrimiento esas ocasiones de disgusto que mortifican tu altivez, creyendo, lo que es cierto, que aceptadas así te serán de una gran ganancia? ¿De cuántas

viente que las tristezas y lágrimas deben tener más de la gracia que de la naturaleza, porque no tanto debes afligirte y atormentarte por la pérdida temporal, cuanto debes su-



JULIO

impaciencias te han sido causa esos pequeños disgustos ó desabrimientos! Ellos son el origen de todas las faltas que se hacen contra la caridad del prójimo. Cuando las tienes, todo te enfada, todo te disgusta, todo te desagrada; tú padeces y haces padecer á los otros; ¿cuántas acciones te han hecho perder? Entra, pues, dentro de ti misma, y ahoga este gusano que te está royendo el alma y es causa de muchos defectos. Puede ser que ese tu disgusto y desabrimiento provenga de tu complexión y natural melancolía. En tal caso, súfrela como efecto del temperamento que Dios te ha dado, y tolérala como con una sincera resignación, ofreciéndoselo como cosa que descende de Él. Mas sobre todo está muy atenta á moderarlo, y á no permitir que suba á la porción superior del alma de la inferior, á que pertenece, ni que influya en tus acciones.

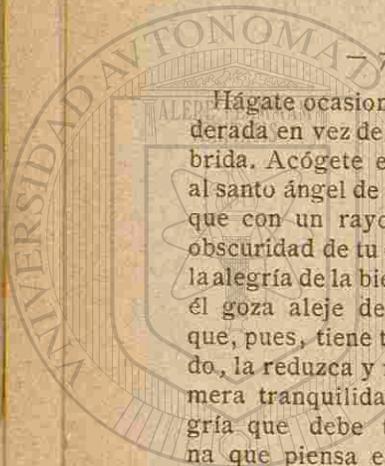
ordinario nacen de tu soberbia. Una cosa que no te sucede á gusto; un desprecio ligero que se hace de tí; el descubrirse alguna falta que tú

Hágate ocasionalmente más moderada en vez de hacerte más desabrida. Acógete en estos combates al santo ángel de tu guarda, pídele que con un rayo de luz disipe la obscuridad de tu corazón, y que por la alegría de la bienaventuranza que él goza aleje de tí tal tristeza, y que, pues, tiene tu alma á su cuidado, la reduzca y restituya á su primera tranquilidad, y á aquella alegría que debe tener una cristiana que piensa estar en gracia de Dios. ¡Dios omnipotente!, que condujisteis á vuestro pueblo escogido entre las aguas del mar como por medio de dos murallas inexpugnables: conducidme á mí entre las amarguras de esta vida y entre tantas ocasiones de entristecernos como nos ocurren en este lugar de destierro. Conducidme, Señor, á Vos; y rechazando los asaltos con que el demonio y la naturaleza me embisten, haced que mis tristezas



JULIO

sean santas, para que, haciendo yo mías las armas de mis enemigos, con ellas mismas les haga la guerra y los venza.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ordinario nacen de tu soberbia. Una cosa que no te sucede á gusto; un desprecio ligero que se hace de tí; el descubrirse alguna falta que tú



JULIO

(Flor: Rosa reina encendida.)

*Nuestras aficiones y aversiones.*

§ I

*Nuestras aficiones.*

LA gran rueda de nuestras pasiones, y ordinariamente también de nuestras acciones, es la inclinación. Ella nos hace suaves las cosas más dificultosas, y hace que nos parezcan nada los impedimentos mayores. Entra dentro de tí, y considera atentamente adónde tus inclinaciones te llevan, que por ellas harás juicio del estado en que está tu alma. ¿ Amas, por desgracia, alguna

6

propio es el veneno que corrompe la mayor parte de tus acciones, haciendo que las ejecutes, no por complacer á Dios, como debieras, sino

ordinario nacen de tu soberbia. Una cosa que no te sucede á gusto; un desprecio ligero que se hace de tí; el descubrirse alguna falta que tú



JULIO

(Flor: Rosa reina encendida.)

*Nuestras aficiones y aversiones.*

§ I

*Nuestras aficiones.*

LA gran rueda de nuestras pasiones, y ordinariamente también de nuestras acciones, es la inclinación. Ella nos hace suaves las cosas más dificultosas, y hace que nos parezcan nada los impedimentos mayores. Entra dentro de tí, y considera atentamente adónde tus inclinaciones te llevan, que por ellas harás juicio del estado en que está tu alma. ¿ Amas, por desgracia, alguna

6

propio es el veneno que corrompe la mayor parte de tus acciones, haciendo que las ejecutes, no por complacer á Dios, como debieras, sino

cosa perniciosa á tu salvación? Ese será un amor fatal y odio verdadero de ti misma, pues por él querrás y procurarás el mayor mal que puede sucederte. Arranca y aparta de ti esa pasión, acordándote de aquella sentencia del Salvador: «Córtate la mano, córtate el pie, sácate el ojo y aparta cualquiera de estos miembros de ti si te escandalizan, porque mejor es entrar en el Cielo con una mano, ó con un pie ó un solo ojo, que entrar en el Infierno con dos.» Amar á una criatura y ser aborrecido de Dios; trocar la esperanza del Cielo con el peligro del Infierno, es manifiesta locura.—Pasa adelante, y examina tus amores ó aficiones más inculpables, y mira si hay en ellas algún exceso; mira si le quitas algo á Dios para darlo á la criatura. Debemos todos amar á Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas. ¿Será, pues, bien que criatura

alguna tenga parte en nuestro corazón con Dios? Será bien dejar de amar enteramente á Dios por complacer á una criatura ó satisfacer una pasión? Digamos, pues, con San Miguel: «¿Quién como Dios? ¿Quién puede igualarse con Él, ó en el Cielo, ó en mi corazón?» — Examina también y escudriña tu corazón por todas partes, y mira si hay en él la raíz de alguna afición ó inclinación fuerte y violenta que te hace caer en faltas contra tu estado ó contra tus obligaciones; y si la hallas, arráncala totalmente aunque te parezca que está muerta, porque volverá á brotar y producirá frutos peligrosos. Finalmente, cualquier otra atadura que encuentres, aunque parezca débil, córtala para que quedes libre, y dentro de tu corazón no quede otra cosa sino Dios, y lo perteneciente á su servicio y á tu salvación. Es verdad que Dios no prohíbe las aficiones razonables que,

propio es el veneno que corrompe la mayor parte de tus acciones, haciendo que las ejecutes, no por complacer á Dios, como debieras, sino

fundándose en la naturaleza, se conforman con la gracia y ayudan á las cosas del espíritu. Pero es necesario que examines tu corazón con frecuencia, y si hallas que la naturaleza sobresale, reprimas sus movimientos usando de sus afectos naturales con dependencia de la voluntad de Dios, y solamente en cuanto conducen á su servicio. Dios es muy celoso de las cosas de nuestro corazón, y no puede sufrir en él cosa que le compita, estimando en tanto nuestro amor que Él sólo quiere ser dueño y distribuidor suyo.

Mira también si tus aficiones para con otras personas son de tal manera particulares que sean de escándalo á la familia en que vives, ó de perjuicio al amor común que debes tener á todos tus prójimos, ó si ocupan tu corazón con muchas impresiones inútiles.

Sobre todo considera bien si por el amor á una persona haces agra-

los concede como un alivio honesto de las miserias de esta vida. Pero es necesario que los tomemos como dádiva de Dios, refrenando los sen-

vio á otras y la caridad es vulnerada.

¿Por qué quieres dar á uno solo lo que debes á todos? Arregla la inclinación con la razón, y para fundar una verdadera amistad sigue los impulsos de la gracia.

¿Tienes inclinación á las criaturas irracionales ó insensibles? ¿Como un corazón criado sólo para Dios, y á quien nada fuera de Dios pueda llenar, se deja ocupar con la afición de un animal ó de una alhaja, ó con cualquier otra cosa, porque le agrada? Esto es dar entrada en sí á un ídolo que le robe el amor que le debe á Dios y al prójimo.

¿Tienes exceso en el amor de ti misma, el cual no es menos, sino mucho más peligroso que los demás amores? Pues advierte que tu amor propio es el veneno que corrompe la mayor parte de tus acciones, haciendo que las ejecutes, no por complacer á Dios, como debieras, sino

fundándose en la naturaleza, se conforman con la gracia y ayudan á las cosas del espíritu. Pero es necesario que examines tu corazón con frecuencia, y si hallas que la natu-

por complacer á ti misma. ¡Oh, qué gran mal! Amarse á sí sobre todas las cosas, buscarse á sí en todas las cosas, y hacer de sí como el fin último de todas sus acciones!

¡Jesús, Salvador mío!, que descendisteis á la tierra y os vestisteis de nuestra naturaleza, y, no obstante nuestros pecados, habitáis siempre con nosotros en el Santísimo Sacramento, porque os amemos: encendedme en ese fuego y haced que yo os ame sobre todas las cosas como al verdadero esposo de mi alma, y que, si he de amar alguna otra cosa, sea para mejor y más fácilmente llegar á Vos.

## DIRECCIÓN § II

### *Nuestras aversiones.*

No sólo podemos desagradar á Dios y perder la perfección ó impedirle por nuestras aficiones, sino

los concede como un alivio honesto de las miserias de esta vida. Pero es necesario que los tomemos como dádiva de Dios, refrenando los sentimientos de nuestra naturaleza

también por nuestras aversiones. Está nuestra naturaleza tan depravada, que nos hace guerra por dos partes opuestas, acometiéndonos con el odio cuando no puede vernos con el amor, persiguiéndonos con la aversión cuando le falta la afición. Pero la caridad cristiana está en medio para librarnos de estos peligrosos extremos.—Mira bien si en tu corazón hay algo de rencor ó de odio; si conservas con amargura la memoria de la injuria que se te hizo; si alimentas algún deseo secreto de venganza, y si tu lengua algunas veces descubre tu pasión. Si estos males hallas en ti, apártalos y no quieras tener otros enemigos que al pecado y al demonio. El odio al prójimo no es compatible con una alma que quiere salvarse.

La aversión es más ordinaria, y sin desear mal al prójimo, ella á sí misma se encubre con pretexto de caridad y celo, dando á entender en

fundándose en la naturaleza, se conforman con la gracia y ayudan á las cosas del espíritu. Pero es necesario que examines tu corazón con frecuencia, y si hallas que la natu-

la apariencia que la indignación no es tanto contra la persona cuanto contra sus defectos. La condición de tu prójimo te desagrada aun sin ser contraria á la virtud. Su simplicidad, su rudeza, su humor poco civil, tosco é inculto, se opone al tuyo; y por eso, tú, en toda ocasión, has de mostrar que tal persona te desagrada? Dios le ha dado esa naturaleza; ¿por ventura te toca á ti el mudarla? ¿Adónde está tu mortificación si no puedes sufrir por algún poco de tiempo á un genio de alguna manera contrario al tuyo?

Si tú debes amar á tus enemigos, ¿cómo te será permitido que no ames á aquellos que no te hacen mal alguno? Los defectos naturales no impiden la gracia de Dios ni su amor; ¿y tú no los podrás sufrir, como si fueses más que Dios? Pero dirás: «Estas personas cometen tales yerros que inquietan la familia, desazonan las conversaciones y

los concede como un alivio honesto de las miserias de esta vida. Pero es necesario que los tomemos como dádiva de Dios, refrenando los sentimientos de nuestra naturaleza

hasta llegan á ocasionar ofensas á Dios. Si á ti te toca, por razón de tu oficio, corregir tales yerros, hazlo con prudencia y caridad. Pero si no te toca, excúsalos con la caridad debida, y ten compasión de la persona que los comete. Considera que tú no ves sus virtudes internas, y qué por ventura la tal persona, con todos sus defectos visibles, de los cuales Dios se sirve para humillarla, le es más grata que tú sobre la tierra y será por Él más levantada que tú en el Cielo.

Advierte bien si este tu celo es falso y una máscara con que se encubre tu soberbia. Porque cada cual tira á usurparse un dominio sobre los otros, y gusta de parecer superior á ellos. Y esto es lo que de ordinario hacemos cuando reprendemos en los otros aquellos defectos de los cuales nos tenemos por libres. Reina en nosotros mucho nuestro amor propio, el cual, adu-

fundándose en la naturaleza, se conforman con la gracia y ayudan á las cosas del espíritu. Pero es necesario que examines tu corazón con frecuencia, y si hallas que la natu-

lándonos como á inocentes, alimenta contra otros nuestra aversión y hace guerra á la caridad, haciéndonos despreciar al prójimo, de cuyas faltas murmuramos.

¡Jesús, Dios de amor y de caridad!, que á todos recibís y á ninguno tenéis aversión, que disteis vuestro rostro al traidor Judas cuando por medio de la señal de aquel ósculo tan cruel os entregó: os ruego por las entrañas de vuestra misericordia que extingais mis aversiones y hacer que yo me acomode bien con las condiciones de todas, aun las más fastidiosas, y que, teniendo puestos los ojos en mis faltas, no acuse ni condene las faltas ajenas.

### § III

#### *Alegrías y placeres.*

Dios no nos prohíbe las alegrías y placeres razonables que son conformes á nuestro estado; antes nos

los concede como un alivio honesto de las miserias de esta vida. Pero es necesario que los tomemos como dádiva de Dios, refrenando los sentimientos de nuestra naturaleza cuando quieran excederse; estamos dispuestos á perderlos si Dios así lo dispusiese, y no tomándolos como cosa que nos es debida, sino como una gracia trascendente de la gracia de Dios. No te des tanto á la alegría que te olvides de la condición de esta vida, en la cual nuestras alegrías, si no son falsas, son transitorias, y á la prudencia toca el reconocerlas por tales para no pegar á ellas el corazón, considerando que pasarán presto, dando lugar á los objetos de disgusto. Dile á tu Dios: «¡Señor mío! Vos me dais la alegría; yo la resigño en vuestras manos.»—No te espantes si en esta vida lo pasas con poca alegría, y mucho menos por eso te lamentes de Dios y acuses su provi-

ladas por aquéllos, y, como dice el Salvador: «La boca habla de la abundancia del corazón.» El peligro de tener malos pensamientos y de

dencia, porque los pecadores como tú no están sobre la tierra para gozar de sus placeres, y es señal de tu predestinación si Dios te ejercita con desabrimientos y tristezas. Fuera de que son tan pocas las ocasiones que hay de verdadera alegría, que no nos debemos admirar de que la tengamos raras veces. El alma que busca de veras á Dios, ¿cómo puede tener grande alegría de verse elevada con las prosperidades de esta vida, de verse estimada, alabada y amada de todo el mundo? Conoce esta alma que todas estas cosas tanto le pueden ayudar á que se pierda cuanto á que se salve, y así solamente quiere de ellas lo que Dios quiere darle, sin mirar en ellas otra cosa que el beneplácito de Dios, y tan contenta está con ellas como sin ellas.—Vieron á Cristo los Apóstoles de su misión con grande alegría por haber arrojado á los demonios de los

*Alegrías y placeres.*

Dios no nos prohíbe las alegrías y placeres razonables que son conformes á nuestro estado; antes nos

poseos. Pero el Salvador les reprobó esta alegría por lo que en ella halló de amor propio, y lestrucó la materia de ella diciéndoles que se alegrasen, no porque habían arrojado á los demonios, sino porque sus nombres estaban escritos en el Cielo, adonde habían de ser recibidos entre los ángeles.— Busca también esta materia de alegría procurando con tus buenas obras, mediante la gracia divina, que se halle también tu nombre escrito en el libro de la vida. Cuando los placeres te vienen sin pretenderlos, como el gusto que recibes de los manjares ó de la conversación con una persona amada santamente, ó el que te da Dios en la oración y comunión, recíbelos con humildad y reconocimiento para con Dios, que quiere por medio de estos dones ganar tu alma, y pídele que no te permita jamás usar mal de ellos para ofenderle.

ladas por aquéllos, y, como dice el Salvador: «La boca habla de la abundancia del corazón.» El peligro de tener malos pensamientos y de

¡Oh, Dios infinitamente misericordioso!, que habéis querido darnos para nuestro consuelo, entre tantas miserias, el alivio de algún gusto, contento y alegría: concedednos que todos nuestros contentos y gozos en esta vida siempre se dirijan á Vos, para que por éstos, pequeños y breves, pasemos á los eternos de vuestra gloria, donde ningún temor ni disgusto perturbará nuestra alegría.



Alegrías y placeres.

Dios no nos prohíbe las alegrías y placeres razonables que son conformes á nuestro estado; antes nos

llevan consigo algún pecado mortal ó venial? Mira, pues, tú cuantas palabras has dicho de murmuración, de injuria, de impaciencia, de mal-



## AGOSTO

(Flor: Azahar.)

*Pensamientos y palabras.*

§ I

*Nuestros pensamientos.*

Son las palabras interiores de nuestra alma, la lengua nada externa que el entendimiento no haya concebido. Por tanto, conviene poner tanta atención sobre nuestros pensamientos como sobre nuestras palabras, porque éstas son reguladas por aquéllos, y, como dice el Salvador: «La boca habla de la abundancia del corazón.» El peligro de tener malos pensamientos y de

¡Oh, Dios infinitamente misericordioso!, que habéis querido darnos para nuestro consuelo, entre tantas miserias, el alivio de algún gusto, contento y alegría: concedednos que todos nuestros contentos y gozos en esta vida siempre se dirijan á Vos, para que por éstos, pequeños y breves, pasemos á los eternos de vuestra gloria, donde ningún temor ni disgusto perturbará nuestra alegría.



Alegrías y placeres.

Dios no nos prohíbe las alegrías y placeres razonables que son conformes á nuestro estado; antes nos

llevan consigo algún pecado mortal ó venial? Mira, pues, tú cuantas palabras has dicho de murmuración, de injuria, de impaciencia, de mal-



## AGOSTO

(Flor: Azahar.)

*Pensamientos y palabras.*

§ I

*Nuestros pensamientos.*

Son las palabras interiores de nuestra alma, la lengua nada externa que el entendimiento no haya concebido. Por tanto, conviene poner tanta atención sobre nuestros pensamientos como sobre nuestras palabras, porque éstas son reguladas por aquéllos, y, como dice el Salvador: «La boca habla de la abundancia del corazón.» El peligro de tener malos pensamientos y de

¡Oh, Dios infinitamente misericordioso!, que habéis querido darnos para nuestro consuelo, entre tantas miserias, el alivio de algún gusto,

consentir en ellos es de tanta importancia, que ningún cuidado que pongamos en regular nuestros pensamientos será sobrado. Porque el demonio, valiéndose de las especies que hay en nuestra imaginación, de improviso nos excita el mal pensamiento, y con él, al principio, casi insensiblemente nos sugiere una ligera complacencia, de la cual, si estamos descuidados, solemos pasar al entero consentimiento. Conviene, pues, que estemos en vela sobre nuestros pensamientos para que, conociendo la astucia del enemigo, al punto que el mal pensamiento se nos ofrece con toda presteza lo desechemos, divirtiendo la imaginación á fijarse en otra cosa, con que quedará frustrado el intento de nuestro adversario. Pero dejando los pensamientos gravemente culpables, ¿cuántas otras maneras de pensamientos pasan por su inteligencia en un solo día? ¿Cuántos

llevan consigo algún pecado mortal ó venial? Mira, pues, tú cuantas palabras has dicho de murmuración, de injuria, de impaciencia, de mal-

pensamientos de vanidad, de presunción, de despecho, de cólera, de venganza, de sensualidad, de gula, de amor propio, de complacencia y de toda suerte de impertinencias se forman en ti? ¿Ha habido jamás quimera más extravagante que tus pensamientos? Sin duda que padecerías gran confusión si alguno viera en tu cerebro la diversidad de pensamientos que pasan por él, y van y vienen como las nubes por el viento. No hablo de los pensamientos gravemente malos, de los cuales las almas virtuosas huyen como del Infierno, sino de las extravagancias que tú no te atreverías á descubrir á los hombres y tienes descubiertas á tu Criador. Porque tú no ignoras que Dios está presente en todas las cosas, y penetra lo más profundo de tu alma, y ve clarísimamente en ella el más remoto pensamiento. ¿Dónde, pues, está el respeto debido á su Divina Majestad cuando tú

¡Oh, Dios infinitamente misericordioso!, que habéis querido darnos para nuestro consuelo, entre tantas miserias, el alivio de algún gusto,

estás en su presencia divertida con tantos pensamientos inútiles y extravagantes? ¿No crees que es tu Juez, y que te ha de pedir estrecha cuenta, á la hora de la muerte, de todo, y que no menos los pensamientos ociosos que las palabras ociosas son materia de su justicia? Entra, pues, dentro de ti misma, y arroja lejos de ti ese montón desordenado de pensamientos impertinentes que te abruma. Porque no es bien que tu alma, siendo tan noble y excelente, se abata y ocupe en cosas tan indignas de su nobleza. Ella trata muchas veces, y puede tratar siempre que quiera, con Dios por medio de la oración. ¿Y tú quieres hacerla esclava de tus pensamientos, entregándola con advertencia á todas las fantasías desarregladas que se le ofrecen? Haciendo tantas cosas razonables, hermosas, útiles y santas que pueden dignamente ocupar tu alma, ¿por qué

llevan consigo algún pecado mortal ó venial? Mira, pues, tú cuantas palabras has dicho de murmuración, de injuria, de impaciencia, de mal-

la dejas tú que se llene de cosas tan bajas y viles y tan inútiles? Para sanar de este mal y corregir este desorden, acostúmbrate á practicar la presencia de Dios. En todo tiempo y en todo lugar haz muchas veces actos de fe de que Dios está presente, que te ve y penetra todos los movimientos del alma, que te está pidiendo el respeto debido á su grandeza, y que para Él tus pensamientos son palabras. Lo cual supuesto, no querrás tú tener aquellos pensamientos que pueda Él justamente condenar algún día.

Suplica al ángel de tu guarda que te ayude á regular tus pensamientos. El está siempre contigo, cuidando siempre y procurando la salud y perfección de tu alma; y si fuera capaz de dolor, lo tuviera grande al verte enredada en cosas tan impertinentes.

Él no tiene menor poder para echar de ti los pensamientos malos

¡Oh, Dios infinitamente misericordioso!, que habéis querido darnos para nuestro consuelo, entre tantas miserias, el alivio de algún gusto,

que tiene el demonio para sugerirte los.

Acógete á Él considerándolo siempre á tu lado pronto para asistirte, pídele que te ayude, y recibe con sumisión y prontitud los pensamientos que Él con su amor purísimo te sugerirá.

§ II

*Nuestras palabras.*

De los pensamientos venimos frecuentemente á las palabras, y las palabras no son otra cosa que la expresión de los pensamientos; conviene asimismo considerarlas, y ver en qué errores ó desaciertos muchas veces nuestras palabras nos han precipitado. El Salvador nos tiene dicho que no ha de haber en nosotros palabra ociosa de la cual no demos cuenta en su tribunal. Pues ¿qué será de las palabras que

llevan consigo algún pecado mortal ó venial? Mira, pues, tú cuantas palabras has dicho de murmuración, de injuria, de impaciencia, de maldición, de mentira, de vanidad, de envidia, de aversión, de odio, de curiosidad, de vanagloria, de juramento, y avergüénzate de que tu lengua, cuyo empleo debiera ser solamente la verdad, la bondad y las alabanzas de Dios, te haya afeado el alma con tantas miserias. Dente un poco, y reconoce cuántas mentiras habrás dicho en toda tu vida, ya graves, ya leves, con escrúpulo ó sin él. Dios te ha dado el don de la palabra para que descubras á los otros tus sentimientos verdaderos, y tú, abusando con la mentira, por ligera que sea, pecas contra Dios, contra el prójimo y contra ti mismo. — Pasa luego á las palabras ociosas, de las cuales el Salvador ha dicho que ha de ser Juez, y son las que se dicen inútil-

puesto á formar tantas fantasías inútiles, ¿qué provecho has sacado? ¿Puedes agradar á Dios y merecer con tus pensamientos? Haz que sean

mente y sin algún fin bueno. Considera de cuánta multitud de ellas, á la hora de la muerte, has de dar cuenta en el juicio de Dios: mil veces te ha dado inspiración de que no digas tal ó cuál palabra por ser impertinente y superflua, y tú has pasado adelante con tu intento por satisfacer tu pasión ó tu capricho. Todas estas palabras agravan tu cuenta, te hacen más culpada delante de Dios, y te destinan á las penas con que has de pagarlas. ¡Qué fácilmente dices una palabra, y qué caro te costará en el Purgatorio su paga, donde por largo tiempo lamentarás los desconciertos de tu lengua!

Remedia este mal con su contrario: ten grande estima del silencio.

Aplica tu mortificación á este punto de no decir todas las palabras que se te ofrecen, y nada digas sin primero haberlo pensado. Considera para qué fin vas á decir tal ó cual

tiene dicho que no ha de haber en nosotros palabra ociosa de la cual no demos cuenta en su tribunal. Pues ¿qué será de las palabras que

palabra, y serás excusado de ella en el juicio de Dios, cuando ya no tendrás tiempo para borrar con la penitencia tu culpa. Advierte que la palabra, una vez dicha, no puede revocarse, y que es como el tiro que, una vez disparado, ya no es evitable la herida que su golpe causa.

Detente un poco, y considera los juramentos ligeros y las exageraciones inútiles, para guardarte de ellos y de ellas en adelante. Los juramentos pequeños abren el camino para los grandes, é insensiblemente disponen para el perjurio. Dios nos dice que sean nuestras respuestas *si ó no* sencillamente, porque el juntarles juramento, de ordinario es ilícito. Las exageraciones inútiles tienen resabio de mentira, corrompen lo sincero de la verdad y nos enseñan á mentir. Nunca adelantará en la virtud mientras por medio del silencio no fueres dueña de tu lengua. Advierte que las grandes

puesto á formar tantas fantasías inútiles, ¿qué provecho has sacado? ¿Puedes agradar á Dios y merecer con tus pensamientos? Haz que sean

comunicaciones de Dios no se hacen sino á las almas que aman la soledad y el silencio. No se avienen entre sí el hablar mucho y estar recogida en Dios. El silencio es un freno que retiene á nuestra lengua dentro de los términos del deber, y nos dispone para tratar más familiarmente con Dios. Cuántos son los males de que te libra el silencio cuando lo guardas, y cuántos son los bienes que te acarrea, lo sabes bien por la experiencia. — Para alcanzar esta virtud del silencio ocurre á la intercesión de la Santísima Virgen, que fué maravillosa en esta práctica. No se leen en el santo Evangelio sino siete palabras de Ella, que, estando llena de gracia, nos pudo haber dado bellísimas palabras y santos documentos sin peligro de ofender á Dios con la lengua por el privilegio de su exención de toda culpa, y por ser Madre del Verbo eterno sus palabras fue-

tiene dicho que no ha de haber en nosotros palabra ociosa de la cual no demos cuenta en su tribunal. Pues ¿qué será de las palabras que

todo lo que te daña ó no te acomoda; tú empleas todo tu cuidado en librarte del mal que te oprime; tú haces por ti misma otras mil cosas

ran de eterna vida; con todo eso, no lo hizo así, enseñándonos con su ejemplo el santo silencio.

§ III

*Fruto de los dos párrafos antecedentes.*

Pensamientos míos, detenéos y no salgáis de mí, que dentro hallaréis bastante que considerar. Fijáos en las flaquezas de mi alma y en los achaques de mi cuerpo. Dad una vuelta por mis pasiones, otra por mis faltas ordinarias, y otra por mis pecados cometidos, ya por flaqueza, ya por malicia. ¿Qué vais á buscar fuera de casa teniendo tan amplia materia dentro? ¿Qué te queda, corazón mío, de tantos pensamientos extravagantes? Cuando tú te has puesto á formar tantas fantasías inútiles, ¿qué provecho has sacado? ¿Puedes agradecer á Dios y merecer con tus pensamientos? Haz que sean

comunicaciones de Dios no se hacen sino á las almas que aman la soledad y el silencio. No se avienen entre sí el hablar mucho y estar reco-

tales que le agradezcas y que merezcas. Trata con el mismo Dios por medio de ellos, y promueve el negocio de tu eterna salvación. Y mientras con ellos puedes subir al cielo, no te arrastres en el polvo de la tierra.

¡Virgen Santísima, Madre de Jesús, mi Salvador!: Vos que fuisteis tan excelente en la virtud santa del silencio y conferenciabais con Vos misma dentro de vuestro Corazón las grandes maravillas de vuestro Hijo, y teniais recogido en vuestra alma aquel inmenso océano de gracias de que estabais tan abundantemente llena, descubridme las excelencias de esta virtud, y echad de ella en mi corazón tan hondas raíces que las violencias del mundo no la puedan desarraigar, y haced que por el amor de vuestro silencio yo ponga un freno en mi lengua que la contenga en su deber.

todo lo que te daña ó no te acomoda; tú empleas todo tu cuidado en librarte del mal que te oprime; tú haces por ti misma otras mil cosas



## SEPTIEMBRE

(Flor: *Nardo.*)

### *Obligaciones cristianas.*

#### § I

#### *Obligación para con Dios.*

CONSIDERA que eres cristiana, y como tal mira bien qué lejos estás de la santidad, á la cual te obliga este noble título de cristiana. Mira cada día si puedes decir, como lo decían los santos mártires: «Yo soy cristiano.» Pregúntate á ti misma: «¿Soy yo cristiana?» Comienza por la obligación que como á cristiana te ata con Dios con una atadura indisoluble, cual es el amor. De-

comunicaciones de Dios no se hacen sino á las almas que aman la soledad y el silencio. No se avienen entre sí el hablar mucho y estar reco-

tales que le agradezcas y que merezcas. Trata con el mismo Dios por medio de ellos, y promueve el negocio de tu eterna salvación. Y mientras con ellos puedes subir al cielo, no te arrastres en el polvo de la tierra.

¡Virgen Santísima, Madre de Jesús, mi Salvador!: Vos que fuisteis tan excelente en la virtud santa del silencio y conferenciabais con Vos misma dentro de vuestro Corazón las grandes maravillas de vuestro Hijo, y teniais recogido en vuestra alma aquel inmenso océano de gracias de que estabais tan abundantemente llena, descubridme las excelencias de esta virtud, y echad de ella en mi corazón tan hondas raíces que las violencias del mundo no la puedan desarraigar, y haced que por el amor de vuestro silencio yo ponga un freno en mi lengua que la contenga en su deber.

todo lo que te daña ó no te acomoda; tú empleas todo tu cuidado en librarte del mal que te oprime; tú haces por ti misma otras mil cosas



## SEPTIEMBRE

(Flor: *Nardo.*)

### *Obligaciones cristianas.*

#### § I

#### *Obligación para con Dios.*

CONSIDERA que eres cristiana, y como tal mira bien qué lejos estás de la santidad, á la cual te obliga este noble título de cristiana. Mira cada día si puedes decir, como lo decían los santos mártires: «Yo soy cristiano.» Pregúntate á ti misma: «¿Soy yo cristiana?» Comienza por la obligación que como á cristiana te ata con Dios con una atadura indisoluble, cual es el amor. De-

comunicaciones de Dios no se hacen sino á las almas que aman la soledad y el silencio. No se avienen entre sí el hablar mucho y estar reco-

tente á considerar el primer mandamiento: mira si has amado á Dios como se te manda. ¿Le has amado sobre todas las criaturas? ¿O no le has amado sino, cuando mucho, con ellas, igualándolo á ellas, y muchas veces posponiéndolo? Luego no le has amado como se te manda. Infiere de aquí ahora tú si eres cristiana. Este mismo mandamiento te obliga á amar á Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas; de manera que siempre y en todo, y con todas tus potencias, cumplas la voluntad de Dios, y así cada día vayas creciendo en la perfección de su amor y aumentando las riquezas de este tesoro preciosísimo. Mira tú ahora si has amado de esta manera á Dios, y te has hecho con eso digna de que El te ame; ó si, por el contrario, muchas veces has quebrantado su voluntad, y, perdido su amor, te has hecho digna de su odio; que por

todo lo que te daña ó no te acomoda; tú empleas todo tu cuidado en librarte del mal que te oprime; tú haces por tí misma otras mil cosas

aquí reconocerás si tienes mucho, poco ó nada de cristiana. Se te ha mandado que ames á Dios, y ninguna dificultad puedes alegar, supuesto que á tu voluntad es connatural, y por consiguiente facilísimo, el amar al bien, y Dios es el Bien Sumo en quien están juntos todos los bienes.

¿En qué podemos nosotros emplear mejor las potencias de nuestra alma y los trabajos de nuestro cuerpo que en Dios? ¿Qué cosa puede considerar nuestro entendimiento, ni más noble, ni más excelente y maravillosa, ni que mejor nos instruya en su incomprendibilidad que Dios? ¿De qué cosa se puede acordar nuestra memoria, ni más grata ni de mayor gozo, que de Dios? ¿Qué cosa puede amar nuestra voluntad, ni más buena, ni más amable para nosotros, que Dios? Nuestros cuerpos, ¿en qué con mayor utilidad se pueden consumir que en servicio de

comunicaciones de Dios no se hacen sino á las almas que aman la soledad y el silencio. No se avienen entre sí el hablar mucho y estar reco-

aquel Señor que un día los ha de resucitar, y, sacándolos de la podredumbre, hacerlos inmortales? Pues si nada de esto hacemos como debíamos, ¿cómo somos cristianos?

Pregúntate: ¿Cómo tengo yo atrevimiento para llevar el nombre de cristiana estando tan lejos del cumplimiento de la primera obligación de mi ley?—Yo no soy digna de este santo nombre, el cual es la admiración de los ángeles, la gloria de los santos, el terror de los demonios, el consuelo de los afligidos, la confusión de los tiranos, el descanso de los débiles y la esperanza de los oprimidos. Yo me avergüenzo, ¡Dios mío!, de decirlo, pero no os lo puedo encubrir. Yo no soy cristiana, sino sólo en apariencia. ¿Cómo, pues, me atreveré á comparecer ante vuestro Tribunal severo, cuando en este título sólo estaba fundada de parte mía mi esperanza?

¡Dios mío! ¡Perdón! Haced que

todo lo que te daña ó no te acomoda; tú empleas todo tu cuidado en librarte del mal que te oprime; tú haces por ti misma otras mil cosas

yo os ame sobre todas las cosas inviolablemente; alumbrad mi entendimiento, encended mi voluntad para que yo no ame cosa alguna fuera de Vos, y hacedme digna de este grande y maravilloso nombre de cristiana que me disteis en el Bautismo y me ganó la sangre de vuestro Hijo Jesucristo.

§ II

*Obligaciones para con el prójimo.*

Veamos ahora si por cumplir el segundo mandamiento que Dios te ha impuesto mereces mejor el título de cristiana. «Amarás, se te dijo, á tu prójimo como á ti mismo.» Conque no tienes que quejarte de tus obligaciones, pues por ellas sólo te han obligado á la cosa más dulce que hay en el mundo, cual es el amar. Dios, para elevarnos al primer mandamiento de amarle sobre

comunicaciones de Dios no se hacen sino á las almas que aman la soledad y el silencio. No se avienen entre sí el hablar mucho y estar reco-

todas las cosas, nos ha impuesto este segundo, que es como grado para el primero, y tan cercano y conexo con Él que el amar uno á su prójimo como á sí mismo, y como Dios quiere que lo amemos, es señal cierta de que se ama á Dios. Y basta ser éste el segundo mandamiento, tan estimado de Dios y de su Hijo Jesucristo, para que todos lo guardemos, amando de todo corazón nuestros prójimos como á nosotros mismos.— Mira tú ahora cómo te amas á ti misma, mira cuánto haces y cuánto querías hacer por ti misma, porque ésta es la medida del amor que debes tener á tu prójimo. No hay para qué buscar aquí explicación alguna: bien claro te ha dicho Dios que ames á tu prójimo como á ti mismo, y bien sabes tú cómo te amas á ti misma. Tú buscas en todas las cosas tu gloria, tu comodidad, tu interés, tu satisfacción y tu gusto; tú te dueles de

todo lo que te daña ó no te acomoda; tú empleas todo tu cuidado en librarte del mal que te oprime; tú haces por ti misma otras mil cosas que tú sabes. ¿Haces por tu prójimo todo esto? ¿O bien has hecho lo contrario? Concuerta, pues, ahora este tu modo de proceder con el título de cristiana.— Compara tu fe y tu caridad con la fe y la caridad de los primeros cristianos, que tenían un solo corazón y una alma en Cristo Jesús, y mira si, como ellos, llevas dignamente el nombre de cristiano.

Bien sabes tú que no te puedes amar mejor que amando á tu prójimo como á ti. Porque Dios castiga el amor demasiado que tienes á ti misma, y, por el contrario, remunera el que tienes á tu prójimo; todo el bien que le haces ó deseas hacerle lo pone Dios á tu cuenta, y te será recompensado por Jesucristo como si á Él mismo lo hubieses hecho.

petua consolacion, ¿que trabajo sentirías en seguir el camino del Señor?

Es necesario honrar á Dios con el

Cuando te juzgue Jesucristo, no te preguntará si diste de comer á ti misma, si vestiste á ti misma, si libraste de la miseria á ti misma. Te preguntará si hiciste estos oficios con el prójimo, si le asististe en sus necesidades espirituales ó corporales; en una palabra, si le amaste. Y según este amor ó falta de él te juzgará, enviándote al Cielo ó al Infierno. Alegarás entonces tú que eres cristiana, dirás al Juez que eres suya, que abrazaste su Evangelio, que viviste en su Iglesia. Mas Él te dirá: «Apártate de mí, que no te conozco; no has sido cristiana más que de nombre.» No te labres con tu conducta semejante desdicha. ¡Salvador mío!, que tanto nos habéis amado, y por amor aun ahora habitáis entre nosotros en el sacramento de la Eucaristía: dadme una chispa de ese amor que abraza mi corazón en vuestro amor, y que me haga amar con perfección á mi

tú como te amas á ti misma. Tu buscas en todas las cosas tu gloria, tu comodidad, tu interés, tu satisfacción y tu gusto; tú te dueles de

prójimo como á mí misma por amor á Vos.

§ III.

*Obligaciones para consigo mismo.*

¿Cumples tú la obligación que en tu bautismo se te impuso? El primer paso que diste en el Cristianismo fué éste: tú hiciste una promesa solemne de renunciar al mundo con todas sus pompas y vanidades. ¿Cómo has cumplido esta promesa? ¿Con qué ardor has seguido y abrazado la verdad? ¿Tienes aún asido tu corazón al mundo? ¿Has renunciado sinceramente todas las pretensiones de él? ¿Las locuras de sus grandezas y las leyes de su vanidad? Jesucristo ha hecho una ley para todos los cristianos que quieren ser dignos de este nombre. «Si alguno, dice, quiere venir en pos de mí niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.» ¿Reconoces tú que estas

petua consorcion, ¿que trabajo sentirías en seguir el camino del Señor?

Es necesario honrar á Dios con el

palabras son de tu Señor? ¿Las recibes como si un ángel te las hubiese traído del cielo? ¿Estás dispuesta á ponerlas en práctica? Haz reflexión sobre cada una de las cláusulas de esta ley. La primera es: «Si alguno quiere venir en pos de mí, ¿Eres tú del número de los que quieren seguir á Jesús observando su doctrina, imitando sus acciones y tomando su santidad por modelo? ¿Ó quieres seguirte á ti misma, satisfaciendo á tus pasiones, haciendo tu propia voluntad, y en todo cuanto puedes cumpliendo tus apetitos é inclinaciones? Juzga tú misma si hasta ahora has sido de los que quieren seguir á Jesucristo.

La segunda cláusula es: «Niéguese á sí mismo»; quiere decir: ármese contra todos los movimientos de su naturaleza, tenga por su mayor enemigo á su propia voluntad; nada tenga por más sospechoso que sus juicios y consejos; resista fuerte-

tu como te amas á ti misma, y buscas en todas las cosas tu gloria, tu comodidad, tu interés, tu satisfacción y tu gusto; tú te dueles de

mente á sus naturales inclinaciones, y aprenda á vencerlas buscando en todas las cosas la voluntad de mi Padre, y no la suya. Mira tú ahora si, cuanto á esta parte, eres cristiana verdadera.

La tercera cláusula es: «Lleve su cruz.» La cruz es el carácter de Jesucristo: Él no quiso tener cristianos sino por medio de su cruz; pero es necesario que nosotros llevemos la nuestra, y la llevemos siempre. Cada cual tiene la medida de su cruz de la mano de Dios, según el orden de su Providencia, la cual es proporcionada á las fuerzas de cada uno y á la gloria que por medio de ella debe adquirir. El huir de ella, es huir de la esperanza de la propia salvación. Tú, sin duda, tienes una cruz; ¿cómo la llevas? ¿alegre, animosa y constantemente? Imagina que te fué puesta sobre tu espaldas desde la hora de tu bautismo, creciendo al paso que tú creces, y que, si

petua consoliación, ¿que trabajo sentirías en seguir el camino del Señor?

Es necesario honrar á Dios con el

tus fuerzas no van creciendo á proporción con la divina gracia, tehará dar en tierra con su peso. — La última cláusula es: «Y sígame.» Es necesario que sigamos á Jesucristo con nuestra cruz, y nunca volver atrás ni detenernos en el camino, si no siempre ir adelante caminando por sus pisadas. ¡Oh, cuántas veces tú has dejado de hacer esto! ¡Cuántas llevaste otro camino, volviendo á tu Señor las espaldas! ¡Injustamente usurpa el nombre cristiano para honrarse con él quien así se porta con Cristo!

¡Jesús, mi único Maestro!, que me habéis abierto el camino del Cielo por medio de vuestra Pasión y muerte, dejándome las señales de vuestros pasos para excitarme á seguros: dadme gracia para que yo no deje jamás ese sendero, sino, con perseverancia, siempre camine por él hasta llegar al fin de mi viaje para poseeros eternamente.

ca como te amas á ti misma. Tu buscas en todas las cosas tu gloria, tu comodidad, tu interés, tu satisfacción y tu gusto; tú te dueles de

para que corras con mayor fervor después de las caídas, y de ellas mismas, con su gracia, sacarás grandes ganancias de humildad. Hay almas



## OCTUBRE

(Flor: Adelfa.)

*Sequedades y desolaciones del espíritu.*

### § I

*Desolaciones para los principiantes.*

ENTRE las dificultades de la vida espiritual, las desolaciones y sequedades del alma son las más considerables. Las cuales Dios permite para purificar nuestra fe, fortificar nuestra esperanza y aumentar nuestra caridad. Si tú estuvieses en perpetua consolación, ¿qué trabajo sentirías en seguir el camino del Señor?

Es necesario honrar á Dios con el

tus fuerzas no van creciendo á proporción con la divina gracia, tehará dar en tierra con su peso. — La última cláusula es: «Y sígame.» Es necesario que sigamos á Jesucristo con nuestra cruz, y nunca volver atrás ni detenernos en el camino, si no siempre ir adelante caminando por sus pisadas. ¡Oh, cuántas veces tú has dejado de hacer esto! ¡Cuántas llevaste otro camino, volviendo á tu Señor las espaldas! ¡Injustamente usurpa el nombre cristiano para honrarse con él quien así se porta con Cristo!

¡Jesús, mi único Maestro!, que me habéis abierto el camino del Cielo por medio de vuestra Pasión y muerte, dejándome las señales de vuestros pasos para excitarme á seguiros: dadme gracia para que yo no deje jamás ese sendero, sino, con perseverancia, siempre camine por él hasta llegar al fin de mi viaje para poseeros eternamente.

ca como te amas á ti misma. Tu buscas en todas las cosas tu gloria, tu comodidad, tu interés, tu satisfacción y tu gusto; tú te dueles de

para que corras con mayor fervor después de las caídas, y de ellas mismas, con su gracia, sacarás grandes ganancias de humildad. Hay almas



## OCTUBRE

(Flor: Adelfa.)

*Sequedades y desolaciones del espíritu.*

### § I

*Desolaciones para los principiantes.*

ENTRE las dificultades de la vida espiritual, las desolaciones y sequedades del alma son las más considerables. Las cuales Dios permite para purificar nuestra fe, fortificar nuestra esperanza y aumentar nuestra caridad. Si tú estuvieses en perpetua consolación, ¿qué trabajo sentirías en seguir el camino del Señor?

Es necesario honrar á Dios con el

tus fuerzas no van creciendo á proporción con la divina gracia, te hará dar en tierra con su peso. — La última cláusula es: «Y sígame.» Es ne-

padecimiento, no sólo en el cuerpo, sino también en el alma. — Si eres principiante que comienzas á caminar por el camino de la virtud, reconoce lo primero las asechanzas del demonio; y siéndote necesarias para tu perfección, no condesciendas en nada con la naturaleza, ten paciencia y cobra buen aliento y ánimo, que lo que al principio parece insuperable, con la costumbre se hace fácil. La gracia sujetará á la naturaleza, y ésta sujeta no pedirá con tanto imperio, porque hallará en la gracia aquello que no hallaba en sí.

¿Eres asaltada tal vez de alguna desolación ó desabrimiento, sin saber su causa, de manera que todo te da fastidio, todo te desazona, todo te parece intolerable? No te espantes; que como el cuerpo no siempre tiene entera salud y es necesario llamar al médico y aplicar las medicinas convenientes para

para que corras con mayor fervor después de las caídas, y de ellas mismas, con su gracia, sacarás grandes ganancias de humildad. Hay almas

quitar la enfermedad, así esa desolación que experimentas es una enfermedad de tu alma que debes sufrir con paciencia, y acudir al médico de ella, Jesús, y aplicar los remedios convenientes, que son los sacramentos de la Confesión y Comunión, unidas á la oración perseverante. Eres tal vez acometida de una especie de desesperación, pareciéndote que no has de poder perseverar en la nueva vida que has comenzado porque eres débil y porque, mientras quieres ir adelante, las dificultades se te aumentan. Es verdad que, si estriba tu esperanza en solas tus fuerzas, es natural que desmayes, porque ellas no bastan para la empresa; pero si estriba, como debe, en la gracia divina, no tienes que temer, porque quien te ha dado valor para comenzar, también te lo dará para proseguir hasta el fin. Que tú reconozcas tu flaqueza es gloria suya

tus fuerzas no van creciendo á proporción con la divina gracia, te hará dar en tierra con su peso.— La última cláusula es: «Y sígame.» Es ne-

y provecho tuyo, pues así tus oraciones serán más fervorosas y seguras, y tu perseverancia más cierta. Porque Dios, que se complace en dar fuerzas al débil, no te desampará en tus penas. Cuidate de las faltas ligeras que cometes por los tropiezos que encuentras á cada paso, y viendo el camino tan lleno de abrojos y de espinas, no quieras volver atrás; pues no hay otro sendero que éste para ir al Cielo, ¿tendrás la locura de dejarlo? El Salvador nos tiene dicho que el camino del Cielo es estrecho, y que son pocos los que entran por él. Tú eres una que ha entrado por esa senda felicísima. ¿Será, pues, bien, que por algunas dificultades y tropiezos que encuentras en ella, te vuelvas atrás y la dejes con riesgo de tu salvación? Si tropezares y cayeres alguna vez, la gracia te levantará. No temas: Dios va contigo, y te dará la mano, aumentando tus fuerzas

para que corras con mayor fervor después de las caídas, y de ellas mismas, con su gracia, sacarás grandes ganancias de humildad. Hay almas extraviadas que dicen: no corre prisa el buscar la perfección: ahora es tiempo de gozar, mañana veremos. Si así pensares tú, desdichada de ti. ¿Quién te ha dicho que no corre prisa este negocio? ¿De dónde sabes que tendrás después ese tiempo que te imaginas, no teniendo seguro ni acabar el presente día? Quizá ese tiempo que tu destinas á tus gustos será el último de tu vida, y Dios ya no te dará entrada para ir á él, porque tú ahora no quieres entrar cuando Él te llama.

¿Y cómo piensas que la dificultad que sientes ahora adelante será menor, cuando habrán crecido las causas de ella? Porque adelante tus malas inclinaciones, con la costumbre, se habrán hecho más fuertes; tu voluntad estará más débil para el

ama Jesús, ¿qué tienes que temer?  
— Dirás que, siendo tantos y tan enormes los pecados que has cometido, temes que te hayan hecho

bien y más endurecida en el mal, y los auxilios de la gracia serán menores por ser más indebidos. ¡Jesús, Esposo de mi alma!, que con un exceso de misericordia me llamáis á la perfección de vuestras escogidas, y con el deseo que me dais de seguir os me queréis apartar de los peligros del mundo: fortaleced con vuestra gracia mi flaqueza; suavizad las dificultades que temo, y apartad las desolaciones que me embargan, y hacedme volar en vuestro seguimiento por el camino de vuestros preceptos y consejos santos.

§ II

*Escrúpulos y temores.*

Los escrúpulos te inquietan, y no te dejan reposar ni de día ni de noche. Y á la verdad éste es un tormento como de mártires, y la prue-

salvación? Si tropezares y cayeres alguna vez, la gracia te levantará. No temas: Dios va contigo, y te dará la mano, aumentando tus fuerzas

ba más áspera de una alma que busca á Dios. Pero al fin es prueba y tormento, mas no pecado ni ocasión de pecado. Antes es un fuego que purifica al alma, la preserva de nuevos pecados y la limpia de las faltas ligeras.— Tú que te afliges con continuos escrúpulos, ¿piensas que Dios es cruel, que te ha de castigar por defectos involuntarios? Ciertamente que la turbación que tu alma padece con los escrúpulos impide á tu voluntad para que no obre tan plenamente como quisiera, mas no te ocasiona pecado; porque Dios, atendiendo al tormento que padeces por no ofenderle, te da más abundante gracia para que estés lejos de pecar. ¿Qué, pues, te afliges con los temores del pecado, pues ellos mismos son tu seguridad, y tu flaqueza misma te sirve de escudo? Si no estás capaz de otro remedio, ofrece á Dios este tormento y pena grande que padeces. Cuando te llegues á

ama Jesús, ¿qué tienes que temer? — Dirás que, siendo tantos y tan enormes los pecados que has cometido, temes que te hayan hecho

confesar, recibe tus aflicciones por penitencia de tus culpas; y cuando te llegues á comulgar, ofrécelas á Jesucristo, por preparación para recibirle. Humíllate delante de El, y por indigna que te parezca eres, no le dejes de recibir. Que tus penas se endulzarán y el Salvador te aliviará en ellas; si durasen, tanto menores las padecerás después en el Purgatorio. Tú eres atormentada con diversos temores de tu salvación por la demasiada incertidumbre que tienes de ella y porque te parece que son inútiles todas las buenas obras que haces. Si acaso estás en pecado mortal, muy razonables son tus temores; sal de ese mal estado tan peligroso y cesarán tus temores. Pero si habiendo ya dejado los pecados graves, entre las faltas ordinarias ligeras, á nuestra flaqueza inevitables, persisten esos temores, ármate y pelea contra ellos con la confianza en Dios,

salvación? Si tropezares y cayeres alguna vez, la gracia te levantará. No temas: Dios va contigo, y te dará la mano, aumentando tus fuerzas

suelos, no por eso desmayes ni te desanimes, ni dejes tus santos ejercicios. Ama y sigue á Dios, así en la adversidad como en la prosperidad. Y di con el santo Job: Dios

y con el amor que su Hijo Jesucristo te tiene. Piensa mucho en la misericordia de Dios; si El llama á los pecadores á penitencia con tanta solícitud tantas veces, y con palabras tan expresivas; si su Hijo, como El lo dijo, no bajó á la tierra sino á buscar los pecadores, ¿podrás tú creer que Dios no querrá recibir á los que está llamando, y que su Hijo, á aquellos por los cuales murió, los arrojará de sí cuando lo buscan y se acogen á El, y que á aquellos á quienes dió su preciosa sangre para que con ella se lavasen, no se dignará de mirarlos cuando ya están lavados y limpios?

No lo creas; mas ten por cierto que te ama Jesús, pues tan poderosamente te ha ayudado para que salieses de tus pecados. Y si te ama Jesús, ¿qué tienes que temer? — Dirás que, siendo tantos y tan enormes los pecados que has cometido, temes que te hayan hecho

confesar, recibe tus aflicciones por penitencia de tus culpas; y cuando te llegues á comulgar, ofrécelas á Jesucristo, por preparación para recibirlo. Humíllate delante de Él.

indigna de la divina misericordia. Mas considera que, siendo ella infinita, es incomparablemente mayor que todos los pecados del mundo, y así bien cabrá en ella el perdón de los tuyos, por muchos y muy grandes que hayan sido. Anega también tu temor en la sangre de Jesucristo, la cual es un océano infinito en que todo se pierde. Date toda á Dios, y confía que Él te llevará á puerto. ¿Te abruman los pensamientos contra la fe y te hacen pensar que no estás en gracia y amistad de Dios? Este es un asalto de Satanás: desprécialo y se desvanecerá. Y rebátelo, unas veces con actos de fe, otras no haciendo caso de él, como de cosa que no puede dañar á tu alma; otras humillándote delante de Dios y confesándote indigna, por tus pasadas ingratitudes, de conocer los divinos misterios. Después de lo cual condúcete como antes, y deja que sople el viento sin

suelos, no por eso desmayes ni te desanimes, ni dejes tus santos ejercicios. Ama y sigue á Dios, así en la adversidad como en la prosperidad, y di con el santo Job: Dios

moverte por él. ¡Jesús mío, mi Dios y todo mi Bien!, único consuelo de los afligidos y médico de nuestras enfermedades espirituales: sanadme de este vano temor y escrúpulos fastidiosos que me impiden gozar de vuestras santas consolaciones. Vos, que perdonasteis tantos pecados á la Magdalena, y que estando en la cruz asegurasteis el Paraíso á aquel ladrón dichoso, apartad de mí los temores y escrúpulos confirmándome en vuestro amor por medio de la esperanza de vuestra gloria.

§ III

*Sequedad en la oración.*

¿Tienes tú el aprecio que debes de la oración, y especialmente de la mental? Este es un tesoro que debes apreciar sobre todo. Porque, ¿qué mayor interés, qué negocio de ma-

confesar, recibe tus aflicciones por penitencia de tus culpas; y cuando te llegues á comulgar, ofrécelas á Jesucristo, por preparación para

por importancia, puedes tener que tratar con Dios, descubrirle tus necesidades, implorar su asistencia y alcanzar de su majestad sus gracias y favores?

Si tienes grandes consuelos en la oración, ó cuando te llegas á la santa Mesa del altar, ó en otros ejercicios de devoción, reconoce en eso la infinita misericordia de Dios, que te apacienta y regala con su maná como á los israelitas en el desierto, y te da á gustar de la ambrosía del Paraíso para endulzarte, con esas inefables consolaciones, todas las penas y amarguras de esta vida. Pero no pegues demasiado el corazón á tales gustos. Recíbelos con humildad cuando Dios te los da, pero con indiferencia para dejarlos cuando le placiere quitártelos. Si padeces sequedades de la oración y en los demás ejercicios espirituales, y de aquellos torrentes del Cielo no sacas sino desolaciones y descon-

suelos, no por eso desmayes ni te desanimas, ni dejes tus santos ejercicios. Ama y sigue á Dios, así en la adversidad como en la prosperidad, y di con el santo Job: «Dios me daba consolaciones, y me las ha quitado: sea bendito su santo nombre.» Él es el dueño y señor de sus criaturas, y cualquiera cosa que quisiere disponer y hacer acerca de ellas, no puede dejar de ser siempre santa y perfecta. — No te turbes ni te inquietes por inquirir si la causa de esa desolación que padeces son tus pecados, porque tal inquisición sólo servirá para turbarte más. Reconoce y confiesa que estás cargada de pecados y de grandes imperfecciones; que no mereces recibir de Dios consolación alguna y que es sobrada la merced que te ha hecho de recibirte en su servicio y de sustentarte, conforme al sentir de la cananea, con las migajas de su mesa.

veno escondido, guardarnos de él para que no nos inficione quitándonos la salud, y poco á poco nos acarree la muerte espiritual

Considera que esta vida no es vida de consuelos, ni es vida hecha para el descanso ni para el gusto, ni para anticipar en ella las delicias del Paraíso, sino para padecer, sufrir y merecer con los trabajos. Imita á los Apóstoles cuando, yendo embarcados, aunque les era contrario el viento, no dejaban de remar y de caminar adelante. Así tú haz oración, vela, trabaja y continúa tus devociones, por más que la sequedad y desolación se te oponga para hacerte detener y que no vayas adelante. El tiempo de la sequedad y de la pelea pasará brevemente, y llegará el de la consolación, que no ha de tener fin.

Las almas que quieren darse á la perfección sólida deben, sobre todo, disponerse para las sequedades y desolaciones. Esta es la gran prueba que Dios hace de una alma, para conocer si ella le busca con un corazón sincero, y para ver si

padeces sequedades de la oración y en los demás ejercicios espirituales, y de aquellos torrentes del Cielo no sacas sino desolaciones y descon-

está despojada de todo interés y del amor propio.

Este es el fuego donde se refina el oro de la verdadera caridad. Esta es la señal y el carácter de los verdaderos amantes de la Cruz. Ninguno puede llegar á estar cerca de Jesucristo si no es pasando por el torrente de la desolación.

Mayor gloria recibe Dios de nuestras sequedades y desconsuelos que de nuestras consolaciones y dulzuras. Porque, como los mártires, más glorificaban á Dios en medio de los tormentos que estando en paz y reposo. Así las almas más glorifican á Dios cuando, en medio de sus sequedades y desconsuelos, más le invocan y se muestran más firmes y constantes que cuando se hallan con abundancia de consuelos y dulzuras sensibles. Consoláos, almas afligidas, puras y amadas de Jesucristo, que vosotras sois los mártires sin sangre que le glorificáis.

no escondido, guardarnos de él para que no nos inficione quitándonos la salud, y poco á poco nos acarree la muerte espiritual

¡Jesús, Rey de los mártires!, que estando en la cruz padecisteis extrema desolación, que os obligó á lamentaros á vuestro Padre porque os había desamparado en aquel abismo de penas interiores: yo os suplico que me deis fortaleza y ánimo para sufrir mis sequedades, y para beber con Vos la hiel de mis desolaciones endulzádmelas como venidas de vuestra mano, y que por ellas me haga digna de vuestro amor.



padeces sequedades de la oración y en los demás ejercicios espirituales, y de aquellos torrentes del Cielo no sacas sino desolaciones y descon-

des dolores. Ahoga sin dilación aquellos perniciosos deseos, y conténtate con la condición en que te hallas, sin querer ser elevada por ti misma



## NOVIEMBRE

(Flor: Violeta.)

*De la humildad.*

§ I

*Altivez interior.*

Está la altivez con nuestra alma tan intimamente penetrada, que todas nuestras acciones salen con algún sabor de ella, como inficionadas de un humor corrompido con el contagio del pecado original. Y así debemos tener siempre este veneno escondido, guardarnos de él para que no nos inficione quitándonos la salud, y poco á poco nos acarree la muerte espiritual

¡Jesús, Rey de los mártires!, que estando en la cruz padecisteis extrema desolación, que os obligó á lamentaros á vuestro Padre porque os había desamparado en aquel abismo de penas interiores: yo os suplico que me deis fortaleza y ánimo para sufrir mis sequedades, y para beber con Vos la hiel de mis desolaciones endulzádmelas como venidas de vuestra mano, y que por ellas me haga digna de vuestro amor.



padeces sequedades de la oración y en los demás ejercicios espirituales, y de aquellos torrentes del Cielo no sacas sino desolaciones y descon-

des dolores. Ahoga sin dilación aquellos perniciosos deseos, y conténtate con la condición en que te hallas, sin querer ser elevada por ti misma



## NOVIEMBRE

(Flor: Violeta.)

*De la humildad.*

§ I

*Altivez interior.*

Está la altivez con nuestra alma tan intimamente penetrada, que todas nuestras acciones salen con algún sabor de ella, como inficionadas de un humor corrompido con el contagio del pecado original. Y así debemos tener siempre este veneno escondido, guardarnos de él para que no nos inficione quitándonos la salud, y poco á poco nos acarree la muerte espiritual

¡Jesús, Rey de los mártires!, que estando en la cruz padecisteis extrema desolación, que os obligó á lamentaros á vuestro Padre porque

Si quieres aprovechar é ir adelante en la perfección, ten todas tus acciones por sospechosas, como parciales de tu enemigo la altivez. Porque, en efecto, si las examinas bien á la luz de la gracia, pocas hallarás con las cuales no se haya mezclado el deseo de la propia excelencia, ó en el principio, ó en el medio, ó en el fin de ellas. En esto puedes ver tu miseria y qué es lo que puedes esperar de ti misma, y cuánto te conviene recurrir á Dios pidiéndole su gracia para que te libre de tan pestilencial veneno dándote una perfecta salud.

Bien sabes tú que no hay cosa en el mundo que desagrade á Dios tanto como la altivez y soberbia, porque éste es el vicio que directamente se opone á su grandeza y poder. Con él tuvo Lucifer la osadía de levantarse contra el mismo Dios, y así este pecado quedó marcado con la señal de la reprobación. Porque

des dolores. Ahoga sin dilación aquellos perniciosos deseos, y conténtate con la condición en que te hallas, sin querer ser elevada por ti misma

si el soberbio hace guerra á Dios y provoca su omnipotencia, Dios también le declara la guerra y prepara contra él las armas de su justicia. Juzga ahora tú si el partido es igual. ¿Y qué seguridad puede tener una criatura miserable contra la cual tiene el Criador declarada la guerra? Si la altivez nos hace insufribles á Dios y á nuestros prójimos, no menos nos hace partidarios á nosotros mismos. ¿Cuántos malos consejos nos sugiere? ¿Cuántas inquietudes y desasosiegos nos acarrea con las expectativas de nuestros deseos? ¿De cuántos despechos nos llena cuando los sucesos no corresponden á nuestros intentos? Ella se opone á la Providencia divina, é intenta pervertir sus designios y confundir sus órdenes. Ella no admite consejo ni dirección sino de sí misma, y, como ciega, precipita al alma en todo género de miserias. Yo no creo que tú querrás seguir

¡Jesús, Rey de los mártires!, que estando en la cruz padecisteis extrema desolación, que os obligó á lamentaros á vuestro Padre porque

este furioso vicio, y que el deseo de tu salvación te hará huir de sus designios y abominarlos. Pero es necesario que adviertas que no es menor su astucia que su furor, porque se suele enmascarar, y con apariencia ó pretexto de celo, de caridad ó de cualquiera otra virtud, aun de la humildad misma, nos engaña y hace caer en su emboscada. El modo de vencerlo es examinar bien todas las cosas y en todas las ocasiones, quitarle la máscara descubriéndole el rostro, y tratarle como él merece por medio de un profundo conocimiento de nosotros mismos y de nuestra vileza delante de la grandeza de Dios.

Cuando sintieres en ti movimientos altivos de querer sobresalir entre los prójimos, considera eso como los asaltos de una calentura maligna, y aplícales el remedio desde luego, y no dejes que tome fuerza la enfermedad, porque te causará gran

desdolores. Ahoga sin dilación aquellos perniciosos deseos, y conténtate con la condición en que te hallas, sin querer ser elevada por ti misma más alto, sino de solo Dios.

¡Angeles santos que abatistéis la soberbia de Satán!: ayudadme á destruir en mí el vicio de la soberbia.

§ II

*Humildad interior.*

La humildad consiste en el conocimiento con que conocemos nuestra nada, y en el amor nacido de aquel conocimiento con que amamos nuestro desprecio.

Virtud tan hermosa y tan propia del cristiano, que ella sobre todas las demás es poderosa para atraer con abundancia las gracias del Cielo y hacer al alma que la posee gratísima á Nuestro Señor. Porque así como las lluvias descienden de los montes

concedáis esta virtud, disponiendo todas mis cosas de manera que con grandes ventajas y en alto grado la consiga.

trayendo la fecundidad á los valles, así la abundancia de las gracias y favores de Dios altísimo descenden á los espíritus humildes, y los fecundan y enriquecen con frutos abundantes de vida eterna.

Esta es la virtud por la cual quiso el Hijo de Dios ser glorificado sobre la tierra, y la cual con especialidad nos enseñó cuando, hablando con sus Apóstoles, nos dijo á todos: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.» Lección grande, santa y perfecta que debemos practicar, imitando á nuestro Maestro con ser mansos y humildes, no como quiera, sino de corazón, y no de palabra solamente y en apariencia, como muchas veces se hace. — ¿Qué cosa más razonable, ni más conforme á la condición de criatura, que la humildad? Ella te hace conocer lo que verdaderamente eres: ella echa por tierra aquella altivez que te levanta sobre tu mismo ser;

los asaltos de una calentura maligna, y aplícales el remedio desde luego, y no dejes que tome fuerza la enfermedad, porque te causará gran

ella te dice que fuiste sacado de la nada y concebido en pecado; que tu cuerpo está sujeto á las enfermedades y esperando la muerte, y que tu alma vive atormentada con el furor de tus pasiones, sin poder conseguir ningún bien si no es con el auxilio de la gracia. Gran bien es tener en la humildad un espejo fiel que nos representa tales cuales somos, y nos muestra nuestras manchas para que las lavemos. Entre los demás tesoros que la humildad nos acarrea, uno es la paz sólida y verdadera, haciéndonos fuertes contra todas las tempestades de la vida. Porque, ¿qué olas podrán conmovér y turbar á aquella alma á quien tiene firme el áncora de la humildad? Lo profundo del mar no es agitado de tempestades por mucho que lo sea su superficie de furiosos vientos. El alma que está sumida en lo profundo de su humildad, segura está de los vientos de sus pasiones.

concedáis esta virtud, disponiendo todas mis cosas de manera que con grandes ventajas y en alto grado la consiga.

Siempre vive en tranquilidad, no pudiéndole suceder penalidad alguna que ella no reciba como debida á sus pecados y á su nada. Pero es de tal manera la humildad que no envilece al corazón, ni lo hace pusilánime; antes lo levanta y anima á emprender cosas grandes. Ella es fuerte sin temor, y animosa sin audacia. Levanta el alma á las cosas grandes que Dios le manda ó le inspira; porque, no fiándose de sus fuerzas (cuya flaqueza ella bien conoce), y armándose con la confianza en Dios, concibe una fortaleza toda divina, y ejecuta cosas grandes por Dios, obra en ella y por medio de ella.

Pero es necesario que estés advertida para que no te engañe la soberbia con apariencia de humildad, como engañaba á aquellos filósofos que, con pretexto de virtud, despreciaban todas las cosas de la tierra; pero en ese mismo desprecio

los asaltos de una calentura maligna, y aplícales el remedio desde luego, y no dejes que tome fuerza la enfermedad, porque te causará gran-

dioso en el desprecio? ¿No se te ha dado el honor que deseabas? Se ha dicho una palabra ó hecho una acción que tú interpretas como desfavorable (cuya acción...

estaban llenos de vanidad, de estimación de sí mismos, y de desprecios de los demás.—La verdadera humildad está llena de dulzura, de compasión y de caridad para con todos; á ninguno desprecia, reconoce su propia flaqueza é ineptitud para nada bueno sin el auxilio de la gracia; de ésta lo espera todo, sin atribuirse á sí misma el más mínimo buen sentimiento, y temerosa de sí misma, está en vela para no caer en el vicio contrario. ¡Jesús mío!, divino ejemplar de virtud tan excelente que, juntando en vuestra persona dos tan distintas naturalezas, como son la divina y la humana, juntasteis asimismo la omnipotencia con la humildad más profunda, y escogisteis para Madre la más humilde criatura: yo os suplico me concedáis esta virtud, disponiendo todas mis cosas de manera que con grandes ventajas y en alto grado la consiga.

Siempre vive en tranquilidad, no pudiéndole suceder penalidad alguna que ella no reciba como debida á sus pecados y á su nada. Pero es de tal manera la humildad que no

§ III

*El desprecio.*

El fin y la excelencia de la humildad es sufrir el propio desprecio con paciencia, y amarlo como un bien y gozarse en él. Mira tú ahora en cuál de estos tres grados estás, y hallarás que estás muy lejos del tercero, y aun tal vez del primero. Por tanto, aprende á fortificarte con la gracia para este desprecio, porque sin su tolerancia jamás llegarás á poseer esta virtud.

¿Dudas tú, por ventura, si eres digna de este desprecio, y de que no se te dé la honra que deseas? No puedes negar tu misma nada, ni tus pecados, ni tus flaquezas, ni tus malas inclinaciones. Pues estas cosas, ¿de qué son dignas sino de un verdadero desprecio? Si tú misma desprecias estas cosas en ti porque

dioso en el desprecio? ¿No se te ha dado el honor que deseabas? Se ha dicho una palabra ó hecho una acción que tú interpretas como desfavorable (aunque hecha sin intención

conoces lo que son, ¿por qué te ofendes de que otro las desprecie, que las puede conocer como tú? ¿Y por qué quieres que los otros te den un honor falso que es una mentira, y no el desprecio que te es debido conforme á razón y justicia? Pasa á considerar cuánto vale la estimación de las criaturas, y no te ofenderás de que te desprecien á costa de tu quietud y paz como tan fácilmente lo haces. Las criaturas en su mayor parte juzgan por sola la apariencia, porque no pueden penetrar los corazones ni conocer las intenciones; se engañan con el interés y con la pasión que las mueve, y así, tan mal fundada es su estimación como su desprecio.

¿Por qué, pues, te dejas turbar de un juicio tan incierto? Agrégase á esto que las criaturas cada hora se mudan, y lo que hoy les parece despreciable mañana les parecerá estimable. Déjales, pues, que juzguen

Siempre vive en tranquilidad, no pudiéndole suceder penalidad alguna que ella no reciba como debida á sus pecados y á su nada. Pero es de tal manera la humildad que no

como quieran. Mas cuando su juicio se encaminare á tu desprecio tenlo realmente por verdadero, puesto que por uno solo de tus pecados has merecido el desprecio de todas las criaturas.

La estimación que debes desear es la de Dios, no la de las criaturas, porque Dios es el que juzga con verdad de las cosas, penetra los corazones, conoce las intenciones, ninguna cosa puede escondersele y todo lo ve clarísimamente. Trabaja por adquirir esta estimación verdadera, y deja á las criaturas juzgar como quisieren, porque su juicio no te hará ni más ni menos apto para tu eterna felicidad. Tu buena ó mala suerte dependerá del juicio de Dios. Si Él te desprecia, serás despreciada de todas las criaturas en el Infierno; y si Él te estima, serás en el Cielo estimada de los ángeles para siempre.

¿Qué es lo que tú hallas de fasti-

dioso en el desprecio? ¿No se te ha dado el honor que deseabas? Se ha dicho una palabra ó hecho una acción que tú interpretas como desfavorable (aunque hecha sin intención de ofenderte); pero doy que deliberadamente te haya alguno ofendido con un desprecio verdadero. Si eres cristiana, ¿cómo puedes tú tomar de eso tan gran pesadumbre?

El Salvador te obliga á que perdones á tus enemigos las injurias y agravios que te hayan hecho, y hasta la misma muerte que te hayan pretendido dar. ¡Y un desprecio ligero que te han hecho te ha atravesado el corazón!

Si amas la humildad de veras, no puedes dejar de amar también el desprecio. Tú no te atreverás á decir que no amas la humildad, siendo ella una virtud entre todas tan excelente, virtud á todos tan amable, virtud predilecta de Cristo, que tanto nos la recomendó con sus pala-

melancolía; finalmente, todas las cosas nos anuncian que hemos de morir. Y si la muerte hasta ahora no nos ha acometido, es porque

bras y ejemplo, y, sobre todo, siendo virtud sin la cual correrá peligro tu salvación. Supuesto, pues, que amas la humildad, y la deseas y la procuras, consiguientemente debes amar tu desprecio, cuyo amor es el distintivo de la verdadera humildad, y el que, naciendo de ella como flor propia, le comunica todo su aroma. ¿Cómo es posible que considerando tú, cristiana, á tu Salvador entre los desprecios de su Pasión, tengas horror al desprecio? Él estuvo tan lejos de huirlo, que ardentemente lo deseó y procuró de todas las maneras posibles, hasta que satisfizo el hambre que tenía de sus oprobios.

Mira tú cómo tu Señor ningún tormento padeció que no fuese acompañado de algún desprecio. Siguele con el pensamiento, y le verás en casa del Pontífice despreciado aquella noche de los soldados; de varios modos en casa de Herodes, tratado como insensato; en casa de

serás despreciada de todas las gentes en el Infierno; y si Él te estima, serás en el Cielo estimada de los ángeles para siempre.

¿Qué es lo que tú hallas de fasti-

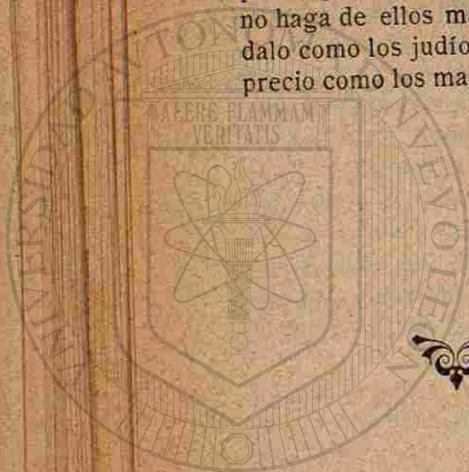
Pilato azotado como ladrón, despreciado como rey de burlas, con la caña por cetro y las espinas por corona; pospuesto á Barrabás, y cargado con el madero de su afrenta hasta el Calvario, y allí, desnudo, enclavado en la cruz recibiendo blasfemias y desprecios..

Ahora, pues, tú, siendo cristiana, ¿á vista de tal ejemplar tendrás ánimo para huir del desprecio? Pues guárdate, que el huir de él será huir de lo que Cristo amó y buscó, y aborrecer prácticamente su Pasión, haciéndote indigna de recoger los preciosísimos frutos del árbol de la Cruz.

¡Oh dulce Jesús, no permitáis que yo caiga en la desgracia de huir del desprecio que Vos tanto amasteis! No imite yo á vuestros enemigos, que se burlaban de vuestros desprecios, atribuyendo á impotencia la paciencia con que los sufríais. Vos los sufristeis para endulzar sus amar-

melancolía; finalmente, todas las cosas nos anuncian que hemos de morir. Y si la muerte hasta ahora no nos ha acometido, es porque

guras, hacémoslos apetecibles y venerables en vuestra Persona, y por facilitarnos su tolerancia y su uso en esta vida. Haced, Señor, lo suplico, que yo los estime, los ame, y no haga de ellos materia de escándalo como los judíos, ni de menosprecio como los malos cristianos.



serás despreciada de los ángeles en el Infierno; y si Él te estima, serás en el Cielo estimada de los ángeles para siempre.  
¿Qué es lo que tú hallas de fasti-

tos hubiesen estado expuestos como los nuestros á los claros rayos de aquel Sol de justicia! ¡Oh, cómo aumentarás tus mortificaciones y



## DICIEMBRE

(Flor: *No me olvides.*)

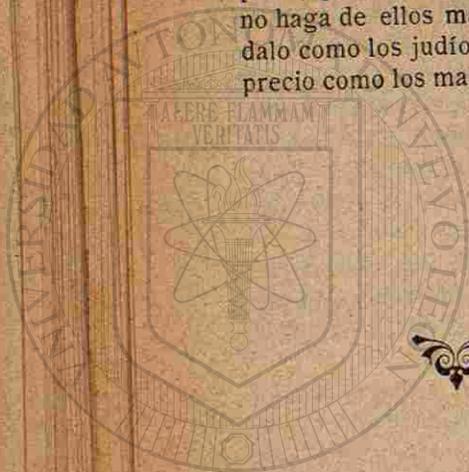
*De la muerte.*

§ I

*La muerte según su ser.*

EL año está casi acabado: los meses y los días que lo componen ya se han pasado: la tierra ha perdido sus flores y ha sido despojada de sus mieses; los árboles ya están sin fruto y sin hojas: los campos están ya hechos unos tristes objetos de melancolía; finalmente, todas las cosas nos anuncian que hemos de morir. Y si la muerte hasta ahora no nos ha acometido, es porque

guras, hacémoslos apetecibles y venerables en vuestra Persona, y por facilitarnos su tolerancia y su uso en esta vida. Haced, Señor, lo suplico, que yo los estime, los ame, y no haga de ellos materia de escándalo como los judíos, ni de menosprecio como los malos cristianos.



serás despreciada de los ángeles en el Infierno; y si Él te estima, serás en el Cielo estimada de los ángeles para siempre.  
¿Qué es lo que tú hallas de fasti-

tos hubiesen estado expuestos como los nuestros á los claros rayos de aquel Sol de justicia! ¡Oh, cómo aumentarás tus mortificaciones y



## DICIEMBRE

(Flor: *No me olvides.*)

*De la muerte.*

§ I

*La muerte según su ser.*

**E**L año está casi acabado: los meses y los días que lo componen ya se han pasado: la tierra ha perdido sus flores y ha sido despojada de sus mieses; los árboles ya están sin fruto y sin hojas: los campos están ya hechos unos tristes objetos de melancolía; finalmente, todas las cosas nos anuncian que hemos de morir. Y si la muerte hasta ahora no nos ha acometido, es porque

guras, hacémoslos apetecibles y venerables en vuestra Persona, y por facilitarnos su tolerancia y su uso en esta vida. Haced, Señor, lo su-

Dios, que la gobierna á su voluntad, la ha detenido porque tengamos espacio para disponernos para ella. Si bien tú que has leído este librito hasta aquí estás viva, adviérte que tu vida es ya once meses más corta de lo que era al principio de este año. Haz reflexión sobre tus sentimientos y acciones; mira cómo has cumplido este año los buenos propósitos que habías hecho. ¡Oh, cuántas veces los has quebrantado! ¡Y cómo la negligencia ó la pasión ha abierto grandes brechas en tus santas resoluciones! ¿Cuántas veces has podido quedarte muerta en medio de tus actuales defectos, de tus impacencias, de tus aversiones, de tus afectos desordenados? Y Dios, por sola su misericordia, te ha conservado y te aguarda á que hagas una perfecta penitencia.

Tú no tienes duda alguna de que has de morir puesto que eres mortal, y todas las cosas que te rodean

tos hubiesen estado expuestos como los nuestros á los claros rayos de aquel Sol de justicia! ¡Oh, cómo aumentarás tus mortificaciones y

todos los días perecen. Tú te has escapado de muchas ocasiones de muerte; mas al fin has de venir á caer en una, que será en aquella en que menos pienses. Tú has de caer para no levantarte más, y quizá con una caída imprevista, sin que ninguna cosa del mundo pueda librar-te de tal desgracia. Mira bien si de verdad querrias que te sorprendiera la muerte en este día, en este momento, en el estado en que te hallas. Mira si tienes algo de que te remuerda la conciencia. Si estás atada con alguna ligadura que te parezca difícil de romper. Si tienes algun pecado por el cual no estás completamente satisfecha. Si tienes resentimiento contra alguna persona. En una palabra: si te hallas con aquella inccencia y pureza con que querrias comparecer delante del Tribunal terrible de Dios. Miralo todo bien, y guárdate de adular-te á ti misma. Tú, en el discurso de este

guras, hacémoslos apetecibles y venerables en vuestra Persona, y por facilitarnos su tolerancia y su uso en esta vida. Haced, Señor, lo su-

año, has visto abrasarse los campos con el excesivo calor, y ahora los ves cubiertos de hielo y de tristeza. Tú has visto en él vivas á muchas personas que ahora están pudriéndose debajo de la tierra. Todo te está amonestando que tienes que morir, y los ya muertos desde su sepultura te dicen: «Tú serás presto lo que nosotros somos; el ardor de una calentura ó el frío de la vejez te pondrá entre nosotros: como nosotros te has de pudrir; la sepultura, habitación común, te está aguardando, y si atiendes á la eternidad, bien puedes desde luego hacer cuenta que ya estás en ella, porque el tiempo que hay entre nuestra muerte y la tuya no es más que un momento.»

«¡Oh, si tú supieses (prosíguen) lo que nosotros sabemos: si tú hubieses probado como nosotros el justo rigor del soberano Juez: si tus acciones, palabras y pensamien-

tos hubiesen estado expuestos como los nuestros á los claros rayos de aquel Sol de justicia! ¡Oh, cómo aumentarás tus mortificaciones y fervor de espíritu antes de venir á estar con nosotros! ¡Cómo serías fiel á las gracias que recibes, de las cuales ya nosotros no somos capaces! ¡No esperes, como nosotros, á satisfacer por los pecados con una tardía penitencia!»

Haz cuenta, pues, que te hallas como Ezequías, enferma y desahuciada de los médicos, que te han intimado la sentencia de muerte, y que Dios por su misericordia revoca aquella sentencia y te quiere dar más larga vida. Dale á Dios las gracias como lo hizo aquel Rey: llora y detesta tus pecados pasados, y propón firmemente poner mayor cuidado y diligencia el año siguiente para evitar todo pecado y aun toda imperfección, para agradar más á Dios.

que la miran como el puerto en medio de las borrascas de esta vida: la miran como una fortaleza segura y lugar de refugio en medio de los

¡Oh Jesús Soberano!, que sois Señor de mi vida y de mi muerte, que contáis todos los momentos de la una y disponéis de la otra como os agrada: perdonadme lo mal que me he servido de la vida y lo digna que por mis errores me he hecho de la muerte. ¿Cuántas gracias, Señor, os debo dar porque me habéis alargado la vida hasta esta hora, y cuánto debo hacer en reconocimiento de este beneficio? Pero sin Vos, Dios mío, ¿qué puedo yo sino recaer en mis pecados pasados y en mi misma nada? Ayudadme, pues, Señor, para que los huya, y para que la vida que me dais toda la emplee sólo en servirlos, satisfaciendo á vuestra justicia y haciéndome cada día más digna de ir á veros y gozaros eternamente.

§ II

*Temor y deseo de la muerte.*

Aunque la muerte es cosa tan espantosa y tan digna de ser temida, témela tú, pero como cristiana, no como mundana toda embebida en los afectos de los bienes terrenos. La persona dada al mundo y á sus placeres teme la muerte porque se los quita, mirando á los bienes que ha de perder y no á los que puede ganar. Mas la verdadera cristiana toda su mira lleva puesta en el lugar adonde va, y no tanto teme á la muerte como á su consecuencia; esto es, al juicio de Dios que le seguirá: de este juicio está temblando, y la voz de este Juez le está hiriendo los oídos. Teme en buena hora tú la muerte; mas témela con un prudente temor. Témela para prevenirla y no ser sorprendida de ella,

lo que nosotros sabemos: si tú hubieses probado como nosotros el justo rigor del soberano Juez: si tus acciones, palabras y pensamien-

que tú miran como el puerto en medio de las borrascas de esta vida: la miran como una fortaleza segura y lugar de refugio en medio de los

y como á un enemigo que á quien asalta desprevenido puede hacerle mucho mal; mas para con quien prevenido le aguarda, no tiene fuerza alguna. Prevente, pues, y ten siempre puestas todas tus cosas en orden para cuando este enemigo llegue, pues sabes que ha de venir, pero no sabes cuándo. A la verdad ¿qué mal te puede hacer la muerte si no te coge en estado de pecado mortal? Ella separará tu alma de tu cuerpo; mas para ir á gozar de Dios te es necesaria esa separación. Ella te apartará de la compañía de todas las personas que amas; mas en el Cielo tendrás la compañía de los ángeles y santos, con la cual no es comparable compañía alguna de este mundo. Ella te quitará el uso de los bienes de la tierra; pero tú sabes que éstos son muy mezquinos y rodeados de males, y en su lugar irás á gozar de los infinitos bienes del Cielo. No es, pues, la muerte tan

lo que nosotros sabemos: si tú hubieses probado como nosotros el justo rigor del soberano Juez: si tus acciones, palabras y pensamien-

y colérica, ella te será desabrida, áspera é intolerable. Con el mismo sentimiento de amor lamentate de tu muerte porque se tarda tanto, di-

formidable como tú pensabas, pues sólo es formidable morir en pecado.

Ya no debemos temer la muerte después que nuestro Salvador la desarmó y echó por tierra. Ella era antes la tirana de todo el mundo, y ejercitaba su crueldad con todos los hombres en cuanto les quitaba la vida, cuando saliendo de ella habían de hallar cerrada la puerta del Cielo. Ella fué tan temeraria que acometió al Hijo de Dios; mas su victoria fué ruina, porque quedó destruída con la muerte de Jesucristo; y como la serpiente mordiendo á uno pierde el veneno para dañar á los demás, así ella, hiriendo al Salvador, quedó impotente para dañarnos. Las almas fuertes y santas tienen por cosa deseable á la muerte por los bienes que en ella reconocen. Porque la miran como el puerto en medio de las borrascas de esta vida: la miran como una fortaleza segura y lugar de refugio en medio de los

y como á un enemigo que á quien asalta desprevenido puede hacerle mucho mal; mas para con quien prevenido le aguarda, no tiene fuer-

combates que nos mueven sobre la tierra nuestros crueles enemigos: la miran como el término de nuestra carrera, donde hemos de hallar el descanso y la recompensa de nuestras fatigas: y la miran, en fin, como la puerta por la cual se entra, y nos es forzoso que entremos, para gozar de la felicidad eterna que nos aguarda. Dichosas aquellas almas que toleran con paciencia esta vida, y esperan la muerte como una felicidad, las cuales no la miran como terrible y cruel; antes se les representa afable y llena de suaves atractivos, porque la miran como el fin de todas sus miserias y principio de su verdadera felicidad. Si quieres que sea del número de estas almas dichosas la tuya, reforma sin dilación tu vida y santificala continuamente, de manera que merezcas una santa muerte.

¡Virgen Santísima! ¡Madre adorable del Salvador, que después de

y colérica, ella te será desabrida, áspera é intolerable. Con el mismo sentimiento de amor laméntate de tu muerte porque se tarda tanto, di-

la ascensión gloriosa de vuestro Hijo, suspirabais ardentemente por ir al Cielo: suplicoos, Señora, que todo el resto de mi vida sea una continua preparación para la muerte, de manera que siempre viva, en cuanto el afecto, muerto á todas las cosas de este mundo, para que, cuando en efecto llegue mi muerte, pase segura por ella á veros en el Cielo.

### § III

#### *Preparación para la muerte.*

Para que temas menos á la muerte cuando ella llegue, háztela familiar con su memoria. Ella toca cada día á las puertas de tus sentidos; no pasa un mes en el cual no muera alguna persona conocida de ti; aplícate los accidentes diversos que las hacen morir. Cualquiera que sea su muerte, ya de enfermedad, ó violenta de cualquier modo, ya repen-

y como á un enemigo que á quien asalta desprevenido puede hacerle mucho mal; mas para con quien prevenido le aguarda, no tiene fuer.

tina ó esperada, piensa que la misma muerte te puede suceder á ti. Disponte cada día para morir, como si él fuera el último de tu vida, teniendo arregladas todas las cosas para aquel trance, como son que tu conciencia esté segura y sin remordimientos; que estén terminados tus negocios en cuanto sea posible; que estén quietas tus pasiones y tu alma en paz; que tus temores y deseos estén mortificados; que esté toda tu esperanza puesta en el Cielo, y que tu corazón solamente aspire á los bienes eternos, que no puedes conseguir sino por medio de la muerte. Llámala con cariño para ganarla; pero no la llares con despecho, con cólera y con impaciencia, porque ella vendrá á ti según el estado en que estuvieses para con ella. Vendrá suave, dulce, benigna y fácil si tú estuvieses para con ella en la misma disposición; pero si estuvieses impaciente, fastidiosa

y colérica, ella te será desabrida, áspera é intolerable. Con el mismo sentimiento de amor laméntate de tu muerte porque se tarda tanto, diciendo con David: «¡Ay de mí, que se ha prolongado mi destierro! ¡Yo esperaba caminar en breve á mi patria para gozar de la presencia de mi Señor, rompiéndose las cadenas con que mi alma, en la cárcel de mi cuerpo, está aprisionada, y veo que mi prisión y mi destierro se van alargando!» ¡Oh moradas hermosísimas del Paraíso! ¿Cuándo me será permitido habitar en vosotras? Yo ahora no os veo sino con sólo el pensamiento; mas la parte exterior vuestra, que sola veo, esa bóveda celeste, tiene tal hermosura que toda la tierra respecto de ella es fealdad. Vamos al Cielo, alma mía. ¿Qué hacemos sobre la tierra? Joven que esto lees: ¡llegarás á suspirar, con estos ó semejantes deseos, cuando tuvieses tu corazón despe-

MÉXICO.

IMP. DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS  
Calle de Moleros, antigua Plaza del Volador

1899

gado de todos los bienes terrenos? en  
¡Jesús, Salvador mío! que con vuest- le  
tra muerte vencisteis la muerte, y en  
con vuestra resurrección triunfasteis r.  
de ella, quitándole su amargura  
y rigor, y de castigo terrible la  
convertisteis en puerta y camino  
del cielo: yo os suplico, Señor, que  
hagáis que mi muerte sea muy santa  
cuando ordenareis que venga, y,  
para que lo sea me deis por vuestro  
amor un total despego de mí  
misma, y de todas las cosas que  
tan gran bien pueden impedirme.—  
Amén.



## LA GUIRNALDA

### Conclusión.

CÁNDIDA niña que estas reflexiones has leído! Creo que en tu corazón aún llevas la delicada flor de la inocencia, cuyo perfume es más grato á Dios que el aroma de la azucena y del nardo. Conserva puro ese corazón que Dios te dió para que le ames; adórnalo con las flores de las virtudes, y ofrécelo al Señor por medio de María, Madre de la pureza. Forma alguna vez, especialmente en Mayo, una guirnalda con las flores simbólicas de estas reflexiones; llévala ante el altar de la Virgen Purísima: ofrécele la guir-

y fácil si tú estuvieres para con  
ella en la misma disposición; pero  
si estuvieres impaciente, fastidiosa

MÉXICO.

IMP. DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS  
Calle de Moleros, antigua Plaza del Volador

1899

nalda, y el corazón lleno de amor y de los afectos que esta lectura te ha inspirado. Y cuando esta Madre que tanto te ama acepte, sonriendo de ternura, tu sencilla ofrenda, entonces ruega por este pobre sacerdote que escribió para tu bien este libro, y dile á María que me cubra con su manto, pues soy su hijo; que me salve entre las borrascas de la vida, y que abrevie el tiempo en que yo tenga la dicha de ir á posar mi labio en su sagrado pie.—Ama á Jesús, ama á María y ruega por todos, pues somos hermanos.

FIN

MADRID.—IMP. DE SAN FRANCISCO DE SALES  
Pasaje de la Alhambra, 1.

ella. vendrá...  
y fácil si tú estuvieres para con ella en la misma disposición; pero si estuvieres impaciente, fastidiosa

ÍNDICE

	Págs.
DEDICATORIA.....	5
PRÓLOGO-EXCUSA.....	7
ENERO.—Flor: <i>Pensamiento</i> .....	9
FEBRERO.—Flor: <i>Rosa entre espinas</i> ...	19
MARZO.—Flor: <i>Cactus rojo</i> .....	31
ABRIL.—Flor: <i>Sensitiva</i> .....	45
MAYO.—Flor: <i>Betulia morada</i> .....	53
JUNIO.—Flor: <i>Dalia amarilla</i> .....	67
JULIO.—Flor: <i>Rosa reina encendida</i> ...	81
AGOSTO.—Flor: <i>Asahar</i> .....	95
SEPTIEMBRE.—Flor: <i>Nardo</i> .....	107
OCTUBRE.—Flor: <i>Adelfa</i> .....	119
NOVIEMBRE.—Flor: <i>Violeta</i> .....	135
DICIEMBRE.—Flor: <i>No me olvides</i> .....	151
LA GUARNALDA.— <i>Conclusión</i> .....	165

MÉXICO.

IMP. DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS  
Calle de Meleros, antigua Plaza del Volador

1899



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ella en la misma  
si estuvieres impaciente, rastrosa

*Formada razón*

3

DESPUÉS  
DE LOS  
**EJERCICIOS**

CARTAS DE ELVIRA

ESCRITAS

**POR EL SR. LIC. D. IGNACIO VALDESPINO**

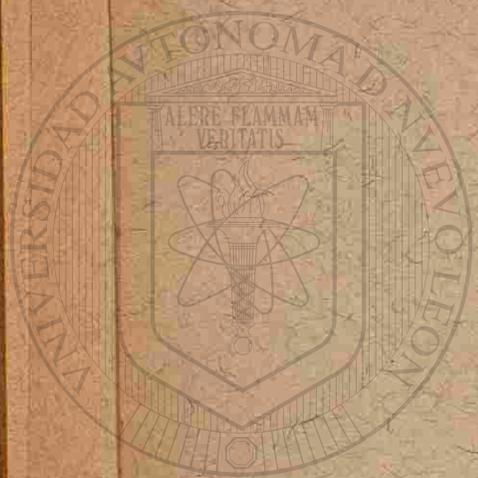
Canónigo de la Iglesia Catedral de Durango

Edición de "EL APOSTOLADO DE LA CRUZ."

MÉXICO.

IMP. DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS  
Calle de Meleros, antigua Plaza del Volador

1899



4

DESPUES DE LOS EJERCICIOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es en el orden espiritual, y por lo mismo puede compararse al preciado diamante, que en su incolora superficie deleita la vista con los más bellos colores; que en sus elementos componentes

DESPUÉS

DE LOS

# EJERCICIOS

CARTAS DE ELVIRA

ESCRITAS

POR EL SR. LIC. D. IGNACIO VALDESPINO

Canónigo de la Iglesia Catedral de Durango

Edición de "EL APOSTOLADO DE LA CRUZ."

MÉXICO.

IMP. DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS  
Calle de Meleros, antigua Plaza del Volador

1899

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Es en el orden espiritual, y por lo mismo puede compararse al preciado diamante, que en su incolora superficie deleita la vista con los más bellos colores; que en sus elementos componentes

por decir, privarse del inmenso beneficio de los Ejercicios Espirituales.

Unas veces la edad no es á propósito para actos que sólo deben reservar-



Por el solo hecho de haberse publicado estas cartas en "El Apostolado de la Cruz," disfrutan de la concesión hecha por el Ilmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo, Dr. D. Próspero M. Alarcón y Sánchez de la Barquera, de ochenta días de indulgencia por la lectura de cada una de ellas.

## PRÓLOGO

**T**IENE nuestra adorable Religión, entre sus muchas preciosidades, una joya cuyo valor nunca podremos apreciar debidamente; cuya belleza es superior á todo elogio, y cuyo mérito se encuentra muy alto sobre el nivel de nuestras humanas concepciones y de nuestros casi siempre viciados juicios.

Es en el orden espiritual, y por lo mismo puede compararse al preciado diamante, que en su incolora superficie deleita la vista con los más bellos colores; que en sus elementos componentes

encierra todas las leyes de la cristalización, y que en su reducido volumen contiene una verdadera fortuna, representada por un considerable caudal; pues sucede, en efecto, que un pequeño cristal de este carbón, que puede ocultarse entre los dedos de la mano, es susceptible de trasformarse, tan pronto como se quiera, en un grueso volumen de oro con el que se puede no sólo satisfacer las necesidades de la vida, sino aún halagar todo el refinamiento del lujo, trocando un miserable mendigo en un acaudalado capitalista.

Esta maravillosa trasformación la efectúan en el espíritu humano los admirables, sublimes y maravillosos Ejercicios de San Ignacio, á los que con toda propiedad se dan el nombre de Santos, pues son santos por su origen, santos por su fin, santos por su espíritu, santos por su organización, santos por sus efectos, santos, en fin, porque son la fuente de la santidad.

por decir, privarse del inmenso beneficio de los Ejercicios Espirituales.

Unas veces la edad no es á propósito para actos que sólo deben reservar-

Yace el desgraciado pecador en los abismos de la culpa, como el infeliz mendigo en los abismos de la miseria; pero si como este tiene la fortuna de hacerse dueño de un exquisito diamante, que lo haga rico sacándolo de la pobreza, aquel tiene la dicha de tomar los Ejercicios de San Ignacio, al instante se ve libre de la culpa y se convierte en un santo.

Que lo diga, si no, la experiencia de tantos siglos, año por año repetida multitud de veces, en toda la extensión del mundo católico!

Pero no sabemos por qué delirante fatalidad el espíritu humano con tanta facilidad se extravía hasta negar la evidencia, desfigurar los hechos, tergiversar las consecuencias, resistir á la verdad, é incurriendo en el error tan censurable como generalizado de hablar de lo que no se entiende, ha logrado, sirviéndose de las pasiones humanas, de los vicios del corazón y de la extravagancia.

cia del espíritu, poner un vidrio humeado delante de los ojos, para hacer suponer que el sol es negro y opaco.

Y esto no se hace solamente con el hombre, que con tanta generalidad vive en el abandono y que tan fácilmente se olvida de sí mismo: comprende en su error y en sus ataques á la mujer, que vive en la piedad, á quien es familiar la devoción, y que si muchas veces se extravía, casi nunca olvida sus deberes religiosos.

La mujer cristiana, la mujer piadosa, la mujer buena, que es la única á quien se puede hablar de asuntos de esta naturaleza, tiene inconscientemente adoptado un sistema de contemporización con sus costumbres, con sus comodidades, con su posición social, con sus preocupaciones, con su edad, con sus ideas de mundo y con su sensualismo; y aun en sus prácticas piadosas y en sus sentimientos cristianos, cree encontrar razones para eximirse, ó por me-

por decir, privarse del inmenso beneficio de los Ejercicios Espirituales.

Unas veces la edad no es á propósito para actos que sólo deben reservarse para la vejez.

Otras, la vida arreglada que se lleva hace innecesario un recurso extremo que debe reservarse para los pecadores obcecados; ya una prolongada clausura puede perjudicar una constitución delicada; ya un rigor excesivo no puede menos que afectar un temperamento nervioso; y al lado de todo esto, y tal vez encima, la consideración del efecto que hará entre las personas del círculo, es decir, del mundo, un acto que no forma parte de sus prácticas ni cuenta con sus simpatías, y que además *no es necesario para salvarse*.

Interminable haríamos esta exposición, que por su naturaleza tiene que ser corta, si reprodujéramos en ella todo lo que se ha dicho y se dice; todo lo que se ha pensado y se piensa en con-

mas necesaria la corrección por los defectos de que adolece: en la alta Sociedad, donde domina el espíritu del mundo.

Una de estas jóvenes tiene el capri-

tra de los Ejercicios Espirituales, á los que es verdad que *muchos* entran con desagrado, y de los que *ni uno solo* sale sin sentimiento. Bien sabe el demonio el bien que hacen á las almas, y el mal que, como consecuencia inmediata, á él le resulta; y por eso tiene sin cesar sobre las armas, para hacerles la guerra, á sus inseparables aliados el mundo y la carne.

A las preocupaciones que evitan á tantos cristianos la entrada á este Retiro tan dulce como santo, tan esencial como interesante, se agrega otro ataque mayor que sufre el alma, cuando sobreponiéndose á aquellas por motivos que sólo la gracia conoce, se encuentra en él, separada del mundo y entregada á sí misma: ataques rudos, rudísimos, que algunas veces, aunque pocas, han sido de funestos resultados, y que son los de la batalla que con todo encarnizamiento libra el demonio para retener la presa que se le escapa.

... preocupaciones, con su carne, con sus ideas de mundo y con su sensualismo; y aun en sus prácticas piadosas y en sus sentimientos cristianos, cree encontrar razones para eximirse, ó por me-

Desconcierto, sobresalto, fastidio, pereza, malestar, cansancio, hastío... arrepentimiento de haber entrado, resolución de salirse, ánimo de nunca volver á entrar... vergüenza de los rezos, de los cantos, de las prácticas de humildad y devoción... menosprecio, desdén y hasta desprecio por los trajes, por las personas, por los cuadros... Pero todo esto, que es mucho, y mucho más que no puede ni definirse ni apreciarse, es poco, muy poco, infinitamente poco en ese Retiro, donde está Dios y donde reside la gracia.

Todo esto envuelve el espíritu entre las densas nubes de la tempestad.

Pero todo esto se ve de tiempo en tiempo y por cortos instantes, como se ven los objetos en una noche tenebrosa á la luz rápida y fosforescente del relámpago: y todo esto se ve disipado poco á poco, hasta desaparecer completamente, como desaparecen las tinieblas de la noche al aparecer en el horizonte

mas necesaria la corrección por los defectos de que adolece: en la alta Sociedad, donde domina el espíritu del mundo.

Una de estas jóvenes tiene el capri-

y elevarse en el firmamento el astro rey que ocupa el foco común de las múltiples elipses que sirven de órbita á los grandiosos luminares que forman el sistema planetario.

Esto, y todo lo que viene después á el alma dichosa, á el alma privilegiada, á el alma que disfruta de tan extraordinario beneficio, está con toda naturalidad representado en las interesantes cartas con que estamos honrando nuestras columnas, que llevan por título: *Después de los Ejercicios*.

En ellas su autor, varón virtuoso, docto y caritativo; profundo conocedor del corazón humano; práctico en los senderos de la vida espiritual; celoso por el bien de las almas y diligente cultivador de la Viña del Padre de familias, sirviéndose de un ingenioso y natural artificio, presenta los Ejercicios Espirituales como el lapidario presenta el pulido diamante, separado del cascajo que en su yacimiento tiene ad-

... sus ideas de mundo y con su sensualismo; y aun en sus prácticas piadosas y en sus sentimientos cristianos, cree encontrar razones para eximirse, ó por me-

presivo como el himno de la gratitud, con que el ejercitante dice adiós á aquel recinto del que no quisiera salir.

*Después de los Ejercicios*, contienen en

herido y de las irregularidades que pueden desperfectarlo: deja ver sus bellezas reales; destruye sus desencantos aparentes; combate las objeciones que los atacan; disipa las preocupaciones que los desfiguran, haciendo caer de rodillas ante ellos al espíritu, que poco á poco se va trasformando y ennobleciendo, para tributarles el homenaje de su admiración, y de su gratitud, y de sus alabanzas.

Elige, en este artificio, dos jóvenes unidas por una amistad íntima y separadas por una larga distancia, la que no les deja otro medio de comunicación que el de la correspondencia epistolar.

Busca sus tipos en el centro en que con más facilidad puede encontrarlos, porque abundan, y en donde se hace más necesaria la corrección por los defectos de que adolece: en la alta Sociedad, donde domina el espíritu del mundo.

Una de estas jóvenes tiene el capri-

y elevarse en el firmamento el astro rey que ocupa el foco común de las múltiples elipses que sirven de órbita á los grandiosos luminares que forman el sis-

cho de entrar á Ejercicios, y tan pronto como entra, *conoce el error* en que ha incurrido al entrar, y se resuelve á salir. No lo hace inmediatamente, por un inconveniente material, por ser de noche; y obligada por la necesidad, aplaza para el día siguiente el llevar á cabo su resolución. El demonio y el mundo la atacan, la rodean, la cercan, la impresionan, y al fin, en apariencia, la vencen.

Caida ya bajo el poder de sus enemigos, ve una luz, escucha una armonía, experimenta un sentimiento: son las primeras manifestaciones de la gracia que la sostienen y que poco á poco se van adueñando de su espíritu, hasta triunfar de él de la manera más completa, más provechosa y más brillante.

Sale de sus Ejercicios y se apresura á comunicar sus impresiones á su amiga, de una manera tan ingenua, tan íntima, tan natural y tan expresiva, que en sus cartas, el lector siente con ella,

presivo como el himno de la gratitud, con que el ejercitante dice adiós á aquel recinto del que no quisiera salir.

*Después de los Ejercicios.* contienen en

piensa con ella, goza con ella, derrama lágrimas con ella.

¡Cuánta filosofía! ¡Cuánta doctrina!  
¡Cuánta experiencia! ¡Cuánta verdad!  
¡Cuánta unción hay en estas cartas!

¡Y con qué fuerza encadenan el estudio! ¡Con qué ternura conmueven el corazón! ¡Con qué lógica persuaden el entendimiento! ¡Con qué vigor vivifican el alma!

Grande, inmenso es el bien que están llamadas á hacer estas cartas, cuya lectura no puede menos que inspirar amor á los Ejercicios, haciendo brotar en el espíritu el deseo de tomarlos y encadenando la voluntad á este deseo.

Varias, aunque pocas, son las publicaciones que conocemos de esta naturaleza, y que bajo formas diferentes producen el mismo resultado.

*Lo que Dios hizo conmigo*, presenta, con la serenidad de la reflexión, los beneficios que Dios derrama sobre el ejercitante, que día por día los va contem-

y elevarse en el firmamento el astro rey que ocupa el foco común de las múltiples elipses que sirven de órbita á los grandiosos luminaires que forman el sis-

plando con más claridad y recibiendo con más gratitud.

*Impresiones de un Ejercitante*, no es un libro: es un recipiente en que se vacía un corazón que vive, que siente, que palpita, que se despedaza, que se derriete, que se funde al impulso de impresiones graves, fuertes, aterradoras, dulces, tiernas... todas las que son susceptibles de llenar, como en efecto llenan, el corazón del ejercitante, desde el instante feliz en que entra, hasta el doloroso en que sale de aquella santa Casa.

*Recuerdo de los Ejercicios de 1894*, es un desahogo del corazón, que por medio de los recursos de la memoria se recrea con la mística contemplación de todo lo que ha sentido, de todo lo que ha visto, de todo lo que ha oído, de todo lo que ha pensado.

*Salida de los Ejercicios*, es la explosión del sentimiento reprimido y del dolor sofocado, que se exhala en un grito fúnebre como el canto de la elegía, y ex-

presivo como el himno de la gratitud, con que el ejercitante dice adiós á aquel recinto del que no quisiera salir.

*Después de los Ejercicios*, contienen en la lectura ligera de una carta reflexiones tan profundas, verdades tan claras, sentimientos tan delicados, enseñanzas tan provechosas, como en las obras antes citadas, y que, como ellas, tienen que producir el mismo resultado.

Un defecto tenemos que señalarles, obrando con la imparcialidad que nos corresponde: que son muy cortas; pues son tan bellas, que sería de desear que el encanto que con su lectura producen se encerrase en varios gruesos volúmenes.

El autor de esta preciosa colección ha hecho un bien, por el que merece felicitarse; pues es un bien de los más grandes que pueden hacerse, en cuanto á que, dando á conocer los Ejercicios Espirituales, y haciendo palpables sus provechosos efectos, hará desaparecer

para el Retiro, me llamó la atención una casa que me era totalmente desconocida en su interior; pues sólo había ido á la Capilla del Sagrado Corazón, que la forma un salón de esta misma casa.

las preocupaciones que los rodean, combatiendo las objeciones que los atacan, ganando almas para la virtud y acumulando actos meritorios y dignos, para alcanzar el ideal del inspirado de la Cueva de Manresa, encaminándolo y dirigiéndolo todo á la mayor gloria de Dios.

do lo que ha pensado.

*Salida de los Ejercicios*, es la explosión del sentimiento reprimido y del dolor sofocado, que se exhala en un grito fúnebre como el canto de la elegía, y ex-



## I

Durango, Marzo de 1898.

Mi querida Julia:

**U**E prometí que te daría cuenta detallada de las impresiones que sintiera en los Ejercicios espirituales á los que, como sabes, entré casi con la convicción de que no podría soportar nueve días de encierro; y voy á cumplir mi promesa con una sinceridad tal, que te va á causar asombro. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que me encontré cautivada en lugar de fastidiada, inundada de gratisima felicidad, que no olvidaré nunca, en lugar de encontrarme un toriente de desaliento que pensé me iba á arrollar.

para el Retiro, me llamó la atención una casa que me era totalmente desconocida en su interior; pues sólo había ido á la Capilla del Sagrado Corazón, que la forma un salón de esta misma casa.

las preocupaciones que los rodean, combatiendo las objeciones que los atacan, ganando almas para la virtud y acumulando actos meritorios y dignos, para alcanzar el ideal del inspirado de la Cueva de Manresa, encaminándolo y dirigiéndolo todo á la mayor gloria de Dios.

do lo que ha pensado.

*Salida de los Ejercicios*, es la explosión del sentimiento reprimido y del dolor sofocado, que se exhala en un grito fúnebre como el canto de la elegía, y ex-



## I

Durango, Marzo de 1898.

Mi querida Julia:

**U**E prometí que te daría cuenta detallada de las impresiones que sintiera en los Ejercicios espirituales á los que, como sabes, entré casi con la convicción de que no podría soportar nueve días de encierro; y voy á cumplir mi promesa con una sinceridad tal, que te va á causar asombro. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que me encontré cautivada en lugar de fastidiada, inundada de gratisima felicidad, que no olvidaré nunca, en lugar de encontrarme un toriente de desaliento que pensé me iba á arrollar.

para el Retiro, me llamó la atención una casa que me era totalmente desconocida en su interior; pues sólo había ido á la Capilla del Sagrado Corazón, que la forma un salón de esta misma casa.

Casi puedo decir que entré por un capricho á los Ejercicios; pues como tú sabes, mis padres, prontos siempre á complacerme en lo que pide mi bienestar, no serían capaces nunca de forzar mi voluntad; y por consiguiente, si yo no he querido la invitación que hizo pública el señor Director de los Ejercicios, hubiera pasado hasta inadvertida en mi casa. Entré, pues . . . . ya sabes tú por qué entré; pero sí, no sabes ni te imaginas cómo salí.

¡Cuánto deseé que no te hubieras alejado de mí en estos días! Te quiero como á la mejor de mis amigas, y natural es el deseo en mí de que participes de mis dichas.

Podría concluir muy bien mi carta concretándome á decirte que me arrepiento de haber pensado con tanta ligereza en contra de este santo Retiro.

(Ya me parece que te veo reír, porque hoy llamo Retiro santo á lo que ayer creíamos tú y yo fastidio insoportable

do lo que ha pensado.

*Salida de los Ejercicios*, es la explosión del sentimiento reprimido y del dolor sofocado, que se exhala en un grito fúnebre como el canto de la elegía, y ex-

mos en torno del Padre Director cerca de la puerta principal de la Capilla. Se entonó un himno al Sagrado Corazón, que me pareció poco agradable y que

é inútil aglomeración de insustanciales rezos.)

Te decía antes que bien podría concretarme á asegurarte que los Ejercicios espirituales son algo así como flores del cielo, como brisas aromatizadas por los jardines de eterna primavera; que son música y cantos de querubes, y que, aunque tienen partes que estremecen, porque llevan el rugir de la mar agitada cuando amenaza la tempestad, sin embargo, se convierten muy pronto en puras fuentejillas que bañan á el alma y llenan el corazón de inefable ventura. Pero no quedo satisfecha si no te expreso, aunque sea con pálidos reflejos, mis sensaciones en cada uno de los días de los Ejercicios.

Cuando llegué al edificio que sirvió para el Retiro, me llamó la atención una casa que me era totalmente desconocida en su interior; pues sólo había ido á la Capilla del Sagrado Corazón, que la forma un salón de esta misma casa.

Casi puedo decir que entré por un capricho á los Ejercicios; pues como tú sabes, mis padres, prontos siempre á complacerme en lo que pide mi bien-

En los momentos en que penetré al espacioso zaguán, el Padre Director recibía á las ejercitantes y veía su reloj en el único aparato de petróleo que, con mucha dificultad, resistía al aire que sopla con gran fuerza en esa casa, debido tal vez á que la parte única concluida de ella, que mira hacia el Sur, recibe de lleno el viento dominante en esta ciudad. El Padre ni me vió ni me sintió, de lo que yo me alegré, pues apenas le había saludado alguna vez y.... no lo conocía. Subí al segundo piso y se presentó á mi vista el negro manto de la noche en una extensión considerable, sembrado de estrellas, que me hacían descubrir las cumbres de la Sierra Madre como anillo de hierro, y los focos eléctricos que me presentaban los árboles de las huertas como horripilantes fantasmas.

Sentí el corazón angustiado y que mi voluntad se inclinaba á salir de allí lo más pronto posible. . . . Quise gritar lla-

mos en torno del Padre Director cerca de la puerta principal de la Capilla. Se entonó un himno al Sagrado Corazón, que me pareció poco agradable y que

mando á las personas de mi familia que me acompañaron, para decirles: «Decididamente me arrepiento de haber venido aquí; me vuelvo.» Poco faltó para que yo hiciera tal locura; ¡gracias á Dios que no la hice! cuando sentí que alguien se acercaba á mí, á la vez que veía descender emocionadas á P. y L., que debes figurarte con qué sentimiento de dolor se desprendieron de mí, y luego oí una voz que con afabilidad me decía: «No tema vd. ni se entristezca creyéndose abandonada; esté vd. segura de que jamás habría gozado de la verdadera dicha si no hubiera resuelto-se á venir á esta casa. Esté vd. tranquila y sepa que estoy completamente á sus órdenes.» Era el Padre Director quien me hablaba; no recuerdo qué respuesta le dí, pero debe haber sido algo que expresara mi contrariedad.

Seguí clavada de codos sobre la baranda del estrecho corredor del segundo piso. Sumida en mi abatimiento,

Casi puedo decir que entré por un capricho á los Ejercicios; pues como tú sabes, mis padres, prontos siempre á complacerme en lo que pide mi bienes-

apenas me di cuenta de los criados que subían y bajaban y del incontable número de personas que llegaron á fastidiarme. Creí de fijo que allí no había más muchacha que yo, y me acusé de haber cometido la más grande de las barbaridades.

¿Qué iba á hacer yo allí? El Padre con quien me confieso ni me ordenaba ni me evitaba los Ejercicios: seguro que no los necesitaba. Además, no me olvidé que mamá decía que los Ejercicios son para las personas de vida escandalosa, públicos pecadores, y como correctivo para los que no tienen remedio humano. Ya verás, querida mía, que no me podía contar yo en el número de estas personas. Pero allí estaba, y por lo menos la noche me veía obligada á que darme allí.

Por fin sonaron las ocho, y en seguida un timbre (que después me había de parecer del cielo) me crispó los nervios. Más de sesenta personas nos agrupa-

mos en torno del Padre Director cerca de la puerta principal de la Capilla. Se entonó un himno al Sagrado Corazón, que me pareció poco agradable y que me dejó tan fría como antes.

Penetramos á la Capilla cantando casi todas las ejercitantes, personas totalmente desconocidas para mí, pues con los pálidos reflejos de dos luces de cera que ardían en el altar y la de aceite de la lámpara, que alumbraban algo, pude ver que no se encontraba allí ninguna persona que me fuera conocida; bien es que conozco á muy pocas aquí, dado el cortísimo tiempo que hace vivo en esta Metrópoli; pero sí descubrí caras de algunas muchachas, y este descubrimiento me sirvió para alentarme algo.

El Padre Director nos dirigió una piadosa excitativa, la que escuché más por curiosidad que con religiosa atención. Ya sabes cuánto me gusta leer y cuánto me satisface oír hablar; de manera que puedo decirte que fui atenta

porque ya es tarde y el correo se va. Te prometo seguir contándote mis impresiones de los Ejercicios.

Tu amiga

ELVIRA.

para escuchar. Nada de lo que dijo el Padre me pareció mal, y sí se me grabó este pensamiento que dominó en su discurso: « *La mujer, que hizo al hombre perder su ventura en el Paraíso ofreciéndole el fruto prohibido, tiene que esforzarse por conquistarle el bien perdido, por medio de la virtud: la mujer caída hizo caer al hombre; la mujer virtuosa que lo levanta.* » Su excitativa pudo sin duda mostrar un campo de variadas flores, un edén de delicias inefables á los corazones bien dispuestos; pero al mío, frío, indiferente y contrariado en aquel momento, si no lo enfrió más, sí te aseguro, querida mía, que ni tantito le alentó.

Después de este discurso dijo el Padre: « Se prepara el punto para la meditación. » Me acordé entonces de aquellas tardes de Otoño en que juntas tú y yo meditábamos las rimas de Becker, ó algo de las novelas que hoy me avergüenza recordar y que entonces me llenaban de entusiasmo, produciéndome

darme allí.

Por fin sonaron las ocho, y en seguida un timbre (que después me había de parecer del cielo) me crispó los nervios. Más de sesenta personas nos agrupa-

esa vaga melancolía en que aprisionan á el alma y que tanto daño me hizo.... ¡ Ah! amiga mía, ¡ cuánto tiempo precioso hemos perdido en tonterías peligrosísimas!

El Padre Director, como te decía, anunció la preparación del punto que debía meditarse, y yo me preparé á aburrirme más.

¡ Cuán necio es el orgullo del corazón humano, y cómo ciega á su dueño sin que éste lo comprenda! Los Ejercicios de San Ignacio dominan el orgullo y quitan la venda que impide ver verdades preciosísimas. Oí por primera vez en mi vida esta exclamación: « Señor, dame á conocer mi fin, » dicha con una entonación afectuosísima y con una ternura indefinible, que me hizo pasar en un instante de la simple curiosidad á la reflexión, no diré profunda, pero sí bastante para cambiar en algo mi modo de ser.

No es posible hacerte ver cómo salí

porque ya es tarde y el correo se va. Te prometo seguir contándote mis impresiones de los Ejercicios.

Tu amiga

ELVIRA.

de la Capilla después de leído el primer punto de meditación, porque no sé si al conmovirme por primera vez se produjo en mí el cimiento sólido sobre que descansó mi total cambio en los Ejercicios, ó tan sólo fué una pasajera reflexión; lo que sí sabré decirte es que me acosté rendida de cansancio y con el propósito firme de á otro día, después de Misa, dejar aquella vida, que ereí muy impropia para mi carácter y de ninguna utilidad, para mi edad y mi condición, pues que yo no pertenecía á las personas incorregibles de que hablaba mi madre.

A las cinco de la mañana el timbre y la voz de una señorita que repetía en cada aposento la jaculatoria que me llamó la atención en la noche, me despertaron, y hasta entonces me dí cuenta de que estaba fuera de mi casa. Los aposentos están seguidos unos de otros, y muy fácil me fué oír diez veces á la señorita que repetía la jaculatoria: «Señor, dame á conocer mi fin.»

darme allí.

Por fin sonaron las ocho, y en seguida un timbre (que después me había de parecer del cielo) me crispó los nervios. Más de sesenta personas nos agrupa-

tas,—*Si Tú me dejas,—Humildes quejas—  
A presentar.*» — No pude más; canté con todas:

Corazón santo,

La voz dulce y llena de sentimiento tierno, acompañada con el timbre que poco á poco me fué pareciendo sonoro, llegó por fin á conmovirme en medio de aquel misterioso silencio. . . .

Bajé las escaleras y ya me encontré al Padre Director rodeado, como en la noche, de todas las ejercitantes, en actitud de comenzar el himno.

Comenzó el canto, el mismo que poco ó nada agradable le había encontrado y que ningún sentimiento devoto había llevado á mi corazón. No sucedió así en este momento, sino todo lo contrario: aquel canto me pareció del cielo y embargó desde luego mi alma de una dulce emoción. . . .

.....  
No puedo continuar escribiéndote, porque ya es tarde y el correo se va. Te prometo seguir contándote mis impresiones de los Ejercicios.

Tu amiga

ELVIRA.

de la Capilla después de leído el primer punto de meditación, porque no sé si al conmovirme por primera vez se produjo en mí el cimiento sólido sobre que des-

tas,— *Si Tú me dejas,—Humildes quejas—  
A presentar.* » — No pude más; canté con todas:

Corazón santo,



## II

Durango, Marzo de 1898.

Mi querida Julia:

**A**DIVINO el efecto que te ha producido mi carta anterior, y estoy segura de que deseas pase pronto el tiempo que hemos de estar separadas para que de viva voz te cuente cuanto me ha ocurrido. Entretanto no resisto á la idea de escribirte, continuando la relación detallada que quiero hacerte de mi época de Ejercicios, para satisfacer los deseos de mi alma. Como estoy segura de no cansarte, porque debe interesarte mi narración, ni siquiera te pido anticipada disculpa por lo prolijo de mis cartas. ¡Ojalá que no fue-

de la Capilla después de leído el primer punto de meditación, porque no sé si al conmovirme por primera vez se produjo en mí el cimiento sólido sobre que des-

ra mi inteligencia tan escasa! pues si fuera tan privilegiada como necesitaría serlo para tocar con acierto este asunto, haría que lo que te escribo con la pluma fuera digno del pincel de un Miguel Angel, para trasladarlo á un excelente cuadro.

Sigo mi narración. Las primeras estrofas del himno al Sagrado Corazón de Jesús, si bien es cierto que me conmovieron, no fué tanto que me hicieran responder, cantando con el coro que formaban todas las ejercitantes. Sin embargo, á medida que íbamos avanzando hacia el altar principal de la capilla, me daban más deseos de cantar y también con todas las demás; pero ¿por qué no decirlo? había calificado yo tantas veces tan mal á los motetes en la iglesia, que me dominaba el amor propio y permanecía callada. Al arrodillarse el Padre Director, que cantaba las estrofas con dos de las ejercitantes, percibí ésta, que me estremeció: «*Vengo á tus plan-*

tas,—*Si Tú me dejas,—Humildes quejas—  
A presentar.*» — No pude más; canté con todas:

Corazón santo,  
Tú reinarás,  
Tú nuestro encanto  
Siempre serás.

Me sentí mejor dispuesta; fijé mis ojos en la bella imagen del Sagrado Corazón de Jesús, y me pareció que su dulce mirada penetraba hasta el fondo de mi alma.... Quise llorar, pero me contuve: la lucha con mi amor propio aún no había terminado....

El Padre Director rezó la Letanía de los Santos. Muchas veces había rezado yo con mi madre y mis hermanas la misma Letanía; pero seguro que lo había hecho sólo automáticamente. En esta vez me pareció toda nueva, toda solemne, y el *ruega por nosotros, el libranos, Señor, el te rogamos, óyenos, el óyenos, Señor*, los respondía yo con un afecto y una atención tal, que me hacían desconocerme.

impropio para asistir al santo Sacrificio, que me he acostumbrado á oír los domingos á las ocho en Catedral, y uno que otro día entre semana, á las nueve, allí mismo. Pero para asistir á este di-

; Ah! querida Julia, qué distinto es rezar con el corazón, á pronunciar palabras maquinalmente con la boca.

Terminada la Letanía volvió á ser leído el mismo punto de meditación que había preparado mi ánimo en la noche. No quiero ser cansada en minuciosos detalles, aunque quisiera decirte, sin perder un ápice, cómo se fué abriendo mi corazón á la divina gracia.

Cada vez iba siendo más viva la impresión que sentía con la palabra divina que por primera vez caía en mi corazón como lluvia del cielo. Me acordé, al ponerme de rodillas para meditar, de estos preciosos conceptos que una vez leí no recuerdo dónde:

«La palabra humana, á menudo vacía, no expresa más que una verdad trivial, imperfecta, que la ignorancia estrecha, que el error algunas veces desfigura y que la pasión exagera. Raras veces se anima con el fuego del espíritu: de aquí su impotencia y su debilidad.

que me dominaba el amor propio y permanecía callada. Al arrodillarse el Padre Director, que cantaba las estrofas con dos de las ejercitantes, percibí ésta, que me estremeció: «Vengo á tus plan-

La poca vida que ella contiene se agota pronto, como el pensamiento anhelante y la virtud tímida en que ella se inspira. Las más llenas, las más vibrantes no franquean los límites de un pueblo ó de un siglo; más allá mueren, semejantes á esos granos delicados que no germinan sino en algunos surcos.

«La palabra divina encarna el pensamiento y la virtud de Dios. Ella es espíritu y vida; ella tiene el origen supremo, el relieve y el brillo, la fuerza y la oportunidad; ella corta y hiere como la espada; ella tiene la punta y el doble filo; ella centellea la inspiración de la plenitud de Dios vivo, y trae con ella á Dios vivo» .....

«Señor, dame á conocer mi fin....»  
Esta exclamación, salida de lo más profundo de mi alma, balbutieron mis labios cuando pasó en mi mente el recuerdo de los conceptos antes citados.

Cuando me arrodillé, la capilla casi

impropio para asistir al santo Sacrificio, que me he acostumbrado á oír los domingos á las ocho en Catedral, y uno que otro día entre semana, á las nueve, allí mismo. Pero para asistir á este di-

permanecía oscura, y sin embargo, había luz en mis ojos, luz purísima que brotaba de mi alma. La palabra divina me había herido; pero sin causarme dolor, sino un sentimiento indefinible, que me hacía vivir en otra vida muy distinta de la que hasta entonces me había divertido; de esta efímera vida mundanal, donde no puede estar el fin último del alma inmortal....

¡Medité? Yo no sabré decirte qué me pasó. El Padre Director, después de media hora, dió las gracias al Señor en nombre de todas, por el tiempo que nos había concedido para meditar, y pidió perdón por las faltas cometidas ante la presencia de Dios. Ya la luz del nuevo día penetraba por las celosías de las ventanas de la capilla. Pensé en mi pueblo, en mis padres, en ti y en todos los que estaban lejos de mí, y lancé un suspiro.

Ciertamente me sentía cambiada, pero no rendida todavía. Joven aún, me

que me dominaba el amor propio y permanecía callada. Al arrodillarse el Padre Director, que cantaba las estrofas con dos de las ejercitantes, percibí ésta, que me estremeció: «*Vengo á tus plan-*

¡Recuerdas qué mal me ha probado siempre estar de rodillas? Pues admírate: ese día, si no termina la Misa, no me acordaré de que había permanecido...

dije, no es tiempo de que yo me doblegue ante estos pensamientos, que acabarán por hacerme insociable. Para ejecutar las obras de piedad que debo practicar como cristiana, pondré atención, y con esto me será suficiente para considerar que todas mis obras se han de dirigir á buscar mi único fin, que es Dios.

Con estos y otros argumentos me persuadí de que mi permanencia allí era inútil y que debía salir; pero instintivamente mis ojos se encontraban con los de la adorable imagen de Jesús, y su mirada volvía á dominar los impulsos de mi voluble pensamiento.

A las seis y media de la mañana debía comenzar la Misa; la señorita campanerá la anunció con el timbre. Entonces me miré y me encontré con traje impropio para asistir al santo Sacrificio, que me he acostumbrado á oír los domingos á las ocho en Catedral, y uno que otro día entre semana, á las nueve, allí mismo. Pero para asistir á este di-

permanecía oscura, y sin embargo, había luz en mis ojos, luz purísima que brotaba de mi alma. La palabra divina me había herido; pero sin causarme do-

vino acto he pasado una hora en el tocador, no sin consultar un día antes al periódico de modas, para imponerme bien del traje de iglesia de última moda en Europa. De manera que al verme con una sencilla bata, un chal de invierno, y casi á medio peinar, me parecía que iba á cometer una falta muy grave contra las reglas de urbanidad.

Me consolé, sin embargo, cuando ví que cuatro ó cinco señoritas de muy simpática figura y de muy agradable presencia, estaban cerca de mí vestidas con más sencillez que yo.

Para que tuviera lugar la Misa, el sacristán abrió dos de las ventanas por donde penetrara más luz al presbiterio, quedando siempre velado todo lo exterior por cristales opacos.

Empezó la Misa y yo me preparé á oirla con una preparación extraordinaria en mí. Te confieso que por primera vez me llamaron la atención las vestiduras sagradas del Sacerdote que, como

¡Recuerdas qué mal me ha probado siempre estar de rodillas? Pues admírate: ese día, si no termina la Misa, no me doy cuenta de que había permanecido

recordarás bien, aprendimos su significado en el colegio, pero, dígolo por mí, maquinalmente, como mucho de lo que aprenden los muchachos.

El silencio, el recogimiento, la tibia luz y la misma solemnidad del augusto acto que tan de cerca contemplaba, cautivaron mis potencias y sentidos, y poco á poco todo mi ser fué perteneciendo á tan hermosa obra del Altísimo.... ¡Por primera vez en mi vida oía una Misa como debe oirse....!

No te admire que te diga que esta Misa es la primera que con toda atención oigo en mi vida; pues seguro que me recordarás la Misa que oimos juntas tú y yo el día de nuestra primera Comunión. Ciertamente, fué grandioso, conmovedor, y revestido de una solemnidad tal, que no es fácil olvidar ese acto; pero estábamos muy niñas y no pudo entonces obrar la reflexión como hoy ha obrado en mí.

Abrí mi devocionario para seguir en

permanecía oscura, y sin embargo, había luz en mis ojos, luz purísima que brotaba de mi alma. La palabra divina me había herido; pero sin causarme do-

todo al Sacerdote celebrante; pero si bien es cierto que pocas veces he leído en mi libro de iglesia con esmerada atención, en esta Misa casi me estorbaba. Mi corazón, herido por la palabra divina, no buscaba más que la satisfacción de sus deseos propios, que no podía manifestar con palabras ajenas, por más bellas que fueran. Mi pensamiento dominante era pedirle á Dios que me concediera conocer mi fin; y vagando mi imaginación en un edén de dulcísima esperanza, de cuando en cuando, entre suspiros entrecortados, balbutía la jaculatoria cada vez con más ardor. Cuando el ayudante agitó la campanilla anunciando el *Sanctus*, me estremecí, pues sin perder de vista al Sacerdote que rezaba la santa Misa, yo me había transportado lejos, muy lejos de este valle de miserias....

En la consagración y en la elevación me sentí tan feliz, que en vano me esforzaría por expresarte mi dicha....

¿Recuerdas qué mal me ha probado siempre estar de rodillas? Pues admírate: ese día, si no termina la Misa, no me doy cuenta de que había permanecido hincada como una hora.

Con esto vas á creer, querida mía, que yo estoy convertida en una Teresa de Jesús. Nada de eso: salimos de la capilla, y en el refectorio, á la hora del desayuno, mi idea de salir de allí fué aún más vehemente, y sólo esperaba que nos levantáramos de la mesa para decir al Director: «Me voy, señor, esto no es para mí.»

Salí del refectorio, me encontré al Padre Director, quien comprendiendo que yo deseaba hablarle, me dijo: «Si vd. necesita algo, señorita, diga vd.; ¿pasó vd. bien la noche?» Respondí algo; pero no me atreví á manifestarle mi resolución.

Después del desayuno seguía una media hora de descanso, que cada quien nos dispusimos á pasarla como mejor

me cautivaron desde el momento en que le ví adorar al Augusto Sacramento del Altar con una devoción edificante. Tan apreciable Sacerdote iba á hablarnos, y todo su continente revelaba

nos convino. El sol estaba dando de lleno en la parte del edificio que ve al Oriente; yo sentía un poco el frío y me quedé recargada de codos sobre la misma baranda que me había servido de apoyo la noche anterior, recibiendo los tibios rayos del sol que empezaban á bañar la parte Sur del edificio.

La bóveda azul del firmamento; la cadena de montañas también azules; los árboles que empezaban á cubrirse de hojas; el clarín que en esos momentos sonaba en los cuarteles, y las campanas que llamaban á la Misa á los fieles; las aves que pasaban surcando el espacio, los ejercitantes que subían y bajaban, ó se paseaban por los corredores, me producían un efecto raro y como que me aprisionaban en aquella misteriosa casa. Si en aquellos momentos alguien me hubiera preguntado por mis gratas emociones anteriores, me hubiera sucedido lo que al Apóstol Pedro: hubiera negado.

do lejos, muy lejos de este valle de miserias....

En la consagración y en la elevación me sentí tan feliz, que en vano me esforzaría por expresarte mi dicha....

El gran Apóstol, que se calentaba como yo, había presenciado la transfiguración del Señor en el Tabor, había sido testigo de sus milagros y había blandido la espada para defenderlo de sus enemigos, y, sin embargo, la pregunta de una mujer cualquiera lo hizo titubear y negó al Divino Maestro.... Yo hubiera negado como él; pero como él sentí el llamamiento nuevo de la divina gracia, no ya por el gallo que cantara dos veces, sino mediante el sonoro timbre que llamó de nuevo á la distribución siguiente.

Obedecí como una chiquilla y penetré entre las primeras ejercitantes al templo; y después de tomar agua bendita, diciendo: «Señor, dame á conocer mi fin,» me dirigí á mi asiento, que no cambié durante todo el tiempo de los Ejercicios.

Recé la Visita al Santísimo y la primera parte del Rosario, con devoción, y oí la lectura espiritual, que mucho me agradó, también devotamente.

me cautivaron desde el momento en que le ví adorar al Augusto Sacramento del Altar con una devoción edificante. Tan apreciable Sacerdote iba á hablarnos, y todo su continente revelaba

El segundo punto de meditación fué anunciado y mi atención creció. Puedo asegurarte que las reflexiones que trae en este segundo punto el libro de oro de los Ejercicios de San Ignacio, llevaron á mi corazón un verdadero tesoro de aplicaciones y pensamientos bellos. Temó profanar esos sagrados momentos si intento describirlos.

Salí de la capilla resuelta á pasar el día allí, pues el asunto me interesaba, y un día de Retiro me podría servir de mucho.

La resistencia que opone la soberbia al espíritu del bien, es poderosísima; y si no sobreabundara la gracia donde abunda el delito, como me han dicho que dijo no recuerdo qué santo, no habría almas puras en el mundo en quienes se recreara Dios.

La soberbia me inclinaba á convenirme de que aquellas horas de reflexión me eran más que suficientes para mi edad y modo de ser religioso y social.

do lejos, muy lejos de este valle de miserias....

En la consagración y en la elevación me sentí tan feliz, que en vano me esforzaría por expresarte mi dicha....

---

 III

De diez á once tuvimos descanso, y para ver qué seguía á las once, me dirigí al directorio, que estaba grabado en la puerta principal de entrada á la capilla, y leí: «De once á doce Plática doctrinal, lección historial y examen particular.»

Este anuncio me hizo entrar en curiosidad y esperé las once casi con inquietud.

A las once en punto todas las ejercitantes nos encontrábamos en nuestros respectivos asientos dentro de la capilla, cuando penetró por en medio de nosotras, hasta llegar al presbiterio, un venerable Sacerdote, mucho más conocido para mí que el Padre Director. Su despejada frente, su mirada tranquila y dulce, su rostro afable y halagüeño, me cautivaron desde el momento en que le ví adorar al Augusto Sacramento del Altar con una devoción edificante. Tan apreciable Sacerdote iba á hablarnos, y todo su continente revelaba

El segundo punto de meditación fué anunciado y mi atención creció. Puedo asegurarte que las reflexiones que trae en este segundo punto el libro de

su profunda humildad. Me dispuse á oírle con la mayor atención.

«No iba á predicarnos, dijo, sino sólo á cumplir con un encargo que le había hecho su compañero el Director de aquel Retiro, que consistía en dirigirnos una serie de Pláticas doctrinales, siendo la primera aquella.» La entonación de su voz era la suficiente para ser oído en toda la capilla. Es de fácil palabra y pudo ser entendido en todo su discurso. Nos habló familiarmente de la necesidad que teníamos de no resistir al llamamiento divino y de cómo nos debíamos disponer para que la palabra divina produjera sus efectos en nuestros corazones durante aquel Retiro.

No es posible, querida mía, trasladar á una simple carta todo el conjunto de bellos y tiernos sentimientos de cada una de las Pláticas que, durante ocho días, oí á este virtuoso Sacerdote. Me concreto sólo á decirte que me edificó con su palabra y con su ejemplo. Lle-

va pintada en su agradable semblante la paz de que goza su alma, y la pureza de sus costumbres. ¡Cuánto le he agradecido y le agradezco el bien que me hizo!

Un poco antes de las once y media terminó su Plática, dando así tiempo á que el Padre Director continuara la distribución de aquella hora. Seguía la lección historial.

El Padre Director, después de persignarse, comenzó á leer una historia que enarraba una vida, una vida que presentaba á una Santa, á una Santa que me tiene enamorada, que me cautivó por completo y á quien me encomendaré mientras Dios me dé vida.

¿Has oído hablar de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal? Seguro que no; y si oíste sería como yo había oído, allá cuando mi tía M., á fuerza de regaños, nos hacía leer uno que otro domingo las vidas de los Santos. ¿Recuerdas? ¡Qué tontas hemos sido,

El segundo punto de meditación fué anunciado y mi atención creció. Puedo asegurarte que las reflexiones que

querida mía! De cuántos medios nos valíamos para evitarnos las lecturas piadosas. En cambio, de cuántos ardides usamos para leer ese montón de novelas nauseabundas que hoy detesto y quiero y pido á Dios que detestes tú también.

No intento contarte en mis cartas la vida de esta insigne Santa; pero sí te recomiendo que te hagas de ella y la leas, pues encierra enseñanzas para toda clase de mujeres, así jóvenes como ancianas, casadas y viudas.

En mi carta siguiente te diré algo más de lo que gocé con esta lectura hermosísima.

Siento concluir aquí mi segunda carta, pero este correo no sabe esperar y tú sí esperarás con paciencia mis siguientes cartas.

Tu amiga

ELVIRA.

### III

Durango, Marzo de 1898.

Mi querida Julia:

TE he prometido ocuparme un poco más de la admirable Juana Francisca Fremiot de Chantal; y como en el curso de mi narración me tengo que encontrar con su recuerdo á cada paso, voy á hacer por condensar (permítaseme la frase) mis recuerdos é impresiones durante los días de Retiro, relativos á las dulces horas que gocé oyendo leer tan interesante como hermosa vida, y emplearé en esta mi carta todas mis fuerzas para hacer apreciaciones y comentarios, seguro que muy pálidos, pero sí bien intenciona-

do, ante los sectarios impíos y blasfemos, la Religión y la Iglesia verdadera. Con cuánto valor, con qué admirable energía supo responder á la canalla descreída que no sabe respetar el sentimien-

El segundo punto de meditación fué anunciado y mi atención creció. Puedo asegurarte que las reflexiones que

querida mía! De cuántos medios nos valíamos para evitarnos las lecturas piadosas. En cambio, de cuántos ardides usamos para leer ese montón de novelas nauseabundas que hoy detesto y quiero y pido á Dios que detestes tú también.

No intento contarte en mis cartas la vida de esta insigne Santa; pero sí te recomiendo que te hagas de ella y la leas, pues encierra enseñanzas para toda clase de mujeres, así jóvenes como ancianas, casadas y viudas.

En mi carta siguiente te diré algo más de lo que gocé con esta lectura hermosísima.

Siento concluir aquí mi segunda carta, pero este correo no sabe esperar y tú sí esperarás con paciencia mis siguientes cartas.

Tu amiga

ELVIRA.

### III

Durango, Marzo de 1898.

Mi querida Julia:

TE he prometido ocuparme un poco más de la admirable Juana Francisca Fremiot de Chantal; y como en el curso de mi narración me tengo que encontrar con su recuerdo á cada paso, voy á hacer por condensar (permítaseme la frase) mis recuerdos é impresiones durante los días de Retiro, relativos á las dulces horas que gocé oyendo leer tan interesante como hermosa vida, y emplearé en esta mi carta todas mis fuerzas para hacer apreciaciones y comentarios, seguro que muy pálidos, pero sí bien intenciona-

do, ante los sectarios impíos y blasfemos, la Religión y la Iglesia verdadera. Con cuánto valor, con qué admirable energía supo responder á la canalla descreída que no sabe respetar el sentimien-

dos, para que me ayudes á bendecir la memoria de la ilustre Baronesa de Chantal.

Y ya que digo Baronesa, voy á hacer-te una confesión. ¿Recuerdas cuando de Europa me escribías durante tu último viaje? No olvidarás, sin duda, que en una de tus cartas me decías cuánto te había llamado la atención un hermoso cuadro, famosa obra de un renombrado pintor, que te encontraste en un museo de pinturas, me parece que en el del Prado, de Madrid. El cuadro representaba al gran Duque de Gandía ante el cadáver de la Emperatriz Doña Blanca, su favorecedora y excelente amiga. Te dió curiosidad de saber su significado, y leiste en la historia que aquel gran Duque era nada menos que un santo, San Francisco de Borja. Mucho te impresionó, y hasta me decías que te había causado asombro la biografía de este grande hombre. Casi recuerdo tu carta como si la estuviera leyendo. Tú, edu-

güentes cartas.

Tu amiga

ELVIRA.

cada en la misma escuela que yo, no podías saber de Historia sagrada y de Historia eclesiástica más que lo muy preciso para no figurar entre las personas sin religión, que tanto chocan, ó entre las sectarias, que no se entienden. Por esto te llamó la atención que pudiera ser santo un hombre del gran mundo, como á mí ahora me admira contemplar santa á una mujer llena de blasones, de honores y de riquezas.

A ti te sorprendió la humildad y desinterés del fastuoso joven, instruido, de gallarda figura y noble continente, esposo de Doña Leonor de Castro, la mujer más hermosa y de más hechizos en tiempo de Carlos V. A mí me ha arrobado la virtud, la caridad, la abnegación y la pureza del alma de la ilustre hija del Presidente Fremiot, uno de los más distinguidos caballeros en tiempo de Enrique IV, Rey de Francia. ¿Por qué nos han causado tal sorpresa estas distinguidas almas? Tú me lo insinua-

do, ante los sectarios impíos y blasfemos, la Religión y la Iglesia verdadera. Con cuánto valor, con qué admirable energía supo responder á la canalla descreída que no sabe respetar el sentimien-

bas en tu carta y yo te lo confieso ingenuamente ahora: creíamos, querida amiga, erróneamente, que la santidad y la sociedad eran enemigas; que no podía haber santos más que en el yermo, entre los cartujos ó en los claustros; y esto, amiga mía, porque el ambiente que respiramos en la sociedad actual no es puro, sino que lleva consigo una aglomeración de microbios, que se infiltran en los corazones con una facilidad que aterra, produciendo la enfermedad del indiferentismo religioso, de la impiedad y del error.

Por esto es que nuestras convicciones nos conducían á creer imposible que una alma pura, que un santo pudiera vivir en medio del mundo, y de aquí nuestro asombro y el motivo de que nos causara novedad lo que hoy debe edificarnos y comunicarnos fuerzas para hacer lo que otros, con los mismos medios de que disponemos, han hecho para salvar sus almas y purificar, con su vida y ejem-

plares cartas.

Tu amiga

ELVIRA.

tal examen, y por lo mismo, temí que me fuera difícil hacerlo. Mas la gracia divina, que me inundaba de continuo,

plo, la atmósfera viciada en que han vivido.

La Baronesa de Chantal fué joven santa, en medio de la aristocracia de su tiempo; fué santa esposa, complaciendo á su marido y cumpliendo con sus deberes sociales; fué madre santa, consagrando sus cuidados á sus hijos, no sólo en lo que mira al orden puramente espiritual, sino que, viuda santa, administró su hacienda con pericia admirable para aumentar la herencia de sus hijos.

Me parece que voy dejando correr la pluma junto con mi entusiasmo por esta Santa, y me haría interminable si no pusiera freno á mi imaginación. Pero no es posible dejar de contarte cuánto admiré á la santa de Chantal, defendiendo, ante los sectarios impíos y blasfemos, la Religión y la Iglesia verdadera. Con cuánto valor, con qué admirable energía supo responder á la canalla descreída que no sabe respetar el sentimien-

bas en tu carta y yo te lo confieso ingenuamente ahora: creíamos, querida amiga, erróneamente, que la santidad y la sociedad eran enemigas: que no po-

to religioso y que, abusando de la posición y de las circunstancias, se desata en denuestos ó en chistes picantes contra las prácticas piadosas.

Lee, querida amiga, lee esta interesantísima vida, y tomarás valor para repudiar con energía á esa clase de *caballeritos* que blasonan de impíos y que, como el Doctorcito aquel que nos encontramos en el pueblo X, tienen hambre devoradora de Frailes y de Curas, y hacen fastidiosas las reuniones á fuerza de querer demostrar su ilustración con chistes de mal género, contra la Iglesia y sus Ministros. ¡Ojalá que tomáramos ejemplo de la Baronesa de Chantal, para despachar muy lejos á estos importunos enemigos de lo único que ennoblece el corazón, de lo único que engendra y cultiva los bellos y levantados sentimientos: la Religión verdadera, bien comprendida y bien practicada.

Te admira en cada una de mis cartas mi actual modo de pensar y mis propó-

tal examen, y por lo mismo, temí que me fuera difícil hacerlo. Mas la gracia divina, que me inundaba de continuo,

sitos para proceder. Estoy segura que me preguntas qué haría si en las reuniones que tenemos de cuando en cuando en casa, se me presentara, como de costumbre, W., que tanta sal tiene, que posee tan buen talento y que es capaz de divertir al mundo entero con sus gracias; que recita con una entonación tan bella las composiciones de Espronceda, de Zorrilla, de Plaza y de Campoamor; pero que en todo revuelve la murmuración contra la Iglesia y que siempre lleva consigo periódicos impíos y de caricaturas y estampas pornográficas; ¡qué haría, me preguntarás, ahora que deseo imitar siquiera una de las virtudes de la Baronesa de Chantal? Ninguna otra cosa más, querida Julia, que no hacerme cómplice de esas burlas impías: no manifestándome complaciente, y demostrando sin consideraciones, pero con entera franqueza, cuán cobarde es el hombre que insulta el sentimiento religioso, sin calcular que este sentimiento es el

bas en tu carta y yo te lo confieso ingenuamente ahora: creíamos, querida amiga, erróneamente, que la santidad y

único que puede garantizar la pureza del corazón de la mujer.

Santa Juana Francisca, librándose de estos ultrajes, se preparó para libertarse de otros que llevaban el sello del más degradante de los crímenes. Cuando señorita, rechazó á los herejes hipócritas; cuando esposa, con admirable valor y sin alarde, guardó inviolable el honor á su esposo, á quien cautivó con sus virtudes y de quien se constituyó el ángel tutelar, amándole sólo á él y desvelándose por complacerlo y cuidarlo.

Por supuesto que el primer día de Ejercicios apareció ante mis ojos Santa Juana como la luz del crepúsculo matutino, precursora de la luz meridiana. Apenas me iba interesando la narración, cuando el Padre Director suspendió la lectura para que siguiera el examen particular.

Como debes suponerte, esto de examen particular me cayó enteramente de nuevo: jamás me había ocupado yo de

tal examen, y por lo mismo, temí que me fuera difícil hacerlo. Mas la gracia divina, que me inundaba de continuo, me tenía tan dócil como una cera. Quise hacer el examen particular; pero mi pensamiento me llevó al general de todas mis obras, y me bastaron cinco minutos para recorrer mis acciones desde el momento en que entré á aquella casa, hasta aquel en que me encontraba. Levanté los ojos y me sentí conmovida una vez más por la mirada dulce del buen Jesús. ¡Cuánto tuve que reprocharme ante esa dulce mirada! ¡Por qué resistía yo tanto á sus encantos? Una Magdalena, mil veces más lejos que yo de Jesús, se hubo rendido á sus atractivos en un instante, y yo, privilegiada, distinguida allí con sus llamamientos, no había podido resolverme á permanecer cerca de su Majestad divina en aquel aménísimo Retiro!...

Aquí iba de mis reflexiones, resultado de mi examen, cuando la campana

so, querida mía, que empecé á comprender que los nueve días de Retiro me servirían mucho para el porvenir. Me prometí rechazar las tentaciones que me asaltarán incitándome á salir de allí.

de la capilla anunció las doce del día. El Padre Director rezó el *Angelus*, terminado el cual, nos preparamos para ir en procesión al refectorio.

Un par de señoritas entonaron la popular canción á la Santísima Virgen: «*Con dulces acentos*, etc.» Con paso lento y formadas de dos en dos, salimos cantando de la Capilla y atravesamos el corredor hasta llegar al salón destinado al refectorio, en donde ya servidos los platillos y bendecidos por el Padre Director, esperaban á sus respectivas dueñas.

Tomamos los mismos asientos que á la hora del desayuno, sentándose en el lugar de honor la señora Presidenta, quien de paso te diré que mucho me simpatizó, y aplaudo al Padre Director por el tino que tuvo en elegir tan caracterizada como hábil superiora de aquella comunidad.

Durante la comida, en la que, no obstante el religioso silencio que se guardaba, era inevitable el ruido de los trin-

lectura para que siguiera el examen particular.

Como debes suponerte, esto de examen particular me cayó enteramente de nuevo: jamás me había ocupado yo de

ches y el ir y venir de las sirvientas, y por lo mismo no era fácil oír bien lo que se leía, yo dediqué mi atención á hacer gratos recuerdos de mi niñez. El himno que acabábamos de cantar me había traído á la memoria una temporada, relativamente larga, que tuve que vivir en Durango contando apenas nueve años. En tal época vino aquí un Padre inglés que adquirió fama, como los más de los Sacerdotes forasteros que pisan este hermoso suelo, y tal Sacerdote dió una tanda de Ejercicios públicos en el Templo de San Francisco, dedicando una hora á la instrucción religiosa de los niños. Entonces aprendí á cantar «*Con dulces acentos*,» y apenas recuerdo que conocí de joven eclesiástico catequista, al Sacerdote que he visto hoy, ya Canónigo, dirigiendo los Ejercicios espirituales.

En estos recuerdos y otros de la misma época me pasé la hora de la comida, la que me pareció bastante buena

so, querida mía, que empecé á comprender que los nueve días de Retiro me servirían mucho para el porvenir. Me prometí rechazar las tentaciones que me asaltaran incitándome á salir de allí.

y la suficiente para alimentar el cuerpo, algo fatigado por las fuertes conmociones del espíritu.

Del refectorio nos levantamos cantando el *Miserere*, y llegamos á la Capilla á rezar una Estación al Divinísimo. Después teníamos tiempo libre hasta las dos y media de la tarde, tiempo que, durante la temporada de Ejercicios, procuré estar enteramente sola en mi aposento, lo que conseguía providencialmente, porque mis compañeras de aposento pasaban esa hora en la azotehuela ó en el corredor, leyendo ó entregadas á sus meditaciones.

La tentación de salirme del Retiro había calmado un poco; pero me volvió á asaltar con fuerza en esta hora de descanso. Creí que aquella vida me iba á hacer mal y que iba á perder mi estómago; esto en cuanto al cuerpo, y en cuanto al alma, me supuse que iba á salir de allí fanática, impertinente, escrupulosa; en una palabra, insoportable.

lectura para que siguiera el examen particular.

Como debes suponerte, esto de examen particular me cayó enteramente de nuevo: jamás me había ocupado yo de

A las dos y media volvimos á la Capilla, rezamos la visita al Santísimo el, Via-Crucis, y nos leyó un joven eclesiástico en un librito titulado «La Esperanza Cristiana,» que por cierto corresponde á su hermoso título, y mucho ayudó á mi vacilante voluntad para que se resolviera de un todo á ponerse en manos de Dios.

A las tres y media salimos á descansar media hora, la que me pasé en la amplia azotehuela que es el techo del salón que servía de refectorio. Mi vista se extendió por el Norte, por el Sur y por el Oriente, en un horizonte despejado, y mi pensamiento vagó por el azul del firmamento....

Al papel no se le pueden confiar todos los pensamientos; pero sí te confieso, querida mía, que empecé á comprender que los nueve días de Retiro me servirían mucho para el porvenir. Me prometí rechazar las tentaciones que me asaltarán incitándome á salir de allí.

y la suficiente para alimentar el cuerpo, algo fatigado por las fuertes conmociones del espíritu.

Del refectorio nos levantamos can-

A las cuatro estuvimos con toda exactitud dentro de la Capilla, en nuestros respectivos lugares. Rezamos la segunda parte del Rosario y dedicamos media hora al delicioso punto tercero de la meditación.

No creas, querida Julia, que en las meditaciones me faltaran las distracciones y contrariedades; pero fijaba mi pensamiento en alguna de las sentencias leídas en el punto que se meditaba y procuraba hacerme aplicaciones, resultándome de esto provechosos pensamientos, que no olvidaré nunca, y gozándose mi espíritu en la inefable dicha de encontrar mi último fin allí en aquella encantadora Capilla, donde se hacía sentir el espíritu de Dios.

Creeme, querida amiga, no hay delicia comparable á lo que siente el alma cuando, apartada de todos los encantos pintados de este mundo, descansa en Dios. Entonces no se mide el tiempo, y bien se comprende por qué Santa Te-

resa de Jesús exclamaba en uno de estos arrebatos sublimes:

Y tan alta vida espero  
Que muero porque no muero.

Te aseguro que vivamente deseo acabar de expresarte mis satisfacciones y mis penas en los Ejercicios, pero no puedo. Dime si ya te fastidia mi narración, para suspenderla.

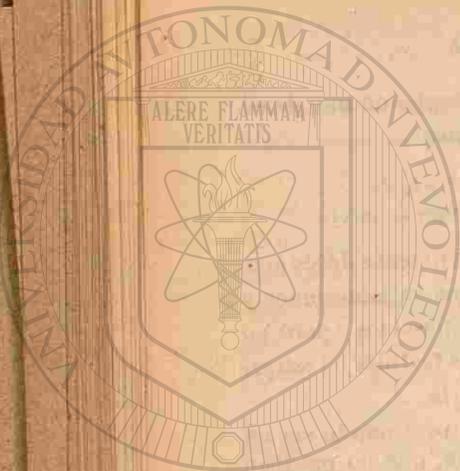
Por ahora, adiós; te prometo ser en mis siguientes cartas, que no pasarán de dos ó tres, menos difusa.

Tu amiga

ELVIRA.

y la suficiente para alimentar el cuerpo, algo fatigado por las fuertes conmociones del espíritu.

Del refectorio nos levantamos can-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS<sup>5</sup>



## IV

Durango, Marzo de 1898.

Mi querida Julia:

YA van tres cartas bastante extensas que te dirijo, y aún no termino los detalles del primer día de Ejercicios. Seguro que por esto te supones que si para hablarte de un día necesito cuatro cartas bien largas, para describirte mis impresiones de nueve días necesitaría, desde luego, treinta y seis mucho más extensas, por ir en aumento el calor de mi imaginación con el recuerdo gratísimo de tan feliz temporada. Pero no temas, mi dulce amiga, pues aunque gratísima me fuera la tarea de señalarte comentadas una por una las

que no pueden llamarse de otra manera, que furiosas atravesaban las calles y se arremetían para pintarse con harina de colores las mejillas ó para llenarse de oropeles las cabezas. . . . . Prescindo

distribuciones de Capilla y minuciosamente también mis temores, mis delicias y mis penas, sé bien que te cansaría, y por lo mismo procuraré hablarte generalidades de lo más notable de los siguientes días hasta el penúltimo, para hablarte en mi última carta, relativa á este asunto, de los días de «Gloria» y de «Acción de Gracias.»

En mi anterior faltóme decirte que el joven eclesiástico, en la distribución de cuatro á cinco de la tarde, nos leyó aquel librito que formaba el solaz de la tía M. y que á nosotras nos importunaba tanto. Para que mejor recuerdes, lleva tu memoria al año de 188 . . . y contéplate en las vacaciones de seminaristas, cuando en la hacienda X pasábamos tan divertidas esta temporada. Tu tía, tan piadosa señora, procuraba recordarnos en medio de nuestras diversiones la presencia de Dios, y no se conformaba con la Misa que oíamos por la mañana y con el Rosario que rezábamos en la tarde,

sino que nos llamaba entre día para leernos generalmente este libro, recuérdalo: «Verdades Eternas;» por cierto que una vez lo declaramos preso, causándole un serio disgusto á tan virtuosa señora. Todavía me acuerdo del trastero del comedor que le señalamos por cárcel á tan útil libro. Entonces, como á la generalidad de los muchachos, estas lecturas nos eran estorbosas. Hoy, querida mía, y particularmente en este Retiro, todo ha cambiado. Te aseguro que la lectura de las «Verdades Eternas» la receto — permíteme que me tome libertades de médico espiritual — para todas las enfermedades del alma cristiana. A mí me han producido en esta vez un efecto importantísimo. Pero como de esta lectura te he de hablar más adelante, sigo ordenadamente las distribuciones del día.

De las cinco á las seis de la tarde, saliendo de la Capilla, muchas de las ejercitantes iban al refectorio á tomar el

que no pueden llamarse de otra manera, que furiosas atravesaban las calles y se arremetían para pintarse con harina de colores las mejillas ó para llenarse de opeles las cabezas. . . . . Prescindo

chocolate, las más rodeaban los confesonarios, y en el tiempo que sobraba después de la confesión y de la merienda, hasta las seis, todos los más días, pasábamos este tiempo sentadas en los bordes de los prados ó paseando por los corredores, leyendo unas y entretenidas otras en serias y profundas reflexiones.

El primer día del que te hablo detalladamente, ni fui al refectorio al chocolate, ni me quedé cerca de algún confesonario, aunque de esto último sentí algún deseo. Me senté en un filete de cantera que forma una pila que hay en medio del jardín, y allí sola, pensativa y en cierto modo abrumada por las diversas emociones, fijé mis ojos en una mata de claveles rodeada de pensamientos; y creeme, querida Julia, me parecía que aquellas plantas, que anunciaban con su lozanía la entrada de la Primavera, me decían: *Nosotras vamos rectamente á nuestro fin; una vez que de nuestros cálices salga un botón, mostraremos nues-*

con que, por desgracia, se escucha al orador que no simpatiza por algún motivo; pues como no tenía yo que dar cuenta en el salón de tertulia ó en el suntuoso

*tros pétalos, y formarán la flor con sus pistilos y su polen, y perfumaremos el ambiente, y serviremos de encanto á los hombres, para después morir, muchas veces en manos de los mismos hombres, pero no sin haber cumplido antes nuestro destino.» . . .*

Cuando así traducía el lenguaje de las flores en botón, unos acordes sonoros, aunque apenas perceptibles, hirieron mis oídos. Tal vez muy cerca de aquel recinto sagrado había una fiesta de carnaval. Mi imaginación recorrió jardines, paseos y salones, y vino á mi memoria el recuerdo del carnaval que hace cuatro años pasamos juntas tú y yo en el Puerto de M.

¿Te acuerdas cuánto repugnamos aquellos desórdenes! Todavía tiemblo al considerarme frente de las hordas, porque no pueden llamarse de otra manera, que furiosas atravesaban las calles y se arremetían para pintarse con harina de colores las mejillas ó para llenarse de oropeles las cabezas. . . . . Prescindo

chocolate, las más rodeaban los confesorios, y en el tiempo que sobraba después de la confesión y de la merienda. hasta las seis. todos los más días, pa-

de trasladar al papel la idea que se me quedó grabada de esta fiesta pagana. Desconocí entonces á las personas que tomaron parte en esas orgías. ¡Ay! qué lástima me daban aquellas jóvenes, por otra parte tan apreciables, pero tan abyectas en medio de las furias desenfrenadas que nos hicieron temblar. Afortunadamente no tomamos parte en tales juegos, y hoy que reflexiono con más detención acerca de ellos, me lleno de horror y pido á Dios que no queden ni sus vestigios en nuestro país.

Si en alguna parte se pierde la idea del último fin del hombre, es sin duda alguna en las orgías del carnaval. Me dirás que me he convertido en una consumada moralista y que en tono magistral asiento mis sentencias. No es esto; sino que ahora que traigo tan fácilmente á la memoria el pasado, recuerdo que en la misma época en que presenciamos la fiesta del carnaval á que me refiero, predicó el Sr. Cura N. ¿recuerdas? con mo-

con que, por desgracia, se escucha al orador que no simpatiza por algún motivo; pues como no tenía yo que dar cuenta en el salón de tertulia ó en el suntuoso

tivo precisamente de estos desórdenes, y tomó por texto estas palabras de.... yo no sé qué parte de las Sagradas Escrituras, que dicen: «*Desechemos las obras de las tinieblas, y revistámonos las armas de la luz.— Caminemos como de día, honestamente: no en glotonerías y embriagueces, no en sensualidades y disoluciones; mas vestíos de Nuestro Señor Jesucristo, etc., etc.*» No olvido que este sermón le costó al desventurado Párroco que se le amenazase con la cárcel, y una sarta de soeces insultos en la prensa impía; pero dijo la verdad y sembró la buena semilla que, aunque después de mucho tiempo, hoy, que ha recibido tan importante riego en mí, produce su fruto.

Pero abuso mucho de la libertad que me da el estilo epistolar para mezclar digresiones que no dejarán de molestarte. Perdóname y sígueme prestando tu atención.

A las seis de la tarde de nuevo nos reunió el sonoro timbre en la Capilla; y

chocolate, las más rodeaban los confesonarios, y en el tiempo que sobraba después de la confesión y de la merienda hasta las seis, todos los más días, na-

después de rezada la última parte del Rosario, de escuchada una breve lección espiritual muy bien leída, por un joven Sacerdote, y de meditado el cuarto y último punto de meditación, tan importante y aún más que los anteriores, á las siete en punto tomó la palabra el Padre Director, quien predicó durante la temporada de Ejercicios á la misma hora todos los días.

Como los ánimos estaban bien dispuestos con las encantadoras meditaciones, con las sustanciosas pláticas doctrinales, con los tiernos cánticos y con toda aquella música del cielo con que invita Dios al corazón á rendirse á su amor, cada sermón del Padre Director arrancaba á las ejercitantes lágrimas de inefable ternura, dejando grabada en el alma una huella indeleble, que me recordará siempre el recto sendero del verdadero bien.

Estos sermones no los oí con aquel espíritu de prevención y de contrariedad

con que, por desgracia, se escucha al orador que no simpatiza por algún motivo; pues como no tenía yo que dar cuenta en el salón de tertulia ó en el suntuoso comedor de lo que predicara el Padre, para que la crítica mordaz al ministro de Jesucristo sirviera de salsa en la comida ó de sainete en el salón, le oí primero atenta y después con afecto; y sus conceptos, su predicación, toda me interesaba y me conmovía profundamente.

Al terminar el sermón del primer día, que fué adecuado á las meditaciones, así como los siguientes, el himno del Sagrado Corazón de Jesús volvió á entonarse por tercera vez. Entonces ya canté sin vacilaciones, y jamás olvidaré el amor inmenso con que dirigí á Jesús esta estrofa de tan bello himno:—*De hoy más las manos — En cautiverio, — Con dulce imperio — Tú me tendrás.*— Me pareció tan suave el yugo de la ley del Señor, que me creí capaz de cumplirla siempre. Pide tú á Dios, querida Julia, que no des-

ma e nice a un lado el papel, con el fin de reanudar y terminar mi narración después de Semana Santa; pero algo que no me explico me impele á escribirte y me aconseja que, como trato de

maye nunca esta firmeza de ánimo adquirida para mí en el Retiro, que yo se la pido para ti.

A las siete y media de la noche fuimos al refectorio, y durante la cena pude notar que algunas de las señoritas que yo veía tan violentas ó más que yo en aquella casa, estaban algo compungidas y no daban señales de distracción en esos momentos.

Me preguntas en la única tuya que he recibido hasta hoy, después de los Ejercicios, qué clase de personas concurren á ellos. Puedo decirte, en contestación, que allí estaba representado Durango en todas sus categorías. Había señoras y señoritas notables entre la alta sociedad, y también humildes y desconocidas. Precisamente de esta unión de las clases sociales resultaba un cuadro bellísimo, particularmente á la hora del refectorio, pues lo mismo era servida la dama encumbrada que la obrera oscura. Allí se veía, se sentía á Dios obrando

alma una huella indeleble, que me recordará siempre el recto sendero del verdadero bien.

Estos sermones no los oí con aquel espíritu de prevención y de contrariedad

prodigios con su divina gracia, así en el corazón vacío de pensamientos elevados, como en el adornado con la ilustración que se adquiere entre las gentes de letras. ¡Qué bellos, qué hermosos son los Ejercicios por todos motivos!

Después de la cena seguía un rato de descanso, hasta las ocho y media, hora en que se entraba á la Capilla á visitar al Divinísimo y á prepararse el punto de meditación de otro día. Esto duraba hasta las nueve, y era libre la persona para salir de allí á recogerse á su aposento ó para permanecer ocupada en devociones particulares hasta las diez de la noche; pasada esta hora á nadie se le permitía estar fuera de su aposento. Magnífica medida, pues así se dormían siete horas, puesto que á las cinco de la mañana se nos despertaba siempre con la enternecedora jaculatoria perteneciente al día y con el grato sonido del timbre.

En mi carta siguiente, como te digo

ma e hice a un lado el papel, con el fin de reanudar y terminar mi narración después de Semana Santa; pero algo que no me explico me impele á escribirte y me aconseja que, como trato de

antes, procuraré hablarte de lo más notable ocurrido en los demás días, y me haré un esfuerzo para no ser prolija y ver si puedo terminar mi narración.

Ya sabes cuánto te quiere tu amiga

ELVIRA.



alma una huella indeleble, que me recordará siempre el recto sendero del verdadero bien.

Estos sermones no los oí con aquel espíritu de prevención y de contrariedad

zón, enriquecido con ternezas indecibles en la temporada de Ejercicios, tendría lágrimas para humedecer el papel y suspiros para deleitarme en deliciosos re-



V

Durango, Marzo de 1898.

Mi querida Julia:

**E**SPERO que esta mi carta te llegará cuando te prepares para trasladarte á México á pasar la Semana Mayor. No quería escribirte, por no distraer tu atención con mis humildes escritos, en estos días que debes ocuparte de preferencia en los misterios Sagrados de la Pasión de Nuestro Redentor Jesús. Hasta dejé la pluma é hice á un lado el papel, con el fin de reanudar y terminar mi narración después de Semana Santa; pero algo que no me explico me impele á escribirte y me aconseja que, como trato de

antes, procuraré hablarte de lo más notable ocurrido en los demás días, y me haré un esfuerzo para no ser prolija y ver si puedo terminar mi narración.

Ya sabes cuánto te quiere tu amiga

ELVIRA.



alma una huella indeleble, que me recordará siempre el recto sendero del verdadero bien.

Estos sermones no los oí con aquel espíritu de prevención y de contrariedad

zón, enriquecido con ternezas indecibles en la temporada de Ejercicios, tendría lágrimas para humedecer el papel y suspiros para deleitarme en deliciosos re-



V

Durango, Marzo de 1898.

Mi querida Julia:

**E**SPERO que esta mi carta te llegará cuando te prepares para trasladarte á México á pasar la Semana Mayor. No quería escribirte, por no distraer tu atención con mis humildes escritos, en estos días que debes ocuparte de preferencia en los misterios Sagrados de la Pasión de Nuestro Redentor Jesús. Hasta dejé la pluma é hice á un lado el papel, con el fin de reanudar y terminar mi narración después de Semana Santa; pero algo que no me explico me impele á escribirte y me aconseja que, como trato de

antes, procuraré hablarte de lo más notable ocurrido en los demás días, y me haré un esfuerzo para no ser prolija y ver si puedo terminar mi narración.

Ejercicios espirituales y debo hablarte de los grandes misterios allí meditados relativos todos á la salvación del alma, nada obsta que te hable en días santos del último fin del hombre, del pecado, del pecador arrepentido, del tibio y poco prudente, de la muerte, del juicio y del infierno; pues todas estas verdades se relacionan con Jesús, Dios y Salvador del mundo.

Ciertamente, considerado Jesús como Dios, es el último fin del hombre; como Salvador, es el único que puede libertarnos del pecado; como Padre amantísimo, de Él sólo podemos esperar el perdón de nuestras faltas, y que nos vista con el blanco Vestido de la gracia, y que nos haga gran fiesta cuando volvamos arrepentidos á Él: como Médico divino, Él y nadie más puede curar las profundas heridas de que adolece nuestra alma; como Dueño de nuestra vida, Él es quien nos liberta de la muerte eterna; como Juez Supremo, al

zón, enriquecido con ternezas indecibles en la temporada de Ejercicios, tendría lágrimas para humedecer el papel y suspiros para deleitarme en deliciosos re-

residenciarnos, sólo su misericordia infinita hará que nuestra condenación se revoque y que se registre nuestro nombre en el libro de la vida eterna; y por último, como Rey de reyes y Señor de los que dominan, únicamente Él nos puede constituir en un instante moradores en el palacio de la eterna ventura.

Por lo mismo, déjame, dulce amiga, déjame desahogar, pues que mi pecho rebosa amor á Jesús y ojalá que los vítores y hosannas que conmovida le dirijo, hoy que ha entrado en triunfo dentro de mi corazón; ojalá que los afectos que encierra mi alma embalsamen siempre la habitación que le reservo á tan amable Dueño, y que no sea yo, como los veleidosos judíos, que después de unas cuantas horas de haberlo proclamado Rey y de haber batido palmas en su honor, lo befan, lo escarnecen, lo insultan, é ingratos se olvidan de sus prodigalidades. . . . Ayúdame, Julia, ayú-

antes, procuraré hablarte de lo más notable ocurrido en los demás días, y me haré un esfuerzo para no ser prolija y ver si puedo terminar mi narración.

dame, tú que eres buena, ayúdame á perseverar en el amor á Jesús.

Estoy segura de que leerás mi carta el Domingo de Ramos; en tan gran día, diie, proclama conmigo á Jesús, junto con mis carísimas é inolvidables hermanas las ejercitantes:

Rey de los siglos,  
Dueño amoroso,  
Rey bondadoso,  
Dios de piedad.

¿Verdad que si pudieras me llamarías loca? Pero no es posible que padezca yo locura cuando mis ojos ven más claro, cuando mi razón se ilustra más y cuando mi corazón ama sin inquietudes.

¡Ojalá, mi dulce amiga, que alguna vez te encuentres arrobada, por decirlo así, en las complacencias de la verdad, que es la posesión del bien sumo que causa una satisfacción inmensa y un contentamiento sin igual!

Mas si diera rienda suelta á mi cora-

zón, enriquecido con ternezas indecibles en la temporada de Ejercicios, tendría lágrimas para humedecer el papel y suspiros para deleitarme en deliciosos recuerdos, pero carecería de palabras apropiadas para escribirte lo que no se explica nunca, aunque se siente con el alma henchida de gozo.

Calle, pues, mi corazón, y mi escasa inteligencia apure sus recursos para seguirte platicando generalidades de los Ejercicios, ya que no me es posible darte detalles minuciosos.

El segundo día fué el Ejercicio del pecado mortal. Las distribuciones fueron iguales á las del día anterior, y el poder de la gracia divina aumentó en mí.

Es necesario ser franca, y confieso que en medio del bullicio del mundo, el alma que no medita, que no ora, no se da cuenta de la fealdad del pecado mortal, ni hace cuanto puede por evitarlo. Mira, querida amiga, en las preciosas meditaciones de este día comprendí có-

por junto á mí, y me dijo al fin: «Voy á proporcionarle un libro que estoy seguro le hará mucho bien.» Pocos momentos después tenía en mis manos una obrita del Abate Bolo, titulada: «Los

mo el hombre sin oración rueda al abismo, y por qué incontables personas que no buscan á Dios, permanecen al borde del precipicio sin darse cuenta, mientras apuran la dorada copa del mentido placer. Gracias á Dios tú y yo, por educación cristiana, aunque superficialmente recibida, nos habremos escapado muchas veces de este monstruo de ignominia.

¡Ay, amada mía! la pobre Eva, en un paraíso de delicias, sintiendo la poderosa influencia de Dios, viéndole cara á cara, casi á cada instante, no hizo más que desviarse un poco del recto camino y escuchar la voz halagadora del espíritu infernal, y cayó, en un instante, de su encumbrado puesto hasta sentir el rubor más humillante. Eva pecó mortalmente en medio de un paraíso criado por todo un Dios. ¡Cuán expuestas estamos nosotras á pecar lo mismo en medio de ese paraíso de oropeles, criado y formado por los hombres!

así, en las complacencias de la verdad, que es la posesión del bien sumo que causa una satisfacción inmensa y un contentamiento sin igual!

Mas si diera rienda suelta á mi cora-

No quiero descender á particulares consideraciones, porque me haría interminable; pero el día de la meditación sobre el pecado mortal, recordé con verdadera tristeza los ardidés que nos tienden los malos hombres, convertidos en árboles del fruto prohibido, donde se enrosca la serpiente astuta, para hablarnos, ya por medio de la representación teatral que cría el hombre depravado con el único fin de corrompernos; ya en la novela inmoral, compuesta con el mismo objeto, y en donde se alaba nuestra belleza física hasta el fastidio, ó bien con el periódico insulso, con el cual se busca á nuestro corazón para seducirlo.

¡Amiga! ¡dulce amiga mía! Ahora démonos cuenta del por qué de ese fastidio, de esa intranquilidad, de esa desesperación que se apodera de muchas hermanas nuestras. Es que en medio de los aplausos necios, frívolos y falsos de los hombres, ha vuelto á soplar una

por junto á mí, y me dijo al fin: «Voy á proporcionarle un libro que estoy seguro le hará mucho bien.» Pocos momentos después tenía en mis manos una obrita del Abate Bolo, titulada: «Los

y mil veces el emponzoñado aliento del espíritu del averno, y la pobre mujer, siempre débil, ha vuelto á ser presa de su astucia.

El Padre Director en esta noche nos habló de la pureza de nuestras almas durante nuestra niñez y nos fué patentizando con imágenes vivas, cómo desalojada el alma del ameno jardín de la inocencia, es tan fácil perderse entre los atractivos del mundo, en donde todo, sin Dios, es vanidad de vanidades y sólo vanidad.

En este día, á la hora de descanso, de cinco á seis de la tarde, volvimos á invadir los jardines. Casi todas las jóvenes leían algún libro, que les fué perdiendo de una en una el Padre Director, sin duda para informarse de si era ó no propia la lectura en que se ocupaban. Yo no leía, y no dejó de mortificarme algo que el Padre Director me viera desocupada, aunque en verdad no lo estaba, puesto que mi imaginación

así, en las complacencias de la verdad, que es la posesión del bien sumo que causa una satisfacción inmensa y un contentamiento sin igual!

Mas si diera rienda suelta á mi cora-

tonos para robustecer mi última meditación del pecado mortal en ese día; y añadidos á la lectura de las «Verdades Eternas» en donde con una claridad

revolvía toda las impresiones recibidas en aquel saludable silencio.

La vida de Santa Juana de Chantal me había interesado más, y las meditaciones me hacían temer, pero sin dejar de amar; ¿me comprendes? Temía espantosamente al pecado mortal; pero pensaba en el amor dulcísimo de Jesús y me persuadía de que con sólo pronunciar su nombre adorable, el pecado no me haría su presa. Las lecciones espirituales, particularmente las «Verdades Eternas» me produjeron temor y horror; temor á mis débiles fuerzas y horror á todos los inmensos males que causa en el alma el pecado mortal.

El Padre Director, que á esta hora se imponía de cuanto hubiera ocurrido en los aposentos, pasó una y tres veces por junto á mí, y me dijo al fin: «Voy á proporcionarle un libro que estoy seguro le hará mucho bien.» Pocos momentos después tenía en mis manos una obrita del Abate Bolo, titulada: «Los

y mil veces el emponzoñado aliento del espíritu del averno, y la pobre mujer, siempre débil, ha vuelto á ser presa de su astucia.

Decadentes del Cristianismo.» Parece que el Director había adivinado lo que yo necesitaba.

Ardua tarea y muy larga sería la de ponerme á escribir cuánto me deleité en este precioso libro, cuyo autor me era, hasta hoy, enteramente desconocido. Tú, que eres tan amante de la lectura y que posees tan recto criterio, vas á agradecerme mucho un ejemplar de esta preciosa obrita, que te envío por correo, como prueba de cariño. No resistí al deseo de hacerme de ella para regalártela, y se la pedí al Padre Director, explicándole que la quería para regalársela á la mejor de mis amigas.

El primer día que tuve en mis manos tal libro, me ocupé de hojearlo y de registrar su índice; y aunque me llamaron la atención poderosamente estos rubros: *Repugnancia, Promiscuidades, Los degradados, Respetos humanos, Los burlados, La ley del amor, Religión del buen tono, Religión de circunstancias y*

tunos para robustecer mi última meditación del pecado mortal en ese día; y añadidos á la lectura de las «Verdades Eternas» en donde con una claridad

otros, sin embargo, en ninguno fijé más mi atención que en éste: *Seduciones*, que casi me aprendí de memoria. Empieza así: «El mundo trabaja sin descanso por seducir á los que no ha podido doblegar por medio del terror.»

Y actualmente, muchos más cristianos se han dejado arrastrar miserablemente por los atractivos sensuales de la civilización pagana, que vencer por amenazas, de las que, por otra parte, hubieran podido escapar sin apostatar y sin gran trabajo. Hay más: si la molice de los bautizados decadentes ha llegado al grado de inconsciencia y abyección que los caracteriza, es porque los corazones relajados y versátiles han perdido en los *placeres* de una existencia *alegre*, ese nervio del valor y ese vigor de las almas grandes, como lo definía San León, que es la fe.

¿Qué puede esperar de esas almas la causa de Dios? ¿Qué no puede, por el contrario, esperar de ellas el mundo, el

y mil veces el emponzoñado aliento del espíritu del averno, y la pobre mujer, siempre débil, ha vuelto á ser presa de su astucia.

mal? Desde Judas, pasando por Lutero y por Voltaire, los peores enemigos del Cristianismo son los tráfugas de la Iglesia.

Me estremecí con tamañas verdades, y una nube de recuerdos turbó mi imaginación. El pecado de la *vida alegre* me presentó á muchas personas conocidas, que se llaman despreocupadas porque no observan la ley de Dios, y que se titulan espíritus fuertes porque no se doblegan ante los mandatos divinos; y sin embargo, son muy débiles ante el monstruo del mal y se constituyen el juguete de sus pasiones . . . . .

¡Julia, amiga mía, cuánta falta hacen á las mujeres las buenas lecturas! Ahora comprendo que si el tiempo que se malgasta en las novelas, generalmente tan dañosas, se empleara en la buena lectura, sería menor el número de los locos en el mundo.

Los conceptos del artículo *Seduciones*, de que te hablo, fueron muy oportunos para robustecer mi última medi-

tación del pecado mortal en ese día; y añadidos á la lectura de las «Verdades Eternas,» en donde con una claridad deslumbradora se pinta la espantosa condición del endurecido pecador, resultó para mí un precioso tesoro de importantísimas enseñanzas.

El Padre Director puso término con su sermón al segundo día. No te hablo de él, porque me haría interminable.

El tercer día acabó de arraigarme, por decirlo así, en aquella misteriosa casa, que ví la primera noche con cierto horror y que á los tres días me parecía la mansión de la Eterna Bienaventuranza.

Las meditaciones sobre la Parábola Evangélica del Hijo Pródigo, llevan el sello de la divinidad de su Autor. Parece que Jesucristo la inventó para que San Ignacio la mostrara con el esplendor de toda su ingente luz. ¡Ah! querida mía, ¡cuántos hijos pródigos hemos en el mundo! Y entre las personas

Las meditaciones, lo mismo que las lecturas de este día, fueron magníficas. Por lo general, causa miedo la contemplación de la certidumbre de la muerte; pero en ese día te aseguro que me sen-

de nuestro sexo se hacen aún más conocidos. La hermosura, el atractivo, el encanto que caracteriza á la mujer hermosa, es un tesoro que malgasta á veces, y ¡cuán tarde vuelve buscando el perdón de su amartelado Padre que le espera! . . . .

En estas meditaciones conocí cuán ingrata he sido yo con mi Dios. ¡Qué lista he estado, qué anhelante, para sentarme al piano cuando para ello he sido instada, y al herirlo con mis dedos, mi corazón palpitante espera el aplauso de los hombres, y más cuando al piano úno mi canto, que no ha faltado voz lisonjera que lo compare con el del querube. . . .! Sin embargo, para cantar alabanzas á Dios, de quien es todo lo hermoso que en las criaturas hay, yo titubeaba, yo no quería bendecir con mi voz á quien me la ha prestado. . . .!—¡Oye, Julia de mi alma, ¡por qué nos creemos tan fácilmente de las lisonjas de los hombres, que nos levantan por en-

tan dañosas, se empleara en la buena lectura, sería menor el número de los locos en el mundo.

Los conceptos del artículo *Seduciones*, de que te hablo, fueron muy oportu-

cima de las cosas divinas, en las que muchos no creen por malicia ó no saben apreciar por ignorancia?

Perdona esta ocurrencia y sígueme prestando tu atención.

El cuarto día fué consagrado á meditar en la fealdad del pecado venial.

Santa Juana, con la pureza de sus costumbres, con su ardiente amor á Dios y con los milagros que obró, aun siendo casada, y otros rasgos bellísimos de su ejemplar vida, me hizo reflexionar en el poco cuidado que tenemos de evitar esa especie de calentura intermitente que muchas veces se hace crónica y amenaza convertirse en pernicioso; en esa maligna enfermedad de que hacemos poco caso y que es la causa principal de tantas desavenencias en las familias, de enemistades encubiertas en la sociedad y de complacencias muy peligrosas con el sensualismo y la disipación. Sí, dulce amiga, es necesario convenir en que en la actualidad se discul-

Las meditaciones, lo mismo que las lecturas de este día, fueron magníficas. Por lo general, causa miedo la contemplación de la certidumbre de la muerte; pero en ese día te aseguro que me sen-

pa toda falta pequeña, á juicio del reo, con ese par de palabras latinas que usan los hombres y no dejamos de aplicar las mujeres: «*peccata minuta.*»

Ese día terminó con el sermón de costumbre; en él nos dijo el Padre Director que nosotras éramos la parte escogida de nuestro sexo y que estaba seguro de que con nuestra piedad formábamos un tesoro de virtud de inestimable valor.—A mí me estaba dando vergüenza; porque si bien es cierto que Dios me ha hecho el grande beneficio de no permitir que me arrastre en el fango, también no es menos cierto que no he sido tan piadosa como decía el Padre Director, ni resaltan en mí las virtudes.

Por otra parte mucho me consoló y me animó el sermón, porque el predicador nos dijo que así como el oro y las piedras preciosas, cuando pierden su brillo ó se empañan, necesitan de las manos del artífice para que les vuelva su lustre y brillo, así nosotras, desmejora-

tan dañosas, se empleara en la buena lectura, sería menor el número de los locos en el mundo.

Los conceptos del artículo *Seduciones*, de que te hablo, fueron muy opor-

refectorio después de la cena, dijo en voz alta: «*Buenas noches; hasta la gloria.*» Y de veras que todas nos acostamos esperando el cielo.

das sin duda á causa de los mil ardides con que seducen los enemigos del alma, estábamos allí en la presencia del Divino Artífice, quien en aquel santo Retiro iba á limpiarnos por completo y á preservarnos del contagio, formando un estuche de su mismo Corazón Sagrado para guardarnos ilesas. Me pareció en estos momentos, mi querida Julia, que sepultada yo en el fondo del Déficio Corazón, no me saldría de allí jamás.... ¡Ojalá que así fuera!

El quinto día fué el ejercicio de la muerte. Ya en este día la devoción y fervor de todas las ejercitantes era general y muy edificante. Los confesionarios estaban rodeados frecuentemente por casi todas las ejercitantes, deseosas de tranquilizar sus conciencias.

Las meditaciones, lo mismo que las lecturas de este día, fueron magníficas. Por lo general, causa miedo la contemplación de la certidumbre de la muerte; pero en ese día te aseguro que me sen-

pa toda falta pequeña, á juicio del reo, con ese par de palabras latinas que usan los hombres y no dejamos de aplicar las mujeres: «*necesse est*»

tí con un valor extraordinario para morir. ¡Qué mejor preparación para la muerte que tan interesante, provechoso y bellissimo Retiro espiritual?

En las meditaciones del juicio, que fueron las que formaron el sexto día, me sentí abatida, temerosa y avergonzada, y más á la hora del sermón, en que el Padre Director, conociendo seguramente á su auditorio, nos requirió en nombre de Dios justiciero, sobre las acciones de nuestra vida que no se hayan conformado á los divinos preceptos. Primero patentizó el predicador la verdad del juicio, y luego, como te digo antes, nos pintó un símil de lo que debía sucedernos en ese terrible instante.

Esa noche se cantó el himno al Sagrado Corazón de Jesús, entre sollozos entrecortados de casi todas las ejercitantes. No fuí al refectorio á la cena, porque me era imposible estar un momento sin llorar. Las lágrimas me causaron

refectorio después de la cena, dijo en voz alta: «*Buenas noches; hasta la gloria.*» Y de veras que todas nos acostamos esperando el cielo.

un gratísimo consuelo, y las aprecié como un bálsamo divino.

El día del infierno llegó por fin. Creí no poder soportar las lecturas y que mi estado de ánimo se agravaría con ellas y con las meditaciones de ese día. Ciertamente sufrí mucho en la mañana antes de la Misa; pero luego que comulgé me sentí robustecida, y comprendí que unida á Jesús, bien sumo é infinito, no podía ser para mí el infierno, lugar de eterna condenación y de desventura sin fin para los que se apartan de Jesús.

La lectura de la «*Esperanza Cristiana*» me reanimó en las distribuciones siguientes, y me hizo gozar mucho la lectura de la vida de Santa Juana Francisca, toda abnegación y virtud, toda pureza, toda amor á Dios y al prójimo.

Pero llegó la lectura de las «*Verdades Eternas*,» que presenta, muy al vivo y con una lógica contundente los

pa toda falta pequeña, á juicio del reo, con ese par de palabras latinas que usan los hombres y no dejamos de aplicar las muiaras: *« nocata munda »*

suplicios eternos, y me afectó mucho recordar á alguna persona, que me pareció ver que nadaba en un lago de fuego; y también, querida Julia, recordé á aquel pobre señor que durante nuestro viaje en ferrocarril de H. á J., oímos blasfemar tanto aquella lúgubre noche en que, al borde del abismo, nos escapamos de un espantoso descarrilamiento. ¿Te acuerdas que mientras nosotros rezábamos, ese pobre hombre, sin respeto ni temor alguno, se deshacía en denuestos y en injurias á todo lo divino? No sé por qué lo tuve muy presente en este día, y he pedido mucho á Dios por él.

Cuando salí de la distribución de tres y media á cinco de la tarde, me sentía muy impresionada y con una intranquilidad espantosa; pero llegó la hora del sermón y me tranquilicé por completo. Dios ayudó al predicador para tranquilizarnos á todas.

Cuando el Padre Director salió del

refectorio después de la cena, dijo en voz alta: «*Buenas noches; hasta la gloria.*» Y de veras que todas nos acostamos esperando el cielo.

He escrito más que á vuela pluma, por no cansarte demasiado. Por ahora adiós; espera pronto mi última carta.

Tu amiga

ELVIRA.



Te dije que al despedirse el Padre Director, la noche antes del día de gloria, nos citó para el Cielo; pues bien, con esta cita el entusiasmo de las ejercitantes subió de punto, y aún nos entu-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tranquilidad es pautosa; pero negro  
hora del sermón y me tranquilicé por  
completo. Dios ayudó al predicador  
para tranquilizarnos á todas.

Quando el Padre Director salió del



VI

Durango, Abril de 1898.

Mi querida Julia:

**P**UEDO decir que dispongo de  
breves instantes para escribir-  
te mi última carta, lo cual sien-  
to en verdad; pues tal vez con más re-  
poso y más tiempo pudiera grabar en el  
papel, con mejor éxito, cuanto mi mente  
concibe, al pensar en darte los últimos  
detalles de los Ejercicios. Pero como  
no puedo prometerme más que el tiem-  
po últimamente indispensable, haré por  
concluir ahora mi narración, y si no lo  
consigo, perdona que te divida esta car-  
ta en dos.

Me sucede en este momento que es-

Te dije que al despedirse el Padre  
Director, la noche antes del día de glo-  
ria, nos citó para el Cielo; pues bien,  
con esta cita el entusiasmo de las ejer-  
citanes subió de punto, y aún nos entu-

cribo, lo que á un poeta, que intentando decir lo que siente acerca del nombre dulcísimo de María, después de decir que *es ardiente beso del aura gentil* lo compara con la voz del querube que supone vagando *entre flores*; y no satisfecha la fantasía del vate, sigue buscando símiles en el cielo; pero como lo que hay allá no lo pudo expresar ni el mismo San Pablo, se entretiene el cantor en escoger de aquí abajo lo más tierno, lo más arrobador que encuentra; y el arrullo de la paloma torea, el mormullo de la fuente escondida entre la umbrosa selva, el suave aroma de los nardos en flor y todo cuanto pudiera encontrar la inspiración de un poeta de hermoso sobre la tierra, en los mares y en el espacio, nada le satisface, y concluye pidiendo á la divina Señora, que le permita balbutir su nombre adorado durante los últimos instantes de su vida, y *volar á su lado al seno de Dios.*

tranquillau espantosa; pero negro la hora del sermón y me tranquilicé por completo. Dios ayudó al predicador para tranquilizarnos á todas.

Cuando el Padre Director salió del

vd., yo le pagaré daños y perjuicios.»  
—No hubo remedio, mis versos ya no eran míos.

Pero es necesario ir por orden. v voy

Así yo, querida Julia, por más que me esfuerzo en buscar palabras y conceptos apropiados á lo que mi corazón siente, nada me satisface, y si no me hubiera impuesto la dulce tarea de escribirte la serie de cartas entre las cuales debe figurar esta última, para no dejar trunca mi narración, rompería la pluma y me concretaría á decirte: «Julia, amiga querida, procura tomar los Ejercicios y haz por encontrar las inspiraciones del cielo que allí llueven, y sólo así sabrás lo que es el santo Retiro.»

Mas debo cumplir con mi promesa, y haré cuanto me sea posible para que mi pobre inteligencia siga presentándose siquiera sea pálidos reflejos de la esplendente luz que alumbra, por favor divino, á mi corazón . . . .

Te dije que al despedirse el Padre Director, la noche antes del día de gloria, nos citó para el Cielo; pues bien, con esta cita el entusiasmo de las ejercitantes subió de punto, y aún nos entu-

cribo, lo que á un poeta, que intentando decir lo que siente acerca del nombre dulcísimo de María, después de decir que *es ardiente beso del aura gentil*

siasmó más un hecho que despertó toda nuestra curiosidad.

El Padre Director durante la cena nos repartió á todas unos papelitos que llevaban escrito un sagrado nombre, aunque no igual en todos; pues en unos, como en el mío, decía: «La Purísima;» en otros, como en el de la señorita que tenía á mi derecha, decía: «El Sagrado Corazón de Jesús;» y en otros, como en el de una graciosa viejecita que tenía á mi frente, decía: «Señor San José.» El Director nos encargó que guardásemos nuestros papeles y que tuviéramos cuidado de llevarlos otro día á la hora del desayuno.

Las mujeres dicen, somos curiosísimas, y hay en esto mucho de verdad; lo que pudo probarse perfectamente esa noche en que ya podíamos hablar algo, al contemplar con qué ansiedad nos preguntábamos unas á otras qué significarían aquellos misteriosos papelitos, que se hacían dignos de nuestra estimación

vd., yo le pagaré daños y perjuicios.»  
—No hubo remedio, mis versos ya no eran míos.

Pero es necesario ir por orden. v vov

con sólo llevar escritos tan dulces nombres.

Es necesario abrir aquí un paréntesis y contarte un episodio que va á causarte risa. Tienestú, que aún no me sacudo la tentación de hacer versos, y héteme allí que el Padre Director me encontró *infraganti* dando vuelo al sentimiento del amor á Jesús, manifestándolo en unos desaliñados cuartetos. Te digo que me sorprendió el Padre Director en esta tarea, y vas á ver qué hizo conmigo.

En la hora de descanso de cinco á seis de la tarde, el día consagrado á la meditación del juicio me senté como las otras tardes en el borde de la pila del jardín. Allí me asaltó la tentación de versificar y no la resistí; tenía necesidad de algún desahogo, y creí encontrarlo en mi pobre lira.

Leía el librito del Abate Bolo, precisamente uno de sus más hermosos artículos, que lleva este título: «Amarás,»

cribo, lo que á un poeta, que intentan-  
do decir lo que siente acerca del nom-  
bre dulcísimo de María, después de de-  
cir una vez ardiente beso del aura gentil

y allí, en el revés de una carta tuya es-  
cribí lo siguiente:

¡Qué gratas horas  
Pasé á tu lado,  
Mi bien amado,  
Mi dulce bien!

Tuya es mi vida,  
Sé mi consuelo;  
Eres mi cielo,  
Mi eterno bien.

Cuando despierta  
Y hasta en el sueño  
Sé tú mi dueño  
¡Dulce Jesús!

No me abandones . . .  
Edén de flores,  
Con tus amores  
Mi alma será.

Apenas los había leído un momento  
después de escritos, cuando sentí que  
alguien me espiaba, y como me lo figu-  
ré, era el Padre Director, quien me pi-  
dió el libro. Yo quise ocultarle el papel;  
pero no lo permitió, sino que me dijo:  
«Estos versos los tomo con permiso de

vd., yo le pagaré daños y perjuicios.»  
—No hubo remedio, mis versos ya no  
eran míos.

Pero es necesario ir por orden, y voy  
á comenzar á hablarte del día de gloria.  
Dormí con sobresalto la noche anterior,  
que me pareció larguísima, sin duda por-  
que estuve despertando incesantemente.  
El pensamiento de la gloria, del regocijo  
eterno, del amor sin fin tenía embargadas  
mis potencias y sentidos, y una ansie-  
dad indefinible, más grata que el sueño  
tranquilo y más dulce que las melodías  
creadas por los genios del arte de Euter-  
pe, me dominaba por completo.

Por fin sonaron las cinco de la mañana  
y dejé con precipitación la cama, y me  
preparé á salir en breves momentos.

Creo que á todas mis compañeras les  
había pasado lo mismo que á mí, pues  
ya me las encontré listas y con semblan-  
tes sonrientes y revelando todas la más  
completa satisfacción.

En esos momentos comenzaba á na-

*parcir en el rico pensil nuestros perfumes.*  
Llorando me incliné á recoger un par de  
pensamientos y una rosa que coloqué  
entre las hojas del libro que me supongo  
habrás ya recibido.

cer el nuevo día y cintilaban aún las estrellas, que iban opacando su brillo á medida que el astro rey teñía de grana el oriente, dorando á algunas pequeñas nubes que aparecían como precursoras de aquel gran día.

Ya sabes, querida Julia, que en esta hermosa Durango se anticipa mucho la primavera y es una delicia el despertar de esta bellísima estación, sobre todo cuando se percibe el embriagante aroma del azahar. La mañana á que me refiero, *de apacible ambiente*, como diría Selgas, *de suave aroma y celestial olor*, nosotras las ejercitantes nos encaminamos á la Capilla *respirando amor*; amor sin resabios, sin inquietudes, amor tan puro ó más que los blancos azahares de que se desprendía el balsámico aroma...

Noté que el Padre Director, que había dado ya la Sagrada Comunión, como todos los demás días, á algunas señoras que no podían permanecer mucho en ayunas, manifestaba en su semblante

alguien me espiaba, y como me lo ignoré, era el Padre Director, quien me pidió el libro. Yo quise ocultarle el papel; pero no lo permitió, sino que me dijo: «Estos versos los tomo con permiso de

una inmensa alegría, la que al comenzar el himno al Sagrado Corazón de Jesús, le nubló los ojos de lágrimas. . . . Pasó el himno, la Letanía de todos los Santos, y por fin vino la meditación primera de ese felicísimo día. *¡Qué bellos son tus tabernáculos, oh Sión dichosa! ¡Cuán felices son tus moradores!* . . . Julia, amiga mía, no, no debo profanar con mi torpe lengua aquellos instantes, que están escritos en el libro de la vida allá en el cielo, y además no hay idioma sobre la tierra capaz de expresarlos. . .

La música, que se une al corazón para sentir más con ella, debía tomar parte en la íntima conversación de amor divino que íbamos á empezar con nuestro buen Dios. . . . Yo deseaba algo que ayudara á mi pobre alma á volar hacia el cielo, y lo conseguí con la música que me sorprendió gratamente en esa mañana. El Padre Director tuvo cuidado de que no faltaran en aquella hora de verdadera delicia, los suaves acordes, la armonía

*parcir en el rico pensil nuestros perfumes.* Llorando me incliné á recoger un par de pensamientos y una rosa que coloqué entre las hojas del libro que me supongo habrás ya recibido.

de los instrumentos musicales inventados por los hombres, remedos sin duda alguna de los que causan las delicias de los bienaventurados junto al Solio del Altísimo. La música, Julia, la música, que me pareció divina, acompañó nuestra meditación, produciéndonos un efecto indecible; las lágrimas, emanadas del corazón, rodando á torrentes, silenciosas, por nuestras mejillas, fueron una prueba nada equívoca del estado felicísimo de nuestras almas . . . .

En la Misa, á la que estoy segura asistieron los ángeles de nuestra guarda con rostros sonrientes, para ofrecer nuestras lágrimas de amor al Salvador de las almas, que se sacrificaba una vez más por nuestro bien, las dulces melodías del armonium, los suaves acordes del violín y de la flauta, y la delicada voz de una de las señoritas ejercitantes, que cantó muy bien una plegaria tiernísima y llena de unción á la hora de elevar el Sacerdote el Cuerpo y Sangre de Nuestro

alguien me espiaba, y como me lo negaré, era el Padre Director, quien me pidió el libro. Yo quise ocultarle el papel; pero no lo permitió, sino que me dijo: «Estos versos los tomo con permiso de

Me habían pintado los Ejercicios de una manera tan exageradamente austera, continuó, que, la verdad, me espantaban; pero el año próximo pasado en-

Señor Jesucristo, contenido con su alma y su divinidad en las divinas especies sacramentales, elevaron nuestras almas á los más puros deseos del cielo.

La Comunión de las ejercitantes fué general y fervorosa; y cada una, al unirse á Jesús Sacramentado, estoy segura que estuvo elocuente en sus expresiones de amor y de gratitud.

Salimos al refectorio, y el corredor estaba alfombrado de flores naturales. La rosa de Castilla, los lirios, los pensamientos y los hinojos nos hacían los honores presentándonos sus tallos, sus corolas abiertas y su verde follaje para que pasáramos sobre ellos. Me parecía que nos decían: *Teneis el alma más cándida que nuestros aterciopelados ropajes, y sois más puras en estos momentos que nosotras al esparcir en el rico pensil nuestros perfumes.* Llorando me incliné á recoger un par de pensamientos y una rosa que coloqué entre las hojas del libro que me supongo habrás ya recibido.

de los instrumentos musicales inventados por los hombres, remedos sin duda alguna de los que causan las delicias de los bienaventurados junto al Solio del

En el desayuno todas gozamos con el obsequio que el Padre Director nos repartió como recuerdo de los Ejercicios; pero yo más que nadie, pues el obsequio consiste en una artística estampita de pasta transparente á la que cubre una ancha tira de listón, que lleva impresa la fecha de ese día y mis versos, Julia, los versos que me obligó á darle el Padre Director. . . . .

La estampita era repartida conforme al papelito que íbamos presentando; á mí me tocó una Purísima, á quien le dediqué luego este cuarteto:

¡Qué dulces son las horas que á tu lado  
Paso, tus gracias y tu amor gozando!  
¿Cuándo, Señora, cuándo habré volado  
Hacia tu alcázar sempiterno, cuándo?

Imposible, Julia, me es imposible seguir escribiéndote; estamos en la Semana Mayor y hay mucho que hacer. Espera pronto la conclusión de mis cartas.

Tu amiga

ELVIRA.

Me habían pintado los Ejercicios de una manera tan exageradamente austera, continuó, que, la verdad, me espantaban; pero el año próximo pasado en-



## VII

Durango, Abril de 1898.

Mi querida Julia:

COMO te digo en mi anterior, nada podrás satisfacerme de cuanto escribo con el fin de dar las últimas pinceladas al interesante cuadro que me he propuesto pintarte. No soy artista, pero sí, presumo que si al pintor le sucede lo que á mí en los últimos detalles de su pintura, mucho arriesga sin duda, puesto que si las últimas pinceladas no son propias y exactas, sino que por el contrario, resultan impropias y mal dadas, aunque halla partes dignas de elogio en el cuadro, el conjunto resultará defectuosísimo.

de los instrumentos musicales inventados por los hombres, remedos sin duda alguna de los que causan las delicias de los bienaventurados junto al Solio del

En el desayuno todas gozamos con el obsequio que el Padre Director nos repartió como recuerdo de los Ejercicios; pero yo más que nadie, pues el obsequio consiste en una artística estampita de pasta transparente á la que cubre una ancha tira de listón, que lleva impresa la fecha de ese día y mis versos, Julia, los versos que me obligó á darle el Padre Director. . . . .

La estampita era repartida conforme al papelito que íbamos presentando; á mí me tocó una Purísima, á quien le dediqué luego este cuarteto:

¡Qué dulces son las horas que á tu lado  
Paso, tus gracias y tu amor gozando!  
¿Cuándo, Señora, cuándo habré volado  
Hacia tu alcázar sempiterno, cuándo?

Imposible, Julia, me es imposible seguir escribiéndote; estamos en la Semana Mayor y hay mucho que hacer. Espera pronto la conclusión de mis cartas.

Tu amiga

ELVIRA.

Me habían pintado los Ejercicios de una manera tan exageradamente austera, continuó, que, la verdad, me espantaban; pero el año próximo pasado en-



## VII

Durango, Abril de 1898.

Mi querida Julia:

COMO te digo en mi anterior, nada podrás satisfacerme de cuanto escribo con el fin de dar las últimas pinceladas al interesante cuadro que me he propuesto pintarte. No soy artista, pero sí, presumo que si al pintor le sucede lo que á mí en los últimos detalles de su pintura, mucho arriesga sin duda, puesto que si las últimas pinceladas no son propias y exactas, sino que por el contrario, resultan impropias y mal dadas, aunque halla partes dignas de elogio en el cuadro, el conjunto resultará defectuosísimo.

de los instrumentos musicales inventados por los hombres, remedos sin duda alguna de los que causan las delicias de los bienaventurados junto al Solio del

Mas, por ahora, ya no hay remedio, es necesario terminar aunque sea mal. Dios me ayudará.

El día signió espléndido; las doradas nubecillas desaparecieron y á las ocho de la mañana, después del desayuno, descansábamos con más libertad para comunicarnos nuestras impresiones, bajo un cielo sereno y respirando un ambiente impregnado de la tierra húmeda de los jardines que había regado el jar-dinero, Neptuno de aquel delicioso al-bergue.

— ¿Cómo ha pasado vd. los ejercicios? me preguntó una señorita que revelaba el fuego de su alma en sus rasgados ojos.

— Perfectamente le respondí, ¿y vd?

— Yo, me dijo, estoy encantada.

— ¿Tenía vd. miedo de venir? la pregunté.

— No sólo miedo, me respondió, sino repugnancia también.

Me habían pintado los Ejercicios de una manera tan exageradamente austera, continuó, que, la verdad, me espantaban; pero el año próximo pasado entró una amiga mía, de carácter vivo, alegre, bulliciosa y decidora, y salió tan agradada y satisfecha, y además propagandista ferviente de los encantos de los Ejercicios, que fuí yo una de sus primeras conquistas.... Mírela vd., allí viene, voy corriendo á manifestarle mi gratitud por el bien inmenso que me ha proporcionado su consejo....

Mi interlocutora corrió y con ella otras cuatro señoritas á abrazar á la que veían como su bienhechora, que es una joyen morena que revela en su continente nobleza, y corrección en sus modales, al parecer francos, sin afectación.

No puedes figurarte, Julia, cuánto me encantó aquel cuadro: el grupo de estas señoritas, que no pasan de tener de diez y ocho á veinte años, al abrazarse derramaban lágrimas tan puras ó

que no tienen el mismo sabor las lecturas fuera de los Ejercicios, que allí en el santo Retiro.

Cada una de las distribuciones que pasaba me arrancaba un profundo sus-

más que las gotas de agua que, temblando, se mecían sobre las yerbas del jardín que tenía ante mis ojos.... A mí se me rodaron algunas lágrimas ardientes, deteniéndose al caer sobre los pétalos de una rosa aprisionada entre mis dedos....

¡ Ah ! si tú hubieras estado junta conmigo, también nos hubiéramos abrazado estrechamente en esos momentos de purísima expansión ; pero, sola yo, sin quien me comprendiera, sin alguien á quien poder hacer participante de mis dichas, muda y absorta en mis contemplaciones, busqué á Dios en el azul del firmamento, y á Él, todo bien y todo amor, le comuniqué cuanto sentía....

Casi arrobada en mis tiernas quejas me sorprendió el grupo de apreciables señoritas de que te hablo antes, y adelantándose hacia mí, la que era objeto de la gratitud de las demás tuvo la dignación de dirigirme expresiones de afecto y me ofreció su amistad y la de sus

— Yo, me dijo, estoy encantada.

— ¿ Tenía vd. miedo de venir ? la pregunté.

— No sólo miedo, me respondió, sino repugnancia también.

compañeras, dándome todas sus nombres.

Faltaba un cuarto de hora para volver á la Capilla, y á la verdad que, en quince minutos, hablando de las bellezas de los Ejercicios, nos satisfacimos algo, comunicándonos los defectos que íbamos á corregir en lo de adelante y las virtudes que estábamos resueltas á practicar con la ayuda de Dios.

Las demás distribuciones del día fueron á las mismas horas que los días anteriores, y en cada una de ellas sentí mi alma cerca, muy cerca de ese cielo, esperanza de los buenos, consuelo de los afligidos y honor de los abnegados.

Cuando terminaban las distribuciones de Capilla este día, los aposentos y los corredores servían á las ejercitantes para escribir sus propósitos y tal vez algunos de los principales episodios de aquel Retiro. Si me hubiera sido fácil conseguir de todas estos privados escritos, juntamente con el permiso de co-

que no tienen el mismo sabor las lecturas fuera de los Ejercicios, que allí en el santo Retiro.

Cada una de las distribuciones que pasaba me arrancaba un profundo sus-

municarte lo contenido en ellos, de seguro que palparíamos con la mayor claridad, cómo los Ejercicios destruyen mil defectos y engendran mil virtudes.

Ya sabes que, por favor divino, mi devoción á la Santísima Virgen ha sido siempre si humilde, también ardiente; y si es cierto que aumentó en mí esta devoción sagrada cuando pequeña niña subía al altar de la Virgen bendita á ofrecerle flores en Mayo, hoy, Julia, mi amor á María ha crecido, y estoy propuesta á no dejar de rezar su rosario, no ya por frívolo pretexto, pero ni en el peligro, ni en la felicidad, ni en los tiempos de prueba.

Estoy convencida que sin la devoción á María, la mujer peligró en su fe, en la pureza de sus costumbres, y carece de las fuerzas suficientes para no ser el juguete de su propia debilidad.....

Sí, querida Julia, han pasado los Ejercicios, pero su recuerdo, más ó menos

— Yo, me dijo, estoy encantada.

— ¿Tenía vd. miedo de venir? la pregunté.

— No sólo miedo, me respondió, sino repugnancia también.

lo tal, que no sentí cuando á las seis sonó el timbre, llamándonos á la distribución.... Desperté al fin de mi arrobamiento, por el zig-zag del rayo y el

vivo, no pasará de la memoria de todas, y estoy segura que el estudio que allí hicimos nos dará luz en las borrascas de la vida y nos levantará, cuando agobiadas por el peso de las pasiones ó de las penas, nos veamos en peligro de caer....

Mas me falta todavía hablarte de las últimas distribuciones del día de gloria y del día de acción de gracias. Si bien es verdad que de cada lectura me despedía con un sentimiento profundo de gratitud, de la de Santa Juana Francisca de Chantal no podría explicarte mis carifiosas afecciones. Al contemplar que el Padre Director no volvería á deleitar nuestros oídos con esta sabrosísima lectura, en medio de aquel religioso silencio, quería que las horas se prolongaran; porque pensé, y es cierto, que no tienen el mismo sabor las lecturas fuera de los Ejercicios, que allí en el santo Retiro.

Cada una de las distribuciones que pasaba me arrancaba un profundo sus-

municarte lo contenido en ellos, de seguro que palparíamos con la mayor claridad, cómo los Ejercicios destruyen mil defectos y encienden mil virtudes.

piro, sellando así, sin duda, el vivo recuerdo que he conservado de ellas.

Pasó el refectorio del medio día, entre flores, alegrías y dulces expansiones. Vino la tarde y con ella los preludios del más hermoso de los momentos que pasé en los Ejercicios.

A las tres de la tarde comenzó á cubrirse el cielo de nubes y á soplar un viento fuerte que llegó en momentos á convertirse en vendaval. La tormenta se anunciaba y creí que el día, tranquilo y de apacible ambiente, íbase á convertirse en tempestuoso. Un pensamiento me asaltó en esos momentos, que no dejó de angustiarme: así como el día, de tranquilo cambiaba en un instante en borrascoso, así como la bóveda azul del firmamento, donde brillaba un sol purísimo, de repente se ennegrecía con gruesos nubarrones, así mi pobre alma, en aquellos días tan dichosa, en un momento dado, fuera de allí, en el inmenso piélago del mundo, por donde cruzamos

lo tal, que no sentí cuando á las seis sonó el timbre, llamándonos á la distribución.... Desperté al fin de mi arrobamiento por una el zig-zag del rayo y el

en navecillas frágiles, podría sumirse en la desventura y enlutarse con las negras nubes de la ingratitud y del olvido.....

El vendaval fué disminuyendo y las gruesas nubes, agrupadas hacia el SE., enviaron una lluvia de cristalinas y gruesas gotas de agua, que bien podían contemplarse desde que se desprendían de las nubes, pues el astro rey, próximo ya á su lecho, las hería con sus saetas de esplendorosa luz. Sucedió que el Poniente estaba un tanto despejado, y era de admirarse aquel preciosísimo fenómeno meteorológico. Nubes rizadas, hechas girones otras y todas las inmediatas á la puesta del sol teñidas de carmín; puestas en forma de blondas al rededor del gran planeta, parecía que le formaban un regio trono. En esos momentos apareció sobre nuestras cabezas un bellissimo arco-iris, con sus colores inimitables, recordándonos la paz que prometiera Dios á los libertados del diluvio.

municarte lo contenido en ellos, de seguro que palparíamos con la mayor claridad, cómo los Ejercicios destruyen

Me creí entonces sobre la cima del monte Ararat, y ví al Corazón de Jesús como el arca salvadora. . . . . Indudablemente, mi dulce amiga, en esos momentos se operaba en nosotras algo igual á lo que sucedió á Noé y á los suyos cuando el diluvio.

¿Acaso no estábamos nosotras allí convocadas para salvar á la piedad que se entibia, al fervor que se pierde, al bello sentimiento religioso que se adultera? ¿No estábamos allí para salvar nuestro sexo, que el mundo llama bello tal vez para corromperlo con más facilidad? En los momentos en que las bacanales del carnaval, en que los antros de prostitución envenenan el corazón de la pobre mujer, ¿acaso no estábamos allí nosotras para salvar el pudor, la modestia y la piedad, que son las tres gracias de que debe estar adornada el alma de la débil hija de Eva?

Julia, amiga querida, mi imaginación en aquellas circunstancias tomó un vue-

lo tal, que no sentí cuando á las seis sonó el timbre, llamándonos á la distribución. . . . Desperté al fin de mi arrobaamiento, porque el zig-zag del rayo y el ruido del ronco trueno me despertaron. La tempestad por fin se deshacía hacia el SE. y se alejaba de nosotras; pero no sin demostrar su furia, vomitando truenos y centellas. La nube que bien descubrían mis ojos desde el corredor del segundo piso, era negra, muy negra en su fondo, pero en su vértice terminaba en blanquísimos y espesos copos, por donde se paseaba el rayo sin cesar. . . . .

El Padre Director me habló, diciéndome que ya había comenzado el Rosario. Bajé la escalera precipitadamente y me vino en estos instantes el recuerdo de la Divina Comedia; me creí en las mismas circunstancias de Beatriz al lado del Dante, paseándose primero por el infierno, con ansias de salir de aquellos antros horribles, y con deseo vivo de subir á contemplar el cielo.

siempre. Pensé en la noble mujer de Magdala, en la viuda de Nain, en la hija de Jairo, en fin, en todas las mujeres favorecidas por el amor santo de Jesús, y me encontré feliz, inmensamente fe-

Entré en la Capilla; el Rosario casi ya tocaba á su término, y la meditación, después de la lectura espiritual, vino á reanimar mi arrobamiento anterior.

Dirigí mis ojos hacia la imagen hermosa de María de Guadalupe, á quien procuro amar con todas las fuerzas de mi corazón, como mexicana que soy, y le hice esta súplica, que el Dante atribuye á San Bernardo, y que yo me aprendí cuando leía la Divina Comedia.

«Oh Virgen Madre! Hija de tu propio Hijo, la más elevada y humilde de todas las criaturas, término invariable de la voluntad eterna; Tú ennobleciste la humanidad, cuyo Autor no se desdijó de convertirse en su misma obra.

«En tu seno se inflamó el amor, á cuya llama germinó la voz de eterna paz. Tú significas aquí, para nosotros, un sol de piedad en su medio día entre los mortales, vivo raudal de esperanzas. Mujer, eres tan inmensa y poderosa,

modestia y la piedad, que son las tres gracias de que debe estar adornada el alma de la débil hija de Eva?

Julia, amiga querida, mi imaginación en aquellas circunstancias tomó un vue-

que el que pretende gracia sin recurrir á Ti, se propone elevarse sin alas.

«Tu magnanimidad no sólo atiende al que implora, sino que suele anticiparse á su demanda. En Ti reside la misericordia, la piedad, la munificencia y cuanto bueno pueda residir en la criatura; por esta razón, el que desde los abismos del universo hasta aquí vió una en pos de otra las existencias de los espíritus, te ruega le otorgues la indispensable fuerza para alzar su vista al Supremo Bien.»

Para no ver la luz ni objeto alguno extraño á mi deseo de entregarme á la contemplación del cielo, me cubrí los ojos y me arrodillé.

Las delicias de la oración se rehusan á la facilidad de ser descritas; sólo te aseguro que lo que ví está más allá de ese sol que dora las nubes y de ese rayo que desata la tempestad.

Al caer de rodillas recordé estas palabras de Beatriz, en el Canto vigési-

siempre. Pense en la noble mujer de Magdala, en la viuda de Nain, en la hija de Jairo, en fin, en todas las mujeres favorecidas por el amor santo de Jesús, y me encontré feliz, inmensamente fe-

moprimero de la Divina Comedia: «Estamos ya en el séptimo esplendor . . . Pon tu espíritu al lado de tus miradas, y convierte tus ojos en espejos para la imagen que en ellos se va á reflejar. . .»

De repente la voz pausada y conmovida del Padre Director hirió dulcemente mis oídos; me descubrí los ojos y me encontré en un mar de luz y frente al Sagrario abierto, descubriéndose el Sagrado Depósito velado en el Cópón con una tenue gasa de tela de oro. El Padre Director, señalando hacia el centro del Sagrario, dijo: «*Hé aquí al Cordero de Dios; hé aquí al Corazón divino de nuestro Maestro y Redentor Jesús. Él es quien ha descendido en este sagrado recinto hasta el fondo de vuestros corazones, y Él es en quien se miran, como en un espejo, vuestras conciencias. Espera vuestros propósitos; está atento á escuchar vuestras promesas. Habladle, hoy que teneis vuestras lámparas encendidas, y reclinados en ese amante Corazón.*

modestia y la piedad, que son las tres gracias de que debe estar adornada el alma de la débil hija de Eva?

Julia, amiga querida, mi imaginación en aquellas circunstancias tomó un vue-

estuvo rumbosa, y durante el día muchas señoras y señoritas que no pudieron tomar los Ejercicios, fueron á pasar con nosotros los últimos meses de la

*que con ardor inmenso desea permanecer unido á vosotras hasta la consumación de los siglos. Haced vuestros propósitos. Él os escucha. . . .»*

No sé de qué medio se valdrían los grandes pensadores para poder expresar, aunque fuera de una manera vaga, lo que yo sentí cuando el Padre Director acabó de hablar.

La presencia real de nuestro Señor Jesucristo en el augusto Sacramento del Altar, es todo un cielo; pero un cielo adonde no penetran sino los ojos de la fe y en donde se estrella el mar de la elocuencia del hombre limitado, muy limitado en sus conocimientos.

Yo pensé en la Samaritana, y ví á Jesús dándonos del agua que sacia para siempre. Pensé en la noble mujer de Magdala, en la viuda de Nain, en la hija de Jairo, en fin, en todas las mujeres favorecidas por el amor santo de Jesús, y me encontré feliz, inmensamente fe-

moprimero de la Divina Comedia: «Estamos ya en el séptimo esplendor . . . Pon tu espíritu al lado de tus miradas, y convierte tus ojos en espejos para la

liz ante aquella fuente perenne de bendiciones y de gracias.

Jamás me había parecido tan bello altar alguno; y creo bien que si tú hubieras estado allí, en las mismas circunstancias que yo, afirmarías que en aquellos momentos el altar humilde de la Capilla que Durango ha consagrado al Sagrado Corazón de Jesús, excedía en hermosura á los que te deslumbraron en Europa.

El Padre Director arrodillóse unos minutos mientras hacíamos nuestros propósitos. El silencio era solemne y la majestad de aquel acto arrobadora. No era posible dudar que allí estaba el Dios-Amor, apoderándose por completo de nuestras almas.

Siguió el Sermón, y como si nuestros ojos necesitaran del impulso de la palabra divina para convertirse en torrentes de lágrimas, estas se desbordaron y humedecieron el pavimento del Templo sagrado . . .

estuvo rumbosa, y durante el día muchas señoras y señoritas que no pudieron tomar los Ejercicios, fueron á pasar con nosotros los últimos momentos de

Nadie, ninguna de las ejercitantes quería ser la primera en salir de aquel jardín de delicias inefables. El Padre Director nos esperó para felicitarnos, y al acercarnos, agradecidas, á recibir su felicitación, ninguna pudo articular palabra, porque el llanto nos embargaba á todas.

Después de que pasaron estos momentos de belleza y satisfacción indescriptibles, pasó también la cena, y del refectorio salimos con toda libertad á comunicarnos, las unas y las otras, nuestras impresiones.

Como el cielo se presentaba completamente despejado, la luna próxima á su primer cuarto menguante, pudo subir con toda la majestad de reina de la noche, sin estorbo alguno, ostentando su argentada luz y reflejándose en los ojos de las ejercitantes, humedecidos todavía por el llanto, como se refleja en la fuente cristalina.

Contando ya, como te he dicho antes,

moprimero de la Divina Comedia: «Estamos ya en el séptimo esplendor . . . Pon tu espíritu al lado de tus miradas, y convierte tus ojos en espejos para la

con algunas amigas, ellas y yo, á la luz de la luna, pasamos un largo rato sobre la azotehuela del refectorio, comunicándonos nuestros deseos. La más entusiasta de mis nuevas amigas me instó á que le manifestara lo que más deseaba en aquel instante, á lo que cedí, no sin pedir á todas disculpa, porque les iba á manifestar mi deseo en unos versos que son el final del prólogo de un pequeño drama religioso que yo conozco y que lleva por título «Sara» ó «Un Viaje á Belén,» y que tú, querida Julia, conoces también; ¿los recuerdas? Te los voy á escribir para que los recuerdes mejor:

Ahora de un ángel quiero con anhelo  
Sus blancas alas, y cruzar veloz  
Región divina, remontando el vuelo  
Hasta llegar á la mansión de Dios.

El día siguiente fué dedicado todo entero al culto del Divinísimo Señor Sacramentado. La orquesta de la Misa

estuvo rumbosa, y durante el día muchas señoras y señoritas que no pudieron tomar los Ejercicios, fueron á pasar con nosotras las últimas gratas horas de aquel Retiro, y con esto la Capilla no estuvo sola ni un solo momento.

En la comida reinó la más viva cordialidad, sirviéndonos de vino el néctar delicioso de sentimientos purísimos que se desbordaban de nuestros corazones. Yo recorrí las tres mesas que ocupaban cerca de ochenta personas, y en todas no escuché sino expresiones de la más sincera gratitud y de alegría inmensa.

Siento, querida amiga que, según la última que me escribes, no puedas venir á Durango, porque tu matrimonio se verificará muy pronto. Eres muy buena, y Dios bendecirá sin duda tu enlace; pero si hubieras tomado los Ejercicios antes de casarte, de seguro que con más solidez y con mayor atención habrías dado el paso más formal de tu

no comprender, que los ejercicios espirituales tienen «partes que estremecen, porque llevan el rugir de la mar agitada cuando amenaza la tempestad.» Y cómo no comprenderlo cuando al en-

vida. Creeme, dulce amiga, los Ejercicios forman el corazón de la esposa, preparan en el crisol de la virtud á la madre y revisten con una coraza de firme abnegación á la mujer que emprende la ingente lucha con las vicisitudes de la vida, y sobre todo á la que pone su felicidad, las más veces, en manos del hombre que conoce sólo superficialmente. Ya me comprendes, ¿verdad, amiga mía?

El día de acción de gracias por fin tocó á su término. Pasó el Rosario á toda orquesta, el último Sermón del Padre Director y como final el *Te Deum*. Después de cubierto Nuestro Amo, las ejercitantes empezaron á salir pausadamente de una en una, demostrando en sus semblantes el dolor que les causara separarse de allí. Yo ví desfilar á todas, y observé que dirigían á la sagrada Imagen del Corazón de Jesús una mirada tierna, con los ojos preñados de lágrimas. Seguro que le pedían,

.....  
 El día siguiente fué dedicado todo entero al culto del Divinísimo Señor Sacramentado. La orquesta de la Misa

como yo le pedí en aquellos instantes, valor en el combate y su auxilio en los ataques de los enemigos, que nos esperaban en medio del bullicio adonde nos volvíamos

Todo el jardín, el corredor y los aposentos estaban llenos de parientes y amigos de las ejercitantes. Yo procuré que no me encontraran P. y L., que me buscaban con avidez, escondiéndome perfectamente, y desde un ángulo de una de las azotehuelas, ví que una grande hilera de carretelas, situadas en las calles Mayor y en la 1.<sup>a</sup> del Sagrado Corazón de Jesús, iban siendo ocupadas por mis compañeras de Ejercicios.

El ruido de los coches, que partían uno por uno, fuese amortiguando poco á poco; después un profundo silencio me indicó que todo había terminado. Bajé y penetré á la Capilla, y me quedé allí un rato mientras un mozo volvía trayéndome una carretela.

El chisporroteo de la lámpara que se

no comprender, que los Ejercicios espirituales tienen «partes que estremecen, porque llevan el rugir de la mar agitada cuando amenaza la tempestad.» Y cómo no comprenderlo cuando al en-

apagaba por falta de combustible, me hizo estremecer, y pensé en la facilidad con que en el mundo podíamos perder el bálsamo recogido, las ejercitantes que tan pocos momentos hacía ardíamos allí mismo en amor divino. . .

Salí por fin. . . . Hoy me sustenta el dulce recuerdo de tan bellos días, y entre suspiros que brotan del fondo de mi corazón, con mucha frecuencia canto:

Corazón Santo,  
Tú reinarás. . . . .

¡Adiós! querida Julia, ¡adiós! sabe que nunca te olvida quien desea para tí todo bien.

Tu amiga

ELVIRA.



El día siguiente fué dedicado todo entero al culto del Divinísimo Señor Sacramentado. La orquesta de la Misa

## CONTESTACION DE JULIA

Mi amadísima Elvira:

DESCIENDO de la altura tan bella como desconocida á que insensiblemente me ha llevado la lectura de las interesantes y preciosas cartas con que tu fraternal amistad me ha favorecido, para. . . no diré cumplir con el deber, sino disfrutar el desahogo de contestártelas; desahogo que siempre será incompleto, pues desgraciadamente no todo lo que el corazón siente lo puede la palabra expresar; y es mucho lo que tus encantadoras cartas me han hecho sentir.

Para que mi contestación estuviera

no comprender, que los Ejercicios Espirituales tienen «partes que estremecen, porque llevan el rugir de la mar agitada cuando amenaza la tempestad.» Y cómo no comprenderlo cuando al en-

apagaba por falta de combustible, me hizo estremecer, y pensé en la facilidad con que en el mundo podíamos perder el bálsamo recogido, las ejercitantes que tan pocos momentos hacía ardíamos allí mismo en amor divino. . .

Salí por fin. . . . Hoy me sustenta el dulce recuerdo de tan bellos días, y entre suspiros que brotan del fondo de mi corazón, con mucha frecuencia canto:

Corazón Santo,  
Tú reinarás. . . . .

¡Adiós! querida Julia, ¡adiós! sabe que nunca te olvida quien desea para tí todo bien.

Tu amiga

ELVIRA.



El día siguiente fué dedicado todo entero al culto del Divinísimo Señor Sacramentado. La orquesta de la Misa

## CONTESTACION DE JULIA

Mi amadísima Elvira:

DESCIENDO de la altura tan bella como desconocida á que insensiblemente me ha llevado la lectura de las interesantes y preciosas cartas con que tu fraternal amistad me ha favorecido, para. . . no diré cumplir con el deber, sino disfrutar el desahogo de contestártelas; desahogo que siempre será incompleto, pues desgraciadamente no todo lo que el corazón siente lo puede la palabra expresar; y es mucho lo que tus encantadoras cartas me han hecho sentir.

Para que mi contestación estuviera

no comprender, que los Ejercicios Espirituales tienen «partes que estremecen, porque llevan el rugir de la mar agitada cuando amenaza la tempestad.» Y cómo no comprenderlo cuando al en-

á la altura de su contenido, debería escribir la no con tinta, sino con lágrimas; no con palabras, sino con gemidos; no con el cariño fraternal que á ti siempre me ha ligado, sino con el amor de Dios, que tu bello corazón de ángel en mi pobre corazón de mujer ha encendido....

No hay duda, la gracia que tú atesoraste en ese dulce Retiro, que pido á Dios me permita disfrutar antes de que disponga de mi vida, has logrado trasmitirla á mi espíritu, y la estoy sintiendo germinar en mi corazón.

No fué un capricho el móvil que te hizo entrar á tan santos Ejercicios, como no fué una genialidad la que te hizo hacerme la promesa de comunicarme tus impresiones: ambas cosas fueron efecto de la gracia que á ti te ha permitido disfrutar el más grande de todos los bienes, y á mí me ha inspirado el deseo de participar de tu dicha.

¡Qué buen uso supiste hacer de tu albedrío y del empeño que tienen tus pa-

.....  
 El día siguiente fué dedicado todo entero al culto del Divinísimo Señor Sacramentado. La orquesta de la Misa

hecho sentir, me lo confirman en mí misma: pues yo siento dominado mi orgullo, siento la necesidad de hollarlo en la santa casa de la humildad y de la

dres en complacerte! ¡Y qué bien has sabido corresponder á la predilección divina que tan ventajosamente para ti, encadenó tu voluntad!

Dices que deseabas que no me hubiera alejado de ti en esos días, y la verdad es que no estuve lejos; pues estuve en tu recuerdo, estuve en tu corazón, estuve en tu pensamiento, y lo que es más, estuve en tus oraciones; tibias y tal vez ineficaces al principio, pero ardientes y eficacísimas después, en que tu amor á Dios, en cuyo regazo las hacías, te hacía amar á los pecadores y pedir para ellos el bien que Dios á manos llenas te concedía.

Bien comprendo, porque mi propia razón me lo dice y tus expresivas cartas no han podido menos que hacérmelo comprender, que los Ejercicios Espirituales tienen «partes que estremecen, porque llevan el rugir de la mar agitada cuando amenaza la tempestad.» Y cómo no comprenderlo cuando al en-

á la altura de su contenido, debería escribir la no con tinta, sino con lágrimas; no con palabras, sino con gemidos; no con el cariño fraternal que á ti siempre

contrarse el alma en aquel santo Retiro, secuestrada del mundo, á solas con Dios y sólo con su conciencia, se encuentra frente á frente de sí misma y se ve envuelta en las pasiones que rugen, en el pecado que domina, en la muerte que amenaza, en el juicio que hace estremecer de pavor y en la Eternidad que hiela de espanto! . . . Pero con más razón comprendo y con mayor claridad veo, porque tú me lo has hecho sentir y yo en estos instantes lo estoy sintiendo, que « se convierten muy pronto en puras fuentecillas que bañan á el alma y llenan el corazón de inefable ventura.»

« No puedes figurarte, amiga del alma, cuánto me han hecho meditar tus queridas cartas, cuya lectura constituye la ocupación más grata, más frecuente y más provechosa de mi vida; y en fuerza de leerlas, encuentro en ellas instrucciones aún en aquellos pasajes en que tú menos fijaste la atención.

hecho sentir, me lo confirman en mí misma: pues yo siento dominado mi orgullo, siento la necesidad de hollarlo en la santa casa de la humildad y de la

Me dices, por ejemplo, que la casa que sirvió para el Retiro te era totalmente desconocida en su interior, pues sólo habías ido á la Capilla; y en este sencillo, y al parecer insignificante relato, creo descubrir un misterio y encontrar una lección.

A todos los que nos llamamos cristianos, pero que en realidad solamente lo somos de nombre, nos son totalmente desconocidas las tremendas verdades de la Religión, en su verdadera esencia; pues sólo de vez en cuando, y de una manera accidental, fijamos la vista en la superficie; y no diré, como suele decirse vulgarmente, *no nos da Dios licencia*, sino que el demonio no nos permite dar ese paso tan corto que nos separa del interior de esas verdades que no debemos ignorar. Dichosa tú, mi amada Elvira, que ya conoces ese interior tan lleno de enseñanzas, de encantos, de bienestar y de consuelos! Dichosa también tu amiga, si Dios co-

á la altura de su contenido, debería escribir la no con tinta, sino con lágrimas; no con palabras, sino con gemidos; no con el cariño fraternal que á ti siempre

mo á ti se digna concederle la misma felicidad!

Me dices también que el P. Director recibía á las ejercitantes, y en éste me ha parecido ver á Jesucristo, repitiendo estas palabras que yo nunca, á pesar de mi genial frivolidad, he podido escuchar sin conmoverme: «Venid á Mí todos los que estais trabajados y cargados, que Yo os aliviare» ¡Y que veía su reloj! Como haciendo comprender que el tiempo se va perdiendo, y que hay necesidad de aprovecharlo.

Agregas que la luz de la lámpara «con mucha dificultad resistía el aire que sopla con gran fuerza en esta casa,» y explicas este fenómeno con una oportuna, exacta y perfecta aplicación de los principios físicos que en el Gabinete aquellos nos explicaban; pero yo creo encontrar en él otra figura, otro misterio, otra significación, otra enseñanza.

Lo que pasó por ti, pasó sin duda alguna por la mayor parte, ó á lo menos

hecho sentir, me lo confirman en mí misma: pues yo siento dominado mi orgullo, siento la necesidad de hollarlo en la santa casa de la humildad y de la

por muchas de tus compañeras, y tal vez pasará por mí á pesar del deseo tan grande que tengo de saborear una dicha tan inmensa. Esa llama agitada y próxima á apagarse por el viento, me da una idea del fervor agitado por el aire de las pasiones; de la gracia combatida por el huracán de la tentación. Esas pasiones que tantas veces te dijeron: no estás bien aquí; esa tentación que con tanta tenacidad te dijo: salte.

¿No crees conmigo, amada mía, que el negro manto de la noche que se presentó á tu vista en una extensión considerable, era la imagen de una conciencia envuelta entre las sombras del pecado, que no bastan á iluminar las prácticas piadosas, ó las devociones, ó las virtudes, que sin unidad, sin brillo propio y sin formar cuerpo, pueden iluminarla, porque están diseminadas como al acaso y sin la intensidad ni la fuerza suficientes?

¿Y en esa angustia de tu corazón, y

á la altura de su contenido, debería escribir la no con tinta, sino con lágrimas; no con palabras, sino con gemidos; no con el cariño fraternal que á ti siempre

en esa perturbación de tu voluntad, no viste el principio de esa lucha que tan á menudo tenemos que sostener en la vida, y en cuyo término, si éste está decidido por una victoria, nos está preparada una recompensa? ¿Y en la ayuda que creías recibir de las personas de tu familia, á las que quisiste llamar con tus gritos, no viste la ineficacia de los recursos humanos para las necesidades del espíritu, especialmente en aquella hora en que todos nos abandonan, cuando de todos nos alejamos? ¿Y en la voz del Padre Director que te dijo no temas, no escuchaste la voz de Jesucristo, que tantas veces dijo á sus Apóstoles y en ellos á nosotros las mismas palabras?

Dices muy bien, amadísima Elvira: «los Ejercicios de San Ignacio dominan el orgullo y quitan la venda que impide ver verdades preciosísimas:» pues aunque yo no los he tomado, lo que tú respecto de ellos me has dicho, y lo que ellos por medio de tus cartas me han

hecho sentir, me lo confirman en mí misma: pues yo siento dominado mi orgullo, siento la necesidad de hollarlo en la santa casa de la humildad y de la penitencia, y he sentido caer la venda de mis ojos . . . .

En lugar de esa espesa y opaca venda, los cubren hoy las más dulces lágrimas, pues inconscientemente me he puesto en tu lugar. Yo también me burlaba como tú de las que cantaban en la Iglesia; yo también me sentí como tú dominada por la idea profana de creer que nuestra voz debíamos reservarla para los salones. . . . pero ¡ay! que esta idea tenía por desgracia un sólido fundamento: ¡Nuestra voz no era digna de conmover la atmósfera que rodea á Jesucristo! ¡Nuestra voz no debía perturbar el misticismo de la plegaria de los justos! ¡Nuestra voz, ¡qué horror! solamente merecía ser escuchada en las báquicas tiendas de los pecadores! . . . Pero al seguirte á la Capilla, al verte

no exclusivo, de vernos; y nosotras, no con el objeto exclusivo, pero sí tal vez principal, de ser vistas. Y unos y otras sabemos, ó por lo menos debíamos saber, que la Misa es «un Sacrificio que se

caer á las plantas de nuestro dulce Jesús, que te arrastró á ti con su gracia, y que me arrastra á mí con tu ejemplo, *no puedo más*, y con los ojos nublados por las lágrimas que me refrescan, abro mi corazón culpable para cantar al Corazón santo de nuestro dulcísimo Jesús . . . . No sé como pudiste contener tu llanto, porque yo en los instantes en que te estoy escribiendo no puedo contener el mío . . . . Ni lo intento tampoco, ni lo quiero: lo que quiero, lo que deseo, lo que necesito, es derramarlo como tú, en la Capilla de la santa Casa de Ejercicios, á los pies de «la bella imagen del Sagrado Corazón de Jesús,» que como á ti se dignará mirarme y que ya me parece que me está viendo.

Muy bien, mi amada Elvira, creo comprender tu situación en esos momentos: la gracia comenzaba á iluminar tu espíritu, á hacerse sentir en tu corazón, á adueñarse de ti . . . . ; pero quién eres tú

el órgano y quitan la vena que impide ver verdades preciosísimas:» pues aunque yo no los he tomado, lo que tú respecto de ellos me has dicho, y lo que ellos por medio de tus cartas me han

y quién eras entonces, para resistir al enemigo que ya te contaba por suya! Pero al mismo tiempo, ¡quién era y quién es este enemigo para vencer á los que lo han vencido; para destruir lo que ellos han edificado! Muy oportuna fué la Letanía de los Santos, en la que, después de invocar á la Trinidad en sus tres Augustas Personas y á la inmaculada Madre de Dios en sus más dulces prerrogativas, parece que los cristianos, invocando los méritos, las virtudes, la mediación y las oraciones mismas de todos los Santos Angeles y Arcángeles, de todos los Espíritus celestiales, de todos los Santos Patriarcas y Profetas, de todos los Santos Apóstoles y Evangelistas, de todos los Santos Discípulos del Señor, de todos los Santos Inocentes, de todos los Santos Mártires, de todos los Santos Sacerdotes y Levitas, de todos los Santos Monjes y Eremitas, de todas las Santas Vírgenes y Viudas, y en una palabra, de todos los Santos y

no exclusivo, de vernos; y nosotras, no con el objeto exclusivo, pero sí tal vez principal, de ser vistas. Y unos y otras sabemos, ó por lo menos debíamos saber, que la Misa es «un Sacrificio que se

Santas de Dios, parecen decirles: nosotros nada podemos; mas vosotros, que tanto podeis, rogad por nosotros.

¡Con razón te desconociste! Estabas acostumbrada á la compañía de los torpes habitantes del mundo, que al acercarse á ti con sus galanterías y sus mentiras excitaban tus pasiones, y allí te veías rodeada de los bienaventurados espíritus celestiales, que al ponerse en contacto con tu alma, despertaban en ella con el recuerdo de su santidad, de sus méritos y sus oraciones, los más delicados sentimientos.

Yo veo, mi dulce amiga, con toda la claridad de la fe, que por una protección especial de la misericordia divina, no se ha extinguido en mi alma, que mi vida de mundo había hecho permanecer por tanto tiempo en el estado latente, y que hoy, á la acción eléctrica de tus espirituales cartas, he sentido levantarse enérgica, vigorosa, potente, acompañada de las otras dos virtudes que

er orgullo y quitar la venda que impide ver verdades preciosísimas:» pues aunque yo no los he tomado, lo que tú respecto de ellos me has dicho, y lo que ellos por medio de tus cartas me han

en mi Bautismo me fueron infundidas, la Esperanza y el Amor; yo veo, repito, el efecto de tantos ruegos como tú imploraste en la maravillosa, conmovedora y poética Letanía de los Santos, que, te diré de paso, aun en medio de mi criminal indiferencia, nunca he podido oír cantar sin conmovirme: pues merced á estos ruegos fué siendo más viva en ti la impresión de la divina palabra. ¡Qué grande y qué eficaz es el efecto de la Comunión de los Santos!

Qué encanto tan indefinible tiene para mí esa oscuridad de la Capilla de que tú me hablas en tus cartas, de la que oí hablar una vez, por accidente, en un estado de espíritu muy diferente del estado en que aquellas me han puesto! Estando de visita en casa de L... se habló de ti, como era natural, y de tu idea, que no pocos calificaron de peregrina, de entrar á Ejercicios; y merced á esta circunstancia la conversación rodó algunos instantes sobre este punto.

no exclusivo, de vernos; y nosotras, no con el objeto exclusivo, pero sí tal vez principal, de ser vistas. Y unos y otras sabemos, ó por lo menos debíamos saber, que la Misa es «un Sacrificio que se

Un amigo de la casa, que estaba presente, que me había causado una mala impresión porque no me dirigió ni una sola de las galanterías que estaba acostumbrada á recibir y á las que me consideraba con derecho, habló con cierto entusiasmo de los Ejercicios, considerándolos, á mi torpe modo de ver, con toda la exageración del fanatismo, y deteniéndose á hacer observaciones sobre esa oscuridad, dijo estas palabras, poco más ó menos: «Nada, absolutamente nada he visto que alumbre tanto al espíritu, como la oscuridad de esa Capilla.»

— ¡Ay, Jesús, qué congoja! . . . exclamé interrumpiéndole, y haciendo un estudiado movimiento de admiración y de desdén.

— Permítame vd., señorita, me dijo dirigiéndome por primera vez la palabra, que le haga observar que ese ¡ay! que casi siempre es la expresión de un sentimiento, en esta vez no ha salido

el orgullo y quitan la venda que impide ver verdades preciosísimas:» pues aunque yo no los he tomado, lo que tú respecto de ellos me has dicho, y lo que ellos por medio de tus cartas me han

más que de sus labios; que no sé si por fortuna ó por desgracia, no sabe vd. lo que es congoja; y que el nombre de Jesús, digno por tantos títulos de veneración y de respeto, no debía vd. invocarlo con tanta ligereza y para menospreciar las cosas santas.

Te confieso que me hicieron muy mal efecto estas palabras, en las que mi amor propio me hizo ver un arranque de descortesía, y unos instantes después me retiré, sintiendo un verdadero rencor contra un hombre *tan mal educado*. . . .

«Por primera vez en mi vida—me dices—oía una Misa como debe oirse.»

Una nube, negra como la de tempestad, han extendido delante de mis ojos, y lo que es más, han enyuelto mi espíritu como en un sudario de muerte estas palabras, en las que veo un merecido reproche. . . . he dicho mal, un oportuno aviso del Cielo.

Del fondo de mi conciencia, que co-

no exclusivo, de vernos; y nosotras, no con el objeto exclusivo, pero sí tal vez principal, de ser vistas. Y unos y otras sabemos, ó por lo menos debíamos saber, que la Misa es «un Sacrificio que se

mo lo habrás notado ya, se encuentra perturbada, he sentido levantarse esta pavorosa pregunta, severa como una acusación, terrible como un cargo, abrumadora como una falta, punzante como un remordimiento: Y yo, ¡cuántas misas he oído bien?

Tú sabes muy bien, amiga del alma, que no te exajero al decirte que ninguna!

Yo, que nunca he consentido en quedarme sin Misa los días de fiesta, he ido sólo por una costumbre, y he asistido á ella como á un espectáculo . . . no me atrevo á decir de qué naturaleza; pero sí me atreveré á decirte, porque lo hago en la confidencia de una carta, vaciando mi corazón en el de una amiga verdadera y con el arrepentimiento que se debe tener en la confesión, pues me estoy confesando contigo, que cuando en el teatro he visto fingir que muere por un hombre, una mujer envilecida y degradada en los brazos de la prosti-

er organo y quitan la venda que impide ver verdades preciosísimas:» pues aunque yo no los he tomado, lo que tú respecto de ellos me has dicho, y lo que ellos por medio de tus cartas me han

do el abundante fruto que de ellos sacaste, y sin embargo, tiemblo cuando al leer por centésima vez tus primeras cartas, veo en ellas tu resolución de salirte . . .

tución, no me ha sido posible contener las lágrimas; y cuando en el altar he visto morir por mí al Santo de los santos en los brazos de la Cruz, no sólo mis ojos han estado secos y mi corazón indiferente, sino que alguna vez . . . ¿me atreveré á decirlo? . . . mis labios se han agitado al impulso de una sonrisa!

¡Y decir que casi todos oyen Misa con esa indiferencia tan criminal! Y no solamente los hombres que en su ceguedad aun se jactan de ser indevotos; las mujeres, que tenemos la costumbre de la devoción, y que llevamos el libro de artística pasta como un juguete, y el rosario de vistosas cuentas como un adorno, hacemos lo mismo. Ellos y nosotras, con frecuencia profanamos el templo: ellos van á él, con el objeto principal, si no exclusivo, de vernos; y nosotras, no con el objeto exclusivo, pero sí tal vez principal, de ser vistas. Y unos y otras sabemos, ó por lo menos debíamos saber, que la Misa es «un Sacrificio que se

mo lo habrás notado ya, se encuentra perturbada, he sentido levantarse esta pavorosa pregunta, severa como una acusación, terrible como un cargo,

hace de Cristo, y una representación verdadera de su vida y de su muerte.

Ahora recuerdo que en una Plática cuaresmal á que me hizo ir mi mamá una tarde, dijo el Padre que cada ceremonia de la Misa está llena de enseñanza, de significación y de misterios, y que debíamos consagrarle toda nuestra atención; pero no recuerdo cómo demostró ese punto, pues estaba yo muy contrariada, y deseaba salirme de la Iglesia cuanto antes...

No puedes figurarte, mi amada Elvira, el efecto que me ha producido la reflexión que me haces y el recuerdo que con ella me despiertas, respecto del esmero que ponemos en nuestra *toilette* para ir al templo; á mí siempre me había parecido mal, pero á pesar de esto, me he dejado arrastrar de la costumbre, con la facilidad con que seduce todo lo que halaga.

Por desgracia esta costumbre está muy generalizada aun en las personas más

do el abundante fruto que de ellos sacaste, y sin embargo, tiemblo cuando al leer por centésima vez tus primeras cartas, veo en ellas tu resolución de salirte....

piadosas, las que, con todo y su piedad, profanan la Casa de Oración, como dijo Jesucristo á los mercaderes de Jerusalén, á quienes arrojó del templo á latigazos.

Si hubieras visto en la Función que hubo en S..... con motivo de.....!

Con mucha anticipación se distribuyeron las invitaciones; y como si se tratara de un baile, se pusieron en actividad todas las modistas, y el día de la Función, el lujo llenaba las naves con todo su esplendor y su magnificencia: parece que quería oscurecer el esplendor y la magnificencia del altar.

Yo te confieso que me sentí contrariada, pues no pude menos que recordar lo que una vez oí predicar que había dicho Dios: «este pueblo me honra con los labios, pero me ofende con el corazón.»

¡Qué horror, Elvira, consultar los figurines de la moda para asistir á la muerte de un Dios!

mo lo habrás notado ya, se encuentra perturbada, he sentido levantarse esta payorosa pregunta, severa como una acusación, terrible como un cargo,

Un dardo de fuego has dejado escapar, querida mía, y que ha venido á clavarse en mi pecho, al recordarme el día feliz, el día inolvidable, el día único en que verdaderamente he gozado en mi vida: el día de mi Primera Comuni6n!... ¡Ay Elvira de mi alma! de esta herida están manando raudales de sangre, pero esta sangre corre por mis ojos bajo la forma de lágrimas. . . . devoci6n, afectos, prop6sitos, fervor, esperanzas, amor divino. . . . todo lo que me rode6 entonces y que tanto embelleci6 mi alma, lo he perdido en los salones y en los espectáculos; pero todo voy á recogerlo pronto, muy pronto, para no dejarlo perder nunca, en la Santa Casa de Ejercicios, cuya entrada es mi ideal, mi ilusi6n, mi esperanza, el bien único que ambiciono en el mundo y que te ruego me ayudes á pedir á Dios. . . . ¡ Es verdad que me lo concederá ?

Estoy completamente persuadida de que acabaste tus Ejercicios y estoy vien-

do el abundante fruto que de ellos sacaste, y sin embargo, tiemblo cuando al leer por centésima vez tus primeras cartas, veo en ellas tu resoluci6n de salirte. . . . ¡ Cuán encarnizada estuvo contigo la tentaci6n ! ¡ Cuán prolongada fué la lucha ! ¡ Qué maternal estuvo contigo la gracia !. . . . Permíteme, amada mía, que una vez más y con toda la efusi6n de mi cariño, te felicite.

Me dices que sentías « un poco el frío, » y que te quedaste « recibiendo los tibios rayos del sol que empezaban á bañar la parte Sur del edificio, » y yo veo tu alma, presa del frío del mundo, cuyo espíritu aún te tenía sujeta, recibiendo el calor de ese Sol de Justicia, en cuyo fuego tu corazón ahora se abrasa y por tus cartas se ha comunicado al mío, pues ya me parece sentirlo arder en esas llamas.

Al hablarme de ese frío que sentías y de ese fuego en que te estabas calentando, estableces un paralelo entre tu situaci6n y la del discípulo que negó á su

cuando entré a Ejercicios y me ha comunicado sus impresiones en unas preciosas cartas, que siempre que las leo me hacen llorar y que me han inspirado los más vehementes deseos de entrar á Ejer-

Maestro; ¿me permites, amiga mía, que te manifieste mi inconformidad con este paralelo?

Si me lo permites; y contando con tu autorización te diré que en lugar de un paralelo encuentro muchas desemejanzas.

Pedro estaba calentando su cuerpo, con el fuego material, encendido por mano de hombres; tú empezabas á calentar tu espíritu en el fuego sobrenatural sostenido por la mano de Dios; Pedro estaba en la Casa de un magistrado corrompido; tú en la casa del Santo de los santos: Pedro estaba en el Palacio de la justicia humana; tú en el de la Misericordia divina: Pedro estaba en el Tribunal en que se lleva al reo para notificarle el castigo; tú en el Tribunal en que se llama al culpable para concederle el perdón: Pedro estaba entre los enemigos de Dios; tú, entre sus amigos predilectos: Pedro iba á recrear su gusto halagando su sensualidad; tú, á con-

... esperanza, el bien único que ambiciono en el mundo y que te ruego me ayudes á pedir á Dios.... ¿Es verdad que me lo concederá?

Estoy completamente persuadida de que acabaste tus Ejercicios y estoy vien-

trariar el tuyo con el fuego de la mortificación y de la penitencia: Pedro seguía de lejos á Jesús; tú te habías acercado á Él.... Por eso no habrías negado como no negaste; y por eso te dejaste conducir por la gracia, y por eso logras-te tan abundante y sazonado fruto.

Esa necesidad que tú me dices le encargó el Padre que les dió las Pláticas Doctrinales, de no resistir al llamamiento divino, la estoy sintiendo, pues me la han hecho.... ¡qué digo! me la están haciendo sentir tus amadas cartas, que han sido para mí un verdadero, sonoro, eficaz, y terminante llamamiento. Yo lo he escuchado y estoy dispuesta á seguirlo, pues en cuanto haya una tunda, entro porque entro.

Las oportunas y juiciosas reflexiones que me haces respecto de Santa Juana Francisea de Chantal, me han dado una gran luz sobre la actitud que debemos tomar en Sociedad para poner un dique á la irreverencia, por no decir la blas-

... de entrar á Ejercicios y me ha comunicado sus impresiones en unas preciosas cartas, que siempre que las leo me hacen llorar y que me han inspirado los más vehementes deseos de entrar á Ejer-

femia, que es la esencia de las conversaciones, y de las agudezas, y de los rasgos de ingenio, y de cultura, y de ilustración, de que tanto alarde hacen esos jóvenes y no jóvenes insustanciales que tanto abundan, que toman por entero nuestros salones y que por todas partes nos siguen los pasos. Yo creo que si nos propusiéramos reprimir sus desmanes, lo conseguiríamos con muy poco trabajo. El empeño de todos ellos es quedar bien delante de nosotras y agradarnos; así es que haciéndoles comprender que quedan mal y que nos fastidian, tendrían que cambiar de rumbo; pero nuestra debilidad, nuestro sistema de contemporizaciones, nuestra verdadera complicidad, los alienta y los estimula; pues nuestra desaprobación, si es que alguna vez la expresamos, parece más bien una muestra de aprobación ó un aplauso. ¡Ah qué vd! ¡Es vd. incorregible! ¡Vd. como siempre! ¡Vd. no tiene remedio!.... Es lo más que solemos de-

en el mundo y que te ruego me ayudes á pedir á Dios.... ¡Es verdad que me lo concederá?

Estoy completamente persuadida de que acabaste tus Ejercicios y estoy vien-

cirles entre sonrisas afectuosas, y sin interrumpir nuestra cordial y animada conversación.

Se me ocurre que podíamos formar una Asociación cuyo objeto fuera, sin salir de los límites de la buena educación, manifestarles el desprecio que nos inspiran á todos esos que desprecian el nombre de Dios y nuestros propios sentimientos.

¿No crees, mi dulce amiga, que debemos hacer algo por Dios, cuando otros hacen tanto por Él? Sin ir muy lejos tienes el santo Sacerdote que dirigió tus Ejercicios, á quien conociste de joven catequista, y hoy ocupa uno de los puestos más elevados de la gerarquía eclesiástica, á los que no se llega sino con las alas del talento y la virtud, y desde el que está ganando tantas almas para Dios. No solamente la tuya y la de todas tus compañeras de Ejercicios: la mía y la de todos los que lean tus cartas, que deben ser leídas, que nece-

sa de entrar á Ejercicios y me ha comunicado sus impresiones en unas preciosas cartas, que siempre que las leo me hacen llorar y que me han inspirado los más vehementes deseos de entrar á Ejer-

sitan ser leídas, porque están destinadas á pro lucir maravillosos efectos. No creas, mi buena Elvira, que te adulo; tú has escrito bajo la influencia de las impresiones de la gracia, y puedo decirte que tus cartas están escritas por ese virtuoso y sabio Sacerdote, puesto que por su mediación Dios te inspiró su contenido.

Yo tampoco sabía lo que era examen particular: había oído esta palabra, y le había dado una significación muy diferente de la que tiene; y como lo que tú me dices no lo veo bastante claro, no porque falte claridad en la exposición de tus ideas, sino por lo extraña que soy á los asuntos espirituales, quise fijar bien el sentido de este concepto, y voy á decirte cómo lo logré.

Volví á encontrar en la casa de la Sra. L... al caballero aquel que me echó mi *resoplido* que tan mal efecto me hizo. Mi primera impresión fué de desagrado, pero pronto se cambió: no sé si porque

en el mundo y que te ruego me ayudes á pedir á Dios.... ¿Es verdad que me lo concederá?

Estoy completamente persuadida de que acabaste tus Ejercicios y estoy vien-

y estoy segura de que si supieras ó hubieras sabido al escribirlas el bien que me hacen y el que están destinadas á hacer, te habrías detenido en ellas tan-

me hice un esfuerzo para dominarla, ó porque ese señor me trató de muy distinta manera: me dió la mano con cierta cordialidad, me saludó con algo que me pareció distinción, y después de un rato, aprovechando ese silencio que es tan común en todas las conversaciones, hice lo que sin tus cartas jamás habría hecho: un sacrificio de mi amor propio.

—He tenido,—le dije,—muchos y muy gratos motivos de acordarme de vd.

—A ¿qué debo esta honra tan inmerecida, señorita?— me contestó, dando á sus palabras un acento tan cortés, tan expresivo y tan suave, que hizo desaparecer el estado de violencia en que yo acababa de colocarme.

—Tengo una amiga en Durango— le dije,—que es para mí una hermana; acaba de entrar á Ejercicios y me ha comunicado sus impresiones en unas preciosas cartas, que siempre que las leo me hacen llorar y que me han inspirado los más vehementes deseos de entrar á Ejer-

sitan ser leídas, porque están destinadas á pro lucir maravillosos efectos. No creas, mi buena Elvira, que te adulo; tú has escrito bajo la influencia de las impresiones del

ricios; y como el otro día oí á vd. hablar de ellos!....

Signió la conversación girando sobre este punto, y á medida que mi interlocutor hablaba, yo sentía aumentar se en mí estos deseos; y cuando la conversación se formalizó, ya este señor me había inspirado confianza y simpatía.

Animada por esto, le pedí la aclaración que deseaba, y me la dió con tal claridad, que me dejó completamente satisfecha; pues después de haberme demostrado que todos tenemos uno ó varios defectos ó pecados dominantes, que conviene conocer para atacarlos y examinar para conocerlos, se sirvió de una comparación que hace no recuerdo qué santo ó qué escritor, que no puede ser más gráfica ni más persuasiva. Si se quiere reventar una cuerda, aunque sea delgada, no se conseguirá á pesar de los más grandes esfuerzos; pero si se van rompiendo uno por uno los hilos de que

y estoy segura de que si supieras ó hubieras sabido al escribirlas el bien que me hacen y el que están destinadas á hacer, te habrías detenido en ellas tan

está formada, pronto quedará reventada toda, aunque sea muy gruesa.

Al fin quedamos muy amigos, y me ofreció regalarme mi boleto para la primera tanda que haya, y al despedirme, no me dijo Señorita, sino que me llamó por mi nombre.

Tienes razón en decir que la comida te pareció buena y suficiente; pues como yo, desde que me posesioné del espíritu de tus cartas, hablo de los Ejercicios, que son mi sueño dorado, con todos los que puedo, todos me dicen que la comida que se sirve á los ejercitantes, es buena, abundante, sustanciosa y esmerada, y que en esto tienen un empeño particular los Padres Directores: ya para que esté bien satisfecha una de las más imperiosas necesidades del cuerpo, ya por evitar á las personas bastante exigentes en este punto, hasta el más leve motivo de contrariedad ó desazón que turbe la tranquilidad del espíritu.

sitan ser leídas, porque están destinadas á producir maravillosos efectos. No creas, mi buena Elvira, que te adules; tú has escrito bajo la influencia de las impresiones...

La Sra. de L.... cuya virtud, como sabes, es edificante, y ha tenido varias veces la dicha que tú acabas de disfrutar y que yo tanto ambiciono, me dice que los PP. del Oratorio de San Felipe Neri, entre las advertencias que hacen el primer día, figura la de que todo lo que necesite la ejercitante lo pida á la Celadora encargada de la administración de la casa, quien tiene la orden de servir inmediatamente todo pedido; y que en unas hojas impresas que están en los aposentos, se autoriza al ejercitante para designar lo que quiera que se le sirva por desayuno y cena. No puede llegar á más la solícitud, el cuidado, el empeño y la caridad de estos simpáticos, finos y virtuosos Sacerdotes.

Me dices que no tema creyendo que te vas á extender mucho en tus cartas; y esta apreciación, sólo por venir de tí, no la recibo como una mera ofensa. Lo que tengo que reprobarte, es que tus interesantes cartas hayan sido tan cortas;

y estoy segura de que si supieras ó hubieras sabido al escribirlas el bien que me hacen y el que están destinadas á hacer, te habrías detenido en ellas tanto cuanto lo requiere el asunto que en ellas tratas.

Pero ¡ay! que tal vez esta cortedad es estudiada: pues cada una de tus cartas, cada uno de los episodios que en ellas pintas, cada uno de los conceptos en que los expresas, deben ser el objeto de serias y profundas meditaciones.

Sin esfuerzo comprendo la impresión que te causó el ruido mundano, que con más exactitud pudieran llamarse infernal, que fué con sus músicas de orgía á perturbar la paz de tu retiro. ¡Qué contraste! ¡El alma, sublimada por la meditación de las Verdades Eternas, y los sentidos degradados por el sensualismo de los errores temporales! ¡Y qué errores! ¡Perder la dignidad humana! ¡Abdicar la circunspección, la formalidad, la discreción y todo lo que enaltece y reco-

nen entre sus manos un libro, por cuyas líneas, que devoran con avidez, pasan sin cesar los dos ojos, con los que, según dice un Santo que no sé quién es, se irán al infierno del que se librarían sacándo-

mienda al hombre! ¡Ocultar la personalidad bajo los harapos de un arlequín y el rostro bajo un girón de tafetán! Fingir la voz, faltar á las consideraciones sociales en todos sentidos, danzar sin saber con quién y cometer tantos actos inconvenientes, ridículos, peligrosos, y lo que es más, ofensivos á Dios!

Yo no sólo siendo cristiana, pues aun que mala y muy mala, me glorío de serlo; si fuera pagana, estoy segura de que aun en medio de los errores del asqueroso paganismo, repugnaría las diversiones del Carnaval.

¡Qué frivolidad la mía cuando en la carta que te escribí á tu salida, sin pensar siquiera en los sentimientos delicados que conmovían tu corazón y en los pensamientos graves que llenaban tu espíritu, me limité á preguntarte qué personas entraron á los Ejercicios! ¡Y cuánta fué tu benevolencia, ó por mejor decir, tu caridad, al no darme la contestación que merecía mi ligereza! . . . Pero per-

te vas á extender mucho en tus cartas; y esta apreciación, sólo por venir de tí, no la recibo como una mera ofensa. Lo que tengo que reprobarte, es que tus interesantes cartas hayan sido tan cortas;

dóname, mi buena amiga, perdóname y compadéceme; perdóname, pues ya tus cartas me han hecho otra; y compadéceme, porque no he gustado la dicha que tú estás aún saboreando.

Sin la menor resistencia he seguido uno por uno todos tus pasos, pues me has hecho participar de tus meditaciones.

De qué manera tan práctica se muestran en los Ejercicios las ventajas materiales y espirituales que resultan de una prudente distribución del tiempo!

¡Acostarse á las diez! — exclamarán sorprendidas las gentes del mundo, y sobre todo del gran mundo, que viven de noche, es decir, que mueren de noche, puesto que de noche pecan: pues velar de noche, como ellas velan, y dormir de día, como ellas duermen, equivale á perder el día y perderse en la noche: acostarse á las diez, equivale á trasformarse en gallinas. Pero el hecho es que acostándose á las diez, á las

ven entre sus manos un libro, por cuyas líneas, que devoran con avidez, pasan sin cesar los dos ojos, con los que, según dice un Santo que no sé quién es, se irán al infierno del que se librarían sacándo-

cinco de la mañana, como tú lo haces notar, ya se han dormido siete horas y el cuerpo ha descansado, y no ha sentido el malestar y la irritación de la desvelada, y recibe, fuera de la cama, el aire fresco del día, y el alma puede consagrar á Dios las primicias de él, y se tiene tiempo suficiente para la oración, la Misa y todos los actos que ocupan en la mañana al Ejercitante, en los que de una manera natural y fervorosa se consagra á Dios, cuando lo considera bajo el múltiple aspecto con que tú me lo representas: como último fin del hombre, como Salvador, como Padre, como Médico, como Dueño de nuestra vida, como Juez Supremo, como Rey de reyes y Señor de los que dominan.

No sé qué siento, Elvira mía, cuando pienso en que á la hora que yo me levantaba, sin haber hecho nada de utilidad, tú ya habías hecho tanto y de tanto provecho.

Siento que me arde la cara de ver-

te vas á extender mucho en tus cartas; y esta apreciación, sólo por venir de tí, no la recibo como una mera ofensa. Lo que tengo que reprobarte, es que tus interesantes cartas hayan sido tan cortas;

güenza al ver que me dices que soy buena: frase que, si no brotara del cariño fraternal que me profesas y de la caridad ardiente en que te abrasas, no podría tener su origen más que en la ironía.

¡Cómo puede ser buena el alma que está casi olvidada de Dios, que en nada le sirve, que tanto le ofende y que está perdiendo y malgastando un tiempo precioso, con el que podría conseguir su salvación!

No, amiga del alma; no lo repitas, no soy buena, pero sí deseo serlo; si trabajaré por serlo; si pediré á Dios su gracia para serlo, pues es ya un hecho, y he formado esta resolución inquebrantable: no celebraré mi matrimonio, sino hasta que haya tomado los Ejercicios.

Entonces se realizará el deseo que me expresas, pues entonces me encontraré «arrobada en las complacencias de la verdad, que es la posesión del Sumo Bien, que causa una satisfacción inmensa y un contentamiento sin igual.»

nen entre sus manos un libro, por cuyas líneas, que devoran con avidez, pasan sin cesar los dos ojos, con los que, según dice un Santo que no sé quién es, se irán al infierno del que se librarían sacándos-

No me es posible decirte lo que me has hecho sentir al hablarme del pecado, que antes de ahora había pasado casi inadvertido, y que hoy en todas partes se me presenta, por todas partes me rodea y en todos sentidos me ataca: en la conversación, en la lectura, en las ocupaciones y hasta en el templo, pues hasta en el templo veo á esos desgraciados que el autor del precioso librito que me regalaste, designa con el expresivo título de *Los decadentes del Cristianismo*, entre cuyo número... ¡qué horror, Elvira mía, yo también me encuentro! Pero ya no me encontraré entre ellos, después que éntre á Ejercicios!

«¡Cuánta falta — me dices — hacen á las mujeres las buenas lecturas!» Y yo te diré que también á los hombres; pues las lecturas infiltran en el espíritu, donde penetran sin ser analizadas ni discutidas, las ideas que van después á derramarse en la conversación y á extender sus estragos.

te vas á extender mucho en tus cartas; y esta apreciación, sólo por venir de ti, no la recibo como una mera ofensa. Lo que tengo que reprobarte, es que tus interesantes cartas hayan sido tan cortas;

los anotó en su cartera el padre, que se mostró muy agradecido.<sup>1</sup>

En  
ner i

Hoy las malas lecturas se hallan tan generalizadas, que su esfera de acción no tienen límite.

En los trenes del ferrocarril la lectura explota la ociosidad forzada de los pasajeros, que se aburren y que aprovechan la oportunidad que primero se les presenta para *matar el fastidio*. En todas las estaciones compran algo y comen algo, yo creo que no porque tienen necesidad de comer, sino por hacer algo. Pues en estas circunstancias la lectura viene á extender ante sus ojos y depositar frente á sus asientos seis ú ocho volúmenes, generalmente á la rústica, que en la cara exterior llevan un grabado propio para excitar la curiosidad que nunca duerme, y la pasión que siempre vela; y á poco andar, ya varios pasajeros tienen entre sus manos un libro, por cuyas líneas, que devoran con avidez, pasan sin cesar los dos ojos, con los que, según dice un Santo que no sé quién es, se irán al infierno del que se librarían sacándolo libro y  
— Pue

No me es posible decirte lo que me has hecho sentir al hablarme del pecado, que antes de ahora había pasado casi inadvertido, y que hoy en todas par-

se un ojo, es decir, dominando su curiosidad.

Como ya tú me enseñaste á abusar del estilo epistolar, entrando en digresiones, te voy á referir un hecho que pasó á mi vista en el ferrocarril C.... cuando me trasladé de Z.... á M....

En el asiento que estaba al lado del nuestro, viajaba un individuo, en el que noté empeño particular de aislarse, y en parte lo consiguió, merced á un libro cuya lectura parecía absorber su atención por completo.

Y digo en parte, porque al pasar por allí otro pasajero, que se dirigía á uno de los extremos del coche, fué reconocido por él y le habló por su nombre.

Cuando el pasajero volvió á su asiento, se detuvo en el de su conocido, se sentó enfrente de él y trabó conversación, de la que yo me impuse, pues estaba muy cerca.

A los pocos minutos llegó á ese lugar una simpática joven, de aspecto distin-

los anotó en su cartera el padre, que se mostró muy agradecido.<sup>1</sup>

En cuanto al periódico, no puedes tener idea de cómo pululan esas hojas vo-

guido, figura interesante, que parecía tener de diez y seis á diez y ocho años, y en cuyo conjunto se transparentaban el candor y la inocencia de la primera edad.

—Mira, papasito, lo que compré—dijo al pasajero que allí se había detenido, mostrándole un libro empastado en tela azul, recargada de adornos dorados.

—Bueno, hijita—le contestó el padre, sin interrumpir su conversación más que para presentarla á su interlocutor.

—Me costó doce reales—agregó la joven con la sencillez de una niña;—¿verdad que es muy barato?... Ya me voy á mi lugar, pues no más vine á enseñártelo.

—¿Me permite vd., señorita—dijo mi vecino—que vea su libro?

—Con mucho gusto—contestó la joven, con vivas muestras de contrariedad, pues tenía alboroto por leer ese libro y por ver sus estampas.

—Pues mil gracias—contestó el im-

No me es posible decirte lo que me has hecho sentir al hablarme del pecado. ~~que antes de ahora había pasado ca-~~

ar-

oportuno desconocido, — sírvase vd. pasar á su asiento, dejarme su libro para verlo, y dentro de unos minutos tendré el gusto de llevárselo.

La joven se ausentó disgustada; su improvisado interlocutor hizo girar rápidamente las hojas, y mostrando una estampa á su conocido, le dijo: — Mire vd. lo que va á leer su hija.

El padre palideció, se puso en pie, y en exclamaciones incoherentes manifestó su desagrado. Quiso levantarse para reconvenir al vendedor de aquel veneno; pero su amigo lo contuvo, diciéndole que nada se aventajaba, y que convenía aprovechar este hecho que anunciaba un peligro, para evitarlo. . . . La conversación siguió girando sobre la lectura, á la que esa joven, según dijo su padre, era muy aficionada; á los males que puede causar, así como á los bienes que puede producir. Mi vecino recomendó algunas obras, que divierten, instruyen y moralizan, cuyos títu-

los anotó en su cartera el padre, que se mostró muy agradecido.<sup>1</sup>

En cuanto al periódico, no puedes tener idea de cómo pululan esas hojas volantes de á centavo, que á mí no me dejan leer, pero que yo, á pesar de la prohibición, he leído y rechazado con horror.

Se me representan á esos mosquitos ponzoñosos que en todas partes están, que por todas partes se meten, que á todo el mundo pican, inyectando, en sus picaduras, la ponzoña . . . . Y hay unos que tienen estampas, que la verdad no sé cómo los permiten.

Yo te prometo evitar, á toda costa, las malas lecturas; y aunque me ha de costar trabajo privarme de las novelas, que me han gustado tanto, no volverás á ver una en mis manos.

<sup>1</sup> Este episodio es histórico, y el autor de estas líneas fué quien impidió la lectura de un libro inmoral á la virtuosa joven en cuyas manos cayó.

y por lo que yo he sentido con tu reseña, comprendo lo que tú sentirías con la realidad.

¡La música, que con artística flexibilidad se hermana con nuestras alegrías,

La tierna parábola del Hijo Pródigo, que no sólo leí con avidez, sino que pude contemplar á lo vivo en unos cuadros que tenemos en el saloncito, y que había yo visto con la misma indiferencia que los dibujos del tapiz, me ha hecho llorar mucho, pues no he podido menos que notar las semejanzas que existen entre mi alma y ese infeliz á la vez que ingrato hijo; y en cuanto al pecado venial, he sentido no sé qué, al verlo familiarizada que estoy con él, pues hasta me parece natural el cometerlo..

¡Ay Elvira de mi alma! ¡qué será de mí si en el estado en que actualmente estoy me sorprende la muerte! ¡Dichosa tú que al meditar en ella te sentiste con valor para morir! Yo no, yo tengo mucho miedo, y le pido á Dios que antes de mandarme la muerte me conceda entrar á Ejercicios.....

La rápida consideración—pues ni meditación puede llamarse—que me obligaste á hacer del juicio y del infer-

jo su padre, era muy aficionada; á los males que puede causar, así como á los bienes que puede producir. Mi vecino recomendó algunas obras, que divierten, instruyen y moralizan, cuyos títu-

no me puso excitada, nerviosa, enloquecida, pues te lo digo con ingenuidad, yo temía y temo presentarme en el juicio, porque estaba segura que después de él me esperaba el infierno... pero cuando me hiciste ver estas palabras del P. Director: «*Buenas noches, hasta la gloria,*» hizo explosión millanto reprimido. Lloré mucho y me desahugué mucho, pues yo también espero el cielo... ¡Es verdad, mi dulce amiga, que Dios me lo ha de conceder? ¡Es verdad que tú me ayudarás á pedirlo? ¡Es verdad que, para conquistarlo, todo mi empeño debe cifrarse en entrar á Ejercicios?....

Un verdadero destello de la gloria me han parecido los últimos instantes de tu permanencia en ese santo Retiro, en el que tan cerca has estado de Dios; y por lo que yo he sentido con tu reseña, comprendo lo que tú sentirías con la realidad.

¡La música, que con artística flexibilidad se hermana con nuestras alegrías,

La tierna parábola del Hijo Pródigo, que no sólo leí con avidez, sino que pude contemplar á lo vivo en unos cuadros que tenemos en el saloncito, y que

con nuestros pesares, con los sentimientos todos de nuestro corazón y con todas las emanaciones de nuestra alma! Las flores, que parecen ser las depositarias de los colores de la luz, de la frescura de las brisas, del aroma de los perfumes, de los encantos todos de la encantadora naturaleza; los himnos que se entonan, las felicitaciones que á las almas afortunadas se dirigen, los obsequios que se les hacen, el júbilo de que se las rodea. . . . ¡Ay, Elvira del alma, cuándo habías soñado disfrutar esos goces, que no sé cómo no derritieron tu corazón, por naturaleza tan delicado y tan sensible!

Bien comprendo, amada Elvira, cuándo estos Ejercicios, que tú has saboreado, y de cuya abundantísima cosecha has dejado caer, como los segadores de Booz, unas nutridas y doradas espigas para que yo las recoja; bien comprendo, digo, cuándo se exaltó tu amor á María, puesto que por Ella nos

vienen todos los beneficios que Dios es tan pródigo en derramar sobre sus hijos: ¡y es tan dulce, tan tierna, tan misericordiosa, tan Madre! Y hay en su amor tanta ternura, y en su poder tanto atractivo, y en su devoción tanta pureza, y en su conjunto tantos encantos, que yo no concibo nada bello, nada grande, nada tierno, nada santo separado de María . . . Ah, sí, yo soy, te lo repito con sinceridad, verdaderamente mala, pero amo á María mucho, mucho, mucho, y la he de amar toda mi vida.

Tienes mucha razón, mi amada Elvira, y ya te he manifestado mi resolución de no casarme antes de tomar los Ejercicios, pues siempre he visto el matrimonio como un Sacramento, sin cuya gracia no es posible llenar sus delicados deberes. Cómo tú sabes, mi prometido esposo es un buen creyente, sin lo que, de seguro, no le hubiera correspondido, y ha aprobado mi resolución; y en esto han influido mucho tus cartas, que

La tierna parábola del Hijo Pródigo, que no sólo leí con avidez, sino que pude contemplar á lo vivo en unos cuadros que tenemos en el saloncito, y que

ha leído con emoción y ha elogiado con entusiasmo. Tuvo la franqueza de decirme que antes de leer tus cartas tenía otra idea de los Ejercicios, pues había oído hablar mal de ellos. Yo le manifesté que el mundo está llenó de mentecatos, que con el atrevimiento de la ignorancia hablan de lo que no entienden, emiten ideas que no son propias, recogidas muchas de ellas en los periódicos de á centavo; que si se les hace una pregunta del Catecismo, contestan, con aire de superioridad y de jactancia, que ya no se acuerdan, y que en cualquier corrillo, entre los sorbos del café, el humo del tabaco y las copas de la cantina, se erigen en tribunal para juzgar á los santos Padres, á los Concilios y hasta al Espíritu Santo, pues no perdonan en su ceguedad ni á las Santas Escrituras.

Dejémoslos y compadezcámoslos, y que no venga su recuerdo á enturbiar la alegría en que me siento rebosar al sentir la dicha que inundó tu alma en

las últimas horas de los santos Ejercicios.

¡Qué prodigo se manifestó Dios para pagarte el sacrificio que le hiciste, consagrándote á Él por unos días! ¡Cuánto hubieras perdido si te dejás llevar de tus primeros impulsos y te sales de esa santa casa! Se conoce que Dios te quiere mucho cuando te libró de un mal tan inminente, concediéndote un bien tan grande; y que á mí no me quiere menos cuando me ha dado á ti por amiga.

Con el alma te doy este dulce nombre; y enviándote un estrecho abrazo, que espero poder darte muy pronto, te envío mi más cordial felicitación, recomendándome á tus oraciones y repitiéndome tu amiga.

JULIA.



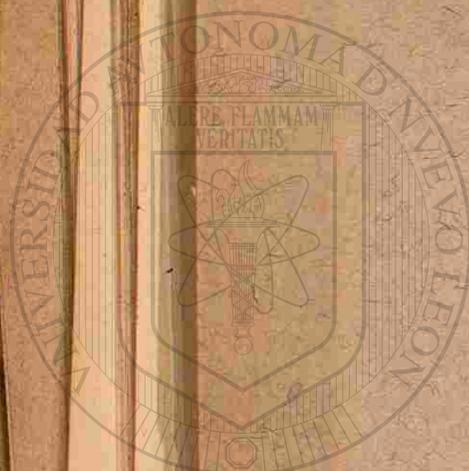
La tierna parábola del Hijo Pródigo, que no sólo leí con avidez, sino que pude contemplar á lo vivo en unos cuadros que tenemos en el saloncito, y que

## ERRATAS NOTADAS

Fig.	Línea.	Se lee.	Debe leerse.
6	19	se dan	se da
20	7	querido	querido,
51	19	del alma	de alma
61	2	Santísimo el,	Santísimo, el
67	12	cama biado	cambiado
67	12	quel	que la
73	10	toda	todo
99	13	últimamente	estrictamente
102	15	otro día	á otro día
102	17	mujeres	mujeres,
103	22	el librito	en el librito
111	15	halla	haya
122	1	en la Capilla	á la Capilla
125	20	Magdala	Magdalo

San Bernardo número 9

1887



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS MEXICO

102	17	mujeres	mujeres,
103	22	el librito	en el librito
111	15	halla	haya
122	1	en la Capilla	á la Capilla
125	20	Magdala	Magdalo

## APROBACIÓN

DE

### LAS PEQUEÑAS VIRTUDES

Y LOS

### PEQUEÑOS DEFECTOS DE LA JOVEN

EN EL PENSIONADO Y EN LA FAMILIA

**POR EL AUTOR DE LAS "PAJITAS DE ORO"**

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR EL MISMO TRADUCTOR DE AQUELLAS

OBRA APROBADA POR LOS SRES.

**EL ARZOBISPO DE AVIGNON**

**Y EL OBISPO DE FREJUS Y TOULON**

IMPRENTA DE "EL CIRCULO CATOLICO"  
San Bernardo número 9

1887

APROBACIÓN

DE

LAS PEQUEÑAS VIRTUDES

Y LOS

PEQUEÑOS DEFECTOS DE LA JOVEN

EN EL PENSIONADO Y EN LA FAMILIA

POR EL AUTOR DE LAS "PAJITAS DE ORO"

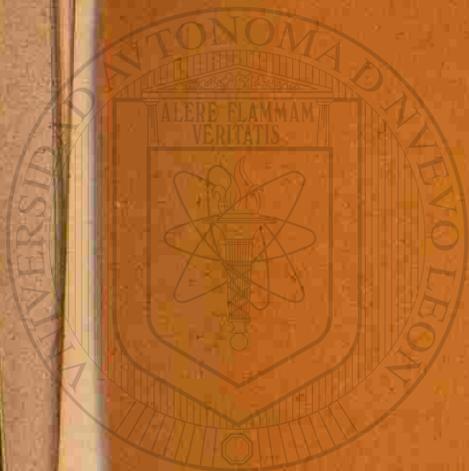
TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR EL MISMO TRADUCTOR DE AQUELLAS

OBRA APROBADA POR LOS SRES.

**EL ARZOBISPO DE AVIGNON**

**Y EL OBISPO DE FREJUS Y TOULON**



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS MEXICO

IMPRENTA DE "EL CIRCULO CATOLICO"

San Bernardo número 9

1887

## APROBACIÓN

DE

### MR. DUBREIL ARZOBISPO DE AVIGNON

Según el informe que se nos ha dado, aprobamos la obra titulada: *Las pequeñas virtudes y los pequeños defectos de la joven en el pensionado y en la familia*, por un sacerdote de nuestra Diócesis, y la recomendamos como muy útil, en particular á las piadosas institutrices, llamadas á formar el corazón y el carácter de las jóvenes cuya educación les está confiada.

Avignon, 2 de Octubre de 1864.

✠ LUIS-ANNE, ARZOBISPO DE AVIGNÓN

## APROBACION

DE

Mr. Terris, Obispo de Frejus y Toulon.

[EXTRACTO DE UNA CARTA AL AUTOR.]

A la aprobación de vuestro *Sumario de la Doctrina católica* me apresuro, mi querido canónigo, á unir, al menos haciendo referencia de ellos, los elogios que merecen vuestras anteriores publicaciones tan felizmente propagadas. ¡Quién no conoce vuestras *Pajitas de oro* periódicamente esparcidas, hace algunos años, por todos los vientos del cielo, arrojando sus brillantes destellos sobre tan diversos horizontes? y la *Ciencia de la eco-*

nomía doméstica y el libro de piedad de la joven en el Colegio y en vacaciones, y el libro de los niños que se preparan para la primera comunión, y *Las pequeñas virtudes y pequeños defectos de la joven*, y el *Tratado del estilo epistolar*, y el de la *Composición literaria*. En un orden más elevado, penetrando las santas profundidades de la vida religiosa habeis publicado el *Pequeño libro de las superiores*, el *Pequeño libro de las novicias*, la *Dirección espiritual para el uso de las comunidades*, y por último, si no me engaño, el *Libro de las profesas* que procuramos recomendar á nuestros conventos, y cuyo volumen complementario creo no nos hareis esperar mucho. No pasaré en silencio el *Libro de los enfermeros*, que os ha valido, bajo el punto de vista médico, una excelente carta de un antiguo alumno de los hospicios de Toulon. Vuestras obras, mi querido canónigo, no son sólo Pajitas; forman, bajo el modesto velo del anónimo, verdaderas gavillas de oro.

Me es muy grato reanudar hoy, con vos los lazos de antigua amistad de uno de vuestros condiscípulos que, Obispo hoy, tiene á mucho honor el enviaros con su bendición las seguridades de su afectuosa estima y completa adhesión en Nuestro Señor.

Frejus, 28 de Abril de 1882.

✠ FERNANDO, *Obispo de Frejus y Toulon*.

## INTRODUCCIÓN.

### I

#### OBJETO DE ESTE TRABAJO.

Estas páginas no son solamente un libro de lectura; están redactadas de manera que sean en la familia más meditadas que leídas; en el pensionado, aprendidas de memoria, recitadas en la clase, y comentadas algunas veces por la maestra.

Nada de nuevo ofrecen, nada que las niñas no hayan oído mil veces; pero tal vez la obligación de reflexionar sobre los consejos que encierran, puesto que será necesario aprenderlas de memoria, les dará una utilidad que nunca tienen las conferencias ni las simples lecturas, por interesantes que sean.

La experiencia ha sido hecha, y hemos visto este pequeño trabajo aprendido voluntariamente por las educandas, suministrar á las maestras la ocasión de muchas lecciones que eran tanto mejor comprendidas y prácticamente provechosas, cuanto no eran del todo directas.

Que no se tema el que haya una lección más que aprender: á las niñas no les hace falta la memoria, sobre todo, cuando el libro que tienen en las manos les habla de sí mismas; por otra parte, si fuera necesario reemplazar con este libro de moral una página de mitología, ó aun, una vez por semana, algunos capítulos de historia antigua, no será por ésto el tiempo perdido.

¡Las niñas, ó mejor dicho todos nosotros, no tenemos necesidad de ser buenos, más bien que sabios?

Este trabajo tiene por objeto el hacer buenas, desde muy temprano, á esas queridas niñas cuyo corazón no tiene necesidad más que de ser excitado para hacer el bien. Viene á prestarse á las maestras como un instrumento que no tiene valor, sino en sus manos, y con ayuda del cual ellas insinuarán con más facilidad la virtud.

No hemos hablado de la oración, sin la cual ninguna reforma es posible, y ninguna virtud sólida; pero siempre la suponemos.

Este no es precisamente un libro de piedad, sino un libro que continuase las inspiraciones de la piedad y fuese como un auxiliar material á la gracia del buen Dios.

Un gran número de otras cuestiones hubieran podido ser tratadas; las reservamos para un segundo volumen, destinado á la

primera entrada en el mundo, en el que se darán consejos y explicaciones que actualmente serian inoportunos.

En éste hemos resumido muchos libros; esto acaso sea lo que haga todo el mérito del nuestro.

## II

### PLAN GENERAL.

La Sagrada Escritura dice de la mujer fuerte: *La gracia está sobre sus labios y la sabiduría en sus discursos.*

Estas dos cualidades nos suministrarán el plan de este trabajo.

La gracia embellece á la joven y le da un encanto que la hace amable.

La sabiduría añade el valor á lo que sólo agradaba; y al afecto que como por instinto se le profesaba á la niña, viene á unir la estima más razonada y duradera.

Sin duda que el afecto verdadero no se encuentra sólo sin la estima, pero la estima si puede estar sola sin el afecto, y nosotros no quisiéramos que así sucediese para con esas queridas almas que nos han sido confiadas.

Hay pues para la joven, virtudes que la hacen amable.

Hay virtudes que la hacen estimable.

Entre las primeras indicaremos *la bondad, la dulzura, la modestia, la afabilidad, el amor á la verdad, la obediencia, el reconocimiento, la urbanidad y el aseo.*

Entre las segundas hablaremos solamente del amor al trabajo, del respeto, de la discreción, del orden y de la economía.

¡Oh! si durante esos años de pensionado en que nos es dado poner en esas jóvenes almas los fundamentos de la santidad, pudiésemos darles esas virtudes que parecen no tener por objeto más que su felicidad de aquí abajo, no vacilaríamos ya en el momento de la separación, en dejarlas irse por el mundo.

No sólo lo atravesarían, como la paloma, sin mancharse las alas, sino que, como ella también, dejarían á su paso el ramo de la esperanza que hace soñar en el cielo.

Esa unión perfecta de la gracia y de la sabiduría á la cual tiende este librito, no se encuentra sino en algunos santos.

Cuando ellos hablan, la luz parece brotar de sus labios; cuando obran, sus actos tienen algo de suave y celestial.

La gracia atrae hacia ellos á el alma enferma ó herida; la sabiduría les da siempre una palabra de consuelo y de esperanza.

La sabiduría sepulta en el secreto de su

corazón las confianzas de otro corazón atraído por la benevolencia, y ésta virtud les impide sentir toda importunidad desde el momento que hay un bien que hacer.

La gracia, en fin, unida á la sabiduría, es la que da al corazón lastimado ó despreciado la fortaleza necesaria para mostrarse siempre bueno, para esperar sin impaciencia la hora en que pueda aún ser útil y para decir á toda hora como Jesús: "Venid á mí los que sufrís y estais llenos de dolor."

¡Oh! qué amable es una alma santa! Por qué, piadosas maestras, no podríais vosotras formar algunas de ellas? Nosotros quisiéramos que el buen Dios se sirviese de este librito para ayudaros.

Al lado de las virtudes hay defectos: ¿las espinas no crecen junto á las rosas?

Los indicaremos también para hacerlos evitar y desarraigar del corazón, y estudiaremos cada uno de ellos, inmediatamente después de la virtud á la que es opuesto.

Así pues trataremos:

1.º Como contrarios á la amabilidad de la joven: *de la perversidad, de la malignidad, de la afectación, de la puerilidad, de la mentira, de la desobediencia, de la ingratitud, de la descortesía y del lujo.*

2.º Como contrarios á la sabiduría de la

joven: *de la ociosidad, de la irrespetuosidad, de la indiscreción y de la prodigalidad.*

Ofrecemos este nuestro trabajo á las niñas, por las manos de la Santísima Virgen que durante su vida sobre la tierra, nos mostró, perfectamente unidas en sí misma, la gracia y la sabiduría.

Ella es la Madre de todos nosotros; procuremos para imitarla y agradecerla, ser amables y virtuosos.

## LAS PEQUEÑAS VIRTUDES

Y LOS

### PEQUEÑOS DEFECTOS DE LA JOVEN

EN EL PENSIONADO Y EN LA FAMILIA

## PRIMERA PARTE

### VIRTUDES QUE HACEN AMABLE A LA JOVEN.

DEFECTOS OPUESTOS A ESTAS VIRTUDES.

## CAPITULO I

### LA BONDAD.

#### 1.º *¿Qué cosa es la bondad?*

La bondad es la voluntad constante de hacer el bien y el cuidado de no dejar escapar ocasión alguna de hacerlo.

Es toda natural en las niñas que nacen buenas, como la flor nace bella y atractiva.

La virtud que más nos aproxima á Dios es la bondad, es la que los hombres aprecian y estiman siempre, la sola en que parece ser permitido el exceso.

joven: *de la ociosidad, de la irrespetuosidad, de la indiscreción y de la prodigalidad.*

Ofrecemos este nuestro trabajo á las niñas, por las manos de la Santísima Virgen que durante su vida sobre la tierra, nos mostró, perfectamente unidas en sí misma, la gracia y la sabiduría.

Ella es la Madre de todos nosotros; procuremos para imitarla y agradecerla, ser amables y virtuosos.

## LAS PEQUEÑAS VIRTUDES

Y LOS

**PEQUEÑOS DEFECTOS DE LA JOVEN**

EN EL PENSIONADO Y EN LA FAMILIA

### PRIMERA PARTE

VIRTUDES QUE HACEN AMABLE A LA JOVEN.

DEFECTOS OPUESTOS A ESTAS VIRTUDES.

#### CAPITULO I

#### **LA BONDAD.**

1.º *¿Qué cosa es la bondad?*

La bondad es la voluntad constante de hacer el bien y el cuidado de no dejar escapar ocasión alguna de hacerlo.

Es toda natural en las niñas que nacen buenas, como la flor nace bella y atractiva.

La virtud que más nos aproxima á Dios es la bondad, es la que los hombres aprecian y estiman siempre, la sola en que parece ser permitido el exceso.

Innata en el corazón se desarrolla con la edad, á menos que el pecado no la sofoque, ó la cambie en afectada sensibilidad.

“Dios, dice Bossuet, cuando formó el corazón y las entrañas del hombre, puso allí primeramente la bondad, como el propio carácter de la naturaleza divina.”

Es en la niña donde principalmente se reconoce ese don de Dios.

2.º ¿Cuántas clases de bondad se distinguen?

Se distingue la bondad de espíritu ó de carácter, que consiste en no decir nunca una sola palabra que pueda desagradar ó contrariar, en no enfadarse por las chanzas ó burlas de los otros, sino aun tener siempre en los labios la sonrisa que ensanche el corazón de los que nos rodean.

La bondad del alma ó del corazón que completa la bondad de carácter, y consiste en hacer todo lo que puede agradar á los otros, en obedecerlos cuando son superiores, en socorrerlos en lo que se pueda, en consolarlos al menos, y en trabajar en su dicha amándolos.

### 3 RESULTADOS DE LA BONDAD.

1.º La joven que es buena, está casi segura de ser dichosa. Ella sufrirá sin duda; los corazones buenos son más sensibles que los otros, pero encontrará en sí misma el remedio á muchas penas.

Sembrando la bondad, hace nacer en su corazón recuerdos que la indemnizarán más tarde de muchas ingratitudes.

Dios se ha reservado el pagar á los buenos corazones, todo lo que ellos han dado de afecto y de cuidados.

Hacer actos de bondad es echar delante de sí sobre el camino de la vida que tiene que recorrerse, la semilla de flores brillantes, suaves y perfumadas que embellecen y encantan el sendero.

2.º La joven que es buena, bien pronto llegará á ser virtuosa; la bondad no es la virtud sin duda, pero dispone á ella.

Como debe entrar en lucha con la más invencible de nuestras inclinaciones, *el egoísmo*, ella nos impone á cada instante el olvido de nosotros mismos y una multitud de pequeños sacrificios que destruyen poco á poco los defectos y acostumbra á vencerse.

La bondad, dice graciosamente un autor antiguo, es la miel que alimbara todos los defectos, y hace desaparecer lo agrio del carácter.

Nunca se hace uno á la vela en una buena acción, añade un proverbio, sin dejar algún defecto sobre la ribera.

Así, cuántas imperfecciones se perdonan á un buen corazón! Se sabe bien que él mismo

se las reprocha y que á toda hora trabaja por hacerse menos imperfecto.

3.º La joven que es buena, por doquiera es bien acogida. La violencia que se ha hecho para someter su voluntad, la ha vuelto *complaciente*, ella se presta de buena voluntad á los otros. Puede ser que algunas veces se la sobrecargue; pero considerándose dichosa en prestar sus servicios, se cree bastante recompensada con el afecto que se le tiene, y se ve tan amada, que ni piensa en quejarse.

Y cuando su familia, cuando los pobres dicen simplemente: *Ella es buena*, es que traducen en su lenguaje aquellas otras palabras que pronuncian los ángeles: *Ella es amada del buen Dios*.

#### 4 DIFERENTES ACTOS DE BONDAD.

1.º La bondad olvida las injusticias.

La joven buena no deja que el sol se ponga, sin que una señal de afecto haya dicho á la compañera con quien tal vez ha tenido una ligera diferencia: Amémonos.

Su sueño sería inquieto si no hubiera pedido perdón á su maestra ó á su madre, á quienes ha molestado por alguna indiscreción.

2.º La bondad nos hace dar al pobre con una lágrima de piedad, el pán que pide y el vestido que le falta.

Ella nos enseña á privarnos de algunos

antojillos para socorrer á los otros, á partir con nuestros compañeros lo que hemos recibido para nosotros, y á aceptar con reconocimiento y sencillez lo que una mano amiga nos presenta.

Dar, es ser bueno; recibir, es aprender á serlo.

3.º La bondad nos hace ver sin envidia á aquellos de nuestros compañeros á quienes su mérito, la fortuna ó la casualidad ha colocado en una posición superior á la nuestra, y nos hace gozarnos en el bien que les viene.

Los celos pueden rozar el corazón de la joven buena, como esos malos vientos que pasan sobre las flores; pero la flor agitada por el viento, esparce con más abundancia sus perfumes, y á la vista de una compañera más amada que ella, la niña que tiene buen corazón dirá: *Ella lo merece tanto!*

4.º La bondad llega hasta darnos la fuerza de sufrir para ser útiles á los demás.

Oh! cuán dulces son las lágrimas que corren de los ojos, cuando ellas ahorran un dolor á los que amamos!

Ser castigada por una compañera culpable y no decir nada por temor de que ella lo sepa, es el primer pensamiento de un buen corazón.

## 5 CÓMO SE LLEGA Á SER BUENO.

*Haciendo el bien es como se llega á ser bueno, y como se desarrolla el instinto del corazón.*

Las ocasiones se presentan á cada instante del día, y no dejar escapar ninguna, es aumentar la dicha á cada instante.

El deseo de obligar que va por delante de todos los deseos, la dulzura que procura la paz, una buena palabra, un semblante risueño, una obediencia pronta, un deber cumplido con más cuidado por agradar, todo ésto es de la bondad.

Ser bueno es poner su espíritu, su corazón y sus fuerzas, al servicio de todos.

¿No se puede hacer ésto todos los días?

## CAPITULO II

## LA PERVERSIDAD.

6 *Qué cosa es la perversidad?*

La perversidad es la voluntad de hacer el mal, hecha hábito y puesta en práctica.

¿Hacer el mal! Causa rubor el confesar que este deseo tan justamente llamado *infernado* se forme y crezca en el corazón de una niña y gaste después, como una úlcera corrompida, todo lo que hay de puro y delicado en la joven.

La bondad les va tan bien á la una y á la otra, les es tan natural!

¿La niña no es un ángel que Dios ha prestado á la tierra para después volver á llamarlo al cielo?

¿La joven no es como una urna de perfumes que purifica y embalsama todo su derredor, como un anillo de oro que liga las almas? ¿No es la voz que consuela, la mano que da, el brazo que sostiene?

Hé aquí lo que dice el corazón. La experiencia ¡ay! viene algunas veces á mostrar en esas almas naturalmente buenas, *un instinto de perversidad* que hace decir: El demonio ha pasado por ahí.

¿No sucede algunas veces que el viento de la tempestad suele sembrar en medio de un cestillo de suaves flores, plantas emponzoñadas?

Estudiemos rápidamente la perversidad en la niña y después en la joven.

## 7 COMO SE MANIFIESTA LA PERVERSIDAD. ®

1.º Se ven algunas niñas empeñadas en comprometer y en denunciar á sus compañeras y á sus hermanas.

Alguna de ellas es castigada? ¿Sufre alguna uno de esos pequeños dolores que hacen llorar? la perversa sonríe y repite esa palabra vulgar pero tan odiosa: Tanto mejor!

2.º Algunas veces hiere maliciosamente á otra niña más débil y tímida, la empuja con violencia, ó por medio de astutas provocaciones la obliga á cometer algunas acciones que ó la ridiculizan ó la hacen acreedora al castigo.

3.º Ella impacienta y mortifica con malos procederes, con nombres injuriosos y con una propaganda páfida á las personas encargadas de velar sobre ella y que le consagran su juventud, sus talentos y su vida entera.

4.º Otras veces la niña perversa se complace y disfruta un maligno placer en atormentar á los animales inofensivos, y en reirse de la imposibilidad en que los pone de huir ó aún de moverse.

¿Porqué matar un insecto por ejemplo, cuando no es nocivo, y que bastaría hacerlo á un lado para librarnos de su aspecto ó de su importunidad?

“Vaya, pobre animalillo; el mundo es bien grande para nosotras dos” decía una amable niña, espantando una mosca que la molestaba, hacia la ventana que estaba abierta.

Esto es muy sencilllo, pero ¿no es verdad que es conmovedor? Una niña que así obra sin ser vista, nunca será perversa.

5.º La perversidad se manifiesta también por el amor á la destrucción que parece intano en algunos niños: revolver, romper, en-

suciar, destruir, es un grande gusto y algunas veces parece una necesidad para ellos. Por todas partes donde pasan, raro será que no dejen las huellas por algún desastre que causen.

Pero, digámoslo en verdad, todos esos actos reprobables y malos, pueden felizmente no suponer aún la perversidad propiamente dicha, es decir *pasada ya á ser hábito*.

Esa misma niña que torturaría á un animalito, que perseguiría á su compañera con palabras injuriosas, daría su pan á un pobre hambriento, y se despojaría de sus vestidos por cubrir los desnudos y trémulos miembros del que se los pidiera; solo esos actos repetidos, si no son rigorosamente castigados, conducen poco á poco á la *insensibilidad* primero, después á la *dureza de corazón*, y una vez el corazón endurecido, ¡oh! muy poca diferencia hay entre el instinto feroz de un animal que se alimenta de sangre, y el instinto del niño sin corazón que llegado á ser egoísta, no busca más que el dejarlo satisfecho!

La niña muestra abiertamente esa propensión á la perversidad; la joven comprende la vergüenza á que se expone y obra con más precaución.

Pero en ella no es ya solo un *instinto*; lo ha dejado crecer, ha resistido á las inspiraciones de su conciencia y á los reproches de

sus maestras; ese instinto ha llegado á ser en ella una segunda naturaleza.

La perversidad en ella se manifiesta en el interior por los celos, y se derrama al exterior por la *maledicencia*.

Los celos la hacen odiar á todas las personas que brillan por su mérito, por su posición ó por sus riquezas.

La maledicencia la ayuda á manchar y á desprestigiar á todos aquellos de quienes está celosa.

#### 8 CONSECUENCIAS DE LA PERVERSIDAD.

No queremos describir aquí los efectos de esa enfermedad del corazón que *roe hasta la médula de los huesos*, según dice el Espíritu Santo; es demasiado vergonzosa.

Haremos observar solamente, que la joven perversa, se priva de los más dulces goces que puede encontrar: amar y ser amada.

Se la teme, se la odia, se huye de ella, y, en ese aislamiento á que poco á poco se ve reducida, parece que todo le grita: Tú sufrirás lo que has hecho sufrir.

El instinto perverso puede hacerse sentir en todos, pero no se establece ordinariamente sino en las personas de una capacidad mediana. "Nadie es tan perverso como un tonto" ha dicho un moralista.

La perversidad es una planta espinosa que

no solo sofoca las otras buenas plantas, sino que aun muestra por de fuera sus frutos emponzoñados.

Una alma perversa, refleja su fealdad aun sobre el rostro de la persona.

#### 9 MEDIOS DE CORREGIRSE.

Se ha puesto en cuestión si la perversidad podía curarse.

Sin una gracia muy especial de Dios, es casi incurable, cuando ha llegado la edad madura.

El solo medio eficaz en la juventud es la confianza en los directores á quienes deben mostrarse las llagas del alma, y la completa sumisión á sus ordenes.

Dios no nos ha dado una madre, maestros y directores, solo para la vida del cuerpo y de la inteligencia; ellos tienen también la misión de formar el carácter y purificar el corazón.

Además, para curar la perversidad, vicio del carácter y del corazón, no basta la bondad; es necesario los *castigos*.

Palabra dura y espantosa sin duda, pero supuesto que es necesario arrancar las espinas, ¿se puede hacer esto sin desgarrar algo el corazón?

Tened el valor de aceptarlos sin murmurar y de satisfacerlos con generosidad.

Una niña que durante algunos meses acepta y satisface puntualmente sus castigos, está segura de ser muy pronto *perfecta*. La frase no es exagerada: ensayadlo.

Dios ha vinculado al castigo bien satisfecho, una virtud que santifica con una rapidez admirable.

Me acuerdo de una mujer de buen sentido que había enseñado á sus hijos desde la más tierna edad, que la perversidad y el mal humor eran enfermedades que debían curarse con un remedio; así siempre tenía dispuestas unas pequeñas dosis de unos polvos muy amargos, y los pequeños enfermos, luego que tenían un capricho ó hacían un acto malo, recibían una de aquellas dosis en lugar de cena ó de otro alimento.

¡Cuanta razón tenía aquella madre! ¡Un defecto no es una verdadera enfermedad!

### CAPITULO III

#### LA DULZURA.

10 *Qué cosa es la dulzura? Cuales son sus efectos.*

La dulzura es una facilidad de carácter por la cual se condesciende siempre con complacencia, pero sin baja, á la voluntad de los otros.

Es la dulzura la que hace la dicha en la vida de familia; y haría la del mundo entero, si todos pudiesen poseerla.

¿De donde vienen la mayor parte de las miserias que se dicen inherentes á la humanidad? De que todo el mundo quiere tener razón; de que nadie quiere ceder ni aún á aquel que tiene por amigo.

Oh! Si cada uno olvidando un poco *sus derechos* viese un poco más *sus deberes*, cuán buena sería la vida! “¡Bienaventurados los mansos!” decía Jesucristo.

La joven que posee la dulzura siempre es amada.

Hay en sus facciones y en su mirada algo de tranquilo y reposado que expresa la bondad y atrae desde el primer momento en que se la ve.

“Una fisonomía dulce, dice un moralista, puede ser fea impunemente, por que la bondad del alma se refleja en ella por una especie de transparencia misteriosa.”

11 *COMO LA DULZURA NOS PROCURA LA DICHA.*

Uno de los más poderosos medios de ser dichoso, es el de ser útil á los otros consagrándose á ello.

La bondad hace que el corazón se consagre á los otros; la dulzura que es llamada *la enseñanza de la bondad*, atrae en torno nuestro, á

los que no se atreverían á exponernos sus necesidades.

1.º Ella nos hace officiosos y atentos para con todos y nos hace encontrar mil ocasiones de prestar nuestros servicios sin humillarnos.

2.º Jamás acostumbra contradecir, juzga de las cosas sin malicia, soporta pacientemente los reproches, ó si son injustos se justifica sin cólera y sin amargura.

3.º Toma para con sus inferiores un tono afectuoso que gana los corazones y sabe acomodarse á las debilidades de todos.

Sentís la fuerza de obrar así? Id, por el mundo sin inquietud, en él encontraréis el afecto; id por él sin temor, en él encontraréis el respeto.

“Los corazones mansos y dulces, dice el santo Evangelio, poseerán la tierra.”

¿No podrá establecerse como regla general que *si no se nos ama, es porque no sabemos hacernos amar?*

El primer medio para hacerse amar es ser dulce.

## 12 CIRCUNSTANCIAS EN QUE DEBE MOSTRARSE LA DULZURA.

1.º La dulzura debe sobre todo mostrarse para con las personas con quienes vivimos habitualmente. Nada más fácil que una dulzura de pocas horas para con los extraños

que nos lisonjean; pero es á *vuestra casa*, actualmente á *las clases*, á *las recreaciones* y más tarde á *la familia* á donde es necesario llevarla.

*Por fuera* puede darnos un poco de amor propio, lo cual en verdad es un pequeño bien; en *la familia*, nos da la dicha y lo que es más, la da á los otros.

Los antiguos hablan de una mujer que derramaba perlas de sus labios á cada palabra que decía en su casa, y que perdía este privilegio luego que salía. ¿No es esto una buena lección, bajo una imagen risueña?

Podéis tener con frecuencia ocasión de *quejaros*, tendréis siempre injusticia en *reñir*. La dulzura reprende, nunca riñe.

No olvidéis que para vosotras, jóvenes niñas, el más seguro medio de tener siempre razón, es el de ser siempre dulces.

2.º La dulzura debe mostrarse cuando se ve uno obligado á *contradecir* lo cual nunca debe tener lugar con los superiores y rara vez con los amigos.

En este último caso, procurad concluir pronto toda discusión por una galantería graciosa que muestre que no estáis molesta, y nunca aspiréis á obtener el triunfo. ®

Por qué, después de todo, imponer á los otros un sentimiento que puede ser *bueno*, pero que no es el solo bueno?

Estáis segura acaso, de no engañaros nunca?

Vosotras habéis podido observar que aun entre las mejores amigas, cuando alguna vez se acalora alguna discusión, por insignificante que sea el objeto, los corazones se resfrían, al menos por un momento; pues bien, ese resfriamiento del corazón hace siempre mal.

Evitemos las disputas: ¿no vale más conservar una amiga que creer tener razón?

3.º Mostrad la dulzura, cuando os veáis obligada á rehusar ó negar algo; oh! el arte de rehusar es bien difícil é importante!

Rehusar! pero esto es quitar á alguno la esperanza que lo hacía dichoso; es arrancar bruscamente una ilusión que se amaba; es, en una palabra, causar enojo. Ahora bien, ¿cómo causar enojo á alguno sin hacerlo nuestro enemigo?

Esta frase vulgar: *Es necesario dorar la píldora* está muy llena de sentido; pero es una frase que se aprende poco. El carácter dulce encuentra en sí mismo recursos que su buen natural puede solo inspirarle.

4.º Sed dulce cuando debáis hacer un reproche. Todo reproche lleva por consiguiente herido el amor propio. Yo no conozco más que un medio de hacerlo aceptar; os será fácil más tarde á vosotras, como ahora lo es á vuestras maestras. Hélo aquí: *Amad do-*

*blemente, y deslizad vuestro reproche entre dos palabras afectuosas.*

“Nada hay más amargo que la corteza de la nuez cuando está verde, dice el amable San Francisco de Sales y sin embargo, nada hay más dulce cuando está confiturada; así la reprensión, que por su naturaleza es áspera, cosida al fuego de la caridad y sazónada y cubierta con la dulzura, viene á ser amable, deliciosa y muy útil.

### 13 ¿PUEDE ADQUIRIRSE LA DULZURA?

Se puede siempre adquirir la dulzura, pero sólo las personas de carácter enérgico llegan á conseguirla. Ahora bien, la energía de carácter es una cualidad bien rara.

Todo el mundo sabe que San Francisco de Sales nació con un carácter violento y arrebatado; pero lo que no todos saben es que la reforma de ese carácter le costó veintidos años de vigilancia, de combates, de victorias.

“Sólo á fuerza de coger por el cuello á mi cólera, sofrenarla y estrujarla con los pies, es como he conseguido que al llegar á ser pastor, no haya yo dicho una palabra inconveniente y apasionada á mis ovejas.”

Y San Vicente de Paul! no penséis que nació benevolente y dulce; nó, lo llegó á ser. “De natural sombrío, dice su historiador Maynard, melancólico y severo, fué á fuerza

de luchar, el más atractivo de los hombres, y esa dulzura, fruto de la abnegación personal, lo acompañó siempre en los sacrificios que la Providencia exigió en tan grande número á su corazón."

Una joven escribía hace algunos años: "Se me ha dado instrucción, talentos, pero no se me ha enseñado á dominarme; he quedado esclava de mis caprichos, y se me había enseñado á excusarme diciendo delante de mí: *Así nació*. Qué locura! Si yo hubiera nacido con una enfermedad corporal, se habrían ensayado todos los remedios posibles para curarme."

Los defectos del carácter que son las enfermedades del alma, no merecen cien veces más cuidado, puesto que nuestras virtudes nos proporcionan la dicha del cielo y la de la tierra? Vosotras no tendréis que quejaros así; se trabaja con dedicación en formaros un carácter dulce y fácil, ayudad pues los esfuerzos de vuestras maestras.

Esforzaos en vencer vuestros ímpetus y vuestros caprichos y mereced que se diga, á propósito de vuestra dulzura, lo que San Vicente de Paul decía, pensando en San Francisco de Sales: "Oh Dios mío, si Monseñor de Génova es tan bueno, necesario es pues que Vos mismo lo seáis!

#### 14 CARACTERES DE LA DULZURA.

*La dulzura es atenta y cortés* porque sabe escuchar sin enfado ó por lo menos, sin enfado aparente, las relaciones molestas, ya por su poca importancia, ya por su dilación; nunca interrumpe en la conversacion, y reprime una sonrisa que pudiera lastimar.

*Es paciente y buena*, soporta las pretensiones de la tontera, los caprichos de la enfermedad, las repeticiones y lentitudes de la vejez, las importunas preguntas de la infancia.

*Es modesta*, sostiene su opinión sin aspereza y jamás la irrita una opinión contraria á la suya.

Une en fin las ventajas de la prudencia al mérito de la bondad.

Quién podría no amar á una niña cuyo carácter retratan estas líneas?

#### CAPITULO IV.

##### LA MALIGNIDAD.

#### 15 ¿Qué cosa es la malignidad?

La malignidad es un instinto malo que nos impulsa á buscar y á manifestar en los otros los defectos de que adolecen, con el único objeto de divertirnos ó de lucirnos á sus expensas.

de luchar, el más atractivo de los hombres, y esa dulzura, fruto de la abnegación personal, lo acompañó siempre en los sacrificios que la Providencia exigió en tan grande número á su corazón."

Una joven escribía hace algunos años: "Se me ha dado instrucción, talentos, pero no se me ha enseñado á dominarme; he quedado esclava de mis caprichos, y se me había enseñado á excusarme diciendo delante de mí: *Así nació*. Qué locura! Si yo hubiera nacido con una enfermedad corporal, se habrían ensayado todos los remedios posibles para curarme."

Los defectos del carácter que son las enfermedades del alma, no merecen cien veces más cuidado, puesto que nuestras virtudes nos proporcionan la dicha del cielo y la de la tierra? Vosotras no tendréis que quejaros así; se trabaja con dedicación en formaros un carácter dulce y fácil, ayudad pues los esfuerzos de vuestras maestras.

Esforzaos en vencer vuestros ímpetus y vuestros caprichos y mereced que se diga, á propósito de vuestra dulzura, lo que San Vicente de Paul decía, pensando en San Francisco de Sales: "Oh Dios mío, si Monseñor de Génova es tan bueno, necesario es pues que Vos mismo lo seáis!

#### 14 CARACTERES DE LA DULZURA.

*La dulzura es atenta y cortés* porque sabe escuchar sin enfado ó por lo menos, sin enfado aparente, las relaciones molestas, ya por su poca importancia, ya por su dilación; nunca interrumpe en la conversacion, y reprime una sonrisa que pudiera lastimar.

*Es paciente y buena*, soporta las pretensiones de la tontera, los caprichos de la enfermedad, las repeticiones y lentitudes de la vejez, las importunas preguntas de la infancia.

*Es modesta*, sostiene su opinión sin aspereza y jamás la irrita una opinión contraria á la suya.

Une en fin las ventajas de la prudencia al mérito de la bondad.

Quién podría no amar á una niña cuyo carácter retratan estas líneas?

#### CAPITULO IV.

##### LA MALIGNIDAD.

15 *¿Qué cosa es la malignidad?*

La malignidad es un instinto malo que nos impulsa á buscar y á manifestar en los otros los defectos de que adolecen, con el único objeto de divertirnos ó de lucirnos á sus expensas.

Un ingenioso moralista la llama *la perversidad en miniatura*. Si hay alguna diferencia en la intención, no la hay en la acción, y no por ser algunas veces ingeniosa y ligera esta perversidad, es menos culpable.

La niña maligna no quiere sin duda dañar, pero sí quiere zaherir y provocar. Si ve correr la sangre se detiene y asusta, pero no tiene en cuenta las heridas interiores que causa.

Le gusta poner en el banquillo ó todos los que la rodean y nunca se escapa nadie de sus burlas, ni se cae impunemente bajo su mirada.

La niña maligna es como el erizo, no se le puede tocar sin que pique.

Si la compañera á quien ella molesta, llora alguna vez, se abstendrá por que aun tiene corazón, aun la abrazará, y creará haberlo todo reparado, con decir aquella frase que para ella lo excusa todo: "*Lo hice por jugar.*"

#### 16 EFECTOS DE LA MALIGNIDAD.

El placer de hacer maldades tiene cierta cosa de halagador, que hace faltar á todas las consideraciones.

La malignidad hace á las personas *imperitinentes y groseras*.

"Ved qué mentirosas son las gentes, decía maliciosamente una perversa aturdida á una compañera que volvía al pensionado, despues

de un mes de enfermedad: me habían dicho que habíais perdido la cabeza."

La entendida enferma respondió: "Ya veís bien que es necesario no creerlas; á mí me habían dicho que vos habíais encontrado la vuestra."

La malignidad *destruye la amistad*, esa amable virtud del pensionado de la cual sentimos no tener que hablar aquí, que embalsama tanto el resto de la vida, y tiene necesidad para florecer, de tantos cuidados y atenciones.

En una clase, una sencilla combinación, ó la casualidad, había colocado, una junto á otra, á tres niñas que llevaban, cada una de ellas, el nombre de una flor: *Margarita, Rosa y Jacinta*.

"Qué buena jardinera es la Señora! dijo una de las otras alumnas, ved qué bonito arriate."

Esto produjo alguna sonrisa tal vez; pero cada una de las que oyeron este tan poco ingenioso chiste, decía en el fondo de su corazón: En verdad que no quisiera yo á esta perversa por amiga.

Oh! no olvidemos que el ingenio *llega á ser muy caro*, luego que algo le cuesta á la bondad.

Los ejemplos de la malignidad abundan,

y si no temiera yo dar uno en mí mismo, diría yo: *sobre todo entre las niñas.* \*

Se me perdonará si añadido que la malignidad supone el talento.

Una mujer es quien ha dicho: "Nosotras perdonamos de buena voluntad á los que nos atribuyen vicios pero somos inexorables con aquellos que nos niegan el talento."

No es esto aún malignidad?

Concluyamos por este pensamiento de otra mujer, que será el pensamiento de todas vosotras:

"Yo no tengo el suficiente talento para las agudezas y las burlas, y tengo el corazón demasiado bueno para ser perversa."

\* El autor asistió un día á un exámen y hacia él mismo que las alumnas recitasen *las Pequeñas Virtudes*. La picarilla á quien le tocó ser interrogada sobre este capítulo, al llegar á estas últimas líneas, se detuvo un instante, fijando en él su mirada con una ligera sonrisa que parecía sin embargo, pedir perdón y las modificó así:

"Los ejemplos de la malignidad abundan, y si no temiera yo dar uno en mí misma, diría yo: *sobre todo en el autor de las Pequeñas Virtudes.*"

Este es un rasgo más que añadir á los de este capítulo; no los afea ni los deslucé, y sí confirma lo que hemos dicho.

Aquí, sin embargo, la malignidad no era más que amable.

## CAPITULO V.

### LA MODESTIA.

#### 17 Qué cosa es la modestia?

La dulzura y la modestia son dos hermanas queridas que rara vez va la una sin la otra y mutuamente se sirven de ornamento y apoyo.

La modestia es un sentimiento del alma que iluminándonos sobre nuestros defectos, nos impide enorgullecernos por nuestras virtudes, y derrama en todo nuestro exterior una cierta timidez graciosa que no excluye ni la libertad ni la propiedad en el obrar.

La modestia conoce las virtudes que posee, pero no hace ostentación de ellas sin motivo; acepta sencillamente los elogios que merece, pero jamás los provoca.

#### 18 VENTAJAS DE LA MODESTIA

##### CON RELACIÓN A LA MISMA JOVEN.

La modestia, considerada con relación á la misma joven, es su más bello ornamento.

Es su ángel guardián que se hace sensible y la rodea como una aureola luminosa y suave. Es el resplandor de ese ángel el que hace bajar las miradas de los profanos, reviste

á la joven de un reflejo que da idea del cielo y atrae los afectos.

La modestia se revela en la mirada, en el porte, en el vestido y el adorno, en la palabra; se deja ver por todas partes, sin que por eso no pueda decirse: es tal ó cual manera la que traduce la modestia.

Aun en la manera de llevar un mismo adorno, se distinguen la niña modesta y la que no lo es.

La modestia no está en el exterior, está en el corazón donde reside con la inocencia, su compañera inseparable, y desde allí irradia la gracia, como el sol irradia su luz.

La joven no sabe que es modesta; no puede ser de otra manera. Solo desde que ya no es inocente, siente que algo le falta.

Es tal vez su ángel guardián que ha plegado sus alas y no la protege ya..... Pobre joven!

En otro tiempo apenas pensaba y se cuidaba de su compostura y todo lo que se ponía le sentaba bien; ahora sueña, delira sin cesar en el tocador y los adornos, y siempre descontenta y disgustada, busca siempre nuevos atavíos nuevos atractivos.

¿Comprende acaso que aquello que hacía su belleza ha desaparecido?

### 19 VENTAJAS DE LA MODESTIA

#### CON RELACIÓN A LOS OTROS.

1.º La modestia realza el brillo de las otras virtudes que acompaña, así como en un cuadro, las sombras hacen resaltar las figuras, y disminuyendo la vivacidad de los colores, les dan un tinte más dulce y más bello.

2.º La modestia quita á la crítica y á la mordacidad todo medio de dañar.

La crítica es superficial, y no se adhiere sino á lo que se manifiesta. Si vosotras os ocultáis no se os podrá encontrar.

Los talentos provocan el celo; el ingenio, las gracias exteriores hacen nacer la envidia; la modestia disipa el uno y la otra.

Por qué encelarse de una cualidad á la que vosotras mismas dais tan poca importancia?

3.º La modestia en fin, nos hace amables porque no hiere pretensión alguna de los otros, y deja á la vanidad de cada uno que se ostente en pleno día.

*No lastiméis jamás el orgullo, y jamás se os odiará,* decía un antiguo.

Lejos de negar el bien en los otros, la modestia llega hasta suponerlo, y toma por regla general esta máxima que santifica por la intención: *Alabad á todo el mundo, pero sin deteneros mucho en ello.*

La modestia recibe los consejos con bene-

volencia, y halaga así á los otros que se consideran dichosos con saber más que ella.

No se irrita por las descortesías ni por los olvidos y deja á todos el primer lugar y la ocasión de brillar.

La modestia produce la dulzura, pero no la debilidad. Siempre sabe hacerse respetar y, conservando la paz en el alma y la sonrisa en los labios, dar á nuestro continente, á nuestro exterior esa firme seguridad de una niña que se siente protegida y esa tranquila gravedad que impone silencio á las palabras imprudentes.

“Señorita, decía un día una Señora muy poco recatada, y que acababa de recibir una lección de la joven á quien hablaba con tanta ligereza, señorita, sois bien orgullosa. Os equivocáis, Señora, respondió la joven, confundís con el orgullo la dignidad, la gravedad.”

La dignidad, en efecto, no es el orgullo.

El orgullo ataca, la dignidad se defiende, y la modestia no excluye el ánimo de defenderse; por el contrario, lo aumenta, por que hace sentir que la conducta es irreprochable.

Ahora bien, nada hay tan fuerte como una buena conducta.

## 20 LA MODESTIA VIRTUD CRISTIANA.

Según todas esas ventajas, se podría, así parece, llamar á la modestia *el medio de agradar*.

Agradar, en efecto, consiste en mostrar el corazón y ocultar el talento. No es esto la modestia?

Pero muy fútil sería su objeto si se limitase á agradar, y aun esto no lo conseguiría si no por poco tiempo: la modestia afectada exige cierta violencia que pronto cansa.

La base de la modestia cristiana, la sola que proporeiona las ventajas de que hemos hablado, es *el hacerse olvidar*.

Ahora bien, el hacerse olvidar es superior á las fuerzas humanas, se necesita la ayuda de la gracia.

## CAPITULO VI.

### LA AFECTACION.

#### 21 *Qué cosa es la afectación?*

La afectación es el deseo de salirse del nivel de los otros, haciendo alarde de conocimientos superiores, de un talento más sutil, ó de sentimientos más delicados.

Ciertamente, la extensión de los conocimientos, la sutileza del talento, y la delica-

deza del corazón, nunca son vituperables en una joven; por el contrario, forman su más precioso adorno, le sirven de apoyo en el mundo y vienen á ser para ella un recurso siempre seguro.

Lo vituperable es la ostentación impertinente de esas cualidades.

Nosotros somos amantes de ver lo bueno y lo bello, pero no nos agrada que se nos haga de ello ostentación.

## 22 AFECTACIÓN DE CIENCIA.

La afectación de ciencia no es tal vez muy común en nuestros días; así nos contentaremos con citar aquellos versos de Molière que encierran la más picante lección. \*

.....“A vos hablo, hermana mía. El menor solecismo que notáis en la conversación os irrita; y vos cometéis los más extravagantes en vuestra conducta. Vuestros grandes y numerosos libros no me causan agrado... Deberíais quemar todo ese inútil mueblaje dejando las ciencias para los doctores:... no tratar de investigar lo que pasa en la luna, y sí atender un poco á lo que se hace en vuestra casa, donde se ve todo en completo

\* Nosotros nos conformaremos con traducir sencillamente lo que en graciosos versos dijo el citado poeta francés.—*El Traductor.*

desorden..... Por muchas razones no es bueno que la mujer se dedique al estudio de las ciencias..... Llevar el gobierno de su casa, vigilar sobre sus domésticos, arreglar su gasto con economía, este debe ser su estudio y su saber. Nuestros antepasados, en este punto eran más sensatos: decían que una mujer sabía lo bastante con el conocimiento de la costura para las principales piezas de ropa. Sus mujeres no leían, pero vivían bien; el gobierno de sus casas era su más docto entretenimiento, y sus libros consistían en el dedal, el hilo y las agujas.

Las mujeres de estos tiempos todo quieren comprender; y en verdad que entre ellas todo se sabe, menos lo que se debe saber: se sabe como marchan la luna y los demás planetas, y otras muchas cosas que para ellas deberían ser de poco interés; y por este vano saber que con tanto empeño se busca, se deja olvidado en el hogar el puchero de que hay necesidad.”

En este pasaje, como en toda sátira, hay mucha exageración.

La hay tambien en esta respuesta de un académico á una joven romántica que soñaba en la celebridad, y había venido á consultarle por qué medio conseguiría hacerse ilustre *Hilando vuestro algodón* le respondió.” Esto

fué algo pesado, pero ¿no fué también muy merecido?

Las ciencias en la mujer son una pedantería en cuanto que por ellas desatienda los cuidados materiales de la familia para los que Dios la creó.

La ciencia que es una necesidad para el hombre, no es más que un ornamento para ella; ahora bien, un ornamento es siempre ridículo, si están descuidadas las obligaciones.

Una mujer, se ha dicho, debe ser como un reloj de repetición, no dar las horas sino cuando se le piden.

Mejor sería compararla con un arbusto que no deja caer sus flores, si no que las ofrece siempre frescas á la mano que quiere cogérlas.

### 23 AFECTACIÓN DE TALENTO.

La afectación de talento, ó la pretensión al talento es más común, por que desde luego es más fácil, y despues, porque hay en las jóvenes una penetración más rápida y ese fino punto de vista del ingenio aguzado sin cesar por un poco de malignidad que les muestra la menor ridiculez.

La afectación de ciencia no es inspirada más que por el orgullo; esta une siempre la malignidad al amor propio.

La joven pretensiosa busca siempre la oca-

sión de brillar. En un salón, á ella sola se escucha; su voz domina la de las otras.

Satírica y mordaz todo lo despedaza sonriendo; atrevida y aun descarada, nada le intimida, y por un aplauso vendería su reputación.

Hace callar á las gentes tímidas, impone silencio á las más atrevidas, y es de ella de quien con verdad se ha dicho: "La primera frase que pronuncia es consagrada á la vanidad, la segunda á la malicia."

### 24 AFECTACIÓN

#### EN EL CARÁCTER Y EN LOS HÁBITOS.

La afectación en el carácter y en los hábitos tiene algo de menos culpable: no es habitualmente más que ridícula.

1.º Conocéis á Fanny: sus miembros son bastante toscos y pesados, su andar es lento, y á pesar de esto, ella se imagina que es necesario para ser amable tener un aire gracioso y ligero, un talle esbelto y flexible.

Así, vedla que anda balanceándose; procura levantar su estatura mediana, andando sobre la punta de los piés y usando altísimos tacones en el calzado, y vedla como salta para andar.

Si pasa delante de un espejo contiene su paso y va lentamente para admirar su flexibilidad, y hacerse á sí misma los más gracioso.

sos saludos. Ay! y no hace más que contorciones ridículas!

Respira apenas bajo el inhumano corsé que la oprime; pero qué le importa, con tal que su talle esté más delgado?

Mirad: va á sonreír, ya lo ensaya, ya vuelve á comenzar. Pobre Fanny, cómo jesticula y hace visajes!

2° Elodia ha visto el retrato de algunas jóvenes débiles delicadas, pálidas y enfermizas que han sido admiradas, y tontamente comparadas con las pálidas flores del otoño, como si tales comparaciones no debieran aparecer débiles y aun nulas después de haberlas hecho; y sin pensar que Dios ha dado á cada uno su cualidad especial para agradar. Elodia se ha imaginado que no será amable sino apareciendo siempre triste y pensativa.

Tiene el carácter alegre y festivo, pero ella sabrá bien dominar la naturaleza; come poco para estar pálida, suspira á todo momento, habla en voz muy baja, busca siempre la soledad, le dan ataques nerviosos, y se cree muy dichosa cuando una lágrima tierna viene á asomar por sus ojos lánguidos y á rodar por sus pálidas mejillas.

Queréis agradarla? decidle que está enferma, que sufre.

Produce el efecto de una estatua de már-

mol, que cansada de estar sobre una tumba, viene á destacar su pálida figura en medio de la vida.

## 25 REMEDIOS PARA LA AFECTACIÓN.

Una galería de las extravagancias á que la afectación presipita á la joven no carecería de ese interés maligno que produce todo lo que da lugar á la burla; sin embargo, tal vez no sería de una utilidad bastante práctica.

Resumamos las instrucciones que resultan de estas líneas.

1° *Para la ciencia.* Sabréis siempre lo bastante cuando améis al buen Dios, y que dócil á las lecciones de vuestras maestras, hayáis conservado sus palabras y sus instrucciones, como se conserva un recuerdo de la persona amada que no se verá ya.

Esas instrucciones escogidas y conservadas en el corazón y maduradas con el sol del amor de Dios, germinarán allí poco á poco, y vendrán sobre vuestros labios, á abrirse, cual hermosas flores, en respuestas sabias y juiciosas.

2° *Para el talento.* No le sacrificuéis jamás el corazón; tendréis siempre bastante talento si tenéis buen corazón.

Queréis agradar? comenzad por ser buena. La gracia nace de la bondad, como la luz nace del sol.

3° *Para el exterior.* Sed solo lo que sois. Como en cada uno de nosotros puede haber una manera de presentarse ó de vestirse más agradable que otra, solo esa busquemos. Debemos siempre buscar lo natural y nada más; pero si el arte viene á ayudarnos, ocultemosle con cuidado. Hagamos bella la naturaleza, no la desfiguremos ni la destruyamos.

Es siempre el buen gusto jamás la vanidad lo que debe presidir en el adorno y compostura.

## CAPITULO VII

### LA AFABILIDAD

26 *¿Qué cosa es la afabilidad?*

La afabilidad es menos una cualidad distinta, que la manifestación de la bondad, de la modestia y de la dulzura unidas.

Es la atención en causar placer á los que nos son inferiores.

Ahora bien, dos cosas son las que causan siempre placer:

*La sonrisa sobre los labios, que indica el gusto con que se recibe y se oye á alguno.*

*Las palabras de cortesía que alientan á los que se nos acercan.*

Se quejan á veces las familias de que los criados no aman á sus amos como antes, que

no se ve ya una familia de servidores perpetuarse en una casa y dedicarse al cuidado de los niños que han visto nacer; ¿la falta no está acaso en los amos?

Sed afables para con ellos y ellos serán afectuosos y amantes.

Por qué queréis que sean sin defectos? no, más bien debéis serlo vosotras que habéis recibido mejor educación?

En general, los niños son los que adhieren á los criados en las familias.

Se quejan también de que los amigos se retiran; ¿no se les aleja acaso, con ese aire descortés y áspero con que se les trata, con las palabras agrias y enfadosas con que se les recibe?

La amistad es por mucho tiempo delicada, antes de ser profunda.

Sed afable, no os faltarán amigos.

### 27 EFECTOS DE LA AFABILIDAD.

La afabilidad abre el corazón así como los labios; no se desdeña de hablar á todo el mundo, y merece de parte del pueblo, ese elogio que en su sencillez encierra mucho: *Esta joven no es orgullosa.*

La afabilidad inspira confianza: la flor atrae á la abeja, el grano llama al pájaro; la sonrisa benevolente de la afabilidad atrae al

pequeño, al pobre, al afligido, á quienes ama Jesús.

Las palabras dulces abren el corazón de otros, que se expansiona como sin saberlo: dichosa la joven que desde temprano llega á ser la depositaria de las penas y de los sufrimientos, y pasa la vida en consolar y aliviar los corazones!

Dar á otros la dicha es quitar de su vida muchos días amargos.

#### 28 LA AMABILIDAD.

La *afabilidad* no es la *amabilidad* aunque se le asemeje por defuera.

La *amabilidad* puede no ser más que pasajera; la *afabilidad* es permanente.

La primera consiste en cierta gracia del rostro, ó en una exquisita cortesía que impresiona de pronto; la segunda está en el carácter: la joven afable es siempre risueña; aun cuando esté sola, nunca se le sorprende de mal humor.

La *amabilidad* puede no ser más que el efecto del amor propio; la *afabilidad* nace de la virtud y como ella es inmortal.

La hermosura pierde sus encantos, el ingenio su actividad; la *afabilidad* conserva siempre su primera frescura.

Hemos dicho que la bondad conduce á la santidad; la santidad produce la *afabilidad*.

Una alma inocente siempre tiene el rostro radiante.

#### 29 LA FAMILIARIDAD.

La *afabilidad* conduce fácilmente á una muy grande familiaridad. Pero ser muy familiar es, respecto del superior, despojarse de su dignidad, lo cual es falta de prudencia; respecto del inferior, es olvidar su posición y tratar como igual al que debe respetar, lo cual es falta de tino.

El desprecio viene pronto cuando hay trato demasiado familiar, y la amistad demanda siempre un poco de ilusión.

La familiaridad que aproxima solamente los corazones, dejando entre ellos ilesa la virtud, es el lazo más dulce de la familia; es el mayor encanto de la amistad.

Pero es necesario ser bueno y virtuoso para amar mucho sin amar demasiado.

La familiaridad viene á ser reprehensible, y aun peligrosa, luego que permite decir, *sin mortificación* y oír sin rubor, palabras que hieren, aunque sea ligeramente, la decencia ó la urbanidad; luego que permite acciones buenas en sí mismas, pero que no se atrevería uno á permitirse con amigas virtuosas.

La familiaridad confunde pronto la ternura con la preocupación y entusiasmo por alguna persona; olvida el goce del corazón pa-

ra dar lugar al goce y al placer de los sentidos.

Difícil es dar reglas prácticas por escrito; por lo demás, hay en las almas bien nacidas cierto instinto que las guía: las que son buenas, dulces, modestas, saben ser afables y familiares sin caer en el desprecio.

## CAPITULO VIII

### LA PUERILIDAD.

30. *Qué cosa es la puerilidad? Su naturaleza.*

La sola palabra, *puerilidad* indica la naturaleza de ese defecto.

La discreción no es austera, sin duda; le gusta revestirse de gracia y amabilidad, pero tiene algo de grave que no puede aliarse con los actos de la primera infancia.

La vida es seria. Desde vuestra entrada en ella, habéis encontrado, cual una reina, el suelo sembrado de flores: era bien necesario hacéroslo amar; pero esas flores vienen á ser raras fuera del convento, y aun las de la familia tienen espinas que no sospecháis todavía.

Fortaleced vuestro espíritu y vuestro corazón.

Vuestra infancia se va, no sólo vosotras lo apercibís. Pero la puerilidad aun continúa

en la adolescencia con esas palabras fútiles, ligeras, burlonas y sin objeto que son acogidas con una benevolente sonrisa, cuando salen de los labios de una niña de seis años, pero que afean mucho en una joven, más aún que lo que la afearía un juguete del que hiciera sus delicias.

Una niña pequeña no puede ser *discreta* en el sentido propio de la palabra, es decir, razonable; no puede ser más que *buená*.

La discreción viene más tarde. Es necesario fijarle una edad? No por cierto, y sin embargo, se siente que una joven de catorce años debe añadir á la amabilidad de sus ocho años, un nuevo encanto cuya naturaleza es la de hacerla respetar y de hacerla útil.

El corazón debe permanecer siempre niño aunque no siempre deba aparecerlo, por que su naturaleza es la de siempre amar, y nunca se ama tapto como en la infancia.

La inteligencia y las maneras no deben serlo ya.

En la naturaleza, es necesario que la flor caiga para que aparezca el fruto; la infancia es la flor, la discreción es el fruto. Cuán perfectas seríais si supieseis conservar la una y la otra, permanecer niñas en la familia, mostraros fuertes en las pruebas, prudentes en los consejos!

ra dar lugar al goce y al placer de los sentidos.

Difícil es dar reglas prácticas por escrito; por lo demás, hay en las almas bien nacidas cierto instinto que las guía: las que son buenas, dulces, modestas, saben ser afables y familiares sin caer en el desprecio.

## CAPITULO VIII

### LA PUERILIDAD.

30. *Qué cosa es la puerilidad? Su naturaleza.*

La sola palabra, *puerilidad* indica la naturaleza de ese defecto.

La discreción no es austera, sin duda; le gusta revestirse de gracia y amabilidad, pero tiene algo de grave que no puede aliarse con los actos de la primera infancia.

La vida es seria. Desde vuestra entrada en ella, habéis encontrado, cual una reina, el suelo sembrado de flores: era bien necesario hacérosla amar; pero esas flores vienen á ser raras fuera del convento, y aun las de la familia tienen espinas que no sospecháis todavía.

Fortaleced vuestro espíritu y vuestro corazón.

Vuestra infancia se va, no sólo vosotras lo apercibís. Pero la puerilidad aun continúa

en la adolescencia con esas palabras fútiles, ligeras, burlonas y sin objeto que son acogidas con una benevolente sonrisa, cuando salen de los labios de una niña de seis años, pero que afean mucho en una joven, más aún que lo que la afearía un juguete del que hiciera sus delicias.

Una niña pequeña no puede ser *discreta* en el sentido propio de la palabra, es decir, razonable; no puede ser más que *buená*.

La discreción viene más tarde. Es necesario fijarle una edad? No por cierto, y sin embargo, se siente que una joven de catorce años debe añadir á la amabilidad de sus ocho años, un nuevo encanto cuya naturaleza es la de hacerla respetar y de hacerla útil.

El corazón debe permanecer siempre niño aunque no siempre deba aparecerlo, por que su naturaleza es la de siempre amar, y nunca se ama tapto como en la infancia.

La inteligencia y las maneras no deben serlo ya.

En la naturaleza, es necesario que la flor caiga para que aparezca el fruto; la infancia es la flor, la discreción es el fruto. Cuán perfectas seríais si supieseis conservar la una y la otra, permanecer niñas en la familia, mostraros fuertes en las pruebas, prudentes en los consejos!

## 31 CÒMO SE MANIFIESTA LA PUERILIDAD.

1.º La puerilidad se manifiesta por una charlatanería interminable; acumula en la conversación los detalles más insípidos, las particularidades más fútiles; habla sin reflexión y despues de un gran flujo de palabras, no deja en torno suyo más que el cansancio y el fastidio.

2.º La puerilidad se manifiesta por las ocupaciones que se asemejan á las de los niños pequeños. Un aro, una raqueta, ponen fuera de sí y hacen estremecer de alegría, en una sociedad, á la joven de diez y ocho años, que olvida que ya no está en el colegio y que estos juegos no le son ya permitidos, sino con sus amigas ó con sus pequeñas hermanitas.

Es de una excesiva superficialidad en su trabajo, sin ocuparse de nada útil. Una joven salida del colegio que no puede mostrar á su madre cada mes el trabajo que ha hecho, debe pasar los días bien tristes para ella y bien enfadosos para los otros.

3.º La puerilidad se manifiesta por los pensamientos sin objeto que cruzan por aquella pequeña inteligencia vacía con la rapidez de un pájaro que descuidadamente se ha introducido en un cuarto abierto; á cada minuto es una idea nueva que viene á ofuscar la

primera, y que hace imposible toda conversación continuada.

4.º En fin, la puerilidad se manifiesta en el tono de la voz que afecta ó el candor, ó ese acento de caricia, muelle y afeminada que casi provocan á una crisis nerviosa.

Todo el mundo dice de una joven que, por vanidad algunas veces, por molicie las más, ha conservado esas exterioridades pueriles: *Esta es una niña.* En la boca de los que la aman, puede ser que esta palabra no tenga otro sentido; pero cuántas veces quiere decir: *Esta es una tonta!*

Conocer este defecto, no es querer trabajar en destruirlo?

## CAPITULO IX

## EL AMOR A LA VERDAD.

## 32 Naturaleza y efectos del amor á la verdad.

La verdad consiste en decir las cosas tales como se saben.

No siempre se debe decir todo lo que se sabe, esto sería imprudencia; pero no se debe decir nunca sino lo que se sabe.

El amor á la verdad es una virtud que hace perdonar muchas faltas. Confesad con can-

dor las que habéis cometido, y estad segura de que si se os debe castigar, no se hallará reproche con que humillaros.

Es el medio infalible de corregirse; la niña que se obliga á decir sus faltas, luego que las comete, bien pronto llegará á ser virtuosa. Confesar una falta, es hacerse arrancar una espina que degradaba el carácter y que no podía uno arrancar por sí mismo.

El amor á la verdad acarrea la confianza de todos. Se vigila poco á una niña á quien se conoce bastante franca y sincera para referir todo lo que ha hecho y que por esto mismo es bastante discreta para no cometer voluntariamente tonterías.

Yo no conozco nada más halagador y dulce para una niña que este pensamiento: *Siempre se cree todo lo que yo digo.*

El amor á la verdad, en fin, es una virtud fecunda; es de la naturaleza de esas flores que no pueden crecer solitarias, y hacen germinar en torno suyo otras muchas ramas perfumadas.

*El candor, la franqueza, la ingenuidad, la sinceridad* se extienden como los diversos brazos de un solo tallo, en derredor del amor á la verdad.

Amables virtudes que tienen cada una su gracia particular y que yo bien quisiera daros.

### 33. EL CANDOR.

El candor muestra el alma tal como es sin inspirar desconfianza alguna; parece decir á todo el mundo con una sonrisa: *Ved, nada de malo hay en mí.*

Supone una grande inocencia y es él quien da á la infancia ese encanto que atrae.

El candor es un dón del cielo que ¡ay! desaparece muy pronto. No se halla en la adolescencia, sino en algunas almas privilegiadas, guardadas por el cielo de una manera muy especial, que ordinariamente no son para el mundo.

Nada es tan bello como esta virtud; ella derrama sobre la fisonomía los suaves resplandores de la ignorancia del mal é inspira tanto respeto y estima, que aun los más perversos se sienten dominados á su vista.

El candor se pierde insensiblemente por el comercio del mundo y el conocimiento del mal. Una joven puede no ser ya candorosa, sin dejar por esto de ser virtuosa; pero entonces, aun su misma virtud tiene algo de menos amable.

### 34. LA FRANQUEZA

La franqueza es menos bella que el candor, aun que sea siempre un reflejo de la ino-

cencia; y si la prudencia y el tino no la dirigen, puede causar algunos perjuicios á los otros, y aun á la misma persona que es franca.

El defecto ordinario de las personas francas, es el del *mucho hablar*. Ciertamente no dirán más que la verdad, ó lo que ellas crean verdad, pero que no olviden que no todas las verdades se deben decir.

Estos versos que se toman con frecuencia por excusa:

*Yo he de llamar las cosas todas como son.  
A un gato llamo gato, á un bribón, un bribón.*

Son por cierto de una franqueza imprudente y descortes.

Se cree generalmente excusarse diciendo: *Yo soy franco y digo lo que siento*. Cuidado! se puede creer que pensáis mal.

Un hombre de ingenio ha escrito: "La franqueza sin la prudencia, es la virtud de los tontos." En efecto, solo los tontos y los perversos poseen esa franqueza que entonces es hermana de la indiscreción.

### 35. LA INGENUIDAD

La ingenuidad revela un pensamiento tal cual ha sido concebido en el entendimiento y sin reflexión preliminar.

Las palabras de un niño son deliciosas cuando salen de una alma cándida y cuando, so-

bre todo, han pasado por un corazón amante.

Oh! cuántas lágrimas han enjugado, haciendo nacer una sonrisa!

Pero la ingenuidad viene á ser insoportable cuando es la expresión de la ligereza, de la ignorancia ó de la tontería. Nada lastima como las palabras ingenuas de los que tan justamente han sido llamados *niños terribles*.

Que hacer cuando un niño dice en presencia de un visitador importuno: *Mamá, no es de este Señor de quien decías que era molesto con venir todos los días*.

Sepamos escuchar á nuestras maestras cuando nos reprenden y no nos excusemos con estas palabras: *No lo hice con mala intención*.

Una flecha lanzada sin intención puede causar graves heridas.

Sepamos reflexionar, y no permitamos á todos los pensamientos que nacen en nuestro interior mostrarse por defuera; para esto, *hablemos un poco menos*.

Un pensamiento ingenuo agrada siempre que viene del corazón, porque es producido por la verdad.

Causa pena á los otros ó nos hace ruborizar cuando viene del ingenio. Es que el ingenio de una jóven, cuando no ha sido habituado al trabajo, está lleno por la coquetería,

el amor propio ó la ligereza. Y qué podrían producir estos tres defectos?

Dos jovencitas estaban bordando unas pantuflas con que iban á obsequiar á sus abuelitos el día de año nuevo. Una de ellas más sensible al fastidio y cansancio que le estaba causando aquel trabajo, que al placer que daría al buen anciano tan amante, le dijo á su compañera: *Tú sí que eres dichosa, porque tu abuelito no tiene más que una pierna.*

### 36. LA SINCERIDAD

La sinceridad no solo hace hablar como se piensa, sino que impide el hablar de otro modo que como se piensa, va rectamente al objeto, dice simplemente *sí* cuando es necesario decir *sí*, y dice *nó* cuando es necesario decir *nó*.

Nada más delicioso que las relaciones que se tienen con una persona franca y sincera; una hora de conversación con ella cuando á su corazón recto y leal une la verdadera inteligencia, deja el espíritu y el corazón llenos de alegría.

Esas almas reposan: se descansa con ellas, jamás se abriga el temor de ser engañado, y se comprende el sentido de aquellas palabras de un moralista: "La sinceridad es la enseñanza de un corazón honrado."

Amemos pues la verdad, sepamos soportar una injusticia, más bien que traicionar á la verdad, á esta le sobran recursos para consolarnos.

En la segunda parte tendremos ocasión de hablar de *la discreción*, con lo que completaremos lo que aquí hemos dicho en general y se darán más consejos prácticos.

## CAPITULO X.

### LA MENTIRA

#### 37. *Qué es la mentira?*

La mentira consiste en hablar contra el pensamiento, con intención de engañar.

Es por cierto extraña esa inclinación á mentir que se manifiesta desde que la razón aparece y se perpetua en todas las edades; nosotros amamos la verdad, la queremos para nosotros, tendemos siempre á poseerla, y sin embargo, la ocultamos á los otros.

La mentira no se aprende, se revela. ¿Será el soplo infernal del demonio que pasa sobre el corazón del niño, esa turbación que experimenta á su primera mentira?

## 38 COMO SE MANIFIESTA LA MENTIRA?

La mentira es al principio torpe y tímida; nunca sale de los labios sin teñir las mejillas de un rubor que traiciona. Es que la mentira sienta mal en los niños!

El hábito va haciendo desaparecer el rubor, y el corazón y la frente se cubren, por decirlo así, de esa especie de callosidad que cubre las manos del trabajador.

El niño mintió al principio con alguna torpeza y timidez, despues ya miente con más libertad y con tenacidad, luego con una exquisita finura, y en fin, con la máscara de la franqueza.

Viene á convertirse en hipócrita, es decir, en lo que hay de más feo sobre la tierra porque es lo que más se asemeja al demonio.

## 39 COMO TIENE LUGAR LA MENTIRA?

Se miente por el silencio. Algunas flores han sido cortadas en el jardín; una compañera es acusada y todas las sospechas recaen sobre ella y se le va á castigar; la verdadera culpable calla y deja que se le castigue. Veis el corazón ya endurecido? Algún tiempo más y se convertirá en acusadora.

Se miente por confesiones incompletas. Se han cometido muchas faltas, se confiesa solo

una de ellas, con la esperanza de hacer olvidar las otras.

Se miente por negación absoluta de la verdad. Esto ya es la desvergüenza, el descaro. Pocas niñas son así.

A la joven que con la mirada inmóvil y la frente serena os dijera enérgicamente: *Yo no fui* cuando se le ha visto cometer una falta, á esa se le puede decir: *Retiraos*.

Pobre joven! todo ha concluido para ella; este es el colmo de su descaro; el beso de su madre ya no llegará á su corazón.

## 40 CONSECUENCIAS DE LA MENTIRA.

La mentira supone siempre otras faltas, con frecuencia vicios; les sirve de peana dice un filósofo.

La mentira es la noche del corazón, y es en las tinieblas, donde el mal se comete. Quiénes son las que mienten? *Las golosas* que han hurtado lo que deseaba con ansia su apetito desordenado; *las curiosas* que han sorprendido un secreto; *las perezosas* que no quieren convenir en sus defectos.

Es siempre por ocultar una falta ó por obtener una ventaja por lo que se disfraza la verdad.

Además, la que dice una mentira no sabe el trabajo en que se pone, es necesario inventar otras mil para sostener la primera.

## 41 EFECTOS DE LA MENTIRA.

La mentira que supone el mal, arrastra á él con tanta más fuerza cuanto que promete y asegura la impunidad.

Al abrigo de la mentira las pasiones fermentan, crecen y llegada la hora se muestran en su fealdad; qué es, por ejemplo, una calumnia para un mentiroso?

Así la niña que es conocida por mentirosa, por todas partes es aborrecida; aun sus palabras más verdaderas no son nunca creídas, y si no se apresura á desarraigar ese vicio de su alma, es de temerse que una vez fuera del pensionado, no pueda ya persuadir á sus compañeras que ha dejado la mala costumbre y ya es sincera.

El hábito de mentir hace en la reputación una herida profunda; esa herida puede curarse, pero la cicatriz permanece siempre.

¿Es necesario resumir esta doctrina apoyada sólo en la razón humana, por la doctrina de Jesucristo?

Escuchad este anatema: "Mentirosos, vosotros sois los hijos del diablo. . . La verdad no está en él; él es mentiroso y padre de la mentira."

Tened cuidado, corregíos: el pan de la mentira es dulce para el hombre que lo come: pero bien pronto le llenará la boca de arena.

## CAPITULO XI.

## LA OBEDIENCIA

42 *Qué es la obediencia?Cuál es su naturaleza?*

La obediencia consiste en *ejecutar prontamente y de buen grado, las órdenes dadas por nuestros superiores.*

Se llaman superiores los que están sobre nosotros por la edad, por la experiencia, por el mérito ó por el puesto que ocupan.

La obediencia es una de las virtudes más pesadas, por que es obstáculo á esa tendencia instintiva que nos impulsa hacia lo que creemos un goce.

Nosotros no vemos en la obediencia, más que *un obstáculo que nos molesta*, en vez de ver en ella un ángel que nos pone al abrigo del mal.

No vemos en la obediencia tan suave en esta época, más que un yugo que pesa sobre nosotros, en lugar de ver en ella un aprendizaje de la vida, que nos fortalece poco á poco y nos pone en estado de soportar, más tarde, el enorme peso de las penas que nos esperan.

Tratamos de sacudir ese yugo y como estamos obligados á sufrirlo, murmuramos, sus-

pirando por la hora en que nos veamos libres de él.

Procuremos reflexionar sobre la necesidad de la obediencia en nuestra edad y sobre los servicios que ella nos presta.

#### 43 LA NECESIDAD DE LA OBEDIENCIA.

La obediencia es necesaria á causa de *nuestra flaqueza*. Nosotros podemos poco; á cada instante del día sentimos la necesidad de una ayuda, de un consejo de un apoyo. Obedecer es aceptar esa ayuda, ese consejo, ese apoyo que nuestro amor propio no quería pedir y que Dios hace que se nos ofrezca.

La obediencia es necesaria á causa de *nuestra ignorancia*. Cuántas veces, engañados por las apariencias, vemos un placer real, allí donde no hay más que decepciones ó peligros! Quién nos retiene en el momento en que vamos á manchar nuestra alma, ó á herir nuestro cuerpo? la obediencia. Podemos conocer el número de nuestras desobediencias por el de nuestras caídas.

La obediencia es necesaria á causa de *nuestras malas inclinaciones*. Somos amantes de hacernos ilusiones, hay en nosotros instintos malos que tienden á hacer desaparecer nuestra amabilidad, hay en nosotros pereza, egoísmo, vanidad, nosotros lo sentimos, lo cono-

ceamos, y sin embargo, no tenemos ni los conocimientos necesarios, ni sobre todo, la fuerza suficiente para dominarnos; nos vemos obligados á dejar este trabajo á las almas que se someten á él por efecto ó por deber. Ahora bien, *dejarse hacer amable* es obedecer.

Elevemos nuestros pensamientos: la niña obedece á su madre y á su maestra; la madre y la maestra á quienes la niña cree independientes, obedecen á su vez á una autoridad superior, y esa autoridad está sometida á Dios, quien le ha trazado *deberes*, con orden de transmitirlos á vuestras maestras como estas los transmiten á vosotras; de suerte que la obediencia es una cadena cuyo primer anillo está en la mano de Dios, descendiendo sobre la tierra, enlaza á todas las criaturas, y vuelve á subir á Dios, formando así una corona de gloria y de armonía.

Salir de ella voluntariamente es alejarse de Dios, es perderse.

#### 44 EL DEBER.

La obediencia cambia de nombre más tarde, pero ese nombre es más austero, como la obediencia es más difícil; se llama *el deber*, y no es ya la dulce voz de la maestra la que lo impone y que con frecuencia lo divide con vos; no es ya una mano amiga la que orilla

las dificultades. Preguntad á vuestras madres ellas os dirán mejor que todos los libros: Hijas, aprended á obedecer para que no tengáis más tarde que someteros á duras pruebas. El corazón preparado sabe mejor sostener la lucha.

El deber varía á cada edad, en cada estado, en cada posición; es siempre ese señor inflexible á quien no se puede despreciar sin exponerse al arrepentimiento, que no se puede desatender sin sujetarse al remordimiento.

La libertad es ciega, el deber la conduce por la mano; desgraciado de aquel que rompe el lazo que une el uno á la otra!

#### 45 MEDIOS DE HACER FACIL LA OBEDIENCIA.

La obediencia es siempre penosa porque exige la violencia y nosotros no la amamos; pero es la violencia la que da energía á la voluntad, fuerza á la inteligencia, amabilidad al carácter.

Qué sería de la mayor parte de las niñas, si la obediencia no las obligara al trabajo por ejemplo? Lo que es, á lo largo del camino, la planta inútil que el viajero estruja con los pies, y que no ofrece más que unas puntas ásperas á la mano que las toca.

Qué viene á ser una jóven á quien jamás una madre ó una maestra impuso su voluntad?

¡Ay! ignorante, suceptible, vanidosa, se desespera con el peso de la vida que no aprendió jamás á sorportar; se revela contra todo lo que la contraría, y está siempre fastidiada y enojosa con todos y consigo misma.

Queréis evitar ese estado, y aligerar el peso de la obediencia? Comenzad por amar á vuestras maestras. Cuánta dicha hay en depender de aquellos á quienes se ama.

Obligaos, durante algun tiempo, á cumplir *perfectamente* lo que se os mande. Se llega así bien pronto, á hacer voluntariamente lo que se ama, y se ama todo lo que se hace bien.

Decid con frecuencia, que todo deber debe seros querido, porque el deber viene de Dios.

“Ya no quiero mi piano, me fastidia mucho, decía una niña de siete años que ya había comprendido bien el góce celestial de la obediencia; yo no lo quiero, pero lo toco todos los días, porque es la voluntad del buen Dios, y así todas las notas que doy son notas de oro.”

#### 46 QUE COSA ES LA DOCILIDAD.

La obediencia supone *la docilidad*. Es una dulce virtud que recibe con verdadera dicha los consejos que se le dan.

Es la marca de una buena inteligencia y

de una de esas naturalezas creadas para ser amadas.

Una niña dócil encuentra la dicha á cada paso que da en la vida; plegando su voluntad á la de sus superiores, camina tranquila y confiada, segura de hallar siempre un apoyo, un consuelo, una ayuda cerca de las personas en quienes ella tiene tanta confianza.

No sabe nunca decir *nó* á sus maestras; y esto no es porque no le cueste alguna vez cierta pena, pero es un ligero estremecimiento que experimenta; nunca un sentimiento de rebelión se hace sentir en su corazón.

Cuando se sabe leer en las almas, se ve en la de una niña dócil el sello de Jesús.

## CAPITULO XII

### LA DESOBEDIENCIA

#### 47 Naturaleza de la desobediencia.

La desobediencia es la forma más ordinaria del orgullo. No es permitido, sin duda formarse mal juicio del prójimo; sin embargo, si veis una niña complacerse en desobedecer, podéis decir sin temor de equivocaros: Esta es una orgullosa.

Desobedecer, en efecto, es no someterse, y ¿no es este el carácter propio del orgullo?

La desobediencia intencional y con reflexión, convertida ya en hábito, roba á la joven toda su amabilidad, y poco á poco, apenas se puede decir, la hace detestable, la conduce al *capricho*, el capricho á la *obstinación*.

Después de esto ya no hay otro grado mayor, y no es á la niña á quien más se debe compadecer; es á su pobre madre.

### 48 COMO SE FORMA EL HABITO DE LA DESOBEDIENCIA.

Insensiblemente es como se llega á ser desobediente, pero la pendiente es muy rápida. Se tiene por maestro al orgullo, y este aguijonea con una fuerza extraordinaria.

La niña comienza por hacer perezosamente el deber que se le ha ordenado; esta pereza y languidez en el trabajo conduce á la *negligencia*.

El trabajo no está concluido; parece largo, difícil, fastidioso, y no se hace completo ó se hace mal.

A una justa observación de la maestra se murmura, y después, delante de las otras sobre todo, se manifiesta cierta complacencia en encapricharse y sostener una idea, dando

de una de esas naturalezas creadas para ser amadas.

Una niña dócil encuentra la dicha á cada paso que da en la vida; plegando su voluntad á la de sus superiores, camina tranquila y confiada, segura de hallar siempre un apoyo, un consuelo, una ayuda cerca de las personas en quienes ella tiene tanta confianza.

No sabe nunca decir *nó* á sus maestras; y esto no es porque no le cueste alguna vez cierta pena, pero es un ligero estremecimiento que experimenta; nunca un sentimiento de rebelión se hace sentir en su corazón.

Cuando se sabe leer en las almas, se ve en la de una niña dócil el sello de Jesús.

## CAPITULO XII

### LA DESOBEDIENCIA

#### 47 Naturaleza de la desobediencia.

La desobediencia es la forma más ordinaria del orgullo. No es permitido, sin duda formarse mal juicio del prójimo; sin embargo, si veis una niña complacerse en desobedecer, podéis decir sin temor de equivocaros: Esta es una orgullosa.

Desobedecer, en efecto, es no someterse, y ¿no es este el carácter propio del orgullo?

La desobediencia intencional y con reflexión, convertida ya en hábito, roba á la joven toda su amabilidad, y poco á poco, apenas se puede decir, la hace detestable, la conduce al *capricho*, el capricho á la *obstinación*.

Después de esto ya no hay otro grado mayor, y no es á la niña á quien más se debe compadecer; es á su pobre madre.

### 48 COMO SE FORMA EL HABITO DE LA DESOBEDIENCIA.

Insensiblemente es como se llega á ser desobediente, pero la pendiente es muy rápida. Se tiene por maestro al orgullo, y este aguijonea con una fuerza extraordinaria.

La niña comienza por hacer perezosamente el deber que se le ha ordenado; esta pereza y languidez en el trabajo conduce á la *negligencia*.

El trabajo no está concluido; parece largo, difícil, fastidioso, y no se hace completo ó se hace mal.

A una justa observación de la maestra se murmura, y después, delante de las otras sobre todo, se manifiesta cierta complacencia en encapricharse y sostener una idea, dando

para ello razones imaginarias de fatiga ó de imposibilidad.

No se quiere ceder, y siempre se desea que prevalezca la misma idea en la discusión, y como la autoridad está en posesión del derecho, se manifiesta la rebelión ó si no es posible porque se reconoce la propia debilidad ó falta de apoyo de las compañeras, se permanece en una inmovilidad espantosa. La obstinación se asemeja algunas veces á la estupidéz.

No se hace caso de las reprensiones, no se oyen los regaños, no se obedece.

#### 49 EFECTOS DE LA DESOBEDIENCIA.

La desobediencia resfría desde luego y destruye bien pronto el afecto que se nos tenía.

Es necesario que este defecto tenga mucho de horrible, puesto que hiela aun el corazón de la madre.

La *hija ingrata* la hará llorar, torturará su alma, y sin embargo: esa buena madre la amará aún.

Su *hija culpable* traspasará su alma de dolor, pero ella la amará aún.

Ante su *hija desobediente* la madre permanecerá fría sin afecto y la verá alejarse sin conmoverse.

La desobediencia inspira un sentimiento

de repulsión que obligá á separarse de la niña que tiene este desgraciado defecto.

Ved como la madre separa, con cuidado de sus otras hijas, á la que es desobediente; de la misma manera que obraría si la viese atacada de una enfermedad contagiosa.

La desobediencia produce la ignorancia. La joven que no estudia ni aprende sino lo que quiere, que no escribe sino á la hora de su antojo, que no atiende sino cuando le place y lo que le agrada, ¿qué podrá saber?

La charlatanería no es la ciencia.

La desobediencia en fin, echa á perder el carácter, hace á las personas agrias y ásperas de condición, acostumbra á vivir en contradicción con todo el mundo, y á no poder soportar la menor observación.

No es esto lo bastante? Desgraciada pues la niña que después de haber leído estas cortas líneas, no se ruborisa y no toma la firme resolución de corregirse, si se reconoce culpable!

### CAPITULO XIII.

#### EL RECONOCIMIENTO

50 *Qué cosa es el reconocimiento y cual es su naturaleza.*

El reconocimiento es el recuerdo del eb-

neficio recibido, unido al deseo de ser útil al bienhechor.

La memoria del corazón y de todos los deberes es lo más fácil de llenar.

Cuando el corazón es bueno, luego que una palabra amante ó un beneficio cae sobre él, inmediatamente, sin esfuerzo, aun sin pensar en ello, ese corazón se abre para dejar salir una palabra de reconocimiento.

Por doquiera que reina el reconocimiento se puede estar seguro de encontrar la virtud. El perfume supone siempre la flor: el reconocimiento es el perfume de la virtud.

Así, queréis un medio infalible de juzgaros? Cuando os sientáis inclinada á olvidar, cuando, sobre todo, el recuerdo de un beneficio os pese, ó aun cuando solo pase sobre vuestra alma sin penetrar en el fondo, podéis decir con rubor: *Voy siendo menos buena.*

#### 51 EFECTOS DEL RECONOCIMIENTO.

El olvido comienza, la perversidad termina.

1° El reconocimiento ensancha el corazón, enseña á ser bueno y á darse á los otros; cuando se es reconocido se llega fácilmente á ser bienhechor.

Se ha dicho con mucha gracia que el reconocimiento es *la riqueza del pobre*, y esto es verdad; el reconocimiento hace encontrar mil

medios ingeniosos para manifestar la gratitud sin herir la modestia.

2° El reconocimiento estrecha los lazos de la familia y de la sociedad. No hay cosa más eficaz para atraer un beneficio como otro beneficio, y no hay cosa que úna más los corazones como esas atenciones y servicios recíprocos.

*Acordarse, amar, servir* tal es el fondo de esa virtud.

Quién no ve ese cambio de beneficios, en ese dulce comercio y esa unión de corazones que luchan por saber quién de los dos se cansará primero de ser bueno, quién no ve la caridad de los santos? Quién no comprende que la tierra, bajo el imperio del reconocimiento, será un reflejo del cielo?

#### 52 COMO DEBE MANIFESTARSE EL

#### RECONOCIMIENTO?

1° El reconocimiento *es pronto*; si es el resultado de la reflexión, no es más que el pago de una deuda.

Un reconocimiento tardío hace dudar al bienhechor, si ha agradado por su beneficio.

2° El reconocimiento *es expansivo*; se manifiesta ó con palabras, ó por acciones, pero la delicadeza y el gusto deben acompañar á esa expansión del corazón.

Volver el equivalente de lo que se ha recibido en el momento en que la mano del bienhechor acaba de abrirse, es ver el beneficio como una carga pesada que es necesario sacudir.

Procuremos que nuestras manifestaciones de reconocimiento no tengan el aire de correspondencia ó devolución, sino el de un dón.

3<sup>o</sup> El reconocimiento *es gozoso*. Hay una manera de recibir que es ya el reconocimiento.

Aquí surge una importante cuestión que resolver: quien es el más dichoso, el que da, ó el que recibe?

Yo creo que el que da, porque el que recibe, no está satisfecho sino cuando á su vez da.

No olvidemos que los corazones bien inocentes, son los que saben ser bien reconocidos.

## CAPITULO XIV

### LA INGRATITUD

#### 53. *Que es la ingratitud.*

La ingratitud es el desconocimiento del beneficio recibido, con la intención de no corresponderlo.

Es una horrible llaga que se extiende sobre el corazón, no ocasiona sensación alguna

penosa á la persona que la padece, pero sí hace experimentar un movimiento de horror á los que la ven.

No diremos más que una palabra acerca de este vicio; el nombre solo de ingrato hace mal, tanto más, cuanto que ese vicio una vez implantado en el alma, casi no es posible la curación.

Desgraciado del ingrato! La profunda sima que absorbe todo lo que la pendiente arrastra de sus bordes á sus oscuros abismos y no exhala más que un hedor infecto; la serpiente que se alimenta de las suaves flores y no derrama de su boca más que un veneno pestilente, son la imagen de su corazón.

#### 54. FUENTES DE LA INGRATITUD.

La primera fuente de la ingratitud es *el orgullo*. No se quiere confesar que se ha recibido un beneficio, ó bien se imagina que la gracia que se nos ha hecho es justicia.

Es el orgullo el que hace ingratos para con la familia y arranca tantas lágrimas á las madres desconocidas por sus hijos.

Es el orgullo el que hace olvidar la casa donde se ha recibido la educación y la instrucción, y á nuestros maestros y maestras que nos han amado tanto.

Si todo consistiera en olvidar; pero como se experimenta el remordimiento, se preten-

de justificar la conducta, y para ello se traen frente al corazón todos los castigos que se sufrieron, todas las penas y trabajos que se pasaron, y se dice de aquella casa: *Yo allí sufrí mucho y de los maestros: Qué bien me han hecho?*

La segunda fuente de la ingratitud es algunas veces, aun á vuestra edad, oh niñas, *la avaricia*. Se ha calculado el valor de un beneficio; se le ha aceptado, pero con el pensamiento de no corresponderlo, y se desecha, como muy onerosa, la sola idea del reconocimiento.

La tercera fuente es *la apatía*. Hay algunas almas sin resorte, que encogidas, por decirlo así, sobre sí mismas, se contentan con vivir materialmente, sin preocuparse de que haya otra vida que la del cuerpo.

No comprenden el bien que se les hace, cómo han de procurar corresponderlo?

Lo que halaga su vanidad ó sus sentidos tiene solo poder de moverlas; pero ni la vanidad ni los sentidos saben agradecer; el reconocimiento no viene de allí, viene del corazón.

La última fuente de la ingratitud es *la ruindad*. El beneficio pesa, casi no se quisiera haber recibido por no estar obligado á agradecerlo y corresponderlo, y si se ha recibido, se ruboriza uno al principio, después se irri-

ta á cada recuerdo, y por fin se odia con una energía casi feroz.

Felizmente estas almas son raras.

### 55 EFECTOS DE LA INGRATITUD.

El primer efecto de la ingratitud es el remordimiento que devora al ingrato.

El beneficio se adhiere al corazón con las acciones del bienhechor despreciado y á cada nuevo esfuerzo para destruirlo se le da una nueva vida. Esta imagen persigue por doquiera al ingrato, y algunas veces le obliga á deterrarse por escaparse de su mirada. La vista del convento ó colegio causa mal á la ingrata y no puede sufrir, sin experimentar como espasmos, que se pronuncien delante de ella los nombres de sus maestras.

El segundo efecto de la ingratitud sería el agotar la fuente de los beneficios, pero Dios ha creado grande el alma que ha hecho generosa; ella sabe que tan bueno es hacer ingratos como felices, y continúa su vida de abnegación.

Oh niñas más! no seáis ingratas actualmente: no hay una hora en que no recibáis un beneficio, que no pase una hora sin que manifestéis vuestro reconocimiento, por un acto al menos de obediencia.

No seáis ingratas más tarde; lo que aprendéis en el pensionado, y que después en el

mundo servirá para vuestro bien estar, se dirigirá contra vosotras y entristecerá vuestra vida.

#### 56 CÓMO CONDUCIRSE CON LOS INGRATOS.

Vosotras haréis algunos ingratos más tarde porque seréis buenas; tendríais lugar de dudar de vuestro corazón si no los encontráis.

Se diría que el buen Dios permite la ingratitud para tener el gusto de corresponder por sí mismo, centuplicado el bien que se ha hecho y del que nunca se ha recibido recompensa; además, nosotros tendríamos especial gusto en hacer el bien si encontrásemos siempre corazones reconocidos.

No os canséis pues; vosotras trabajaréis seguramente para el cielo. Acaso también el medio más eficaz de curar una alma ingrata el llenarla más y más de beneficios.

Esa es la conducta que observa el buen Dios.

#### CAPITULO XV.

#### LA URBANIDAD Y LA DESCORTESIA

##### 57 *Qué es la urbanidad?*

La urbanidad es la atención constante en

no decir ni hacer, sino aquello que puede agradar á los otros.

Es el deseo legítimo de agradar á todo el mundo, la cadena de flores que une entre sí á los miembros de la sociedad.

Su objeto es el hacer las relaciones mutuas dulces, fáciles, afectuosas, el procurar por consiguiente, la felicidad. ¿Y no es cierto que la mayor parte de nuestras penas vienen de las relaciones forzadas que tenemos con los otros?

La urbanidad es como un aceite perfumado que se pone en las ruedas sobre que gira la sociedad; ella suavisa la vida, y el afecto causa la felicidad de la vida, la urbanidad produce su encanto.

Moneda que fabricada de un metal precioso, compuesta de virtudes del corazón, corre en todos los países y entre todos los hombres.

Una persona cortés se reconoce en el cuidado que pone en dejar á todos los que la rodean contentos de ella, y de sí mismos.

El resultado necesario de ese cuidado es el hacerla amable.

Nosotros no podemos aquí más que dar algunos principios generales; esas mil pequeñas minusiosidades, esas atenciones y fórmulas que forman la política, no se aprenden en los libros.

## 58 QUE ES LA CIVILIDAD?

La urbanidad tiene por compañera á la *civilidad*, que no es más que un ceremonial exterior por el cual se saluda, se sonríe, se inclina uno de tal ó cual manera, según las personas ó los países, poco más ó menos, como esos juguetes de los niños que se manejan por medio de unos hilos.

La *civilidad* es difícil, dura, molesta, si la urbanidad no viene en su ayuda y le presta su gracia y su facilidad.

Varía según los tiempos y los lugares, mientras que la urbanidad es en todas partes y siempre la misma. Es un arte que demanda para ser aprendido, tiempo y lecciones; la urbanidad es conocida de todo buen corazón, y desde que se la posee ya no es notable la falta de *civilidad*.

La *piEDAD*, sin duda, no revela á un buen corazón todos los misterios de la *civilidad*, pero lo dispone maravillosamente para conocerlos.

## 59 QUE COSA ES EL BUEN TONO?

El *buen tono* parece que reúne la urbanidad y la *civilidad*. Es una reserva exterior que hace que cada uno, sin dejar de ser amable, se respete y se haga respetar.

De este mutuo respeto nacen la gracia en la postura y talento personal, la afabilidad de las palabras, el exquisito gusto en el vestir y en los adornos, lo que se llama en una palabra, *la propiedad*.

Puede decirse que las mujeres son las que introducen las buenas maneras en una sociedad ó las hacen desaparecer de ella.

La presencia de una mujer culta y bien educada, es para ella misma una garantía de la *descencia*; viene á ser una pena y mortificación saludable que no permite á nadie apartarse de las leyes del decoro, y obliga aun á las menos reflexivas á velar sobre sus discursos y acciones.

No es la lisonja sino la fuerza de la verdad la que ha hecho decir:

*Los hombres hacen las leyes, las mujeres las costumbres.*

## 60 DONDE DEBE PRINCIPALMENTE MOSTRARSE LA URBANIDAD

Hay dos teatros en los cuales la vida de la joven está llamada á desarrollarse: el hogar doméstico y el salón.

El uno representa la vida de familia, el otro la vida de sociedad.

Ella es quien debe formar el uno y el otro; de ella es de quien reciben su ejemplo.

Por poco tino que se tenga, se sabe ser amable en un salón; mucho se olvida que se necesita serlo principalmente en la familia.

En la familia se presenta poco la ocasión de prestarse grandes servicios; si se dispensa uno de la urbanidad, qué queda? la amistad. ¡Ay! esta se entibia bien pronto cuando falta el buen proceder; el amor fraternal disminuye y aun el mismo corazón de la madre osa apenas mostrar que ama.

Puede sin duda no haber nada de ese ceremonial que impone la civilidad, pero sí la abnegación, sí el espíritu de caridad, que hace que se sufra alguna mortificación ó molestia por ahorrar una pena á los otros ó procurarles un placer.

En un salón debéis ser *amable*, pero siempre *digna*, no seréis lo uno ni lo otro, sino en tanto que seáis *virtuosa*.

La amabilidad neutralizará lo que la dignidad tenga de austera; la dignidad quitará á la amabilidad lo que pueda tener de ligera y que tal vez pudiera haceros despreciable.

Es un arte difícil esta combinación de dos cualidades que parecen opuestas; la virtud solo puede enseñarlo. "No os adornéis demasiado con vuestras buenas cualidades, decía una mujer de ingenio, pero tampoco os desnudéis de ellas jamás."

## 61 QUE COSA ES LA DESCORTESIA.

La descortesía es la falta de urbanidad, la incivilidad habitual, es decir, el olvido de todos los respetos y atenciones que se deben los unos á los otros.

Si la urbanidad atrae y seduce, la descortesía repugna y aleja.

"Se puede no ser bonita, elegante, ingeniosa, dice una mujer de mundo, pero jamás es permitido dejar de ser amable, y la amabilidad es la urbanidad bien entendida."

El tino y la urbanidad suplen frecuentemente al talento, ó más bien parece que se lo dan á la persona que no lo tiene; el talento, al contrario, no podrá reemplazar á la urbanidad.

"Una persona culta es el ornamento de la sociedad, una persona descortés é incivil es una mancha en ella."

Si me fuera necesario pasar mi vida con una persona tonta ó con una grosera, yo no vacilaría en escoger á la tonta; un tonto puede ser bueno, un grosero es siempre malo.

Sin ser del todo descortés se puede ser muy molesto; lo es sobre todo aquel que *por nada se mortifica*. Una fuente de descortesía en la que no se piensa lo suficiente, es la inexactitud. "Retardándose algo para concurrir á la mesa, no estar del todo listo cuando es nece-

sario salir, llegar un cuarto de hora después del momento convenido, son vagatelas, pero cuya repetición continua es molestísima para los otros."

El hábito de obedecer al reglamento os da, sin que de ello os apercibáis, esa exactitud que es tan preciosa. No la perdáis y acordaos que se dice, ó al menos se piensa mal de la persona que se hace esperar.

Ya veís cuanto buen sentido, cuanto tino debe poseer una mujer para cumplir su misión en el mundo.

Ahora, en vuestra edad, al lado de vuestras maestras; más tarde en la compañía de vuestra madre escuchando sus consejos, aceptando sus reproches, y dejándoos formar por su experiencia, es donde adquiriréis lo que os es indispensable.

Concluyamos por este pensamiento que resume lo que hemos dicho, y que bien meditado, enseñará lo que hemos podido decir: *La vida debe ser un perpetuo sacrificio de sí mismo á otro.*

He aquí el secreto de la urbanidad así como el de la virtud.

## CAPITULO XVI.

### EL ASEO.

#### 62 *En qué consiste el aseo?*

El aseo consiste en los cuidados particulares que debemos tener de nuestro cuerpo, de nuestros vestidos, de nuestro aposento y de todos los objetos de nuestro uso.

Es la atención en evitar todo aquello que pudiera chocar con la delicadeza de los sentidos.

#### 63 ASEO DEL CUERPO.

*El aseo del cuerpo mantiene la salud y procura un bien estar que, contribuyendo á la alegría y buen humor, contribuye también á la virtud.*

Si tenemos cuidado de nuestra alma, por qué descuidar de nuestro cuerpo? ¿No es él un don de Dios, y no debe ser glorificado en el cielo?

Privémosle en buena hora de las sensualidades y de la molicie, pero no de aquellos cuidados que lo harán más digno de ser ofrecido á Dios y de recibirlo en la Eucaristía.

El encierra nuestra alma, como una urna de cristal encierra un perfume; no habrá cierta inconveniencia en no conservarlo aseado y limpio?

sario salir, llegar un cuarto de hora después del momento convenido, son vagatelas, pero cuya repetición continua es molestísima para los otros."

El hábito de obedecer al reglamento os da, sin que de ello os apercibáis, esa exactitud que es tan preciosa. No la perdáis y acordaos que se dice, ó al menos se piensa mal de la persona que se hace esperar.

Ya veís cuanto buen sentido, cuanto tino debe poseer una mujer para cumplir su misión en el mundo.

Ahora, en vuestra edad, al lado de vuestras maestras; más tarde en la compañía de vuestra madre escuchando sus consejos, aceptando sus reproches, y dejándoos formar por su experiencia, es donde adquiriréis lo que os es indispensable.

Concluyamos por este pensamiento que resume lo que hemos dicho, y que bien meditado, enseñará lo que hemos podido decir: *La vida debe ser un perpetuo sacrificio de sí mismo á otro.*

He aquí el secreto de la urbanidad así como el de la virtud.

## CAPITULO XVI.

### EL ASEO.

#### 62 En qué consiste el aseo?

El aseo consiste en los cuidados particulares que debemos tener de nuestro cuerpo, de nuestros vestidos, de nuestro aposento y de todos los objetos de nuestro uso.

Es la atención en evitar todo aquello que pudiera chocar con la delicadeza de los sentidos.

#### 63 ASEO DEL CUERPO.

*El aseo del cuerpo mantiene la salud y procura un bien estar que, contribuyendo á la alegría y buen humor, contribuye también á la virtud.*

Si tenemos cuidado de nuestra alma, por qué descuidar de nuestro cuerpo? ¿No es él un dón de Dios, y no debe ser glorificado en el cielo?

Privémosle en buena hora de las sensualidades y de la molicie, pero no de aquellos cuidados que lo harán más digno de ser ofrecido á Dios y de recibirlo en la Eucaristía.

El encierra nuestra alma, como una urna de cristal encierra un perfume; no habrá cierta inconveniencia en no conservarlo aseado y limpio?

En este sentido se ha podido decir con razón: El aseo es una virtud.

Bajo el punto de vista material, la falta de aseo es causa de un gran número de enfermedades; y la que se expone á esto es tanto más inexcusable cuanto que una poca de agua bastaría para prevenirlas, y que el agua se encuentra por doquiera.

Frecuentes abluciones son necesarias á la salud, dice un médico, y una grande limpieza en el cuerpo es la coquetería bien entendida de las mujeres cuya frescura conserva y cuya vejez retarda.

El desaseo es para el cuerpo, lo que el orín es para el fierro: lo carcome y lo destruye.

#### 64 ASEO EN LOS VESTIDOS.

El aseo y limpieza en los vestidos los conserva, agrada á la vista y dispone los ánimos en favor nuestro.

Se ha dicho que esta es una carta de recomendación para con todos, y nosotros podemos añadir que una mujer aseada y cuidada es siempre virtuosa y honrada.

La limpieza es al cuerpo, lo que la amabilidad es á el alma; es, dice San Francisco de Sales, un desprecio para aquellos con quienes se conversa, el estar entre ellos con vestidos desagradables por el desaseo.

El árbol no siempre es juzgado por sus frutos; cuantas veces no se atiende más que á la corteza!

Inútil es por cierto insistir sobre el aseo de los vestidos.

Hay en las jóvenes un tino particular que les revela cuánto de gracia les procura esa atención en velar sobre sí mismas, y no tienen más que purificar su intención para hacer una virtud de lo que practican por instinto.

Seanos permitido solamente añadir una reflexión moral.

En tanto que el vestido está nuevo, que halaga y brilla á la vista, se toman pará conservarlo las precauciones más minuciosas: pero luego que una primera mancha ha ensuciado su blancura ó que una arruga desagradable le pone ajado, no se piensa ya en él, y se ve con indiferencia el polvo que lo acaba de manchár.

No sucederá así con nuestro corazón? Tiene tantos encantos y es tan delicado cuando es inocente ¡Oh! tengamos mucho cuidado de la primera mancha!

#### 65 ASEO EN EL APOSENTO.

*Aseo en el aposento:* se sabe en que consiste. El aseo supone el orden, suple á la elegancia, es bien preferible al lujo y da al aposento un

encanto y un atractivo que no se le podría suponer.

¡Cómo la vista descansa tranquila sobre las paredes cuya blancura nada empaña, ó que cubre el delicado matiz de una tapicería modesta!

¡Cómo parece aumentarse el esplendor de la luz y adquirir nuevo brillo y hermosura, pasando al través de una ventana que envuelven con su ligera gaza ó con sus pliegues ondulantes las preciosas cortinas que la joven de la casa por sí misma ha bordado ó cuyos contornos se ha complacido en adornar.

El aseo hace que se ame el aposento, y amarlo, encontrar en él la alegría, estar ocupada en él, es más de la mitad de la dicha.

El aposento que agrada es el asilo seguro y dulce donde se encuentra un refugio contra los dolores y las decepciones de por fuera.

Oh! desgraciadas de vosotras si consideráis vuestro aposento sólo como una tienda que os preste su abrigo para pasar la noche y que al despertar se le debe abandonar!

Pobres jóvenes, cambiáis entónces los verdaderos goces por los placeres ficticios.

Los antiguos creían en la existencia de ciertas divinidades que llamaban *dioses lares* y que cuidaban del interior de la casa. Esta no era una creencia del todo vana; cambia-

mos solo el nombre, pongamos aquí el más dulce y piadoso de *ángel guardián*.

Sí, hay un ángel que vela en el interior de la casa; pero vosotras no veréis su rostro ni escucháréis su voz, sino en tanto que la atmósfera que rodea vuestra alma esté tranquila y pura.

Casi todos los males, dice Pascal, vienen de que nosotros no sabemos conservar nuestro aposento.

Estas reflexiones parece que nos alejan de nuestro título; ellas no son sin embargo, más que una consecuencia necesaria.

Amad el aseo en vos por un *espíritu de piedad*, amadlo en torno vuestro por un *espíritu de orden* y veréis como la dicha os elegirá á vosotras por compañeras, y á vuestro aposento por mansión.

## CAPITULO XVII

### EL LUJO

66 *Que es el lujo-sus efectos.*

Se puede definir el lujo diciendo que es el empleo de los bienes que se poseen, ya en alimentar la vanidad, ya en contentar la sensualidad.

Es principalmente en los adornos y composturas donde se manifiesta.

El lujo prefiere lo brillante á lo sólido, lo superfluo á lo útil, lo útil, en fin, á lo necesario.

No queremos más que indicar aquí ese vicio que causa la pérdida de las almas, y con frecuencia arruina las familias.

He aquí algunas líneas tomadas de Mme. Maintenón en las tan sabias conferencias que dejó escritas para la señoritas de Saint-Cyr.

“No es fácil decir, hijas mías, todo lo que hay de pequeñez en ese deseo de la compostura, aun cuando sea natural á las personas de ambos sexos; es tan humillante, que las personas que aman un poco su reputación, aun en la alta sociedad, se guardan bien de dejar entrever esa debilidad, si la tienen, porque las haría despreciables á los ojos de todos.”

Las más mundanas estiman á las niñas que desprecian su hermosura, y esta nunca aparece más que cuando parece ser descuidada, y que no se procura ostentarla y hacerla resaltar con vestidos y adornos.

El deseo de agradar es por sí solo una fuente de pecados, sobre todo, cuando es á fuerza de adorno y compostura, que se quiere agradar.”

Un hombre de mundo ha escrito, hace poco, estas líneas muy notables:

“He estado en las reuniones, en el invierno pasado, y he notado en las costumbres de las jóvenes, cambios que no me han parecido felices.

“En otro tiempo se presentaban todas las niñas vestidas con géneros blancos, frescos, ligeros, flotantes que correspondían maravillosamente á las ideas de inocencia y de candor; esto hacía pensar en los ángeles cubiertos con alas vaporosas.

“No llevaban flores en los cabellos, ni joyas. Aquellos vestidos blancos solo se distinguían por cinturones rosados, azules, lilas etc. Todo el lujo de aquellos vestidos consistía en su delicadeza.

“Esto no indicaba que una joven era rica, pero si daba á entender que era aseada, cuidadosa, candorosa é inocente.

“Pero hoy, los adornos y trajes magníficos y variados y por estas dos razones ruinosos, mezclan otras ideas á las ideas risueñas que inspira la vista de una joven.”

#### 67 CAUSAS DEL AMOR AL LUJO. ®

El amor al lujo nace en el corazón de la joven con su primer pensamiento; es una especie de pecado original dice el P. Berthier,

y la vanidad que le sirve de alimento, sabe, á nuestra vista, quitarle lo que tiene de miserable y humillante, bajo el nombre de aseo, orden y decencia.

1° El lujo es *el producto y el alimento de la coquetería*, ese deseo egoísta de atraer á todo el mundo hacia sí, sin dar nada de sí.

Oh! cuánta necesidad tenéis de que se os repita siempre: Desconfiad del sentimiento que os lleva á *adornaros para agradar*. Cuántas ridiculeces, cuantos enfados, cuantos remordimientos os ahorraréis!

Desconfiad, sobre todo de esos insípidos ó empalagosos cumplimientos que se dirigen á vuestros adornos y compostura, y que con frecuencia no se hacen sino para tener el maligno placer de reír de vuestra credulidad.

Tened el suficiente talento para entenderlos y enviarlos á vuestra modista que los merece mucho mejor que vos.

Que vuestro espejo sea vuestro *consejero* y no vuestro *adulador ó confidente*. Preguntádele: *Estoy bien puesta?* y no le digáis lo que diríais de buena gana á todo el mundo si pudieseis: *Ved que bella estoy!*

2° El lujo y el deseo de parecer se despierta en la joven por *la vanidad de su talento, por la indigencia de su corazón y por el resfriamiento del espíritu de familia*.

Dejamos á las maestras y á las jóvenes re-

flexivas el cuidado de desarrollar estas tres causas.

### 68 REMEDIOS CONTRA EL LUJO.

Según lo que acabamos de decir, se comprende que el remedio para este vicio que hace perder á el alma su inocencia y quita aun al exterior aquella gracia tan llena de naturalidad que hace todo el encanto de la joven, sería la atención á la voz de la conciencia que dice: *Tú haces mal*, y el minucioso cuidado de arrancar con frecuencia del alma, por medio de una buena confesión, todo lo que pueda ofender las miradas del ángel guardián.

La joven que procure agradar al buen Dios, puede estar segura de agradar á todos.

Otro remedio se encontrará en los dulces y tiernos afectos de la familia. La joven que se siente feliz en medio de su familia, casi no tiene otras necesidades.

El mundo es poca cosa para aquella á quien su madre le basta.

Hagamos pues el resumen de todo por este axioma que más tarde deberá servirnos de regla:

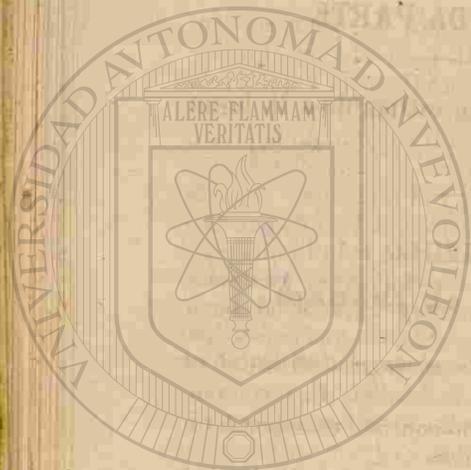
La naturaleza pide *lo necesario*;

La razón quiere *lo útil*;

El buen gusto agrega *lo agradable*;

El amor propio busca *lo brillante*;

La pasión *lo superfluo*.



## SEGUNDA PARTE.

Virtudes que hacen estimable á la joven

DEFECTOS OPUESTOS A ESAS VIRTUDES

### CAPITULO I.

#### EL AMOR AL TRABAJO

69 *En qué consiste el amor al trabajo? su necesidad.*

El amor al trabajo consiste en hacer á todo instante alguna cosa útil.

El trabajo es necesario para conservar el cuerpo; es tal vez más necesario á el alma para que no perezca de inanición y de miseria. Sin el pecado, el trabajo no hubiera sido más que una ocupación, se le hubiera amado por instinto, como se ama en los días del estío el llevar á los labios un fruto delicado, ahora ha venido á ser *una pena* y por esto causa miedo.

Se levanta ante nosotros como un *señor* y nos impone su yugo que oprime tanto más sobre nuestras cabezas, cuanto más nosotros procuramos sacudirlo.

Trabaja! nos dice el Señor, ó te arrojé de mi presencia, como se arroja una rama inútil.

Trabaja! nos dicen nuestros, padres encorados también bajo aquel duro peso; que tu trabajo nos alivie, y que tus manos preparándonos una dulce vejez, nos prueben que no has sido ingrato.

Trabaja! nos dice la sociedad, ó te miro como un ser degradado, y te rechazo con desprecio.

Trabaja! nos dice en fin nuestra conciencia, ó te entrego al fastidio; esa úlcera que mina sordamente la existencia, como el gusano que consume poco á poco á un cadáver en su tumba.

#### 70 EFECTOS DEL TRABAJO.

1° *El trabajo santifica la vida.* Ocupa la imaginación que no vuela perdida en el país de los ensueños é ilusiones donde podría marcharse.

Cierra todas las avenidas del corazón y no deja penetrar en él ninguno de aquellos pensamientos que lo enervarían y pervertirían,

obligando á nuestro ángel guardián á llorar sobre nuestra inocencia.

Siempre el trabajo ha sido considerado como el guardián de la virtud que él supone ya en el alma, ó que lleva consigo.

Todos los santos han sido muy activos, y las almas imperfectas, pero activas, están seguras de rescatar sus faltas con su poderoso trabajo.

El trabajo aleja al demonio que, como el ladrón, no se acerca sino durante el sueño del alma.

Escuchad esta página escrita por una joven alumna de un pensionado:

“Yo procuro buscar un cúmulo de ocupaciones que no deje á mi imaginación el tiempo de trabajar y á mi corazón el de sentir y lamentarse.

“Benditas seáis mis buenas maestras, porque me habéis inspirado esa necesidad de aprender! Si yo me recargo de trabajo, no os ocultaré el fin que me propongo; es el de evitar esa ociosidad que conduce al pecado, y expiar, por una vida arreglada y seria, las faltas que he cometido durante mi infancia, y las que aun cometo todas las los días, á pesar de mis resoluciones. Todo esto me servirá poco para el mundo que se contenta con una docis de instrucción muy superficial en una mujer; pero es Dios á quien yo deseo, á quien busco,

y creo que el estudio y la aplicación son los verdaderos medios de ir á El."

2° *El trabajo suaviza la vida.* El trabajo es un deber, y el cumplimiento de todo deber trae la dicha.

El trabajo es el guardián de la inocencia, y la inocencia conservada es la más segura garantía de una vida dulce y apacible.

Lo que hace dura la vida es el fastidio en el interior y la falta de estima por de fuera.

El trabajo aleja el fastidio y nos proporciona la estima de los otros:

Dios que ha querido el descanso lo mismo que la actividad, no ha permitido al primero aliviar y ser realmente sentido sino en tanto que ha sido precedido por el trabajo.

Cuántas veces habréis experimentado que una recreación no tiene encanto si no cuando ha sido ganada.

3° *El trabajo hace útil la vida.* Ser útil esta palabra durante la infancia despierta pocas emociones; más tarde es cuando se siente la dicha que procura.

Ser útil es devolver á nuestros padres una parte del bien que nos han hecho.

Ser útil es aliviar el sufrimiento, verse bendecido, sentirse amado; es en fin, asemejarse al buen Dios.

El trabajo nos procura toda esa felicidad. En vuestra edad, siembra y germina en el

interior; la edad madura verá desarrollarse lo que el ha producido.

Si actualmente no queréis adquirir este virtuoso hábito, el trabajo que más tarde emprendáis, cuando de ello sintáis la necesidad, vendrá á seros muy penoso, ó con frecuencia quedará estéril.

Los cálidos del estío caen inútilmente sobre un suelo que no ha sido sembrado, aun cuando las lluvias del otoño lo hayan ablandado.

Si queréis tener que dar, recoged ahora.

Si no queréis encontraros exhaustas á la hora en que se os pide, llenad ahora vuestra inteligencia y vuestro corazón; estáis en la fuente.

Las gentes ocupadas son amigos seguros; no tienen absolutamente tiempo de ser curiosos, ni de charlar, ni de sembrar la discordia.

### 71 QUE TRABAJO ES NECESARIO HACER?

Nosotros no tenemos que hablar del género de trabajo á que debéis entregaros: en el colegio se os marca; más tarde, las necesidades de vuestra familia lo indicarán.

Os diremos solamente: obedeced, sed activas, no estéis jamás ociosas.

Y si llegáis á ser dueñas de vuestro tiempo y de vuestra voluntad y preguntáis qué debéis hacer, os dire, escoged un trabajo que

absorva suficientemente vuestra inteligencia y captive vuestro espíritu. Más estudios que lecturas; sobre todo, más *trabajo manual útil, trabajo de lencería*, que de bordados más ó ménos delicados.

Esas pequeñas curiosidades finas y graciosas, compuestas de hilos artísticamente tejidos, no son buen *recurso en la necesidad*; demandan mucho tiempo, y son muy mal pagados. No son ocupación suficiente ni para el corazón ni para la inteligencia.

Mientras la mano y la vista son las solas que se ocupan, la inteligencia y el corazón se forman un mundo aparte para sí, donde van á vivir, donde les acontecen mil aventuras fantásticas que el rostro de la joven cuenta al ojo observador que lo estudia.

El corazón se aleja de la colmena donde se trabaja; no volverá á entrar allí sin una herida.

Cuántas veces se oyen estas palabras: *Este trabajo me fastidia; voy á bordar*. Bien! si, que el bordado sea para voz una recreación; pero no hagáis de él vuestra ocupación diaria.

Y después, pequeña niña de trece años, pensad que seréis un día la vieja mujer de sesenta, y que entónces vuestra vista debilitada, no podrá servir para contar los hilos de-

licados de la ligera muselina; aprended pues desde hoy, de preferencia, ese arte del tejido de aguja que da empleo á un gran número de obreras útiles, y que se hace con la mayor agilidad y perfección, sin exigir el uso de la vista.

## 72 COMO SE ADQUIERE EL AMOR AL TRABAJO.

El amor al trabajo se adquiere á fuerza de trabajar; es el fruto del trabajo mismo.

Todo trabajo trae su goce desde luego, en seguida, la habilidad adquirida; que sea asiduo y constante, y el buen éxito no faltará.

## CAPITULO II.

### LA OCIOSIDAD

#### 73 Qué cosa es la ociosidad?

La ociosidad es una desocupación habitual, que hace que se pase la vida en la inutilidad, los placeres y las diversiones, que se ancie por concluir la tarea que obliga para entregarse al descanso.

“Hay creaturas de Dios, dice La Bruyère, cuya vida entera está ocupada y su atención

sólo puesta en aserrar el mármol; esto es muy poca cosa. Hay otras muchas que pasan sus días en hacer nada; esto es mucho menos que aserrar el mármol.”

Estos son los ociosos.

*No hacer nada y ni aun sentir la voluntad de hacer algo*, esta es la pereza, vicio horrible del que felizmente no tenemos que tratar aquí, especie de parálisis voluntaria del alma, que no deja vivir sino por los sentidos, aleja de nosotros toda simpatía y deja poca esperanza de salvación á el alma que se deja arrastrar de ella.

*No hacer nada por sola flojera, pero con el deseo vago de trabajar más tarde*, esta es la ociosidad.

La ociosidad es menos horrible que la pereza; no es menos culpable, puesto que conduce al mismo resultado; pero halaga la imaginación con vanos deseos, y no hace como la pereza ruborizar al que se abandona á ella.

#### 74 EFECTOS DE LA OCIOSIDAD.

##### LA OCIOSIDAD CONDENA.

I La ociosidad condena el alma, cuando forma el fondo de la vida. Abrid el Evangelio: “Todo árbol que no produce buenos frutos será arrancado y arrojado al fuego.— Tres

años hace que vengo á buscar fruto en este árbol y no lo encuentro; cortadlo: para qué ha de ocupar la tierra?”

“Este siervo es inútil; arrojadlo en las tinieblas donde es el lugar de crujir de dientes.”

Estas palabras son terminantes. Sois ociosas, no hacéis fructificar ni vuestra inteligencia ni vuestras manos; el infierno os espera.

Este castigo es terrible; vosotras lo merecéis por no cumplir con el objeto de vuestra existencia.

La planta que crece á la orilla del camino abre su cáliz á la abeja que viene á tomar de él la dulce miel, después los cierra para producir los granos que alimentan á los pájaros del cielo, mientras que sus hojas servirán de pasto á los pequeños corderillos.

A su turno la abeja da su miel, el pájaro su plumaje y el cordero su vellón.

Todos los seres tienen su utilidad; todos ellos dan al hombre, el hombre debe dar á Dios y á sus hermanos.

No hacerlo es romper voluntariamente esa armoniosa cadena que une á Dios la creación entera, es destruir la obra de Dios, es hacerse culpable.

Y notad bien que Jesucristo repulsa al siervo inútil, no por haber disipado su talento, sino por haberlo escondido.

## 75 LA OCIOSIDAD DEGRADA.

La ociosidad, culpable para con Dios, es para el alma causa de degradación; es la madre de todos los vicios dice un proverbio.

1º Enerva el alma, quita al carácter su vigor, al entendimiento su penetración, y al corazón á quien pone incapaz de amar, toda su sensibilidad y delicadeza primitiva.

Ved el efecto que produce un perezoso descansó muy prolongado: apenas se puede uno arrastrar y todos los miembros parecen deshuesados.

La ociosidad empuja con violencia á buscar diversiones frívolas y emociones culpables, y llena la inteligencia de esas niñerías que la hacen para toda la vida ligera y fútil.

La joven ociosa cualesquiera que sean más tarde su edad y su posición, no tendrá más que estas dos faces en su vida: *fastidiarse ó divertirse.*

La ociosidad acaba con la salud y destruye bien pronto toda recreación exterior. "Por qué, pregunta un moralista, por qué hay tantas mujeres de veinticinco á treinta años tan nerviosas, tan morosas y tan tristes? Ah! es que están espuestas á los extragos de una vida inútil; están acostumbradas á no hacer nada, y el no hacer nada conduce al malestar, ó á la destrucción del cuerpo y del corazón, así

como la falta de ejercicio hace nacer sobre el acero el orín que lo carcome."

## CAPITULO III.

## EL RESPETO

76 *Qué cosa es el respeto?*

El respeto es un sentimiento de veneración de deferencia y de sumisión que se tiene por alguno, á causa de su excelencia, de su calidad ó de su edad.

El respeto es como el recuerdo reflejo de lo que hay de *divino* en sí y en los otros.

No habéis notado que impulsadas por un instinto del que ni vosotras mismas os dáis cuenta, cuando queréis hacer el mal, no solo os ocultáis de los otros sino aun de vosotras mismas, ya cerrando los ojos, ya escogiendo las horas de la noche?

Por qué? Es que sabéis que hay en vosotras, así como en los otros, algo más grande que vosotras mismas, y que no queréis ver, y ese algo que hace la dignidad humana, es la *im gen de Dios.*

Así el respeto es más que la estima, más que la deferencia, más que la sumisión, la pri-

mera palabra de nuestra definición puede solo dar lo que el exige: *la veneración.*

Habéis visto en torno de las imágenes de los santos una aureola que parece desprenderse de su rostro en rayos luminosos, como para hacer bajar modestamente la mirada ante esas facciones santificadas por la virtud; eso pues es un emblema de la irradiación de la divinidad que se desprende del alma de toda creatura.

Cuántas veces el malvado se ha visto súbitamente detenido en el momento en que iba á profanar el alma de un niño, deslumbrado y rechazado por una fuerza desconocida!

#### 77 NECESIDAD DEL RESPETO.

El respeto es el lazo de la sociedad temporal, doméstica y espiritual; se basta él solo para inspirar todas las virtudes.

Se trata de Dios? respetad su nombre, su templo, su palabra: el respeto es la religión toda entera.

Se trata de los otros? respetad su honra, su alma, su virtud: el respeto es la amistad, es la inocencia, es la adhesión.

Se trata de vosotras mismas? respetaos tambien. Qué cosa es el candor tan bello y tan puro sobre vuestra frente, jóvenes niñas, tan noble en la mirada de la edad madura,

tan venerable bajo los cabellos blancos del anciano, sino el respeto para sí mismo?

Así, dice Mr. Dupanloup, cuando Jesucristo quizo herir con la más enérgica frase de su palabra divina á un hombre profundamente depravado, el divino Maestro no dijo de él más que estas palabras: *Este es un hombre que no respeta ni á Dios ni á los hombres.*

Ah! cuando se ha llegado á este grado, nadie sabe las bajezas intelectuales, morales y físicas á que se está expuesto.

#### 78 A QUIEN SE DEBE RESPETAR?

A Dios principalmente, y á todo lo que mira á su culto.

A los príncipes, á los magistrados y á todos aquellos que están revestidos de alguna autoridad civil, por que toda autoridad viene de Dios.

A los padres en seguida porque son para nosotros los representantes de Dios sobre la tierra, y han recibido de Dios una gran parte de su bondad, de su solícitud de su amor. ®

¿De donde viene que la niña inocente que tan bien sabe sentir el amor que su madre tiene por ella, no puede darse cuenta del sentimiento que experimenta cuando está á su lado? Ama á su madre pero de otra manera que como ama á su hermana ó á su amiga.

Tendrá tal vez para su hermana alguna de esas palabras burlescas, que no menoscaban el afecto; y de donde viene que no tenga siquiera el pensamiento de sonreír de su madre?

Es que ella sufre la influencia de la presencia más directa y de la autoridad de Dios; es que su afecto viene á ser más fuerte apollado en el respeto.

Hay algunas veces, para aquellos á quienes se ama, descensos y degradaciones bien terribles: un padre, una madre, pueden venir á caer con la edad, en las debilidades intelectuales y morales más humillantes. Oh! es entonces cuando una hija les debe el respeto más tierno y más profundo.

La desgracia los hace más venerables, y para su hija un padre ó una madre no pueden nunca tener culpa.

#### 79 RESPETO POR LOS MAESTROS.

Respetad á vuestras maestras y maestros, porque si vuestros padres reflejan para vosotras la bondad de Dios, vuestras maestras y maestros son los depositarios de su sabiduría.

Los cuidados impartidos á la niñez importan dos cosas: *el amor y la pena*; el amor queda á la madre, la maestra reporta la pena.

Ella no se quejará por esta, ella misma la

ha elegido, y si es necesario, renunciará al reconocimiento que le es debido, porque esa dicha le pertenece, pero no puede dispensaros de que respetéis su autoridad: es la autoridad de Dios.

Conocidas son las palabras de Fenelón al Duque de Borgoña su educando quien en un acceso de cólera le decía: "No, Monseñor, yo no obedeceré; yo sé quien soy y quien sois vos."

El preceptor dejó al culpable un día entero, y al día siguiente le dijo: "Yo soy más que vos, caballero, el nacimiento nada añade al mérito; vos no sabéis más que lo que yo os he enseñado, y lo que os he enseñado es nada comparado con lo que me queda por enseñaros."

Esto no era orgullo en Fenelón, era el sentimiento de su dignidad; el hijo de Luis XIV lo comprendió.

#### 80 RESPETO A LOS ANCIANOS Y A LOS POBRES.

La ancianidad, la desgracia ¡ah! estas palabras hacen mala impresión cuando el que las pronuncia, no sabe ver en el cielo á el ángel de la esperanza cristiana, y que marcha sin apoyo en medio de una sociedad que se hace á un lado para dejarle pasar por temor de mancharse.

A los ojos de esa sociedad, la primera es una ruina que crece cada día y anuncia la destrucción; la segunda, una llaga que causa horror y que repugna porque impide los placeres.

Y sin embargo, ¿no sentís vosotras las que sois buenas y virtuosas, no sentís á la vista de un anciano ó de un pobre, que un sentimiento no sólo de compasión sino aun de veneración, conmueve vuestro corazón?

Es que no hay otra cosa sobre la tierra que inspire más religiosamente el respeto, que los cabellos blancos y el dolor.

Hay en lo uno y en lo otro algo de divino. Tal era el pensamiento de Bossuet cuando hablaba *de ese no sé qué de incomparable y de perfecto que la desgracia añade á la virtud.*

¿Será que el cuerpo cayéndose á pedazos y desapareciendo pieza por pieza, como las paredes de un viejo edificio, deja á el alma, imagen de Dios, más visible y más resplandeciente?

Respetad á los ancianos, respetad á los desgraciados; ellos os bendecirán, y su bendición siempre trae la dicha.

Si al verlos experimentáis un sentimiento de desprecio, sondead vuestra alma: y en el fondo encontraréis un vicio que se apodera de ellas.

## 81 RESPETÓ A LAS COMPAÑERAS.

Respetad á vuestras compañeras, respetaos vos misma que tenéis la dicha de ser una niña, dicha ¡ay! que no se sabe apreciar, sino cuando se ha visto desaparecer.

La niña es un ángel enviado á su madre para prepararla á las alegrías del cielo.

La niña es una planta tierna y delicada que debe convertirse en un grande árbol cargado de todos los frutos de las virtudes.

La niña es una flor próxima á abrirse y que debe embalsamar una existencia entera. La niña es la creatura bien amada del buen Dios.

Pues bien, *la falta de respeto* destruye todo ese porvenir, mata á ese ángel, rompe esa planta, arranca esa flor, ensucia esa imagen del buen Dios.

Desgraciada de la que ha sido encargada por el infierno, de esta obra de destrucción!

Angeles guardianes de las niñas, cubridlas con vuestras alas; ocultadlas, ocultadlas á las miradas de los demonios, y á la funesta amistad de sus compañeras perversas.

## CAPITULO IV.

### LA BURLA

#### 82 Qué cosa es la burla?

La burla es una irrisión que marca el desprecio que se tiene por alguno.

A los ojos de esa sociedad, la primera es una ruina que crece cada día y anuncia la destrucción; la segunda, una llaga que causa horror y que repugna porque impide los placeres.

Y sin embargo, ¿no sentís vosotras las que sois buenas y virtuosas, no sentís á la vista de un anciano ó de un pobre, que un sentimiento no sólo de compasión sino aun de veneración, conmueve vuestro corazón?

Es que no hay otra cosa sobre la tierra que inspire más religiosamente el respeto, que los cabellos blancos y el dolor.

Hay en lo uno y en lo otro algo de divino. Tal era el pensamiento de Bossuet cuando hablaba *de ese no sé qué de incomparable y de perfecto que la desgracia añade á la virtud.*

¿Será que el cuerpo cayéndose á pedazos y desapareciendo pieza por pieza, como las paredes de un viejo edificio, deja á el alma, imagen de Dios, más visible y más resplandeciente?

Respetad á los ancianos, respetad á los desgraciados; ellos os bendecirán, y su bendición siempre trae la dicha.

Si al verlos experimentáis un sentimiento de desprecio, sondead vuestra alma: y en el fondo encontraréis un vicio que se apodera de ellas.

## 81 RESPETÓ A LAS COMPAÑERAS.

Respetad á vuestras compañeras, respetaos vos misma que tenéis la dicha de ser una niña, dicha ¡ay! que no se sabe apreciar, sino cuando se ha visto desaparecer.

La niña es un ángel enviado á su madre para prepararla á las alegrías del cielo.

La niña es una planta tierna y delicada que debe convertirse en un grande árbol cargado de todos los frutos de las virtudes.

La niña es una flor próxima á abrirse y que debe embalsamar una existencia entera. La niña es la creatura bien amada del buen Dios.

Pues bien, *la falta de respeto* destruye todo ese porvenir, mata á ese ángel, rompe esa planta, arranca esa flor, ensucia esa imagen del buen Dios.

Desgraciada de la que ha sido encargada por el infierno, de esta obra de destrucción!

Angeles guardianes de las niñas, cubridlas con vuestras alas; ocultadlas, ocultadlas á las miradas de los demonios, y á la funesta amistad de sus compañeras perversas.

## CAPITULO IV.

### LA BURLA

#### 82 Qué cosa es la burla?

La burla es una irrisión que marca el desprecio que se tiene por alguno.

Ella se manifestó:

Por *palabras* picantes, algunas veces ingeniosas, con frecuencia groseras y siempre perversas.

Por *gestos grotescos* imitando la manera de andar, de hablar ó de hacer las cosas, con el objeto de excitar la hilaridad á expensas de la víctima.

Por *miradas desdeñosas* ó aun por un *silencio afectado* que parece manifestar que se tiene en nada á todos los circunstantes.

La burla es siempre culpable de cualquiera parte que venga; es aun más de parte de una niña que tiene necesidad de todos.

### 83 FUENTES DE LA BURLA.

La burla proviene:

1° *Del orgullo.* La joven burlona se coloca inmediatamente por encima de las otras y toma como cierto aire de autoridad que parece permitirle inspeccionar á todas las personas que pasan delante de ella. Todo lo desaprueba: el modo de andar, la figura, el carácter, la edad, los adornos, en todo halla motivo de risa; como si nada en su propia persona se prestase tambien al ridículo. Le parece que reír y hacer reír de otros, es ensalzar su propia excelencia.

2° *Del atolondramiento.* El atolondramien-

to, sin previsión, sin tino, algunas veces por prurito de hablar, otras veces por no dejar escapar la ocasión de lucir su ingenio, dice lo que le ocurre sin pensar que va á causar pena, repite lo que ha oído; estas son indiscreciones, palabras sin malicia tal vez, pero que causan heridas profundas. Cuántas familias se han visto malquistadas por la indiscreta burla escapada á una niña atolondrada!

3° *De un talento mezquino y ordinariamente envidioso.* Entonces es principalmente cuando la burla recae sobre una compañera más discreta, pero algo tímida.

La burla es el único recurso que le queda á la mediocridad para vengarse de la virtud.

Cuando un salvaje no puede alcanzar el fruto de un árbol muy alto, lo corta por la base. La joven vana que no puede alcanzar el renombre que otra tiene, procura humillar á su compañera, por mordiscos semejantes á los del guzano que se arrastra por la tierra.

En Francia, dice un filósofo, la burla no se ejerce sino por cabezas vacías de ideas, no saben más que silvar.

4° La burla en fin, viene *de un mal corazón.* Causa siempre á la persona que es su víctima, una pena más ó menos viva. La burlona lo sabe, y lejos de contenerla, este conocimiento la excita á redoblar sus palabras mordaces, y manifiesta, aun en su miradã, una

perversa alegría al ver á su pobre víctima aterrada.

Burlarse con arte, sacrificar una amiga, más bien que una buena palabra, esto no es talento, es perversidad.

Un corazón inocente y bueno mira con piedad y ama con extremo á aquellos á quienes un defecto exterior, por ejemplo, humilla y entristece.

#### 84 EFECTOS DE LA BURLA

El primer efecto de la burla es inspirar la *antipatía*, y la antipatía inclina á dejar aislada á la persona que la inspira.

Sois burlonas, no contéis nunca con una amiga adicta.

Sois burlonas nunca vayáis á demandar la protección de alguno.

Y sin amigas, sin protección, ¿qué vendrá á ser de vosotras?

Hay ciertas plantas, cuyo hedor infecto, hace huir á las aves del cielo que nunca descansan sobre sus ramas, ni reposan á su sombra. La burla produce tal efecto sobre los corazones.

Se reirán tal vez de vuestras agudezas, y esto os halagará; se os temerá tal vez, pero, estad seguras, no se os amará.

*Segundo efecto.* La burla habitual es uno

de esos vicios que se adhiere á el alma, crece, se fortifica con ella, y concluye como las plantas parásitas por envolverla toda y secarla completamente.

A los diez años la joven se burla de los pobres, de sus compañeras, de una criada.

A los doce años, la burla recaerá sobre los amigos de la familia, sobre las personas respetables pero desconocidas, sobre las maestras.

A los quince años extenderá su risa perversa sobre los parientes enfermos ó ancianos, y después ¿á quién perdonará?

#### 85 REMEDIO CONTRA LA BURLA.

Es necesario una voluntad bien fuerte para corregirse de la burla habitual, porque es un defecto que se ama en uno, todo lo que se detesta en los otros.

No se llega á conseguir el triunfo sino procurando cortar las causas, el orgullo, el atolondramiento; sobre todo procurando ser *muy bueno* por medio de repetidos actos de beneficencia.

No olvidemos que la burla que no se atreve á atacar directamente sino á aquellos que son tímidos y débiles, es una bajeza. Y qué, porque vosotras tenéis inteligencia, talento, conocimientos, os aprovecháis de esas venta-

jas para insultar á las que no están tan bien dotadas y que tal vez merecerían serlo mejor que vosotras! Esto es más que bajaiza, es vileza.

### CAPITULO V.

#### LA DISCRECION Y LA INDISCRECION

86 *En que consiste la discreción?*

La discreción consiste:

1° *En saber callarse y guardar un secreto.*

Se dice que un hombre es más fiel al secreto de otro que al suyo; que una mujer al contrario, guarda el suyo mejor que el de los otros. Reunir sin los respectivos defectos, la virtud del uno y de la otra, es la discreción.

2° *En no tratar de ver ó de oír lo que se quiere que esté oculto.* Esto es curiosidad condenable; si la indiscreción viene á unirse á ella, es uno de esos actos que causan bastante afrenta.

3° *En fin, en no hacer preguntas que puedan embarazar á aquellos á quienes se hacen.* Esto es ó malicia ó falta de tino.

#### 87 EFECTOS DE LA DISCRECION.

La discreción inspira la confianza y se puede decir de una niña discreta que todo el mundo quisiera tenerla por amiga. Esta cualidad no se encuentra sino en una razón recta, un juicio seguro, un tino exquisito.

La discreción puede ser llamada la perfección humana, y decir de una joven que es discreta, es decir que ella es perfecta.

Ella proporeiona el gozo y descanso á los que la rodean y asegurándoles contra toda importunidad, los alivia de una de las más pesadas cargas de la vida; *la de contenerse sin cesar.*

Los antiguos habían hecho una divinidad de la discreción; su estatua cuyos labios estaban sellados, se elevaba en el templo de la alegría: gracioso símbolo del resultado de esta virtud.

La semilla que esta oculta en el seno de la tierra muestra por defuera un tallo florido; el secreto oculto en el corazón, lo corona con las flores de la amistad. ®

La felicidad de hacerse amar depende de la manera de conducir la lengua.

#### 88 LA DISCRECION ES EL MISTERIO?

La discreción no es el misterio.

Hacerlo de bagatelas es *pequeñez de espíri-*

tu; de cosas serias es peligroso, porque la curiosidad es entonces agujoneada, y así provocada, es raro que no llegue á descubrir lo que se quiere ocultar.

Una persona misteriosa lleva siempre consigo el fastidio, ese fastidio que ataca los nervios é inclina casi al aborrecimiento.

La discreción exige que se obre absolutamente como si nada se supiese, sin dejar ni aun sospechar que se sabe algo.

#### 89 COMO SE FALTA A LA DISCRECIÓN?

Es casi infinito el número de indiscreciones que se cometen en palabras y en acciones.

La definición dada desde las primeras líneas, deja suponer una multitud de casos prácticos; hé aquí algunos:

Es una indiscreción tocar todos los objetos que están al alcance de la mano y que no nos pertenecen; sobre todo leer un pliego escrito que se encuentra en un aposento ajeno.

Es una indiscreción hablar á alguno de los defectos que se han notado en él, de sus deformidades ó de las faltas cometidas por un miembro de su familia; apocar delante de alguno la posición que ocupa; sensurar su gusto, ó elogiar y ensalzar como mejores que los que él posee, los objetos semejantes que él no puede obtener,

Se corre riesgo, en fin, de ser indiscreto siempre que no se sabe enfrenar la lengua, y ésta es en verdad una tarea bastante difícil.

La viveza de su imaginación, la imprecionabilidad de su sistema nervioso, hacen á la joven muchas veces, más expansiva que otra cosa. Así, cuántas faltas, cuantas decepciones hay en cada uno de sus días, si no tiene el suficiente juicio! y es necesario á cada momento, repetirle aquel axioma tan sabido: Jamás se arrepiente uno de haber callado, con frecuencia se lamenta el haber hablado.

Mme. Necker se atrevió á decir: "Queréis hacer prevalecer una opinión? dirigíos á las mujeres; ellas la reciben sin dificultad, por que son ignorantes; la propagan por que son ligeras; la sostienen largo tiempo por que son testarudas."

No creemos en estas palabras tan ofensivas, más que en estas otras de un moralista: "Si queréis propagar una noticia, confiadla bajo secreto á una joven."

No hacemos estas citas sino bajo la forma de advertencia ó consejo.

#### 90 CAUSAS DE LA INDISCRECIÓN.

La primera causa de la indiscreción, la más común, es el *atolondramiento* que nunca reflexiona, dice todo lo que sabe, todo lo que piensa, por el solo placer de decirlo, y mo-

lesta\* con importunidad por saber lo que se quiere ocultarle.

La segunda causa es *el juicio falso ó mal formado*, que impide conocer el momento en que se ha llegado á ser molesto, la trascendencia de las palabras que se pronuncian ó de la revelación que se hace, y que no comprende, sino muy tarde, la gravedad de las heridas causadas con su charlatanería y con su falta de tino.

La tercera causa es, en las jóvenes principalmente, *la necesidad que sienten, de llamar la atención*.

Se complacen en contar y algunas veces amplificando, lo que han oído, ó más bien, lo que han adivinado, y creen por ésto colocarse por encima de las otras.

Saber las primeras alguna noticia ignora-da aún, ser las primeras en comunicarla á todo el mundo, esto es para algunas aturdi-das la suprema dicha.

Espiar las intenciones, los pasos de las otras para darse el aire de adivinar lo que van á hacer, es la ocupación de un gran número de niñas.

El misterio, del que ya hemos hablado, entra tambien en gran parte en el plan de ocupaciones de la joven vanidosa. *Ella lo sabe todo* en concepto de sus compañeras y de sus maestras, pero no dice más que palabras ve-

ladas y vagas. Por esto, haciéndose la interesante, la buscan y la adulan las otras curiosillas como ella; llega al colmo de su alegría cuando logra que se diga que ella es *la mejor informada*.

## 91 EFECTOS DE LA INDISCRECIÓN.

1.º La indiscreción suele dividir y aún hacer enemigos á los corazones hechos para amarse. Qué pesar para toda la vida! Qué remordimiento tener que decirse: Esas dos personas se aborrecen, yo soy la causa!

2.º Introduce la discordia en las familias; allí principalmente es terrible la indiscreción, porque los miembros de la familia no pudiendo separarse, se ven obligados á vivir en continuos recelos, temores y disgustos.

3.º En fin, y este tal vez es el más pequeño inconveniente, la indiscreción hace que la joven indiscreta sea excluída de todas las sociedades; la temen á la vez que la desprecian.

La joven que adolece de este defecto, parece que lleva escritas sobre su frente estas palabras: *Guardaos de mí, voy á comprometeros.*

## CAPITULO VI.

## EL ORDEN.

92 *En qué consiste el orden y cuales son sus efectos en el alma?*

El orden consiste:

- 1.º En hacer cada cosa á su hora.
- 2.º En destinar un lugar conveniente y fijo á cada cosa, y volverla á poner siempre en aquel lugar.

El orden es una cualidad que supone en el alma muchas virtudes.

Una persona de orden está muy cerca de ser una santa.

El exterior es en esto principalmente, la imagen del interior, y si el orden no es el resultado de la paz del alma, conducirá á ella ciertamente.

La tranquilidad entra en el espíritu, cuando no está rodeado sino de objetos bien colocados y ordenados y de usos y costumbres establecidos con regularidad.

“Si aun tuviera yo la locura de creer en la dicha, decía Chateaubriand, la buscaría yo en el hábito y en el orden.”

Contemplad la alegría inocente que causa á la joven el aspecto de su aposento bien arreglado, donde nada está rodando, donde cada mueble ocupa el lugar que le conviene, la

alegría, sobre todo, que le causa un día bien empleado.

Cada uno de sus actos practicado á la hora debida y con la intención requerida, brilla á su vista como una perla con que los ángeles han formado una corona que durante su sueño van á colocar sobre su frente.

La joven tiene el instinto del orden; todo arreglo que el buen gusto ha dirigido le es natural, ella lo ama, pero, digámoslo muy por lo bajo, cuando una mano benevolente le ha ahorrado el trabajo.

## 93 VENTAJAS DEL ORDEN.

1.º *El orden alivia la memoria.* Sin orden, la memoria se recarga de trabajos que hacer, de proyectos que ejecutar, de deberes que llenar cuyo recuerdo confuso se parece á esas madejas de hilo que la turbulenta mano de una aturdida enreda á su gusto; no se sabe por donde comenzar y siempre se está en la agitación.

Una niña sin orden debe estar segura de tener al fin del día una gran lista de importantes deberes que habrá olvidado.

El olvido no puede excusarse cuando viene á ser frecuente, y estas palabras: *Ni pensaba yo en ello* merecen un doble reproche, tanto por la acción que habría debido hacerse, cuan-

to por el olvido mismo que proviene de la falta de orden.

2° *El orden economiza el tiempo.* Quien economiza el tiempo economiza su vida porque el tiempo es la tela en que la vida está hecha.

Si nada está en su lugar, ¿cómo encontraréis el objeto que necesitáis cuando sea necesario emplearlo? Las horas corren y se pasan en buscar los materiales para nuestro trabajo y cuando por fin los hayáis encontrado y los tengáis reunidos, ya será el tiempo en que debierais ocuparos en otra cosa y llenar otro deber.

Así es que la joven sin orden nunca tiene el tiempo necesario para llenar todos sus deberes.

Habéis notado la cantidad de objetos que puede contener un armario, cuando cada uno de ellos está colocado en su lugar y que todos los lugares están ocupados? Las horas pues son como otras tantas cajas practicadas en el día y destinadas á recibir y contener nuestras acciones. Oh! cuántas acciones se pueden poner en cada una de ellas, si no dejamos pasar ninguna sin llenarla.

*Tiempo perdido, trabajo necesario ó abandonado del todo ó hecho con negligencia, y esto todos los días,* qué total espantoso de deberes omitidos y de conocimientos no adqui-

ridos, de que vuestros padres primero y luego Dios os pedirán estrecha cuenta!

No olvidemos este proverbio: "El tiempo despreciado es una bolsa llena de oro vaciado en un abismo sin fondo."

3° *El orden hace el trabajo más pronto y más fácil.* Cada ocupación tiene su pena y su placer también, y se puede decir de ellas lo que de los frutos delicados: No hay más que un momento oportuno para cogerlos; muy temprano la madurez no es completa; muy tarde perdieron su sabor.

Queréis que un trabajo os agrade? hacedlo luego que ha llegado su hora.

Parece que el trabajo se multiplica bajo la mano de una joven cuidadosa que tiene siempre cerca de sí todo lo que le es necesario. Dicen que una hada viene en ayuda de ciertas obreras laboriosas que sorprenden á sus compañeras por la agilidad de sus dedos y la destreza de sus manos; y en verdad que hay razón para decirlo. Esa hada se llama el orden.

4° *El orden conserva las cosas.* El orden produce el aseo y la economía, y bien pronto y claro se ve la verdad de este axioma popular: *Con estas tres virtudes: orden, aseo y economía, se hace un palacio de la cabaña de un pobre.*

Cómo se estima á la mujer de quien se puede decir: Esta es una mujer de orden! Vale

más que un tesoro, dice Fenelón, y sin ella el bien estar es imposible en la familia.

Es la providencia del hogar doméstico y se diría que bajo su soplo benéfico como bajo el soplo de la primavera, los objetos marchitos y ajados por un largo uso, rejuvenecen y procuran un bien estar que no se esperaba.

#### 94 OBJETOS QUE ABRAZA EL ORDEN.

El orden abraza principalmente: 1° El vestir y los cuidados domésticos: 2° El cumplimiento de los deberes del corazón.

No podemos dar aquí más que indicaciones sumarias; el ejemplo de las personas que os rodean os enseñará más que todas las palabras.

1° El orden exige una costumbre siempre natural y completa, más bien sencilla que muy brillante, no distinguiéndose de la costumbre de los otros sino por la sencillez, pero siempre con esa elegancia sin afectación que el buen gusto aprueba y que agradan sin saberlo.

Lo delicado de los vestidos es una condición de su elegancia.

Lo que comunmente se llama desaliño matutino ó diario, vulgarmente *estar de trapillo*, no es por que en realidad haya desaliño ó descuido, sino se dice así en oposición al vestirse más cuidadosa y esmeradamente, lo cual

queda reservado para los días festivos y las visitas.

No inventemos las modas ni seamos las primeras en seguirlas, pero cuando ya están algo estendidas en torno nuestro, y nada tienen de inconveniente, ni para la modestia cristiana, ni para nuestra posición social, sigámoslas simplemente.

Habría casi tan poca prudencia en llevar un vestido que ya no es usado, como en ser las primeras en ponerse uno de forma enteramente nueva. En este sentido se ha dicho: "Los locos inventan las modas, los cuerdos las siguen."

Si os parece que vuestra elegancia os hace amable por qué no habréis de quererlo ser siempre?

2° El orden demanda un aposento que la vista pueda recorrer sin experimentar sensación alguna desagradable, sea á causa del polvo que empaña los muebles, sea á causa de la colocación de los objetos: un aposento en el que no se vean sobre las sillas que estén en desorden ellas mismas, los vestidos por ejemplo tirados, cuando deberán estar doblados y guardados ó colgados en su lugar.

El orden pide que el interior de los armarios esté arreglado de tal manera que la ropa pueda sacarse fácilmente y que esta ropa

bien contada, marcada y sin rasgón alguno, tenga su lugar bien designado.

Que cada cosa en fin, esté en el lugar más cómodo y apropiado, volviéndola á poner allí luego que haya servido, cuidando de que nada esté deteriorado ó en girones.

3º Si os acostumbráis á ser negligente con vuestros vestidos; si vuestra mesa de escribir está sin orden, vuestras manos y vuestros papeles llenos de manchas de tinta, vuestros libros sucios y desgarrados, el mal irá ganando así vuestro corazón, y olvidaréis esas minuciosidades afectuosas, que sin embargo, solas ellas tal vez os harán amable.

Por qué por ejemplo es necesario recordar á la niña indolente aquel acto tan dulce al corazón, tan sencillo en la apariencia, y que las madres no se atreven ya á exigir, cuando ven que se ha hechado en olvido; ese delicioso saludo por la mañana, esa tierna despedida por la noche, que era acompañada de una caricia, y que más tarde se lamenta el no poderla dar?

4º El orden exige que nunca se deje sin contestación una carta que se ha recibido, aun esas cartitas de amistad que algunas veces hacen tanto bien, y que casi impiden al corazón que muera, como una gota de agua impide á una planta que se seque.

Que se aprovechen todas las ocasiones pa-

ra mostrarse reconocido, el primer día del año, la víspera de una fiesta, y que se sepa descubrir y comprender esos agasajos, esos cuidados que una joven encuentra naturalmente en su corazón.

Lo diremos una vez más, nosotros no hacemos aquí más que indicaciones; fijémonos bien en que estas no son los grandes actos de virtud, sino los pequeños actos de todos los días que hacen la dicha de la vida.

### 95 EL ORDEN ES LA RUTINA?

El orden no es la *rutina* ni la *fórmula*; el orden es inteligente y racional; hacer una cosa de tal manera y á tal hora porque así se ha hecho siempre, es un orden puramente material, tal cual se ve en el nido de la golondrina y en la celdilla de la abeja.

Necesario es saber romper esos hábitos cuando la razón lo exige, desarreglar una cosa y quitarla de su acostumbrado lugar, cuando la caridad y aun la complacencia lo demandan.

No hablamos del *desorden* que es la confusión en la inteligencia, en el alma, en el corazón, en los objetos materiales, y que da por resultado el fastidio, la impaciencia, la pobreza y el desprecio.

## CAPITULO VII.

## LA ECONOMIA

96 *En qué consiste la economía?*

La economía no es otra cosa que *la medida y orden en los gastos.*

Consiste, dice un antiguo axioma en saber usar de las cosas, sin abusar de ellas, en ahorrar sin mostrarse avaro, en moderar los gastos para tener lo suficiente, en conservar, en fin, para tener siempre.

No hay tal vez cualidad más recomendada que la economía. Escuchad lo que dicen los proverbios populares, tan justamente llamados la sabiduría de las naciones.

“El trabajo echa fuera la miseria; la economía le impide el llegar.

“Un poco repetido muchas veces hace mucho.

“Pequeños gastos conducen á la ruina.

“El que compra lo superfluo pronto venderá lo necesario.

“Un real ahorrado es un real ganado.

“Los niños y los locos se imaginan que veinte pesos y veinte años no terminan nunca.

Retened estas palabras tan llenas de sentido; cada una de ellas vale grandes páginas de elocuencia.

## 97 VENTAJAS DE LA ECONOMIA.

La economía es la cualidad por excelencia, de las mujeres; cuando existe en el alma guardada y dirigida por la piedad, atrae á sí todas las otras cualidades que hacen el encanto del interior de una familia.

La mujer prudente económica, que conoce lo que vale el dinero, y sabe también gastarlo á propósito, es:

1° *Una mujer de orden.* que equilibra los gastos con las rentas, sabe ponerse al abrigo de la pobreza, y aun tiene siempre de reserva, alguna agradable sorpresa que dar á su familia.

2° *Una mujer previsora* que piensa en el porvenir sin quitar nada al presente y hace en obsequio de aquellos á quienes ama, sacrificios desconocidos sin duda, pero más meritorios ante Dios que los mayores actos de adhesión.

3° *Una mujer de exquisito aseo* que no se rehusa los adornos del buen gusto destinados á embellecer y que sabe por este medio hacer atractivas su persona y su casa.

4° *Una mujer que ama el trabajo* y por consiguiente la virtud: el uno no va sin la otra. La sonrisa habitual de sus labios indica la alegría de su corazón; y ciertamente,

como no ha de ser dichosa? ella da la dicha á todos.

5° Una mujer, en fin, para quien ningún detalle de la casa es extraño; que puede hacer por sí misma, ó al menos dirigir, tanto los trabajos de un cortijo como los de una casa en la ciudad.

A ella es á quien se aplican aquellas palabras de la Santa Escritura: "Es más preciosa que los diamantes venidos de la extremidad del mundo. Puede ponerse en ella toda la confianza; y aquel á quien proteja nada necesitará."

Cada día la mujer económica siembra algo de provecho para el día siguiente.

Nada desdeña: reúne sin afectación, esas mil frioleras y bagatelas que puede utilizar: retazos de géneros, pedazos de cintas y listones, piezas de ropa ya viejas que andaban rodando despreciadas y de todo ello sabe sacar partido, ya para el menaje de la casa, ya para los pobres. Se diría que es uno de esos pequeños granos secos y de mal aspecto que puestos en buena tierra, producen flores y frutos.

Todo, en efecto fructifica en sus manos: así la comodidad y el bienestar la rodean, las personas más atolondradas la admiran, sin tener el valor de imitarla; todos los que la tratan la aman y los pobres la bendicen por

que saben bien que ninguno de ellos le tiene de la mano sin recibir de ella una limosna.

## 98 CONSEJOS PRACTICOS.

Hay pocos consejos generales que dar sobre la economía, y los detalles entrarán á cada paso, en lo que se llama *la ciencia de la economía doméstica*.

Nosotros nos limitaremos á algunos consejos prácticos.

1° No habéis notado cómo ciertos gastos hechos de manera que no causan ni honor ni provecho, dejan el alma llena de desconsuelo y arrepentimiento, por ejemplo los que se hacen sólo por satisfacer la gula ó la vanidad; cómo otros hechos sin reflexion, por seducción, son tan inútiles como fantásticos y no producen ninguna satisfacción?

Un objeto os ha parecido comprado á buen precio y con comodidad; al día siguiente advertís que nada vale.

Otro os parecerá indispensable antes de poseerlo; desde que ya lo tenéis os estorba.

Habéis gastado vuestro dinero sin razón por capricho; y cuando una fiesta se presentó exigiendos una ligera contribución, cuando una buena obra ha venido á reclamar vuestra caridad, os habéis ruborizado de no poder participar ni de la una ni de la otra.

como no ha de ser dichosa? ella da la dicha á

Cuántos pesares, cuántas desepciones, cuántos gastos os habría ahorrado un poco de economía!

2° Acostumbraos desde ahora, á dar cuenta por escrito de la inversión que hacéis del dinero que se os da para vuestros gustillos. Cierta madre no enviaba nunca dinero á su hija antes de recibir la cuenta exacta del empleo que la niña había hecho de la suma precedente. Había en esto mucha sabiduría.

Esta pequeña contabilidad tan fácil os acostumbrará á llevar más tarde vuestros libros de una manera más seria é indispensable.

Desconfiad de vuestras primeras impresiones por la compra de un objeto; esto no es las más veces más que un antojo que la posesión cambiará en disgusto.

No compréis sino al día siguiente el objeto de que tenéis deseo y que no os es absolutamente necesario.

Tened siempre abundante provisión de todos esos objetos que diariamente necesitáis para vuestro trabajo: hilo, agujas, papel. No esperéis la conclusión completa de un objeto para procuraros otro.

Prestaos á vos misma todos los servicios que podáis; es el medio de ser mejor servida y de aprender una multitud de detalles que es vergonzoso ignorar.

Asistid personalmente, siempre que os sea

posible á las ventas, á las compras, aun á los trabajos de la cocina; pedid explicaciones y procurad entenderlo y aun hacerlo algunas veces vos misma.

No olvidéis estas palabras de Fenelón: "Las mujeres que permanecen extrañas al manejo del dinero son, por ignorancia, de una prodigalidad loca, ó de una sórdida avaricia."

Nada es más insulso y fastidioso por parte de una joven que el oír la elogiar todas las cosas, como compradas á muy buen precio, así como nada hay tan molesto como el oír la siempre clamar contra la carestía de todo lo que se le presenta.

Es pequeñez de espíritu en una mujer el desden que muestra en saber los pequeños detalles de la economía doméstica; es necesario, ciertamente, más capacidad para instruirse en el buen gobierno de una casa, que para aprender á cantar, á discutir el interés de una novela, ó aun para ejecutar algunas piezas aprendidas en el piano.

No es un maniquí ni una muñeca la que se necesita en una casa, sino una mujer activa, fuerte y virtuosa, que, como dice Fenelón *sepa hilar, trabajar, sacrificarse, callarse.*

como no ha de ser dichosa? ella da la dicha á

## 134

CAPITULO VIII  
LA PRODIGALIDAD

99 *Qué es la prodigalidad.*

La prodigalidad consiste en gastar sin razón el dinero que se posee, y en dejar deteriorarse, por capricho ó flojedad, los objetos que son de nuestro uso.

## 100 FUENTES DE LA PRODIGALIDAD.

Las fuentes de la prodigalidad son el orgullo y la pereza.

El orgullo dice:

Si tu gastas mucho en adornos, en alhajas, en muebles y en minuciosas bagatelas; Si porque la moda va pasando ya, desechas un vestido que todavía es útil, *dirán que eres rica.*

Si das sin llevar cuenta y sin medida, *dirán que eres generosa.*

Si aparentas preocuparte poco ó nada de un vestido manchado ó desgarrado, *dirán que eres magnánima.*

Si en fin, te presentas la más elegante y la mejor puesta, se dirá que eres una mujer de buen tono.

Cómo resistir el encanto de tales lisonjas?

La pereza á su vez dice:

Saber todo lo que se gasta en cada día y obligarse á llevar cuenta de ello, *eso es muy fastidioso.*

Vigilar sobre cada uno de los deseos que uno tenga, preguntarse antes de cada gasto: ¿Es esto necesario? no puedo aun esperarme? *esto es ridículo.*

Poner manos á la obra inmediatamente para reparar el accidente acaecido en un vestido, *eso es una vagatela, es muy molesto.*

Ahorrar un real, calcular aun los gastos que se hacen por limosnas, *esa es avaricia,*

Cómo no detenerse ante semejantes reproches? Y en efecto no es de buen tono el ser indolente!

## 101 EFECTOS DE LA PRODIGALIDAD.

El primer resultado de este defecto es un descontento y un malestar general. La joven que escuche esas voces alagüeñas, por más que se aturda, oye también estas voces más apacibles que le dicen: *Y mañana que harás? Si prodigas lo necesario que te quedará? Qué responderás á Dios cuando te pida cuenta del uso que hiciste de tu tiempo y de tus bienes?*

¡Oh! cuanto deben envenenar el gozo del orgullo estas palabras!

El segundo efecto de la prodigalidad es un desorden completo.

En la inteligencia, que se deja dominar por el capricho.

En el alma, que siente que ofende á Dios, el orden por excelencia.

En el corazón, que ni aun consigue la adhesión de aquellos por quienes es pródigo. No es sólo dando, como se logra el reconocimiento, sino dando con razón: hay en el corazón un sentimiento de justicia que impide, aun al niño, quedar contento de los beneficios hechos sin discreción.

El tercer efecto es, tarde ó temprano la ruina completa.

Estas palabras apenas son comprendidas: son tan extrañas en la edad de la juventud! Así no haremos más que indicarlas, á pesar de los ejemplos que se pudieran poner.

La suerte prepara golpes de tal manera imprevistos, que nunca podría uno proveerse de los suficientes recursos contra sus accidentes. La augusta hija de Luis XVI no debió, en la torre en que estaba encerrada, trabajar con sus propias manos los vestidos que parecía no dársele sino por tormento?

No prodiguemos nunca, ni nuestro tiempo ni nuestros bienes; la prodigalidad se asemeja á esas minas cabadas por un hábil enemigo bajo los muros de una ciudad: el trabajo avanza sordamente y derrepente en medio de una fiesta tal vez, la explosión se verifica. Qué queda? ruinas.

Para corregir la inclinación á la prodigalidad, seguid los consejos indicados en los capítulos de *el orden y la economía*.

*fastidioso.*

## INDICE DE LAS MATERIAS

Introducción.—Objeto de este trabajo.—Plan general

### PRIMERA PARTE.

VIRTUDES QUE HACÉN AMABLE A LA JOVEN.

DEFECTOS

OPUESTOS A ESTAS VIRTUDES.

#### Capítulo I. La bondad.

- |   |   |    |
|---|---|----|
| 1 | Qué cosa es la bondad? . . . . .                  | 11 |
| 2 | Cuántas clases de bondad se distinguen? . . . . . | 12 |
| 3 | Resultados de la bondad. . . . .                  | 12 |
| 4 | Diferentes actos de bondad . . . . .              | 14 |
| 5 | Cómo se llega á ser bueno? . . . . .              | 16 |

#### Capítulo II. La perversidad.

- |   |  |    |
|---|--|----|
| 6 | Qué cosa es la perversidad? . . . . .        | 16 |
| 7 | Cómo se manifiesta la perversidad? . . . . . | 17 |
| 8 | Consecuencias de la perversidad. . . . .     | 20 |
| 9 | Medios de corregirse. . . . .                | 21 |

#### Capítulo III. La dulzura.

- |    |   |    |
|----|---|----|
| 10 | Qué cosa es la dulzura? Cuales son sus efectos. . . . . | 22 |
|----|---|----|

En el corazón, que ni aun consigue la adhesión de aquellos por quienes es pródigo. No es sólo dando, como se logra el reconocimiento, sino dando con razón: hay en el corazón un sentimiento de justicia que impide, aun al niño, quedar contento de los beneficios hechos sin discreción.

El tercer efecto es, tarde ó temprano la ruina completa.

Estas palabras apenas son comprendidas: son tan extrañas en la edad de la juventud! Así no haremos más que indicirlas, á pesar de los ejemplos que se pudieran poner.

La suerte prepara golpes de tal manera imprevistos, que nunca podría uno proveerse de los suficientes recursos contra sus accidentes. La augusta hija de Luis XVI no debió, en la torre en que estaba encerrada, trabajar con sus propias manos los vestidos que parecía no dársele sino por tormento?

No prodiguemos nunca, ni nuestro tiempo ni nuestros bienes; la prodigalidad se asemeja á esas minas cabadas por un hábil enemigo bajo los muros de una ciudad: el trabajo avanza sordamente y derrepente en medio de una fiesta tal vez, la explosión se verifica. Qué queda? ruinas.

Para corregir la inclinación á la prodigalidad, seguid los consejos indicados en los capítulos de *el orden y la economía*.

*fastidioso.*

## INDICE DE LAS MATERIAS

Introducción.—Objeto de este trabajo.—Plan general

### PRIMERA PARTE.

VIRTUDES QUE HACÉN AMABLE A LA JOVEN.

DEFECTOS

OPUESTOS A ESTAS VIRTUDES.

#### Capítulo I. La bondad.

- |   |   |    |
|---|---|----|
| 1 | Qué cosa es la bondad? . . . . .                  | 11 |
| 2 | Cuántas clases de bondad se distinguen? . . . . . | 12 |
| 3 | Resultados de la bondad. . . . .                  | 12 |
| 4 | Diferentes actos de bondad . . . . .              | 14 |
| 5 | Cómo se llega á ser bueno? . . . . .              | 16 |

#### Capítulo II. La perversidad.

- |   |  |    |
|---|--|----|
| 6 | Qué cosa es la perversidad? . . . . .        | 16 |
| 7 | Cómo se manifiesta la perversidad? . . . . . | 17 |
| 8 | Consecuencias de la perversidad. . . . .     | 20 |
| 9 | Medios de corregirse. . . . .                | 21 |

#### Capítulo III. La dulzura.

- |    |   |    |
|----|---|----|
| 10 | Qué cosa es la dulzura? Cuales son sus efectos. . . . . | 22 |
|----|---|----|

11	Cómo la dulzura nos procura la dicha?.....	23
12	Circunstancias en que debe mostrarse la dulzura.....	24
13	Puede adquirirse la dulzura?.....	27
14	Caracteres de la dulzura.....	29

#### Capítulo IV. La malignidad.

15	Qué cosa es la malignidad?.....	29
16	Efectos de la malignidad.....	30

#### Capítulo V. La modestia.

17	Qué cosa es la modestia?.....	33
18	Ventajas de la modestia con relación á la misma joven.....	33
19	Ventajas de la modestia con relación á los otros.....	35
20	La modestia, virtud cristiana.....	37

#### Capítulo VI. La afectación.

21	Qué cosa es la afectación?.....	37
22	Afectación de ciencia.....	38
23	Afectación de talento.....	40
24	Afectación en el carácter y en los hábitos.....	41
25	Remedios para la afectación.....	43

#### Capítulo VII. La afabilidad.

26	Qué cosa es la afabilidad?.....	44
27	Efectos de la afabilidad.....	45
28	La amabilidad.....	46
29	La familiaridad.....	47

*fastidioso.*

#### Capítulo VIII. La puerilidad.

30	Qué cosa es la puerilidad? Su naturaleza.....	48
31	Cómo se manifiesta la puerilidad?.....	50

#### Capítulo IX. El amor á la verdad.

32	Naturaleza y efectos del amor á la verdad.....	51
33	El candor.....	53
34	La franqueza.....	53
35	La ingenuidad.....	54
36	La sinceridad.....	56

#### Capítulo X. La mentira.

37	Qué es la mentira?.....	57
38	Cómo se manifiesta la mentira?.....	58
39	Cómo tiene lugar la mentira?.....	58
40	Consecuencias de la mentira.....	59
41	Efectos de la mentira.....	60

#### Capítulo XI. La obediencia.

42	Qué es la obediencia? Cuál es su naturaleza.....	61
43	La Necesidad de la obediencia.....	62
44	El deber.....	63
45	Medios de hacer facil la obediencia.....	64
46	Qué cosa es la docilidad?.....	65

#### Capítulo XII. La desobediencia.

47	Naturaleza de la desobediencia.....	66
48	Como se forma el hábito de la desobediencia.....	67
49	Efectos de la desobediencia.....	68

Capítulo XIII. El reconocimiento.

- 50 Qué cosa es el reconocimiento y cual es su naturaleza? ..... 69  
51 Efectos del reconocimiento..... 70  
52 Cómo debe manifestarse el reconocimiento?..... 71

Capítulo XIV. La ingratitud.

- 53 ¿Qué es la ingratitud? ..... 72  
54 Fuentes de la ingratitud..... 73  
55 Efectos de la ingratitud..... 75  
56 Cómo conducirse con los ingratos. 76

Capítulo XV. La urbanidad y la descortesía.

- 57 Qué es la urbanidad?..... 76  
58 Qué es la civilidad?..... 78  
59 Qué cosa es el buen tono?..... 78  
60 Dónde debe principalmente mostrarse la urbanidad?..... 79  
61 Qué cosa es la descortesía?..... 81

Capítulo XVI. El aseo.

- 62 En qué consiste el aseo?..... 83  
63 Aseo del cuerpo..... 83  
64 Aseo en los vestidos..... 84  
65 Aseo en el aposento..... 85

Capítulo XVII. El lujo.

- 66 Qué cosa es el lujo? Sus efectos. 87  
67 Causas del amor al lujo..... 89  
68 Remedios contra el lujo..... 91

SEGUNDA PARTE

VIRTUDES QUE HECHEN ESTIMABLE A LA JOVEN.

DEFECTOS

OPUESTOS Á ESTAS VITUDES.

Capítulo I. El amor al trabajo.

- 69 En que consiste el amor al trabajo? Su necesidad..... 93  
70 Efectos del trabajo..... 94  
71 Qué trabajo es necesario hacer?... 97  
72 Cómo se adquiere el amor al trabajo..... 99

Capítulo II. La ociosidad.

- 73 Qué cosa es la ociosidad?..... 99  
74 Efectos de la ociosidad. La ociosidad condena..... 100  
75 La ociosidad degrada..... 102

Capítulo III. El respeto.

- 76 Qué cosa es el respeto?..... 103  
77 Necesidad del respeto..... 104  
78 A quienes se debe respetar?..... 105  
79 Respeto á los maestros..... 106  
80 Respeto á los ancianos y á los pobres..... 107  
81 Respeto á las compañeras..... 109

Capítulo IV. La burla.

82	Qué cosa es la burla.....	109
83	Fuentes de la burla.....	110
84	Efectos de la burla.....	112
85	Remedio contra la burla.....	113

Capítulo V. La discreción y la indiscreción.

86	En qué consiste la discreción?.....	114
87	Efectos de la discreción.....	115
88	La discreción es el Misterio?.....	115
89	Como se falta á la discreción?.....	116
90	Causas de la indiscreción.....	117
91	Efectos de la indiscreción.....	119

Capítulo VI. El orden.

92	En qué consiste el orden y cuales son sus efectos en el alma?.....	129
93	Ventajas del orden.....	121
94	Objetos que abraza el orden.....	124
95	El orden es la rutina?.....	127

Capítulo VII. La economía.

96	En qué consiste la economía?.....	128
97	Ventajas de la economía.....	129
98	Consejos prácticos.....	131

Capítulo VIII. La prodigalidad.

99	Qué cosa es la prodigalidad?.....	134
100	Origen de la prodigalidad.....	134
101	Efectos de la prodigalidad.....	135

escollis  
algunos  
ca lecci-  
mi

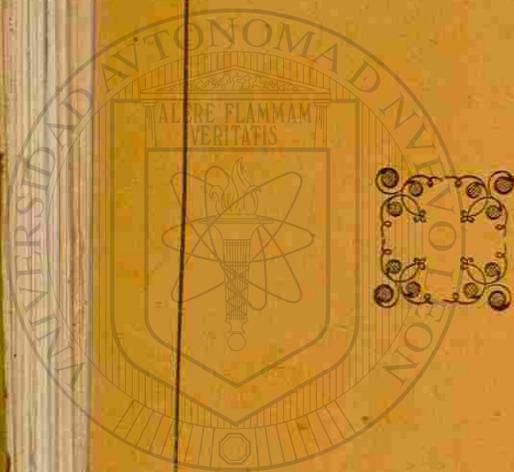


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mi  
ca lectu  
algunos  
escollos



### Catorce clases de personas

que no convienen para amigas íntimas de una joven.

- 1ª Las que tienen poca religión.
- 2ª Las que no tienen un lenguaje decente y pulcro.
- 3ª Las que son falsas.
- 4ª Las que tienen malos modales y son muy des-  
preocupadas.
- 5ª Las que son amigas de murmurar y criticar á to-  
do el mundo.
- 6ª Las que son mundanas y que no saben hablar  
más que de modas, teatros, bailes, etc.
- 7ª Las muy presumidas y amigas del lujo.
- 8ª Las que no saben hablar más que de novios, lan-  
ces amorosos, etc.
- 9ª Las aduladoras y envidiosas.
- 10ª Las que dan malos consejos.
- 11ª Las que mienten más que la gaceta.
- 12ª Las muy habladoras, chismosas y que no saben  
guardar un secreto.
- 13ª Las que no son buenas con sus padres y con  
sus hermanas no pueden ser buenas amigas.
- 14ª Las muy extremosas en las manifestaciones de  
caríño, queriendo estar siempre abrazando, besuquean-  
do y jugando de manos con la amiga. (R)

Señaló estas catorce clases de personas el Director de la Congregación de la Inmaculada de la Compañía en esta Ciudad de Puebla de los Angeles, en una de las conferencias mensuales que hizo á las Congregantes, tratando de los escollos que debe evitar una jóven que vive en medio del mundo, y uno de estos escollos dijo que eran las amistades no buenas. Como algunos ó muchas leen el *Mensajero* quisieron ellas que esto se imprimiera, para no olvidar nunca estas tan importantes como prácticas.

51-1  
est. Teceles



VERDADERO RETRATO

DE LA

Madre Cristiana.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LEÓN.—1901.

Imprenta de Leopoldo López.

## Gobierno Eclesiástico

DE

**LEON.**

Visto el dictámen del Sr. Censor, Pbro. D. Marino de J. Correa, concedemos nuestra licencia para que se imprima el manuscrito "Verdadero retrato de la Madre Cristiana" con prevención de que no vea la luz pública sin que previamente sea cotejado el impreso con el original, por el mismo Sr. Censor. El Sr. Gobernador de la Diócesis lo decretó y firmó.

M. f.

*Veldáquez.*

*Angel Martínez.*

Srio.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL



VERDADERO RETRATO

— DE LA —

## MADRE CRISTIANA.

LA salvación de la familia y del mundo entero depende en gran parte de las madres cristianas tales, como el Evangelio y la religión católica sabe y puede modelarlas. Mucho y bien ha escrito sobre esta cuestión trascendental, y entre las publicaciones que con este mismo fin han visto la luz pública merece mencionarse el opúsculo titulado "La Madre buena, sol del hogar doméstico," y confieso que me agradó sobremanera; por que bastante pudiera contribuir á la solución acertada y feliz del problema que á todos profundamente preocupa, si las madres pusieran en práctica las enseñanzas y resoluciones, que naturalmente

se desprenden de las dos atinadas reflexiones sobre la influencia bienechora de la Madre buena que desde el cielo de su casa dirige y gobierna su familia, infundiendo en las inteligencias y corazones de sus hijos la luz y calor del conocimiento y amor de Dios y vida celestial, como el sol derrama desde el firmamento hermosura y vida por las entrañas y superficie de la tierra. ¡Ojalá! me dije, al saborear las conclusiones prácticas del citado opúsculo, que esos resplandores de luz y esos rayos de calor maternal penetraran hasta la más diminuta molécula del cuerpo moral de la familia cristiana. ¡Oh! entonces, ¿qué frutos tan sabrosos de regeneración para la sociedad, que prendas de vida eterna para el individuo no habrán de esperarse del recto proceder de la Madre buena respecto de sus hijos;? y me propuse desarrollar dos importantes reflexiones, poniendo un granito, no de oro, de magistrales enseñanzas, sino de menuda arena de sencillas consideraciones, á la brillante corona que ha formado el autor del opúsculo en cuestión, para ceñir vuestra frente de gloria y honor ¡oh Madres cristianas, pues corona y muy gloriosa es y será para una Madre, educar para Dios los hijos que ma-

cho ama. Voy por tanto á analizar ó descomponer al través del prisma divino de la fé, esa luz, que reflejais del foco de vuestra inteligencia sobre vuestros hijos en otros tantos colores de tiernos cuidados para con ellos; voy á aquilatar, en el crisol de la Ley divina, la intensidad del amor que arde en el fondo de vuestro corazón hácia los mismos; y de ese conjunto de actos, que brotan de vuestras manos, y de vivos colores de verdades que salen de vuestro rostro y de llamas de sanos principios de bien vivir, que imprimís en vuestros hijos, resultará el verdadero retrato de vuestra persona en imagen viva; es decir voy á retrataros, no de cuerpo entero, sino de alma entera; y las reflexiones que formarán este nuevo opúsculo se titularán "Verdadero retrato de la Madre cristiana."

Voy pues á presentaros primero el diseño que nos hace de élla el Espíritu Santo y después entraremos en detalles.

## I.

**I**MPERFECTAS resultan, como todas las obras humanas, las imagenes terrenas, oscuros los retratos que el hombre fotogra-

fla. por la imperfección de los instrumentos y falta de virtud en el agente, que sólo pueden impresionar la figura exterior; empero Dios, que penetra hasta lo más profundo del alma refleja exteriormente los sentimientos del corazón, cuyas virtudes animadas por la gracia santificante, vienen á formar como en el cristal de una vida santa, no sólo el retrato verdadero, sino también la imagen viva de la muger fuerte, de la madre prácticamente cristiana. Donde está la imagen viva, el retrato de esa mujer fuerte, para que la contemplemos y ensalcemos agradecidos aquí en la tierra con nuestra sumisión y cariño? Forma Dios el corazón materno á manera de cámara obscura compuesta de poderosa lente, pues también vé el corazón y en las telas que lo envuelven imprime sus movimientos, é inundandoles de luz celestial, y concentrando en ellas el Artifice soberano el mismo ideal ó la imagen bella de su divina persona, quedan grabados en las entrañas maternales, aquellos perfiles ó virtudes de la Divinidad, que forman no sólo el verdadero retrato de la mujer fuerte, sino también la imagen viva y espiritual de la madre cristiana, tal cual El mismo la concibiera

perfecta, con sus tres partes principales de que consta toda copia ó semejanza, y que representa al vivo la persona de quien la imagen se deriva. Abred si nó el Libro de los Proverbios y en el capítulo 31 hallareis descrita, mejor dicho fotografiada en imagen viva la persona de la madre cristiana.

En efecto, si cabeza, manos y pecho ó corazón ostenta toda imagen sensible, así de manos de laboriosidad y solicitud consta el verdadero y espiritual retrato que el Espíritu Santo hace de la madre buena y piadosa, cuando dice que sus manos se mueven con agilidad para toda suerte de trabajos, *echó su mano á cosas fuertes*, primer perfil; y ostenta airosa cabeza, asiento de las facultades del alma, como símbolo de la prudencia con que la Madre bien ordena y manda, dirige y gobierna acertadamente á sus hijos y familia; porque las palmas con que les dictó los consejos de celestisabiduría, son muy medidas, sabias, y ordenadas á elegir los medios conducentes al fin, y *abrió su boca con sabiduría* segundo perfil. Ved por útimo salir del fondo ó centro de esa imagen animada movimientos de dilatación y concentración; son los latidos de amor del corazón maternal, que todo cuanto tocan hermocean y vivifican; el amor, he aquí la parte más principal del verdadero retrato de la madre

cristiana, cuyos labios movilos por el resorte de su corazón no saben ni pueden expresar más que palabras dulcísimas de ternura y de clemencia que constituyen la mejor ley de gobierno: *la ley ó palabras de clemencia fluyen de los labios de la madre cristiana*, ha dicho el Espíritu Santo: tercer perfil: aquí teneis en estos tres breves rasgos fotografiada por el mismo Dios con los más bellos colores en imagen viva la persona de la madre sólidamente cristiana, y por tanto el verdadero retrato que os prometí regalaros para que al fijaros en sus perfiles ó detalles, veais el tipo de la mujer fuerte, quiero decir, de la madre practicamente católica influyendo por modo admirable y amoroso en la vida de sus hijos, en cuyos corazones logra imprimir la mística imagen de sus virtudes; miraos bien en el espejo que aquí os ofrezco y ved de copiar en vuestra alma los rasgos de la imagen que tanto os admira y que aun mas detenidamente vamos á contemplar.

## II.

**E**S una verdad que todo ser depende esencial y necesariamente de su causa y en cierto modo su desarrollo y perfeccionamiento, siendo pues los hijos efectos necesarios animados y amorosos de la madre, de quien dependen

en el ser, claro esta que no solo ha debido infundirle Dios en su corazón materno tanta virtud y energía, cuanta necesita para formar la vida fisica de los mismos con la sangre de sus venas, sino que además hale enriquecido con un don del cielo, cual es el amor con que desarrolla y perfecciona en ellos la vida intelectual y moral, religiosa y divina. Efectivamente, ved á esa madre, formada segun Dios, poner en juego todas sus virtudes que tan poderosamente influyen en las tres primeras edades de los hijos y no podreis menos de exclamar: esta es la verdadera Mujer fuerte, modelo de madres cristianas.

Revestida del carácter de su maternidad, contempladla ejerciendo sus primeras funciones maternas, cual solicita avechilla dándoles el alimento convertido ya casi en su substancia, vigilando sobre el nido de su cuna y defendiendolos de todo enemigo; vedla como les enseña á volar con las alas de la inteligencia y de la virtud en la esfera de la sociedad hasta poder suministrarse por sí mismos lo necesario para la vida; vedla dice el Espíritu Santo, llena de fortaleza dedicarse no solo, durante el día, á los trabajos y faenas propias de su sexo con sus domésticos, sino que hasta de noche vela su corazón y madruga para subvenir luego á las necesidades de todos los suyos con el

fruto ó trabajo de sus manos. Con estos rasgos, que el mismo Dios nos ha trazado de la madre cristiana diónos á entender, que esta no solo debe cuidar del desarrollo físico de sus hijos, suministrándoles los alimentos proporcionados á su débil complexión, sino que su principal solicitud ha de ser atender desde muy temprano ó desde la primera edad, ó sea desde la infancia de sus hijos, en derramar sobre su inocente alma los gérmenes de la vida divina ó de la gracia, que viene envuelta en las vibraciones de la bendición materna, entre las ondas del santo Bautismo que cuanto antes deben procurar porque se les administre para que Dios los adopte por hijos suyos apenas acabados de nacer. Vedla meciendo la cuna, que guarda la perla salida de la concha de su corazón, y que tomándola entre sus brazos y estrechándola contra su pecho y ofreciéndosela generosa á Dios, además del alimento del cuerpo le dá regaladamente el del alma, haciéndole balbucear ó pronunciar tan luego como se sueltan sus inocentes labios los nombres de Jesús y de María, para que como por instinto se vean así obligados á venerarlos e invocarlos: vedla junto á la cuna vigilar para que ninguna ave de rapiña arrebate del alma de sus hijos la inocencia que el Espíritu Santo acaba de derramar sobre ellos, quiero decir, que despliegan

exquisita solicitud en elegir criadas ó niñeras de confianza, si las han menester, á quienes entregan el cuidado de los mismos, procurando ante todo que sean buenas cristianas y temerosas de Dios; de lo contrario, la madre descuidada en este punto tendrá que lamentar un día las consecuencias fatales de la lepra que indudablemente les pegarian con sus miradas, palabras y acciones poco honestas; así pues tenedlos siempre á la vista en cuanto os sea posible, de otra suerte, sinó vigilais, sinó regais la tierna flor que acaba de brotar de esbelto tallo y que es el principal adorno del mismo, vereis como los parásitos que vivieren en torno suyo chuparán su aroma, y el calor de leves pasioncillas agostará su savia, viniendo luego á deshojarse y morir quedando su tallo seco para cebar el fuego; de la misma manera si por no sufrir el monótono ay, ay, de vuestros hijos, cuyas vibraciones exparcen inocencia y alegría y hacen palpar de júbilo el corazón de la madre, descuidando llenar los oficios que les ha encargado la Providencia, si los alejais de de vuestro lado y de vuestras miradas, palparréis como las picaduras de esos parásitos y el polvo de las encrucijadas y el lodo de las calles que derraman sobre el rostro de vuestras inocentes criaturas las palabras y miradas y meneos de vuestras niñeras ó encargadas, ven-

drán á manchar la hermosa alma de vuestros hijos expuestos quizá á ser víctimas de cualquier incidente desagradable, abandonados como los dejan más de una vez, sobre las piedras de una banqueta ó sobre los dinteles de una puerta, mientras ellas se divierten descuidadamente: aquí teneis delineado el primer perfil del verdadero retrato de la madre cristiana; la solicitud por el bien temporal y eterno de sus hijos en su infancia.

### III.

**E**MPERO si es tan hermoso y útil á la vez el primer rasgo del retrato de la madre cristiana, que tan poderosamente influye en la infancia de sus hijos, sube de punto, si cabe, la belleza y utilidad del segundo perfil, que el mismo ostenta; tal es la prudencia de la madre, dirigiendo tan suave como acertadamente á los hijos, durante los años de su puericia ó niñez por el camino de la vida, y ciertamente nada más necesario, que esa continua vigilancia sobre ellos, y reflejando sobre los mismos los sanos principios y sólidas enseñanzas del santo Evangelio, partiéndoles el pan de la verdad, del amor y de la esperanza que la religión á todos

nos ofrece, haciendóse la asimilable, es decir amable y practicable con sencillas explicaciones y similes, comparaciones y ejemplos, porque en llegando el niño al uso de la razón se presenta ante su ardiente imaginación la vida y la muerte, y si en esos criticos momentos no desenmascarais al mundo que risueño les ofrece en la dorada copa del placer, lo que más agrada á su naturaleza mal inclinada, los fascinará y arrastrará á beber el veneno del pecado, que engendrará la muerte del alma, y aunque se preteste que esos desahogos de las pasiones son exigencias de la edad y de la buena sociedad, serán ciertamente la cadena, que los conducirá de escollo en escollo hasta el abismo del infierno; de aquí se deduce, que debeis hacerles conocer y aprender los deberes imprescindibles, que tienen con Dios, con María Santísima, consigo mismos y con sus semejantes; y por tanto la imperiosa necesidad en que están de elevar su corazón al cielo, por medio de la oración, con la cual reconocerán á Dios como Soberano Dueño de todo lo criado y encontrarán en María el remedio de sus necesidades espirituales y temporales. Obligadles, tan pronto como lleguen al uso de la razón, á cum-

plir los preceptos eclesiásticos de oír misa en los Domingos y dias festivos, y de la confesión y comunión, siquiera una vez al año; preparadlos convenientemente por vosotras mismas ó por otra persona competente para la primera comunión, que ha de formar el fundamento y como la raiz de su vida laboriosa, cristiana y feliz. Si quereis, que vuestros hijos sigan una carrera científica con la que den mayor brillo á lo ilustre de vuestra familia, ó abracen un arte ú oficio con que poder vivir, no os dejéis deslumbrar por los fuegos fatuos de ciertos conocimientos, que hoy se prodigan en algunos centros de enseñanza con menoscabo de la ciencia de la salvación del alma, que es la que forma honrados ciudadanos, y edificantes ó buenos padres y madres de familia, que es lo que más á la sociedad interesa: ¿qué importa que vuestro hijo alcance después de muchos sacrificios pecuniarios y quizá de haberos causado muchos disgustos, el grado de Licenciado, que defienda con acierto las causas civiles, ó las de algunos criminales á quienes la misma ley condena, si después él no sabe ni puede defender su causa en el tribunal incorruptible del Juez Eterno que le condena á muerte, por que no guar-

dó su ley divina? ¿qué importa que llegue á ostentar vuestro hijo el título de Doctor en medicina, y que su nombre sea ensalzado por el aura popular, por que arrancó de las garras de la muerte á innumerables víctimas con sus específicos, si el no puede librarse de la fiebre de los vicios que le causa irremisiblemente la muerte del alma, por haber bebido en la copa de esa ciencia materialista el veneno del escepticismo ó incredulidad en materia de religión, hasta llegar á enseñar magistralmente, que no hay alma espiritual ni inmortal porque él no la ha encontrado en sus análisis fisiológicos con el escalpelo? Inferid de aquí, madres cristianas que tino debéis desplegar en la elección del colegio ó centros donde han de estudiar ó aprender oficio vuestros hijos, que libros de texto han de cursar, con quienes han de vivir y con quienes se han de acompañar, para que los libreis de cualquier peligro, no sigáis la opinión de aquellos, que dicen y creen, que para formar ó educar á un niño ó joven es preciso alejarlo del lado de su madre, que debe siempre vigilarlo guardarlo y corregirlo, cuando sea necesario, pues aunque la rama del árbol que acaba de cortarse de su tronco respire la savia que le

da vida por el momento, ora la sumerjais en agua de rosas, de azahar, ora de esencias y de perfumes, luego se seca y muere, de la misma manera, si esas ramas de vuestros hijos, que han brotado del tronco de vuestro corazón los apartáis de vuestro lado para arrojarlos en esos centros de las grandes capitales modernas donde parece se respira en una atmósfera saturada de perfumes y esencias de las más fina educación, y en donde se obtiene quizá una instrucción más vasta, empero los gases fatídicos que exhalan las pasiones que forman dicha atmósfera, vendrán indudablemente á asfixiarlos y hacerles respirar tan mortífero ambiente que engendrará en ellos todos los vicios con el contacto y ocasiones de personas y lugares donde se contrae el fatal contágio, que corroe hoy las entrañas de la sociedad actual. Ved pues madres cristianas si teneis valor para arrojar á vuestros hijos en medio de ese fuego, ¿cómo saldrán de él? Manchados en el alma y enfermos de muerte en el cuerpo.

#### IV. DIRECCIÓN GENERAL DE

**C**OMPLETEMOS ese cuadro, en que se ostenta la bella imagen ó verdadero retrato

de la madre cristiana, fijándonos por último en el tercero de sus rasgos ó perfiles más sobresalientes que la hacen imagen viva de tan subidos colores, tal cual la retrata el Espíritu Santo; el amor, he aqui el rasgo característico de la madre cristiana, con el que comunica la vida á sus hijos, que lo contemplan para su consuelo y recreo y que llegados á la adolescencia ó juventud viven entre llamas de amor, de ilusiones y esperanzas.

Por lo mismo nunca, como en esta crítica edad, debe la madre cristiana redoblar su vigilancia y celo en alejar de ellos cualquier peligro así de alma como de cuerpo; proporcionándoles aquellos bienes y honestas recreaciones con que apaguen la sed de cariño y esperanzas que los agita sin cesar; del abismo de vuestro corazón ha de brotar como de fuente inagotable esa corriente dulcísima de amor, que mitigue sus ardores y que con atractivos los aparte de los peligros que por doquiera los rodean, advirtiéndoles, de palabra y más con el ejemplo, de la red que les tiende el mundo y las pasiones, para que no vengan á ser víctimas de sus asechanzas; pues si amar es querer bien para el amado, primero apartad de ellos todo mal: vigilad cuidadosamente sobre las relaciones amorosas que ya en esa edad empiezan á sostener vuestros hijos, mirad, madres cristianas, que este es el lazo más fuerte con que el demonio arrastra á la perdición y despues al

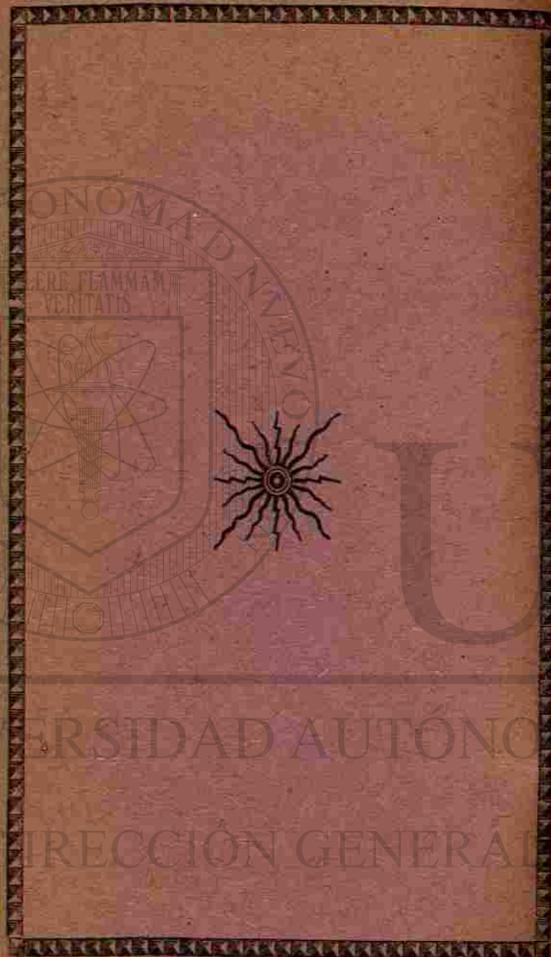
infierno á muchos jóvenes y doncellas, que si llegan á casarse, es despues de haber manchado su alma, y quizá con intenciones no muy rectas predisposición cierta para un desacerado matrimonio y origen de tantos disgustos y divorcios como hoy desgraciadamente lamentamos en la sociedad cristiana: por tanto las relaciones amorosas de vuestros hijos sean ni muy largas ni á espaldas vuestras, de lo contrario vosotras respondereis delante de Dios de su desacierto, no seais tampoco sistemáticas en querer imponer vuestra voluntad á vuestros hijos, para que abracen aquel estado de vida á que no se sienten llamados, ni menos les negueis la dote y cuanto necesitan, para seguir la vocación á que Dios los llama, ora sea al matrimonio, ora al estado Eclesiástico ó religioso; no seais caprichosas en obligarlos á casarse con quien no han de vivir como Dios manda, por que no simpatizan, y siendo violento el matrimonio se desharía luego, ora á abrazar un estado que aborrecen quizá; en este punto son libres, y este derecho que tienen los hijos nadie puede arrebatarleselo sin injuriar de Dios é injusticia contra ellos mismos, lo único que podéis y debéis hacer es aconsejarles lo que os parezca mejor delante del mismo Dios dejándolos en completa libertad de elegir el tenor de vida á que se sientan llamados por Dios, reprimid sus caprichos, inclinándolos á que obreen y se rijan por razón y conciencia, y

no por los instintos del apetito, propios de los irracionales, que tal modo de proceder como hombres, los hará dignos del aprecio y confianza de sus semejantes, que eso es arar, querer bien, alejando del amado todo mal como el hortelano y jardinero que mucho aprecia un árbol, no sólo por que ha de ser el principal adorno de su jardín, sino también por que espera coger de él sabrosos frutos; cuando observan que las ramas suben torcidas las cortan luego sin compasión para que no absorban la savia y la vida, así vosotras habeis de cortar los siniestros males que observeis brotar en vuestros hijos, privándoles de algunas diversiones, gustillos y pretensiones impropias de su condición y de su edad, que por ahí se derramaría la sabia y energías de sus corazones é inteligencias más dignas de emplearse en el estudio ó adquisición de algún arte ú oficio con que asegurarse un honesto porvenir. Si de esta suerte os conducis con vuestros hijos, los habeis amado en verdad, puesto que les habeis proporcionado un bien que tanto los enoblecce como es el del alma y además el amor al estudio y al trabajo, fuente inagotable de dicha temporal y eterna. Aquí tenéis delineado el último perfil del verdadero retrato de la madre cristiana, que el Espíritu Santo ha fotografiado tan celestial como divinamente en las entrañas de la madre; que extraño es, pues, haya resultado de tan vivos co-

lores; y que la imagen, que representa no sea ya sólo la semejanza de la madre cristiana sino la misma persona viva y real: pues sólo la madre, que se mueve y vive por la actividad y diligencia, por la prudencia y por el amor es digna de tan esclarecido como celestial nombre, que sabe y puede influir poderosa y benéficamente en la infancia, niñez y juventud de los hijos para hacerlos temporal y eternamente felices. Estos agradecidos impriman en retorno la imagen encantadora de su buena madre en su corazón, acordándose de ella para seguir sus maternales y acertados consejos é imitar los ilustres ejemplos de virtudes que les ha legado, y recompensándole en la tierra sus amorosos cuidados con una veneración y amor que le hagan más llevaderos los sacrificios de la educación, la harán dichosa y feliz por toda una eternidad.

Colocad, os diré para terminar, madres cristianas, colocad ese verdadero retrato, que acabo de delinear, delante de vuestro reclinatorio para que por la mañana y por la tarde os miréis en él como en un espejo, á fin de ver si os asemejais á la imagen que os presenta y que debe brillar en vuestra alma y para que si á ella os conformáis, un día seáis coronadas de gloria é inmortalidad.

FIN.



LA MADRE BUENA

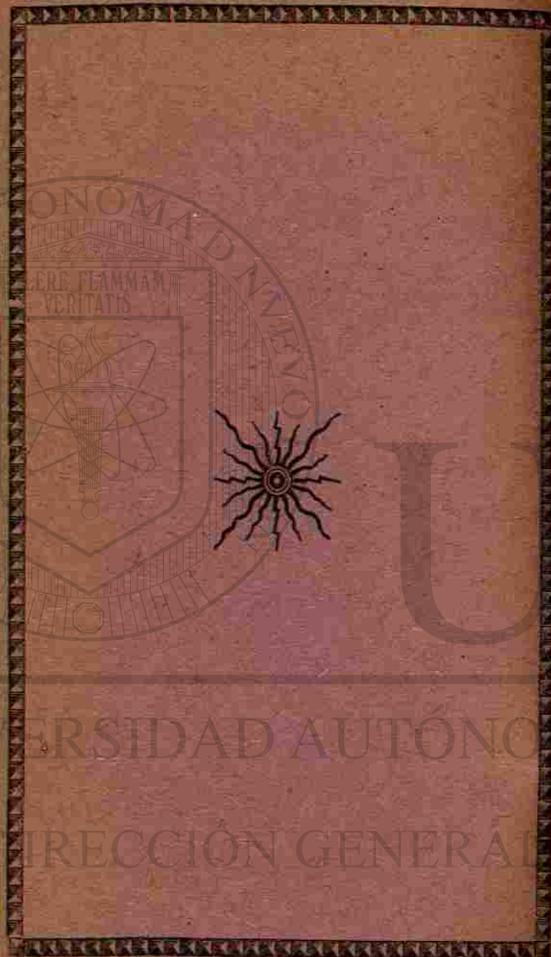
SOL DEL

HOGAR DOMESTICO.



LEON —1901.

Imprenta de Leopoldo López.



LA MADRE BUENA

SOL DEL

HOGAR DOMESTICO.



LEON —1901.

Imprenta de Leopoldo López.

GOBIERNO ECLESIASTICO

**De León.**



Concedemos nuestra licencia para  
imprima el manuscrito intitulado: “  
dre buena, Sol del hogar doméstic  
prevención de que no vea la luz pub  
que antes sea cotejado el impreso co  
ginal por el mismo Sr. Censor.

León Mayo 2 de 1901

† *Leopoldo,*

Obispo de León

*Angel*  
Se



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

## La Madre Buena Sol del DOMESTICO.

No es el hombre, sino el mismo Esp  
to quien apellida á la Madre verdac  
cristiana Sol del cielo del hogar domé  
derrama con su benéfica influencia la  
campo de su casa; y siempre será verda  
ra formar un hombre ó mujer cabal, de  
ra lo coloque la divima Providencia, s  
más calor á su corazón, que luz para su  
miento; de aquí es, que ese mismo Dios  
amorosísimo de todos los seres, ha col  
doble agente tan poderoso como efica  
más de calor en el corazón de la mad  
municarle parte de su fecundidad, pa  
sus resplandores é impulsos materna  
mor, se muevan, desarrollen y per  
los tiernos retoños, que han brotado d  
y que en torno suyo se levantan, apoyá  
élla, como las flores brotan de su tallo  
san sobre su cáliz como en regazo mat  
no solo se engendran los tiernos capu

to  
ro  
re  
m  
ta  
tia  
qu  
hij  
da  
á l  
gu  
su  
do  
na  
olv  
vu  
vu

A  
que  
de l  
sus  
rréc  
cora  
Dio  
ál  
nue  
de l  
ven

se se truecan en bellísimas flores al influjo del  
 cío y de la luz, es preciso además que el sol  
 fleje sus rayos sobre sus corolas para que for-  
 en su aroma y perfumes y estos se convier-  
 n en frutos dulcísimos. ¿Quereis, madres cris-  
 anas, cumplir el doble y sublime ministerio  
 e os ha confiado Dios, respecto de vuestros  
 os, de que al propio tiempo, que les habeis  
 do la vida física les ayudeis á acercarse más  
 Dios por la gracia, á fin de que un día lle-  
 en al cielo, donde hallarán la vida completa,  
 felicidad y la vuestra? Ejercitad con ellos los  
 s oficios, que el sol desempeña respecto de la  
 turaleza, y á este fin leed con atención y no  
 ideis las dos reflexiones que os escribo para  
 uestro bienestar temporal y eterno y el de  
 uestros hijos.

### REFLEXION PRIMERA.

La madre debe ser luz.

dos se reducen principalmente todos los oficios  
 la naturaleza ha impuesto á una madre solícita  
 a salvación eterna de sus hijos 1º proporcionar á  
 tiernas inteligencias la luz de la exhortación co-  
 ección y buen ejemplo, 2º infundir en sus blandos  
 azones el calor vivificante del temor y amor de  
 s y del prójimo. Fijaos bien en el primero.  
 Es una madre que ardientemente cultiva esos re-  
 vos que Dios le dió y trabaja por que esos retoños  
 a niñez se conviertan en bellísimas flores de la ju-  
 tud y que éstas truequen su aroma en frutos dulcí-

imos de honestidad y virtud? Pues, es preciso  
 su corazón de madre, que como sol esplendor  
 side toda la vida de sus hijos y á cuyo eficaz  
 todo se mueve en la casa á su perfección in-  
 y social, refleje sobre sus pequeñuelos, duran-  
 cho ó quince ó más años, durante los cuales s  
 su vida completa, los resplandores de la ins-  
 religiosa. ó sea del conocimiento de Dios y de  
 mos, y los rayos de la exhortación al bien y c  
 rrección para que se aparten del mal, resplai  
 rayos, que no hieren sino que ilustran que no  
 tan sino que embellecen el alma con la vesti  
 la verdad, apoyo firmísimo á su debilidad  
 influencia tenebrosa del error, á la manera qu  
 meros rayos del sol que nace, besan y acarician  
 tallo de las flores, meciéndolas sobre sus cor  
 le sirven de blando lecho y tornándolas más b  
 ¿Qué solo así formareis un día del jóven, hor  
 ballero, artesano laborioso, modelo de padres  
 lia, ó ejemplar sacerdote; que trabajé sin desc  
 la salvación de sus hermanos, y de la niña,  
 de doncellas cristianas, que por su pureza y  
 sidad, sea escogida por Dios para ser un día  
 de madres ó ejemplo de hermanas de caridad  
 sacrifique en aras del amor al prójimo y en  
 lágrimas de la humanidad doliente! Leed y  
 en esos oficios que el sol desempeña en la na  
 los primeros y tiernos cuidados que os incum  
 con vuestros hijos, si quereis verlos hombres f  
 según Dios reclama y que sean un día el co  
 apoyo de vuestra vejez; ¡que os tiene mas cu  
 mar de esta manera morajores del cielo cons  
 y cultivando su inocencia con vuestra vigila  
 rrección y buen ejemplo, que héroes para l

orque de lo primero ó sea de la salvación eterna de nuestros hijos depende la vuestra, ha dicho el Espíritu Santo.

## REFLEXION SEGUNDA.

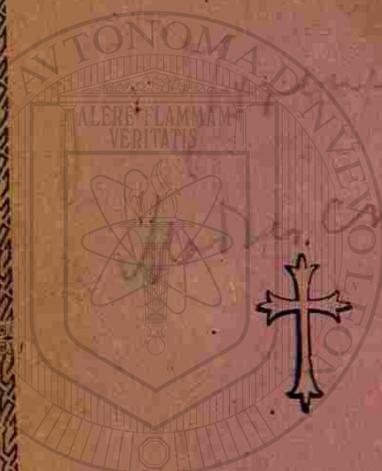
La Madre debe ser calor ú amor.

Empero no debe contentarse la madre cristiana en que los renuevos y tiernos capullos de sus hijos vayan á ser fragantes flores que dulcemente la recreen con el aroma de su candor y con la hermosura de su obediencia que humildemente se doblega á sus maternales insinuaciones y á cuya formación y conservación habreis poderosamente contribuido, reflejando sobre ellos los resplandores de una educación é ilustración cristiana con vuestras instrucciones exhortaciones y correcciones no interrumpidas, como el astro del día, no cesa un instante de iluminar la naturaleza, cubriéndola de hermosura: que sólo á la luz de esos resplandores, conocerán á Dios, le amarán y temerán, conocimiento, amor y temor que constituyen el fundamento del hombre y de la mujer, y se conocerán á sí mismos, de donde vienen, y adónde va á parar su alma inmortal; conocimiento que viene á ser como el poderoso que regula y en torno del cual giran las aspiraciones de su corazón que busca sin cesar la felicidad; es necesario además, que ese sol del corazón eterno, siguiendo el camino que le ha trazado la Providencia en el horizonte de su hogar, continúe derramando en el alma de sus hijos, las llamas del calor amoroso que arde en la suya, llamas que no abrasan sino que abundan é infundiendo en sus pechos las fuerzas y vida con que rechazar lo malo y energías y vida con que practicar el bien y la virtud; así vereis traducirse en admirables y sublimes obras, aquellos hermosos pen-

samientos y proyectos divinos, que acaricia fantasía é inteligencia, como se convierten por el calor en frutos dulcísimos el aroma y perfume que se culta en el cáliz ó corola de las flores.

¿En que consisten y cómo infundir en el corazón de vuestros hijos esas fuerzas y energías? Consisten en el temor de Dios, principio de la virtud, de la fe, de la esperanza, de la caridad, de la humildad y felicidad, que ayuda poderosamente para librarse del vicio y del pecado, y en segundo lugar las energías consisten en el amor y actividad celestial que imprime á los hijos para la práctica del bien y de la virtud, para todo cuanto atañe al servicio de Dios y de su salvación; y entrambas virtudes se comunican á los hijos por la vida íntima de familia, ora platicando con Dios y enseñándoles á orar ó platicar con Él, enseñándolos acerca de sí misma, ya sabiendo dónde se encuentran y con quienes se acompañan, exhortando con palabras y más con el ejemplo, mandando y castigando, luego premiando y siempre suplicando. Los ruegos de una madre son omnipotentes! y como misteriosa ley de atracción entre la luz y el calor se engendran en la atmósfera esos vapores que luego se convierten en copiosas lluvias, que dan por resultado dulces y suavísimos frutos en la naturaleza, así de la exhortación y buen ejemplo, del calor de una madre irradia sobre sus hijos en llamas de amor y vigilancia se engendran en el cielo de su maternidad, las llamas y lluvia de lágrimas, que en virtud de la súplica y de la oración, vienen á derramarse sobre el corazón de sus hijos, ablandando su alma para que se desvíe del camino de perdición y enderezandolos por el camino del cumplimiento, del deber, que les ha de conducir á la felicidad; ¡Oh si de esta suerte se condujera la madre con respecto de sus hijos! ¿Cómo es posible que se olviden aquellos que son objeto de tantas lágrimas? ¿Cómo no habeis de hacer fecundo vuestro ministerio

*Escritura*



*Escritura y  
Escritura*

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

